

Diego Carcedo

El niño que no iba a misa



Una novela que refleja
el drama de la España
de posguerra a través de
la mirada de un niño

Lectulandia

El diablo está en el pueblo, eso es seguro. Y no sólo por la desesperante sequía que ahoga poco a poco los campos en las primeras semanas de octubre de 1947: hay otras señales. Lo que ocurre es que los padres de Nacho se empeñan en negarlas, más centrados en sobrevivir a un panorama político del que reniegan que en la salvación de sus propias almas. A fuerza de escuchar las advertencias del polémico y temperamental cura don Primo y los lamentos de la atormentada Celsa, a sus casi nueve años el protagonista de esta novela es capaz de formarse una imagen muy clara de lo que le aguarda en el infierno si sus padres siguen decididos a no llevarle a la iglesia. La verdad, no le hace mucha gracia acabar entre llamas, pero aún hay algo que le da más miedo: encontrarse cara a cara con Lucifer... y eso está a punto de suceder.

A través de los ojos de Nacho, se despliega un retrato coral tan inocente como intencionado de la España rural de la posguerra: políticos altivos con el yugo y las flechas en la pechera, el maquis en el monte, el estraperlo en la oscuridad de la trastienda, y sobrevolando cada escena la sensación de que todos, con independencia de épocas y edades, hemos sido alguna vez niños luchando contra demonios.

Lectulandia

Diego Carcedo

El niño que no iba a misa

ePub r1.1

ugesan64 25.11.14

Título original: *El niño que no iba a misa*

Diego Carcedo, 2009

Editor digital: ugesan64

Corrección de erratas: nixkevan

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

«¡Qué de sombras finge el miedo!»

LOPE DE VEGA



I

UNA FAMILIA BAJO SOSPECHA

El día que vi al diablo, mi tía Hortensia cumplía cuarenta años. Lo recuerdo todo muy bien, a pesar de que ya ha transcurrido bastante tiempo, mucho. El país aún se hallaba traumatizado por los recuerdos de la guerra civil. Aunque en el pueblo —una localidad cantábrica desparramada por un valle perdido entre montañas a ochenta kilómetros de la capital provincial— casi ninguno de sus cerca de cuatrocientos habitantes había visto una corrida de toros, la muerte de Manolete en el ruedo de Linares estaba en el centro de todas las conversaciones. Quien más quien menos necesitaba argumentos nuevos para olvidar los males recién pasados y las angustias que proporcionaba el presente.

En los lugares más visibles de la plaza y las calles céntricas, los restos de los carteles con el «¡Vota sí!» recordaban el referéndum que unas semanas atrás había convertido a España en un Estado católico, social y representativo, entelequia que mi padre abreviaba en voz baja con la expresión más coloquial de «dictadura por cojones».

Sin embargo, la gran preocupación era el hambre que rondaba por muchos hogares: los precios se habían puesto por las nubes, que últimamente no aparecían por el horizonte. A la escasez de alimentos de fuera de la comarca —azúcar, aceite, pan o café, cuyo suministro controlaba el Gobierno con mano férrea y manejaban los estraperlistas entre quienes podían pagar sus precios sobrevalorados— había venido a sumarse una sequía pertinaz, como solían calificarla los más viejos, que mantenía resquebrajadas las tierras, extenuadas las fuentes, secos los regatos, agostados los cultivos y exhaustas las ubres del ganado.

—Señor, ¿por qué nos castigas tanto? —escuché cómo preguntaba una anciana postrada frente a una de las estaciones del vía crucis, antes de persignarse asustada por ser capaz de una pregunta tan irreverente.

Acababa de estar en España Evita Perón, a quien el Caudillo y su esposa habían

recibido con grandes honores y mayor parafernalia, y muchas personas proclives a la esperanza la contemplaban ilusionadas y convencidas de que muy pronto llegarían más barcos con trigo y carne de Argentina y entonces terminaría o al menos se suavizaría el racionamiento. Por algo la Corporación Municipal —integrada por cuatro falangistas, dos miembros de la adoración nocturna y un teniente legionario retirado— había nombrado a tan ilustre dama hija adoptiva de la localidad.

Algunos vecinos se emocionaban al escuchar las noticias en la radio del Café Brasil. Cuando el himno nacional anticipaba el comienzo del parte de las dos y media, muchos se ponían en pie y lo honraban en posición de firmes. Incluso los había que saludaban brazo en alto, canturreaban la letra que le había puesto José María Pemán, y daban un taconazo cuando concluían los marciales acordes. A mí me chocaban aquellos excesos de euforia que en mi familia nadie compartía, aunque todos procuraban disimularlo.

—Lo que hace falta es que el Caimán se vaya de una puta vez o que los aliados le echen a patadas y nos dejen vivir en paz —solía decir mi padre, bajando la voz para que yo no oyera, cuando hablaba de política con mi madre, mi tío o alguno de los pocos amigos en quienes confiaba—. Los alemanes —argumentaba— se han librado de Hitler y los italianos, de Mussolini, ¿qué coño habremos hecho los españoles para seguir cargando con este sátrapa de siete suelas?

Al general Francisco Franco nunca le citaba por su nombre, ni mucho menos le llamaba Caudillo, un apelativo que le producía urticaria. Se hallaba de moda entonces una guaracha cuyo estribillo repetía «se va el caimán; se va para Barranquilla, se va el caimán», y como estaba deseando perder de vista al dictador, mi padre siempre se refería a él como el Caimán. Las emisoras extranjeras en onda corta que escuchaba de madrugada, a oscuras y a veces envuelto en una manta, aseguraban un día tras otro que faltaba muy poco para el regreso a la democracia y, aunque oírlo le alegraba, era realista y no terminaba de creérselo.

—A este cabrón no le echamos ni con agua hirviendo —comentaba a menudo con desánimo. Aunque había recibido buena educación desde pequeño, la propensión a decir tacos nunca la había perdido.

—No es él solo, Joaquín. Para mí que peor aún que Franco, que inspira y estimula la represión, es la camarilla que le rodea —le replicó un día mi tío Arsenio—, los que ejecutan y se ensañan. El Régimen lo constituye una caterva de esbirros que se solazan matando, torturando y persiguiendo.

Arsenio era el hermano menor de mi madre. Tenía unos treinta años y estaba soltero. Vivía solo en una casita próxima al puente y pasaba mucho tiempo con nosotros. Siempre había sido el mimado de la familia. Tanto mi madre como mi tía Hortensia, la mayor de los tres, le adoraban. Con mi padre, con quien compartía la explotación de un modesto negocio maderero herencia de mi abuelo —cuyos orígenes se remontaban a medio siglo atrás en la provincia cubana de Pinar del Río—, también se entendía a las mil maravillas.

—Todos de la misma calaña. Una banda de asesinos meapilas —asintió mi padre—. Y él, el jefe, el más siniestro. La cantidad de muertes que no lleva el hijo de puta en la conciencia... Mucho va a tener que hacerse perdonar si es que hay algo en el otro barrio. Que le paseen, que le paseen los obispos bajo palio...

Con los vecinos y amigos de partida, casi todos de derechas, apenas hablaba de política. Cuando surgía algún tema de conversación con el que discrepaba, improvisaba una disculpa y se levantaba. «Cualquier cosa que digas te puede traer disgustos —solía lamentarse—. El pueblo está lleno de chivatos. Hay farolas a las que sólo les falta estar cubiertas con un tricornio». Sólo con Arsenio o con algún otro allegado comentaba las noticias que escuchaba en la radio y criticaba la represión que sufríamos. Rara vez hablaba de las semanas que había pasado en la cárcel tras la desmovilización republicana —«Hay cosas que es mejor olvidarlas rápido», acostumbraba a decir— y cuando lo hacía, aún se le nublaban los ojos y se le atragantaba la voz por el recuerdo de la angustia y el miedo que había vivido cuando, en los amaneceres, escuchaba desde la celda al oficial de la prisión recitar la lista de los que tocaba ejecutar esa mañana.

Quizá por ese motivo mi padre era un hombre hogareño. Apenas bebía alcohol y no solía implicarse en los dimes y diretes locales. Sabía que tenía bastantes enemigos en el pueblo, unos por razones políticas —las fuerzas vivas le tenían bajo control por sus ideas republicanas— y otros, algunos vecinos, por acusarle de que se aprovechaba de ser el único maderero de la comarca para pagar precios abusivamente bajos. No tenían en cuenta, como repetía mi padre sin el menor éxito, los costes que suponía sacar la madera hasta la carretera y llevarla hasta las cuencas mineras donde era demandada. Tampoco puede decirse que mi padre fuese un hombre arisco, pero la realidad es que no hacía grandes esfuerzos por integrarse en la vida social del pueblo. Su vida transcurría entre el trabajo y el hogar, donde pasaba las horas haciendo cuentas, leyendo o escuchando las emisiones en onda corta de la radio.

—Juntos, sí, pero no revueltos —comentaba—. El pueblo es un nido de comadres. Hay que evitar mezclarse en los cotilleos. Hasta parece que hay quienes se reúnen a hacer conjuros en casa de Celsa.

—No me extrañaría nada —respondió mi madre—. A veces la veo y me digo: si hay brujas de verdad, Celsa es una de ellas.

Recuerdo que un escalofrío recorrió mi espalda de arriba abajo al escuchar aquella sospecha. La tarde se había vuelto gris y plomiza. El ambiente parecía cargado de electricidad estática. Mi padre se asomó a la ventana, oteó el cielo y comentó:

—Está feo pero no llueve, no. Ya estuvo así otras veces y, al final, para hacer más calor. —Hizo una pausa y añadió—: Voy a dar una vuelta por el Brasil para que no crean que me escondo o... que me dedico a conspirar. Cada vez que me echa la vista encima el sargento me taladra con la mirada. Seguro que tiene órdenes de mantenerme bajo vigilancia.

Como no era hombre de cartas —aunque a veces se apuntaba a una partida al subastado—, le horrorizaba el estruendo de las fichas del dominó sobre los veladores y casi no bebía alcohol, confraternizar en los bares con sus coetáneos le resultaba difícil y a menudo cansado. Era buen conversador, pero las precauciones le coartaban cuando surgían debates sobre cuestiones políticas, religiosas o sociales. Por lo tanto, y a pesar de que el deporte no le interesaba gran cosa —«¡Menudo anestésico encontró el Régimen!»—, le escuché exclamar una vez—, en la barra del bar ejercitaba sus dotes para la polémica, que solía evitar discutiendo de fútbol y, cuando se corría el Tour, de ciclismo.

—¿Has escuchado lo que dijo Bernardo Ruiz? —le preguntó un día a Arsenio en la sobremesa—. Es cojonudo. Le preguntaron al regresar a Valencia qué tal le había ido y respondió: «Bien, muy bien. Quedé el tercero y engordé dos kilos». Ante la sorpresa del periodista, que no se podía creer que nadie engordase pedaleando doscientos kilómetros diarios, explicó: «¡Cómo no iba a engordar si nos daban medio pollo diario a cada corredor para comer!». ¡El hambre que pasará el hombre el resto del año!

Aunque ya hacía mucho que estaba asentado en España, todavía mostraba interés por la marcha de la liga cubana de béisbol. Sólo en los últimos meses parecía tenerlo por la situación de las competiciones de fútbol en España.

—Antes a ti no te gustaba el fútbol, Joaquín —le dijo un día su primo Fernando.

—Ya. Pero he tenido que aficionarme casi a la fuerza. A los que nos gusta hablar, y sobre todo a los que nos gusta hablar de lo que no nos gusta o, mejor dicho, a los que nos gusta hablar de lo que no se puede hablar, discutir de fútbol nos evita muchos disgustos —le respondió con uno de los juegos de palabras que tanto le gustaban—. Empiezo a ser un aficionado curioso, porque no soy hincha de ningún equipo. Si tuviese que inclinarme por alguno, quizá por el Bilbao... No sé, quizá es el más auténtico.

Otro tema inocuo que daba mucho de sí en aquellas primeras semanas de octubre era la meteorología. El tiempo ofrecía un aspecto otoñal típico, aunque más seco y enfurruñado que lo habitual. Los días se habían acortado muy rápido y en los atardeceres empezaba a refrescar. Llevaba más de seis meses sin llover. Un sol recalcitrante pugnaba cada amanecer por traspasar los nubarrones negros que de vez en cuando brindaban el señuelo esperanzador de la lluvia hasta acabar imponiéndose. Los agricultores, la mayor parte de los vecinos, contemplaban las tierras cuarteadas con impotencia y desesperación.

—Nunca, nunca se vio una sequía como esta —aseguraba don Enrique, el viejo farmacéutico, verdadero archivo viviente del pueblo después de cincuenta años largos de observar cada mañana y cada anochecer el horizonte montañoso que se divisaba desde la ventana de su rebotica—. Por lo menos yo no lo recuerdo.

La sequía había consumido el maíz antes de que se formasen las mazorcas, había secado las vainas de las judías sin dejar que se desarrollasen las legumbres dentro y

había impedido que las patatas florecieran y los demás tubérculos crecieran. La fruta se caía de los árboles consumida por la falta de agua y las hortalizas se iban achicando y dejándose comer por la voracidad de los insectos convertidos en una verdadera plaga.

—No sé qué va a ser de nosotros este invierno. Las ratas nos comerán por los pies mientras dormimos si Dios nuestro Señor no se apiada de sus siervos —se lamentaba en tono desesperado Celsa, asomando la cabeza por encima de la pared cuando algún transeúnte le hacía algún comentario a modo de saludo sobre la tierra polvorienta que removía con una azada. Nunca desaprovechaba una oportunidad de pegar la hebra con alguien—. Yo creo que esto es una maldición divina por todo lo que pasó en la guerra. Para mí que es el diablo en persona que anda por ahí rematando el mal que no terminaron de hacer los rojos.

Celsa se cubría unos pelos lacios y sucios con un pañuelo negro que se ataba bajo la barbilla. Tendría cincuenta años, pero aparentaba ochenta. Había nacido en el Páramo, lo cual le había valido el apodo ya olvidado de Cazorra, y venido al pueblo con su marido, tejero de profesión, y cinco hijos hacía un par de décadas largas. Sin embargo, quedó viuda pronto y después de su marido la tuberculosis se llevó también, uno tras otro, a tres de ellos. Vivía sola en una cabaña medio derruida en la ladera de la colina que se alzaba hacia el este. Venía cada mañana a nuestra casa a ayudar a mi madre en las labores domésticas y después cuidaba la huerta y arreglaba los restos que quedaban de un jardín venido a menos ante la carencia del riego.

Mi madre no andaba bien de salud, por mucho que intentase disimularlo, y mi padre no quería que trabajase tanto. Todo el peso de la casa recaía sobre ella: preparar la comida, fregar los platos, lavar, planchar, barrer... Algunas veces, cuando no tenía clase, yo procuraba ayudarla a secar la loza y a baldear el porche y a hacer las camas. También solía ser el encargado de ir a buscar el pan o a realizar algunas compras de emergencia, como sal, azúcar y cerillas. En la tienda ya me conocían y, algunas veces, el dueño, un hombre gordo de movimientos lentos y gesto malhumorado, me obsequiaba con un caramelo o con un par de higos pasos que devoraba sin decirle nada a mi madre para que no argumentase que me quitaban el apetito.

—Me recuerdas mucho a tu abuelo Luis, el padre de tu madre —me decía el tendero con un gesto de cordialidad poco frecuente en él—. Tienes sus mismas facciones. Tú no le has conocido, ¿verdad?

La conversación ante el mostrador concluía ahí. Siempre había mujeres esperando prestas a interferir con frases y gestos de impaciencia. A las personas mayores nunca les gustaba que un niño se interfiriese en su tiempo.

Un día mi padre le planteó a mi madre la conveniencia de contratar a alguien para ayudarla.

—Te estás agotando —le dijo—. No puedes seguir así. Es mucho trabajo para una persona sola. Además, la huerta necesita unos cuidados que ni tú ni yo podemos proporcionarle.

En aquella conversación fue donde surgió la idea de ofrecerle empleo a Celsa, que se ganaba la vida trabajando al jornal unas veces en casas particulares, ayudando en las faenas domésticas, y otras en las fincas agrícolas, colaborando en la recolección de las patatas, frutas y cereales. Tenía fama de cotilla y misteriosa, pero también de trabajadora y, lo que quizá era más valorado por quienes la habían tenido a su servicio, de honrada. Mis padres sopesaron los pros y contras y finalmente fue mi padre quien tomó la decisión de ofrecerle trabajo cinco horas diarias. Inicialmente fue un alivio para mi madre, que la recibió con gran amabilidad. Pero la ayuda de Celsa acabó en seguida convirtiéndosele en un problema. La compasión que sentía hacia ella le impedía dar rienda suelta a los prejuicios que sus actitudes le provocaban.

—Esa mujer no me gusta —la escuché comentar un día con su hermana mayor, mi tía Hortensia, que vivía en Colazo, un caserío a media hora escasa del pueblo, y había venido a visitarnos—. Tiene algo en la mirada que me da miedo. Además, siempre está hablando de cosas raras y misteriosas y en cuanto la dejas a solas se pone a fisgar por todas partes. Un día la sorprendí derramando gotas de agua de un frasquito que traía en la faltriquera sobre la radio de Joaquín. Para mí que era agua bendita.

—Tampoco a mí, no sé cómo la tienes en casa, Elvira. Se pasa la vida por el pueblo echando maldiciones, invocando espíritus... No puedo con ella —corroboró mi tía.

—Encima, limpia fatal —continuó mi madre—. La pones a barrer y, en cuanto te descuidas, empuja la basura debajo de las camas.

—Si te he de decir la verdad, a mí me da un poco de asco, siempre tan desgredada y tan sucia. Yo no comería en los platos que ella fregara. Con esos pelos y esas arrugas parece una bruja tal cual —sentenció Hortensia.

—¡Ay, sí! Tú lo has dicho. Tiene aspecto de bruja y, para mí, lo es. La gente cuenta cosas que a mí me abren las carnes. No sé, yo, en cuanto se marcha Joaquín, la mando a trabajar a la huerta. No la dejo ni fregar los platos ni acercarse a la comida. Tengo miedo de que nos eche cualquier cosa en la sopa. Un día me contó que para la anemia era bueno el caldo de lagartijas. ¿Te imaginas? Estuve sin tomar caldo un mes. La huerta se le da mejor, aunque ahora, con la tierra tan dura como está, poco puede hacer la mujer —añadió mi madre.

Mi padre, mi madre y yo, que era hijo único y aún no había cumplido los nueve años, vivíamos en una de las casas más grandes y sólidas del pueblo. Mi abuelo la había mandado construir a finales del siglo XIX con el dinero que envió de Cuba, donde dirigía un aserradero, cuando intuyó que la independencia de la isla era inminente. Mi casa estaba al final del camino del mercado, flanqueada por la carretera y el río, de un lado, y las estribaciones de la sierra, justo donde empezaba a cerrarse el valle, del otro. Antes de la sequía era un paraje frondoso, con todo tipo de árboles y arbustos que le daban desde la lejanía un cierto aire boscoso.

La pared de piedra, de metro y medio de altura, que rodeaba la huerta, estaba rematada por un enredado de hiedras que nos mantenía bastante protegidos de las miradas de los curiosos que pasaban por la carretera. La fachada y la puerta principal se hallaban orientadas al sureste y delante había un porche, protegido por un seto de aligustres y geranios, en el que hacíamos una gran parte de la vida durante los meses de buen tiempo. La huerta era llana y repleta de árboles frutales y arbustos ornamentales plantados por mi abuelo que eran la envidia del pueblo. Como nos encontrábamos cerca del río, a veces Celsa y yo regábamos las plantas con calderos de agua que arrastrábamos con mucho cuidado para que no se derramase ni una gota. La sequía, que ya constituía una verdadera obsesión popular, en nuestra huerta apenas se hacía notar.

Como el miércoles por la tarde no había clase, don Ramón, el maestro de los mayores, recordó en la tertulia del Café Brasil la leyenda de las siete plagas bíblicas, que como bíblicas él daba por ciertas, y ante la consternación de los otros parroquianos, algunos de los cuales habían interrumpido las partidas para escucharle, pronosticó con voz acampanada que la sequía era de origen celestial y, por lo tanto, iba a durar siete años. Como según sus cálculos ya llevábamos casi tres —bien es verdad que sin caer una gota sólo seis meses—, aún le quedaban otros cuatro.

—¿Podremos aguantar? —se preguntó en tono apesadumbrado—. Las fuentes ya están secas y el río es un hilillo de agua deshidratada que se agota. —La erudición a menudo pedante del maestro siempre impresionaba a sus contertulios. Nadie se detuvo a considerar la condición deshidratada del agua—. ¿Podremos aguantar si nos falta el líquido elemento? —insistió en la pregunta—: He ahí la cuestión —concluyó paseando la vista en actitud interrogativa por los ojos asustados de cada uno de los presentes.

—Tampoco será para tanto, don Ramón... Nunca llovió que no escampara —rompió el tenso silencio Ricardo el del Fielato, el recaudador de los arbitrios municipales, sin duda el más odiado y mimado de los funcionarios públicos.

—Para ti no, que te las das muy felices creyendo que el sueldo del ayuntamiento lo tienes seguro —le respondió don Ramón sin dejarle argumentar su rechazo del pesimismo—. Pero ya me contarás este invierno con qué te va a pagar el ayuntamiento si no ingresa una peseta en sus arcas. Cuando digo el ayuntamiento, digo el Estado, que bastante tiene con tapar los agujeros que dejó la República.

El maestro carraspeó forzosamente, quizá regodeándose en el previsible final de su respuesta.

—Aparte de que, sí, es cierto, nunca llovió que no escampara, nos ha jodido mayo. Incluso cuando cayó el diluvio universal, dejó de llover después de cuarenta días y cuarenta noches. Pero... —prosiguió con sorna— nuestro problema no es que deje o no deje de llover; el problema es que no llueve, o ¿es que no te has enterado, todo el día auscultando por el ventanuco del Fielato a las mujeres que pasan no vayan a llevar una botella de aceite en el refajo? No, el problema es el contrario: que no

llueve y que podemos seguir así, dando boqueadas, cuatro años más. Porque de eso también hay testimonios en las Sagradas Escrituras.

Don Ramón hizo una nueva pausa para tomar aliento y remató:

—Claro que a ti seguro que las Sagradas Escrituras te resbalan. Hay que leer el Antiguo Testamento. Todo está ahí. La cabeza tiene que servir para algo más que para perchero de la boina.

Nadie en el Brasil encontraba una explicación científica para lo que estaba ocurriendo en las entrañas de la atmósfera. Algunos se aferraban a buscar la justificación en la larga y cruel guerra civil que todos tenían tan reciente en sus memorias. Las secuelas humanas y físicas de la contienda se mantenían vivas en cada familia, muchas aun reflejadas en los símbolos del luto, y en cada rincón del pueblo. La búsqueda de la chatarra que habían sembrado los bombardeos era una de las actividades más lucrativas que quedaban, aunque no dejaba de ser peligrosa. Hacía dos meses escasos, la explosión de una granada cerca del caserío donde vivía mi tía Hortensia había dejado tuerto a un joven y manco a su padre.

—Esto de andar revolviendo donde no se debe se va a terminar —amenazaba el sargento Secundino, en funciones de comandante del puesto de la Guardia Civil—. Ocurre lo mismo con los furtivos que se pasan de listos aprovechando que los jabalíes bajan a abreviar a los pocos charcos que quedan en el cauce del río. Hay por ahí alguno, y sé de quién estoy hablando con nombre y apellidos, que aprovecha también que el río apenas baja caudal para buscar la cena debajo de las piedras. Y ya se lo he dicho a las parejas que salen de patrulla: en cuanto noten, y eso lo detecta fácil la nariz, que en alguna cocina por ahí están friendo pescado, a por la cocinera y a por el pescador... De la Benemérita no se ríe nadie.

Pero los siete guardias que componían la dotación del cuartel tenían poco tiempo para ocuparse de otras cosas que no fuese recoger información, vigilar movimientos sospechosos y estar listos para responder con las armas a los ataques que últimamente había repetido el maquis, la guerrilla que luchaba contra el Régimen del general Franco, en la comarca. Bueno, maquis lo llamaba mi padre cuando hablaba con personas de confianza y aun así siempre lo hacía bajando el tono. El alcalde consideraba maldita la palabra, la Guardia Civil la consideraba prohibida y la gente del pueblo, que no estaba por desobedecer a nadie que reflejase autoridad, a los rebeldes armados los llamaba despectivamente *atracadores*, *los del monte* y *emboscados*.

La Guardia Civil, que tenía a mi familia bajo sospecha permanente, merodeaba a menudo por los alrededores de la casa, sobre todo por las noches, y algunas veces incluso llamaba a la puerta alegando que corríamos peligro y preguntaba sin ningún género de discreción si había alguna persona ajena dentro y si habíamos visto merodear a algún extraño por las inmediaciones.

—No, a nadie —respondía mi padre expeliendo con fuerza el aire por la nariz—. Tampoco estamos todo el día asomados a las ventanas fisgando quién va o quién

viene. Por las tardes suele pasar el párroco por la carretera leyendo el breviario. Pero no creo que sea por don Primo por quien se interesan. ¿Buscan a alguien que haya hecho algo malo, a algún delincuente? —les preguntaba sin perder la compostura.

—De eso quizá sepa usted más que nosotros, señor Joaquín; usted se mueve mucho por el bosque —le respondió un día en tono insidioso uno de los guardias mientras anotaba algo en una libreta con cubiertas de hule negro que llevaba en la mochila.

Estas conversaciones, tan correctas en la forma como inquietantes en el fondo, a mi padre siempre le irritaban y dejaban intranquilo. Se le notaba sobre todo a la hora de comer porque se sentaba a la mesa sin apetito y olvidaba el plato a medias. Luego invariablemente cambiaba de lugar la radio, con una potente banda de onda corta, que conservaba como oro en paño para poder escuchar las emisiones en español de las emisoras extranjeras cuando los militares fracasaban en su intento permanente por interferirías. Algunas noches en que la audición se hacía difícil y el dial era un concierto de pitidos entremezclados con los zumbidos atmosféricos, se tapaba con una manta para no perderse detalle, pero cuidando que el ruido no pudiera oírse desde la calle. Así se enteraba de muchas cosas que ocurrían en España y que la censura obligaba a ignorar, cuando no a tergiversar, a los dos periódicos regionales que se editaban en la capital.

—Esto no es prensa ni es nada —le dijo un día a mi tío Arsenio, que había venido en bicicleta temprano de mañana a contarle que aquella noche una partida del maquis había rodeado el pueblo de al lado, asaltado el cuartel, maniatado a los guardias y requisado cuatro mosquetones, tres pistolas, varias cajas de munición y un número indeterminado de bombas de mano—. Es una noticia cojonuda, pero verás como mañana los periódicos no dicen ni una palabra. Nos contarán, eso sí, que el gobernador civil y, claro, jefe provincial del Movimiento, fue aclamado cuando acudió a inaugurar un abrevadero para las vacas en alguna recóndita aldea de la provincia. Estoy deseando recibir una nueva remesa del *Diario de la Marina* para enterarme de algo, si es que no se los quedan por el camino.

En casa seguíamos suscritos al *Diario de la Marina* y a las revistas ilustradas cubanas *Bohemia* y *Carteles*. Como venían en barco, llegaban con varias semanas e incluso meses de retraso, lo cual no era obstáculo para que tanto mi madre como mi padre las recibiesen con verdadero alborozo. Mi padre se dedicaba a la compra, tala y venta de madera, el negocio familiar que ya había ejercido en Cuba, y el día que al llegar del campo se encontraba el montón de publicaciones sobre la mesa, automáticamente se le iluminaba el carácter. Ansioso como estaba por hojearlo todo aquella noche, antes de concentrarse en algunos artículos o informaciones concretas, cenaba entre página y página y apenas nos dirigía la palabra como no fuese para comentar entre dientes, y más bien consigo mismo, algún titular que acababa de leer.

Julián, el cartero, solía quejarse del peso que adquiría la valija cuando llegaba una remesa de prensa así, y mi padre, para calmarlo y tenerlo contento, le regalaba de vez

en cuando un puñado de tabaco en rama del que Fernando, su primo, un exemigrante como él, cultivaba clandestinamente en unas tierras ocultas en el calvero de la chopera que se mantenía aún frondosa al otro lado del río. Julián tenía fama de vago, de protestón y de cotilla.

—Hasta los carteros se creen autoridades en este país, carajo —se lamentaba mi padre—. Desde que ese meapilas cabrón ganó la guerra y se cargó a media humanidad, al que le ponen una gorra de plato sobre los ojos ya se cree general. ¡Hay que joderse!

Mi madre soportaba mal su tendencia a decir tacos y Celsa, cuando le escuchaba alguno, se daba media vuelta y se santiguaba con discreción. Era evidente que no se caían bien. Cuando mi padre rezongaba contra la situación política en su proximidad, Celsa, que presumía de haber votado siempre a las derechas e incluso de haber asistido a un mitin de Gil Robles cuando servía en la casa de un ortopédico de la ciudad, agachaba la vista, frenaba una sonrisa suspicaz entre las comisuras de los labios y simulaba trabajar más rápido. Una vez que mi padre hizo algún comentario despectivo sobre los curas en general, cosa bastante frecuente, o tal vez sobre el párroco, don Primo, en particular, observé cómo se metió la mano en un bolsillo con discreción, sacó arrebuñado en el puño un rosario, lo besó a escondidas y murmuró unas palabras ininteligibles mientras lo guardaba con el mismo disimulo.

Su actitud siempre era misteriosa, desconfiada y propensa a dramatizar la tragedia.

—¿Nunca vas a misa, Nacho? —recuerdo que me preguntó en cierta ocasión sin mirarme a la cara ni dejar de remover la tierra polvorienta donde se habían consumido unas docenas de cebollas. Tras un breve silencio, con el que comprobó que no quería contestarle, insistió—: ¿Te han dicho alguna vez que los niños que no van a misa acaban en el infierno? Tú no sabes lo que es el infierno, ¿verdad? Pues cuando lo descubras, va a ser tarde. Porque el infierno es donde queman a los que no rezan, a los que no frecuentan la iglesia, a los que no confiesan ni comulgan y a los que viven en malas compañías, negando a Dios nuestro Señor como el diablo lo negó tantas veces. ¿Sabes rezar? ¿Ni siquiera te enseñaron el padre nuestro? ¡¡¡Nooo! ¡Ay, Virgen Santísima! —Dio tres golpes con la azada y, como si despertase de un mal sueño, levantó la cabeza y sentenció—: Tu madre no tiene sentido. Es buena, pero no tiene sentido. Y lo vas a pagar tú. Cualquier día de estos viene el diablo, te asusta con su rabo y sus cuernos, de forma que te quedas paralizado como si te hubiese caído un rayo en la frente, te coge de los pelos tiesos como escarpas que se te habrán quedado del miedo y te saca por la chimenea todo tiznado de hollín.

Aquellas palabras me dejaron rígido sin esperar a que apareciese el diablo. Quería escapar, pero una fuerza extraña sujetaba mis pies al suelo. Salí corriendo hacia la casa, subí los escalones de dos en dos y me refugié en mi habitación hasta que escuché la voz de mi madre ordenándome que bajase a almorzar. Sentía el estómago revuelto, comí sin apetito y unos minutos más tarde lo devolví todo. Al atardecer pasé

delante de la iglesia y vi a más gente que de ordinario entrando al rosario. El primer impulso que sentí fue alejarme, pero, tras dudarlo unos instantes, me acerqué con recelo a la puerta entreabierta. El templo estaba en semipenumbra. Observé un rato lo que estaba ocurriendo en las proximidades del altar mayor, intentando que la vista se abriese paso en las sombras, y escuché los rezos. «Apiádate de nosotros, Señor, y envíanos la gracia de nuestra salvación...», imploraban las beatas arrodilladas ante la mirada desafiante de don Primo, quien según circulaba por el pueblo estaba sopesando la conveniencia de promover una novena de rogativas para implorar la lluvia.

—¿Qué haces ahí obstruyendo la entrada? ¿Por qué no entras y te arrodillas como los demás? —me preguntó en tono malhumorado una mujeruca a la que apenas conocía, empujándome con la mano para que avanzase pasillo adelante.

Sólo cuando extendió el brazo para mojar los dedos en agua bendita conseguí zafarme. En la plaza tres o cuatro hombres de tez cetrina y ademanes cansados hacían corro al lado del tejo centenario del que don Ramón nos hablaba con tanta veneración. Merodeé un rato sin éxito a la búsqueda de algún amigo para jugar a la pelota. Cuando los feligreses abandonaron el templo, empezaba a anochecer y escuché a uno de los hombres del corro comentar cómo habían menguado ya los días. Una de las últimas personas en salir fue Celsa, que renqueaba un poco de la pierna derecha. No se había quitado el velo y llevaba sobre los hombros una toquilla negra que debía de estar asfixiándola de calor. La observé sintiendo los latidos del corazón, que pugnaba por salirme del pecho. Ya en la calle, se volvió hacia el portón del templo, se santiguó por última vez y se perdió por el callejón lateral, mientras dejaba a su paso una estela fantasmal que amenazaba con ahogarme.

Solo, debilitado por la vomitona del mediodía, sintiendo los latidos del corazón desbocado en las sienas, no podía quitármela de la mente. Notaba que me golpeaban en la cabeza sus admoniciones de la mañana. Todavía no habían encendido el escaso alumbrado público. El ayuntamiento había ordenado restringir el uso de la poca energía que generaba la precaria centralita que abastecía de electricidad al pueblo. Camino de casa, la oscuridad que se iba cerrando por minutos acrecentaba en mi imaginación atemorizada los miedos sobrenaturales que estaban empezando a torturarme.

Aquella noche tardé mucho en dormirme.

II

«ASÍ QUE NO VAS A MISA, ¿EH?»

Don Primo estaba especialmente nervioso aquellos días, unos días de angustia para los feligreses, que aún no se habían repuesto del trauma de la guerra y sin solución de continuidad ya tenían que enfrentarse con el drama de una sequía para la que nadie encontraba precedentes. Como si estuviese sonámbulo, se pasaba las horas yendo de acá para allá por el pueblo, con la sotana raída arrastrándole y el bonete de picos ladeado, ante el asombro de la gente, que le respetaba pero no le comprendía. Era déspota en sus reacciones, y sus concesiones a la ira y desplantes despertaban temor.

Anastasio, el mayordomo de la cofradía del Cristo Yacente, que compartía con él ideas políticas, era el único vecino que le defendía. Y, aun así, con reservas: «Es un pastor de principios fundamentales más que de caridades cotidianas», argumentaba sin lograr que siquiera uno entendiese lo que quería decir.

—Es un esperpento de Valle-Inclán. Está como una chota —sentenció mi padre un atardecer cuando se enteró de que el párroco, a mitad del rosario, se quitó la sobrepelliz y corrió hacia la bolera de Basilio para enfrentarse amenazante a un grupo de mozos que no había interrumpido la partida cuando las campanas convocaron al rezo.

Aquella tarde don Primo seguramente tenía uno de sus frecuentes días malhumorados. «El viento traspone», solía decir mi madre. Cuando pasó por delante de nuestra casa, a la hora de la siesta, leyendo su ración diaria de breviario, apenas nos lanzó una mirada de soslayo y, en contra de su costumbre, no saludó. Mi padre y mi tío estaban sentados en el porche comentando las últimas noticias llegadas de Cuba y al verlo pasar con aire tan displicente, cruzaron una mirada de complicidad intentando ocultar las sonrisas que asomaron en las comisuras de sus labios. Aunque no tenía relación con nadie de nuestra familia, por lo general murmuraba al pasar un premioso «Santas y buenas», aunque sin dejar de mirar al libro. Tenía una voz bronca y de timbre militar que rara vez se esforzaba por dulcificar.

Mi madre nunca sabía qué responderle. «Santas y buenas... a mí nunca me enseñaron cómo se contesta a un saludo tan raro —se lamentaba—. ¿Qué se dice, buenas y santas?». Mi padre, que no tenía ese problema, se reía al escuchar unas preocupaciones tan peregrinas en su opinión. «Yo siempre le respondo con un sonoro y seco “buenas tardes” o “buenos días”, y va que chuta. Muchas veces ni le miro la cara de comadreja que tiene. Hago lo que él, desvío la vista a otra parte».

Pero aquel atardecer, como empecé contando, cruzó la plaza como una exhalación, con el rosario a medio rezar en una mano y una llave inglesa, que ignoro de dónde habría sacado, en la otra. Cuando llegó a la bolera y se encontró con las voces y aplausos de los jugadores, se plantó en jarras frente a ellos, enarboló la llave inglesa con gesto amenazante, y comenzó a vociferar como un poseso.

—¿Para qué tocan las campanas? ¿Podéis responder? ¿Aquí nadie escucha? Todo el mundo se queja de la sequía, todos venís y os lamentáis: «¡Ay, señor cura, qué va a ser de nosotros!». ¿Qué va a ser de vosotros? Os lo voy a decir yo: ¡el infierno! Eso es lo que os espera. La sequía es el castigo que os merecéis por impíos, inmorales y zopencos. Mientras unos rezamos el santo rosario e imploramos la lluvia con fe y piedad, otros estáis aquí, perturbando con vuestros alaridos nuestro recogimiento y divirtiándoos de manera irresponsable. Vosotros, vosotros con vuestros actos, habéis atraído al pueblo el espíritu del mal. Los héroes que en la reciente cruzada arriesgaron sus vidas para ahuyentar al Maligno alimentado por las hordas rojas estarán contemplando desde el cielo la inutilidad de su sacrificio. Cobardes, habéis traído otra vez al espíritu del mal a perturbar la paz de vuestros hogares. Ya no hay duda: Lucifer habita en este pueblo...

Todos se quedaron en silencio unos interminables segundos hasta que, cabizbajos, uno a uno fueron arrojando las bolas al suelo, y visiblemente atemorizados, fueron abandonando la bolera sin pronunciar una palabra. El relato de lo ocurrido en seguida corrió de boca en boca. Nadie daba crédito al hecho de que don Primo hubiese interrumpido el rosario a mitad de un avemaría para salir a abroncar a los jugadores. Los vecinos cruzaban como sombras de una casa a otra para contarse lo que había ocurrido en la bolera de Basilio. Algunas mujeres, que se habían quedado con el segundo misterio a medias, no paraban de hacerse cruces ante la posibilidad de que el diablo en persona, Lucifer, como le denominaba don Primo cuando se ponía trascendente, merodease por las calles y de noche descendiese por las chimeneas hasta las cocinas. Cuando al día siguiente Celsa vino a trabajar, estaba pálida y parecía un poco ida.

—¿Se siente mal, Celsa? —le preguntó mi madre apartándose de la frente un mechón de pelo que le tapaba los ojos. A diferencia de mi padre y yo, que teníamos el cabello claro, el de mi madre era negro. Arsenio solía bromear diciéndole que había heredado la melena de una gitana. Ella se reía y replicaba que cuando aprendiese a cantar coplas, la confundirían con Juanita Reina.

—Poco bien, poco bien. ¡Ay, Señor! Con todo lo que está pasando, ¿cómo quiere

que me sienta? Anoche no conseguí pegar ojo —respondió con voz lastimera Celsa. Luego, bajando mucho el tono, añadió—: No sé si sabe que Lucifer... bueno, Satanás, el diablo...

—Tonterías —interrumpió mi madre sin demasiadas contemplaciones—. No se crea esas cosas, mujer, no sufra. Pues no habrá de tener Lucifer otros asuntos que hacer que venir a este pueblo a complicarle la vida a la gente. Ande, si se siente mal, regrese a casa y acuéstese. Ya hará la faena otro día. Y si no quiere volver a casa tan pronto, vaya a la huerta y haga lo que pueda. Le sentará bien el aire exterior. La salud es lo primero. ¿Quiere un poco de café? Seguro que le sentará bien.

—No, no. Las tripas no me admiten nada. Ya le he dicho que anoche no pude dormir. Para mí que anduvo correteando por el tejado. Feliz de usted que...

No terminó la frase. Agachó la cabeza y se fue al cuarto donde se guardan los aperos. Doña Esther, mi maestra, llevaba una semana enferma y como los niños de mi curso no teníamos clase, yo aprovechaba para dormir una hora más. Escuché la conversación entre Celsa y mi madre mientras hacía los ejercicios de aritmética que me había dejado mi padre antes de salir para el monte. El tono asustado y lastimero de Celsa, que tenía una voz chillona y desagradable, me intrigó en seguida. Y más cuando escuché que hablaba de Lucifer. Hasta ese momento apenas había oído aquel nombre, pero al oírlo con el dramatismo, el énfasis y el temor con que Celsa lo pronunciaba, empezó a temblarme la mano y los rasgos de la caligrafía que entre operación y operación estaba ensayando se transformaron en garabatos imprecisos. ¿Quién había correteado por el tejado de su casucha, el diablo?

Cuando terminé los deberes y salí a la huerta, un estremecimiento me recorrió el cuerpo. Aunque desde que di el estirón el verano anterior ya era tan alto como ella —ya le llegaba al hombro a mi padre, que era uno de los hombres de más talla del pueblo— y estaba seguro de que yo corría mucho más rápido, sobre todo desde que estaba coja, su cercanía me inspiraba miedo. Encontrarme a solas con Celsa solía atemorizarme, pero aquel día el miedo que me provocaba era aún mayor. Cuando estaban mis padres delante ignoraba mi presencia, pero en cuanto me hallaba a solas frente a ella, comenzaba el asedio de sus preguntas y advertencias siniestras. «Así que no vas a misa, ¿eh? ¡Hay que ver lo que son algunas madres dejando que criaturas inocentes se condenen al fuego eterno!». Los escalofríos me impedían salir corriendo, aparte de que Celsa ejercía sobre mí una influencia contradictoria: me repelía su aspecto, su forma de expresarse, su proclividad a infundirme miedos, pero al mismo tiempo su actitud esotérica despertaba en mí una curiosidad que me atraía como si se tratara de un poderoso imán. Tanto que guardaba el secreto más absoluto de las cosas que me decía, incluidas las críticas a mi madre.

Estaba arreglando el alcor de un tamarindo que mi abuelo, ya fallecido, había traído de Cuba en su último viaje. Era un arbusto raquítico y achacoso que la familia, especialmente mi madre, conservaba como un icono de la memoria de su padre. Cuando me vi frente a ella me quedé parado sin saber qué hacer. Aquella mañana

tenía el pelo incluso más desgreñado y sucio que de costumbre y la cara pringada de chorretones de sudor que remarcaban aún más los surcos de sus arrugas. Siempre vestía de negro, con muchas prendas encima unas de otras como si quisiera protegerse de un frío imaginario, y llevaba un pañuelo en la cabeza que sólo se quitaba para trabajar. Celsa, al verme allí plantado, levantó los ojos legañosos que tanto me asqueaban y murmuró en tono casi inaudible, seguramente para que mi madre no la oyera: Lucifer, el diablo, anda por el pueblo, ¿no te lo han dicho? Algunos lo llaman Lucifer, otros Belcebú, pero es el diablo, el demonio. Ese sí sabes quién es, ¿verdad? Siempre es el mismo, el que nos tienta hasta arrastrarnos al infierno. Eso sí lo sabes...

—¿Lucí... Lucifer...? —acerté a balbucear con voz temblorosa.

—Sí, el diablo, Satanás. Tiene muchos nombres. Anda por ahí, ocultándose para hacer de las suyas. Lo ha dicho don Primo. Y cuando el señor cura dice una cosa así, es porque es verdad. Anoche se ve que anduvo dando vueltas por algunas calles y nadie consiguió dormir. La gente está asustada. Algunos le sintieron pisar y otros se despertaron en pleno sueño con los pelos de punta sin saber qué les estaba pasando. Yo le he pedido a don Primo un poco de agua bendita y la guardo en un frasco por si se acerca. En cuanto llegue a casa rociaré con ella las ventanas. Pensé en salpicar un poco en el dintel de vuestra puerta, pero si se entera tu madre seguro que me echa, porque, que Dios la perdone, ¡tiene un genio!

Dio unos golpes con la azada en la tierra y, sin levantar la cabeza, exclamó con un profundo suspiro:

—¡Ay, Señor misericordioso, no nos abandones!

Estaba petrificado frente a ella y, al oír su invocación, sentí como un estremecimiento me recorría la espalda y descendía por las piernas hasta los dedos de los pies. No recuerdo cómo conseguí sacar fuerzas de los puños que mantenía agarrotados, pero cuando observé que Celsa se erguía, miraba al cielo con aire de desesperación y dejaba caer la azada para santiguarse, eché a correr para refugiarme en la cocina, donde mi madre trajinaba en la preparación del almuerzo. Tardó unos minutos en percatarse de mi presencia silenciosa, pero algo extraño debió de observar en mi cara porque de pronto me preguntó alarmada:

—¿Qué te pasa, Nacho? ¿Estás enfermo? ¿Te sientes mal?

—¡Nooo...! —respondí sacando fuerzas de un pecho que a duras penas lograba sujetar los latidos desenfrenados de un corazón que amenazaba con reventar en pedazos.

—¿Por qué no te vas a dar una vuelta, eh? Anda, acércate a la escuela y pregunta cómo se encuentra doña Esther. Igual tienen alguna noticia sobre la reanudación de las clases. Si no se cura pronto, tendrán que poner a una sustituta.

En el parque, polvoriento y sembrado de hojas secas que nadie recogía, unos obreros contratados por el ayuntamiento estaban armando una tribuna de madera. Los guardias municipales mantenían acordonada una zona para que los niños no nos

acercásemos a entorpecer el trabajo. El barquillero, que hacía su negocio a la hora del recreo, estaba indignado. «Cuando vengan a cobrar los arbitrios...», le escuché rezongar. Pero entonces yo no sabía qué eran los arbitrios. Pedro, el hermano mayor de mi amigo Juan Luis, me dijo que estaban preparando el escenario para recibir al gobernador, a quien se esperaba en visita oficial.

—Es la primera vez que viene y uno de los primeros pueblos de la provincia que visita, ¿sabes? Nos lo ha dicho el delegado del Frente de Juventudes. Va a desfilar mi centuria con estandartes y cornetas. Será la encargada de rendirle honores. Ya hemos empezado a ensayar. A ti no te deja tu padre ser del Frente de Juventudes, ¿verdad? Me lo ha dicho Juan Luis. Pues es una pena. Se pasa bien. Juan Luis ya está con los flechas, ¿no te lo contó? Está aprendiendo a tocar la bandurria para incorporarse a la rondalla. Cualquiera día le harán jefe de escuadra.

Noté como me subía el calor hasta la frente y, cuando intenté respirar profundo, para alejar la sensación de temblores que me estaba invadiendo, sentí que el aire se me quedaba atragantado entre las anginas. Unos niños que jugaban a nuestro alrededor a policías y ladrones me empujaron de manera desconsiderada y aproveché para alejarme. Los carpinteros habían interrumpido su trabajo para almorzar y Pedro estaba acercándose al estrado todavía sin concluir.

Mi madre había preparado macarrones con chorizo, uno de mis platos preferidos, pero apenas los probé. Sentía náuseas, me dolía la cabeza y notaba dificultades en la garganta para hablar. Por más que intentaba pensar en otra cosa, seguía dándole vueltas a las palabras de Celsa y en cuanto me acordaba de mis amigos, me embargaba la rabia, una rabia rayana en odio hacia mi padre, por no poder afiliarme al Frente de Juventudes, acudir a un campamento en el verano y por las tardes ir al hogar y aprender a tocar la bandurria, como Juan Luis.

Pasábamos mucho tiempo en la cocina, pues a diario comíamos y cenábamos en ella. La casa era grande, pero había espacios que apenas pisábamos. El comedor, que solía estar húmedo y triste en la penumbra en que permanecía semanas enteras, sólo lo usábamos cuando teníamos invitados. La cocina era amplia y luminosa. El mobiliario era sencillo pero práctico y cómodo. Un aparador que cubría todo el paño de la pared de la derecha para el utillaje, un fogón de leña con la chapa de hierro, una caldera para el agua caliente y, enfrente, un escaño con mesa abatible donde comíamos y a veces mi padre echaba después una breve siesta recostado en los cojines que mi madre esponjaba previamente.

—Te noto pálido desde esta mañana. ¿Tendrás fiebre? A ver, saca la lengua. Algo debió de hacerte daño. ¿Te duele la barriga? Voy a prepararte una taza de manzanilla. ¿Tienes ganas de devolver?

Negué todo con la cabeza mientras daba vueltas a lo que me había dicho Celsa y a la sombra negruzca del diablo, que se había fijado en mi imaginación asomándose a las ventanas para raptar niños y llevarlos entre sus garras al infierno. Pero sobre esos temores, que eran los que verdaderamente me desasosegaban, no me atreví a

comentarle nada a mi madre. Había cuestiones sobre las que su ternura se transformaba en explosiones de ira. Intuía además que si se enteraba de lo que me había contado Celsa, no querría volver a verla por casa y ella seguramente se vengaría haciendo saber al demonio que nosotros no íbamos a misa ni rezábamos antes de dormirnos para que viniese por la noche a asustarnos. En cambio sí le hablé de la visita del gobernador.

—En el parque están poniendo un estrado para recibir al gobernador. Van a cubrirlo de ramas y flores.

—¿Flores? —preguntó mi madre con voz de sorpresa—: ¿Y dónde van a buscar flores este año? Como no las pinten... bueno, si se trata del gobernador, sí, las pintarán. —Hizo una pausa mientras colocaba una cazuela en su sitio y, mirándome muy seria, prosiguió—: Por cierto, ¿no te dijeron a qué viene el *señor gobernador* al pueblo?

—No. Van a desfilan los del Frente de Juventudes. Me lo ha dicho Pedro, el hermano de Juan Luis. Ya se están entrenando. Va a debutar la banda de cornetas y tambores. Y las niñas de la Sección Femenina van a bailar vestidas de aldeanas.

—¡Ah, sí!

—Sí. Irá la gente a recibirle.

El olor de la manzanilla humeante estimulaba las ganas de vomitar que sentía. Me eché hacia atrás en la silla y, mientras intentaba disimular las arcadas, añadí:

—Juan Luis ha entrado en el Frente de Juventudes, de flecha. Todavía no tiene uniforme, pero se lo van a regalar los padres para Reyes. Pedro me ha dicho que es muy bonito. A mí... también me gustaría aprender a desfilan. En el verano irán a un campamento cerca de la plaza y el instructor les enseñará a nadar.

Se quedó clavada en el sitio. El mandil que le colgaba del cuello casi le llegaba al suelo. Me miró unos instantes con la cara enrojecida y los ojos amenazando con saltarle fuera de las órbitas. Cuando rompió a hablar, su voz, habitualmente dulce y pausada, adquirió un tono amenazador como pocas veces le había escuchado.

—Pero ¿qué tonterías estás diciendo? ¿Quién te mete esas cosas en la cabeza? En el Frente de Juventudes, en la Falange, ¡por Dios no le digas nada a tu padre! Menudo disgusto le ibas a dar. Ni a tu padre ni a nadie; no hables de eso con nadie. Nosotros no compartimos esas ideas ni vamos a colaborar con quienes intentan imponerlas. Bastante hacemos con estar callados. No digas a nadie tampoco que yo te he dicho que no, si no quieres que vengan y nos lleven presos a todos, ¿me entiendes? Anda, si no vas a comer, tómate la manzanilla, te cepillas los dientes y vas a jugar un rato con los otros niños si quieres. Cuando vuelvas, leemos un libro juntos. Un día de estos iré a la librería de doña Amelia y te compraré unos nuevos de la colección Pulga que tiene en el escaparate.

Hacía un calor denso y pesado aquella tarde empeñada en mantenerse estival, a pesar de estar bien entrado ya el otoño. La tierra endurecida imposibilitaba que los agricultores realizasen las labores propias de la estación. En los campos agostados no

había cosechas para recoger. Los hombres deambulaban por el pueblo sin saber cómo ocupar el tiempo, salvo en mirar a lo alto, intentado escudriñar la entrada de alguna nube por el horizonte. Los rumores más variados, estimulados por la inactividad, el rugir de tripas vacías y la preocupación colectiva que creaba la sequía, corrían de boca en boca. Los últimos especulaban en torno a una cacería que varios furtivos ilustres habían realizado en la reserva el fin de semana con la vista gorda cómplice de las autoridades. Incluso se citaba en voz baja el apellido de un general de gran notoriedad durante la guerra. La gente hablaba, forjaba nuevas versiones de los hechos y los hacía crecer como si se tratase de una bola de nieve, pero sin entrar en el fondo. Algunos hasta justificaban que los generales victoriosos tuviesen licencia para cazar en terrenos prohibidos ante la indignación contenida de mi padre.

—Si los animales van a morir de sed y hambre, como se están muriendo, mejor que alguien los mate y se los coma antes, ¿no os parece? —sentenció Rebastiano, el barrendero, hombre que a pesar de la modestia de su oficio contaba con cierto predicamento entre los mayores que se paraban en la acera a verle maniobrar con el carrito de la basura, sin que nadie le replicase que las leyes deben ser respetadas por todos sea cual sea su condición.

También corría en voz baja entre partida y partida por los veladores del Café Brasil la noticia de que los guerrilleros y la Guardia Civil habían tenido un enfrentamiento a tiros para la parte del Cantábrico, pero al parecer todos los emboscados, como se les conocía más coloquialmente, habían logrado escapar. Ricardo, el encargado del fielato, se echó para atrás en la silla, contempló un momento con desdén el abanico de cartas que acababan de servirle y, acampanando la voz con el fin de que le escuchase todo el mundo, apuntó su solución para acabar con los grupos de resistentes republicanos que intentaban en los montes desestabilizar al Régimen.

—Esto lo arreglaba yo en una semana metiendo el ejército. Sueltas por el monte unos días a una compañía de la Legión con Millán Astray al mando y el tuerto se los merienda a todos. Fin de la historia, ni atracadores ni hostias en vinagre.

—Habla bien, coño, que no cuesta un carajo y quedas cojonudamente —se oyó una voz aflautada al fondo.

—Venga, venga, jugar y callar de una vez. Si os oye don Primo hablar así, es capaz de venir con la pistola y clausurar el café. Huevos para hacerlo ya sabéis que no le faltan —intentó cortar sin éxito Ricardo.

—¿Tiene pistola el cura? —preguntó en tono extrañado Lalo, el barbero.

—Tiene varias. Ese no se priva de nada. Lo dijo una vez en el sermón —respondió Antonio, *el Manco*.

—Ya enseñó alguna. El otro día corrió a tiros a unos mozos que estaban jugando a los bolos durante el rosario —recordó exagerando los hechos Julián, el cartero.

—Don Primo estos días tiene bastante con perseguir al diablo. Ayer dijo que anda por el pueblo y hay muchas viejas, y otras no tan viejas, que se lo creen, no vayáis a

pensar —comentó Ricardo—. Pero volviendo al asunto, es verdad, hombre: el Gobierno debería hacer algo para acabar con esa gentuza. Hoy atracan aquí, mañana roban allá, otro día asaltan el coche de línea... Dicen que quieren la democracia, mierda de democracia. Ellos lo que quieren es dinero y armas. La política les importa un cojón. Saben que nunca se ha vivido más tranquilo que ahora y que la gente está contenta. Ayer lo estuve comentando con el comandante provincial de la Benemérita, que paró en el fielato, ya sabéis, a llevarse algo del decomiso.

Ricardo dio una calada profunda al cigarro.

—Los guardias están hasta el tricornio —prosiguió—. Tres años de guerra, los rojos que se rinden porque ya no tenían ni una granada para defenderse, y ¿para qué? ¿Para que sigamos sin poder vivir en paz plenamente? ¿Para que esa banda de asesinos siga dándonos sustos cada madrugada? Esto habría que hacérselo saber al Caudillo. Él lo arreglaba rápido. Recordad cómo se las tuvo tiasas a Hitler en Hendaya, y eso que el Führer era duro de pelar.

—A Hitler y a los otros —remató el Manco—. El gallego es bajito, pero los tiene mejor puestos que el caballo de Espartero.

Aquella tarde el sol cayó muy temprano y arrastrado por una brisa inusual el polvo del campo reseco impregnó las calles de una neblina cegadora. Don Primo, que según las malas lenguas perdía el control de sus nervios con el viento, dio dos vueltas a la plaza mirando a un lado y a otro con los ojos desorbitados en espera de que llegara el sacristán. Como se demoraba, se arremangó la sotana hasta la cintura y él mismo trepó por la escalera de madera al desvencijado campanario, asió la cadena de la campana mayor, reservada sólo para repicar en las grandes fiestas, y comenzó a tocar con verdadera rabia hasta que el brazo derecho empezó a resentirse de la vieja artrosis que venía sufriendo. Algunas personas que se empeñaban en taponar las resquebrajaduras de las ventanas se asustaron al oír un estruendo de campanas tan insólito y acudieron a ver qué ocurría. El cura los miró desde lo alto y en unos instantes pasó de la ira a la devoción, combinando un instintivo corte de mangas con la señal de la cruz.

En pocos minutos se llenó la iglesia, sobre todo de mujeres que acudieron corriendo. En las carreras hacia el templo se escucharon comentarios escalofriantes:

—Don Primo está tocando a rebato para ahuyentar al diablo —gritaba una campesina levantando las faldas para impedir que se le enredasen entre los pies.

—Señor, Señor, no nos abandones... Ten piedad, Señor —imploraba otra al tiempo que se ataba la mantilla negra a la garganta.

En el café, sin embargo, nadie se inmutó ante el pánico que el cura acababa de provocar. Antonio, el Manco, mutilado de guerra y usufructuario de una paga que despertaba frecuentes envidias, levantó el muñón que le había quedado de su brazo izquierdo y, señalando la torre de la iglesia, comentó:

—Esta campanona no espanta al diablo ni que cien años repique... Dios, ¡qué mal temple tiene! Ahora no saben fundir. Tiene hoja hasta en el badajo. Este pueblo no

volverá a tener unas campanas como las que tenía. ¡Qué cabrones!

—Ya —intervino Ricardo—, el día que se las llevaron, ¿os acordáis?, los rojos sabían lo que se llevaban. Decían que las querían para fundirlas y hacer proyectiles. A cuánta gente de orden no habrán matado con ellos esos hijos de puta.

Don Atilano, el auxiliar de la notaría, como tenía que mantener abierto el despacho hasta las seis, llegó cuando ya estaban completadas todas las partidas. Solía ocurrirle, lo cual le contrariaba de forma muy visible. Oteó las mesas ante la indiferencia de los parroquianos y tras comprobar que todas estaban ocupadas, se acercó a la barra, donde se amontonaban las tazas del café sin lavar, pidió media botella de vino y en seguida emprendió conversación con el único tertuliano que permanecía de pie, Antonio, el Manco.

—¿Un vaso, Antonio? —le invitó.

—Un poco pronto para tintear, ¿no? Pero, en fin, echa un poco. Ya que agua no tenemos... —aceptó—, beberemos vino.

—Acabo de terminar una escritura que me tuvo concentrado toda la tarde y no me he enterado de lo que está pasando. Parece que el pueblo anda algo revolucionado. Antes escuché echar fuego las campanas. ¿Has oído ese cuento del cura de que anda por ahí el diablo, que le han visto saltando de tejado en tejado? —preguntó.

—No se habla de otra cosa. En casa tengo a la abuela muerta de miedo. Sí, lo ha dicho don Primo, al parecer. No sé en qué se fundamentará. Yo creía que estas cosas de demonios, espíritus y apariciones eran historias de viejos para entretenerse en invierno alrededor de la lumbre, pero se ve que siguen dando que hablar —respondió Antonio.

—Historias, historias... ¿Y qué van a ser si no? Yo creo que este cura que tenemos anda un poco majareta, ¿no te parece? Como se le caliente la cabeza... En fin, bien está que haya orden y respeto, que cada vez escasea más a pesar de la derrota de la anarquía, pero salir ahora con estas cosas...

—Ya. Anda, que si yo te contase. El mundo se puso del revés con el siglo y no hay quien lo enderece.

Mi padre, que conservaba con muchas dificultades el negocio de maderas familiar, regresó muy cansado del monte, donde la cuadrilla de obreros que tenía contratada estaba haciendo una tala de robles que, según nos había contado la víspera, estaba resultando más dificultosa de lo que habían previsto. Traía la cara sucia del sudor y el polvo y en la oscuridad del anochecer impresionaba verle.

—Parece que vienes de la mina —le espetó mi madre como saludo.

—Ya —respondió escuetamente.

Me pidió que le ayudara a descalzarse las botas y observé que uno de los pies lo tenía sangrando. No recuerdo si había visto sangre con anterioridad, pero había leído hacía poco un relato en el que un explorador en África moría como consecuencia de un pie gangrenado, y verla manar a pequeños borbotones del dedo gordo de mi padre me impresionó. Aparté la vista y escuché a mi madre exclamar:

—¡Ay, cómo tienes los pies! Espera, espera que te eche un poco de agua oxigenada. Hay que desinfectarlos ahora mismo. ¿Cómo te arreglaste?

—Pues caminando monte arriba. Saltando entre las peñas. Hay que hacer una senda para bajar la madera y estuvimos tu hermano y yo dándole vueltas al bosque para ver por dónde va a resultar más fácil. Por cierto, cuando bajaba pasé cerca de aquella casucha donde vivía Celsa y me pareció que está medio derruida. Ya no vive allí, ¿verdad? Es un sitio muy siniestro.

—No. Ya no —respondió mi madre—. Hace unos meses que la abandonó. Al parecer se estaba cayendo; no sé qué historias de las tuyas me contó y se fue a vivir a una casita, también muy sombría, que hay cerca del molino, al otro lado del río. Decía que allí tenía miedo y en eso creo que razón no debía faltarle, porque además de lo sombrío y tétrico que es aquel sitio, como acabas de observar, al día siguiente de marcharse al parecer el tejado se hundió solo.

—Menos mal que no la cogió dentro —dijo mi padre.

—Sí. Ella dice que fue san Ramón quien la libró.

—¿Y por qué san Ramón precisamente? —preguntó mi padre con escaso interés.

—Porque un hijo que se le murió al nacer iba a llamarse Ramón. Ella tira de santos y vírgenes con una variedad asombrosa. Para las cosas buenas siempre tiene a mano un benefactor celestial y para las malas, un culpable infernal de la familia del diablo, de la que habla como si se tratase de la suya propia. El diablo la trae a mal traer. Decía que la visitaba por las noches, que le hacía burla por las ventanas, que no la dejaba dormir. Ya sabes cómo es. Da más miedo oírle a ella que encontrarse con el propio diablo.

—Sí, la verdad es que el día que la cogimos para trabajar aquí no se puede decir que hiciésemos una buena elección, no. Será una persona excelente, pero a mí cada vez me da peor espina —corroboró mi padre.

—Y eso que tú no tienes que aguantarla todas las mañanas. Hay días que se pone insoportable, siempre con sus historias misteriosas, con sus demonios particulares... ¡Cómo le gusta complicarse la existencia a la mujer! Aunque la verdad es que al mismo tiempo me da pena. No tiene a nadie. ¿Adónde va si nosotros prescindimos de ella? Pobre mujer, me digo a veces, todo el mundo tiene derecho a vivir. Pero, sí, reconozco que me pone a menudo enferma de los nervios. Hoy estaba que ni te cuento, con todos esos rumores que ha sembrado el cura sobre el diablo. Ella está convencida de que es cierto que Satanás anda por ahí buscando niños para cogerlos de los pelos y llevárselos por las chimeneas vivos y embadurnados de hollín al infierno.

—Lo que nos faltaba... —murmuró mi padre mientras se envolvía con una gasa el pie herido.

—Habla mucho con don Primo, porque son tal para cual, y don Primo le acaba de calentar la cabeza. Hoy andaba pasando lista a la gente del pueblo para ver en qué casas pernocta Lucifer, como lo llama ahora al diablo en plan finolis. Tanto me hartó

que acabé por decirle: «¿Por qué se preocupa tanto, mujer? Olvídese del diablo ya. En una de estas se quedó a vivir en la casa donde vivía usted antes». Eso le dije intentando desdramatizar la cosa. «Porque aquella historia que me contó del tejado que se hundió y no sé cuántas cosas más era muy extraña, ¿no le parece? Ande, tranquilícese y no se crea todo lo que le dicen».

Escuchando a mi madre, con la boca semiabierta y la mirada perdida en el vacío que se adivinaba tras la oscuridad de los cristales de la ventana, sentí que la cocina empezaba a dar vueltas a mi alrededor. Cené algo intentando vencer las arcadas y unos minutos después, lo devolví. Cuando mi padre me llevó a la cama agarrado por la cintura, temblaba como una hoja.

III

«ESTE CURA ME DA MUY MALA ESPINA»

Como era víspera de primer viernes de mes, Celsa llegó un poco más tarde de lo habitual. En realidad nadie le controlaba el horario de trabajo, pero ella era cumplidora y cuando se retrasaba siempre procuraba dar explicaciones. En el porche de entrada se cruzó con mi padre, que todavía cojeaba un poco, y quería pasar por la farmacia antes de subir al monte, para que don Enrique le diera algún desinfectante para el pie. Caminaba un poco encorvado y sin ocultar las molestias.

—Buenos días —saludó secamente.

Mi padre, que no era hombre hablador, siempre evitaba entablar conversación con Celsa. «Una bruja de siete suelas —solía decir de ella—; una bruja, eso es lo que es».

—Buenos días nos dé Dios —respondió la mujer con voz sofocada—. Vengo un poco más tarde porque las vísperas de los primeros viernes de mes ya sabe su mujer que paso antes por la iglesia para arreglar un poco el altar del Sagrado Corazón. Quería haber llevado unas flores pero no las encontré. ¡Todo está seco y reseco! —exclamó con un suspiro. Luego, sin esperar respuesta alguna de mi padre, que se palpaba los bolsillos en busca de la cinta métrica que necesitaría en las cortas, prosiguió—: Porque los primeros viernes, como mañana, siempre comulgo. Es el día del Señor. Su mujer ya lo sabe de otras veces.

—Ya, ya —rezongó mi padre sin mostrar el más mínimo interés al tiempo que echaba a andar hacia la carretera.

—Por la tarde iré a confesar. Estoy haciendo una novena especial de primeros viernes... —se apresuró a añadir Celsa como si les hablase a las golondrinas que revoloteaban en los aleros.

Mi padre ya no la escuchaba ni hizo ademán alguno de mirar hacia atrás cuando rebasó la cancela de hierro entreabierta. Yo estaba asomado a la ventana del piso alto, escuchando la conversación sin que ellos se diesen cuenta de mi presencia. Me había despertado de buen humor, pero cuando reparé en la cojera de mi padre y recordé

cómo le sangraba el pie por la noche, me invadió la angustia. La sangre me producía una fuerte desazón. Y en pocos instantes pasaron por mi mente decenas de negros presagios. De pronto me vino a la imaginación un flash de mi padre caminando apoyado en una muleta y comencé a temblar. No quería ver a mi padre impedido, teniendo que moverse con una muleta como el telegrafista, que no apoyaba el pie izquierdo en el suelo, ni como Tonino, el hojalatero, que tenía una pata de palo y las pasaba canutas para subirse a los tejados a arreglar los canalones.

—Cuelgue esa ropa ahí fuera a ver si termina de secarse y con el sol se orea un poco, que huele a tabaco que apesta —escuché que mi madre le encargaba a Celsa a través de la ventana de la cocina, donde trajinaba con los cacharros de la comida.

—Todo se seca menos lo que tendría que secarse rápido —respondió la mujer con la ropa de la colada en los brazos—. Esta maldición que pesa sobre nosotros acabará llevándonos a todos al cementerio en justo castigo por nuestro comportamiento. ¡Ay, Dios, perdónanos, que no sabemos lo que hacemos!

—Ande, Celsa, déjelo ya. No sufra tanto. Vaya y cuélguela ahora que el sol está suave y no la dejará tan áspera. ¡Ah! Procure que no se vea desde la carretera, que hace muy feo. Además, que nadie tiene por qué saber qué prendas interiores usamos. Y, ya le digo, mujer, despreocúpese. No se martirice. ¿Usted qué pecados comete? Como se confiesa a menudo seguro que ya los tiene perdonados y requeteperdonados todos —intentó tranquilizarla sin éxito mi madre.

—¡Ay, señora! El último día que me confesé, la semana pasada, el sacerdote me puso siete rosarios de penitencia, así que algo habré hecho. Nunca me había puesto tanto. Cuando son pecados veniales, sólo pone avemarías.

Y se marchó huerta adentro a tender la ropa. Unos abejorros zumbando entre los árboles rompían el silencio que se hizo en el entorno de la casa. Hacía varias horas que no pasaba un coche por la carretera. Estaba colgando las últimas prendas cuando asomó del otro lado la figura inconfundible de don Primo con su sotana raída y el periódico *Ya* bajo el brazo. Cosa extraña en él, esa mañana iba descubierto.

—Buenos días nos dé Dios, don Primo —le saludó con gesto radiante Celsa, que se hallaba medio oculta entre las sábanas recién tendidas—. ¡Qué temprano verle por aquí!

—Santos y buenos. ¡Ah, eres tú, Celsa! Bien, bien... Te vi esta mañana arreglando la iglesia. Muy bien. El Señor te lo premiará. Imagino que mañana volverás a comulgar y a seguir con tu novena de primeros viernes, ¿verdad? Ya te deben de faltar pocos. ¿Cuántos llevas?

—Me faltan seis, don Primo. —Contó unos instantes con los dedos y, mostrando la mano abierta, ratificó—: Sí, el de mañana y otros cinco. Termina en abril si Dios me da salud para llegar. ¿Cree usted que lo conseguiré, don Primo?

—¡Claro! —respondió taxativo el cura.

—Y el Maligno, don Primo, ¿sigue amenazando nuestra virtud? Yo tengo mucho miedo —reaccionó la mujer con labios temblorosos.

—Siempre, Celsa, siempre. El Maligno siempre acecha a las almas piadosas. Por eso hay que rezar y no desfallecer. Satanás es capaz de cualquier cosa, pero con la oración no puede. Es el antídoto. Los que asistís a misa y rezáis nada tenéis que temer —la tranquilizó el párroco, lanzando una mirada de elocuente desaprobación hacia la casa.

Don Primo hizo una pausa para que Celsa asimilase su mensaje tranquilizador, levantó la vista un instante hacia la ropa recién colgada, y prosiguió:

—Voy a visitar a doña Esther, la maestra, está malita la pobre. Lleva días sin dar clase.

—¿Tan mal está doña Esther? —se sobresaltó Celsa, cuya aprensión metabolizaba en seguida los males ajenos—. ¿No iré a ponerle la extremaunción?

—No, no. Grave no está todavía. Sólo voy a ver si necesita algún auxilio espiritual que la ayude a sobrellevar el dolor. Hace más de una semana que está en cama y no le encuentran lo que tiene. Temo que deban llevarla al hospital y... del hospital —don Primo movió la cabeza—, ya se sabe, al cementerio basta un saltito.

—¡Ay, Virgen Santa, dónde vamos a ir a parar todos! —se lamentó Celsa sin dejar de sujetar con pinzas de madera las prendas cuyo tamaño más reducido volvía más vulnerables a una esporádica ráfaga de viento.

Entre ellas había algunas prendas interiores nuestras: calzoncillos de mi padre y míos, y bragas y sujetadores de mi madre entremezclados con toallas, paños de cocina y calcetines. Cuando de pronto don Primo se percató, dio un paso atrás, hizo ademán de tapan la visión con las manos, y exclamó:

—¡Celsa!, ¿qué estás haciendo? ¿Cómo cuelgas esa ropa obscena a la vista de la gente? Es una incitación a la delectación morbosa, al pecado de la carne, al... —No terminó. Sacó un crucifijo del bolsillo de la sotana y lo besó tres veces para alejar de sí los malos pensamientos y, de otros transeúntes, pecaminosas tentaciones.

—Don Primo, yo... —intentó disculparse Celsa—. A mí tampoco me gusta. En nuestra tierra, en la suya y en la mía, estas cosas no ocurren. La ropa interior se seca dentro de casa, al calor de la lumbre. Usted ya sabe que allí estos detalles se miran más. Hay más piedad y más respeto. En este pueblo no hay libertad, hay libertinaje.

—Así es, Celsa, así es. En nuestra tierra, en el Reino de León y en Castilla, porque yo también llevo a mucha honra ser cazurro, y si se creen que me molestan van apañados, pues, como te decía, en nuestra tierra las cosas son diferentes. Aquellos son pueblos sanos. La gente comete pecados, porque el pecado es consustancial al ser humano, que nace con el mal dentro y no siempre resiste las tentaciones diabólicas, pero por lo general son pecados veniales que se perdonan fácilmente con la confesión, el arrepentimiento y la penitencia. Aquí es otra cosa. Estos pueblos del norte están impregnados de vicio. Para mí que es la proximidad del mar. El confesionario es un horror... La gente es mala, mala a rabiar, perversa a menudo. —El párroco hizo una pausa, sacó un paquete de tabaco y el librillo de papel del bolsillo de la sotana y mientras liaba un cigarro con buen arte entre los dedos

amarillentos, prosiguió—: Ya lo decían los viejos de cuando yo era pequeño: «Los de por allá arriba, poco fieles y malos cristianos», y estaban en lo cierto. No hay vocaciones, escasea la fe, les da igual vagar durante la semana y trabajar los días de precepto.

—Tiene razón, don Primo. Lo malo es que vamos a pagar justos por pecadores. Bueno, le dejo que el ama —miró de soslayo hacia la casa— igual me riñe. Ya sabe cómo es; ahí dentro, ni fe, ni oración, ni un mal crucifijo colgado en los dormitorios. Y misas, ya ve, ni el niño va... Le enseñan para el infierno, don Primo. En fin, le diré que esta ropa, a la vista de todos, es un escándalo y lo más llamativo procuraré colgarlo dentro.

—Ocúltalo si no detrás de las sábanas. Todas esas piezas provocadoras, ya me entiendes, las bragas y los sostenes hablando mal y pronto, que no se vean desde la calle. Hay que evitarle a la juventud todo lo que pueda incitar malos pensamientos, aunque en este pueblo dudo que eso sea posible.

—¡Ay, don Primo, si yo le contara! No hay respeto...

—Lo sé, Celsa, lo sé. Y esta familia —bajó la voz y movió las cejas hacia la casa—, de lo peor. Él ya estuvo detenido una temporada por actividades subversivas... Rojo perdido y masón sin logia. Un sujeto peligroso. La Guardia Civil le tiene bajo ojo y cualquier día... —Mientras hablaba se iba acercando al muro y bajando más el tono. Ella también se acercó y siguieron cuchicheando un buen rato. Cuando se despidieron, Celsa elevó de nuevo la voz y le dijo:

—Descuide, don Primo, descuide. Estaré atenta. Y si hay algo que no debe saberse, se lo cuento bajo secreto de confesión.

Don Primo se dio la vuelta, y apenas había caminado cuatro pasos, se giró y preguntó en tono condescendiente:

—Por cierto, Celsa, ¿de qué pueblo del Páramo me has dicho que eres?

—Es muy pequeño, don Primo. No viene en los mapas. En línea recta por el campo me han dicho que está a siete kilómetros del suyo. Es un pueblo muy religioso. Cuando yo era pequeña, todos los otoños salían para el seminario cuatro o cinco niños. Yo también tengo un primo sacerdote, bueno, fraile. Está en un convento en la Rioja. Un santo, don Primo, un santo. Lo suyo es rezar y ayunar... Ni un mal pensamiento...

—¡Ah, ya! Aquella es gente buena, sí. Piadosa, sin maldad, observante. En todas las familias surgen vocaciones. Aquí, en cambio, lo que menos les preocupa es estar bien con Dios y tener su alma a salvo. Sólo piensan en la partida y en la cosecha que han perdido. Ahora, que le están viendo las orejas al lobo, vienen cariacontecidos a lamentarse: «Señor cura, que no llueve, que los campos se agostan, que el maíz se ha malogrado y las patatas no han devuelto ni la siembra, ¿qué hacemos?». ¿Qué hacemos, qué hacemos? Ya no sé cuántos han venido a pedirme que hagamos rogativas. Y yo les digo: «Tú, ¿quién eres que no te conozco? Tú no pisas los domingos y fiestas de guardar por la casa de Dios, ¿verdad?». Pero no creas que se

inmutan. Sólo se acuerdan de santa Bárbara cuando truena. Ahora quieren rogativas, pero sólo habrá rogativas cuando yo diga, no porque les pete a ellos.

—Ya —musitó Celsa con aire pensativo. Atropellando un poco las sílabas y bajando de nuevo el tono, preguntó algo que seguramente quería averiguar desde el principio—: Y del diablo, don Primo, ¿qué se sabe? ¿Es verdad lo que dicen, que anda por el pueblo, que salta por los tejados?

—¡Y no ha de andar, Celsa! Con las cosas que están pasando, ¿te extraña? No olvides que el demonio es un ángel perverso que ha caído en la tentación. Cambió las alas de la inocencia por el rabo y los cuernos de la perversión, y en lugar de resplandecer con la belleza y la virtud, se ha vuelto negro y peludo como el pecado. Es malo, astuto y vengativo. En vez de hacer el bien, sólo persigue la maldad. Por lo demás, tiene una capacidad infinita para estar en muchos lugares al mismo tiempo, para aparecer y desaparecer disfrazado con diferentes aspectos, para tentarnos con lisonjas y para empujarnos al precipicio... El diablo no se limita a esperar en el infierno a los pecadores. Se infiltra entre los hombres, ¡claro! Seguro, Celsa, que tú lo has visto más de una vez... y no te has percatado.

—Sí, don Primo. Muchas veces. Y es horrible. Anoche soñé con él, pero como había confesado por la tarde y me cogió en gracia, se ve que no se atrevió a hacerme nada... Pasé mucho miedo. Escuchaba sus pisadas y los escalofríos me recorrían la espalda. Todavía los siento al recordarlo.

—Es inteligente, pero es malo y cruel. Le gusta el fuego, es su arma preferida, y tiente nuestra carne pecadora para luego arrojarla a las llamas y deleitarse viéndola arder y arder sin consumirse por toda la eternidad. Lo mejor, Celsa, para alejarlo, es el crucifijo. Ante la imagen del Crucificado, huye. Deberías llevar uno siempre contigo.

—Sí, don Primo...

Desde el interior de la casa, a través de la ventana abierta de la cocina, se escuchó la voz débil de mi madre.

—Celsa, ¿ha terminado ya?

—Ya voy, ya voy. Estoy hablando con don Primo —respondió la mujer.

—Me marchó, me marchó —se despidió nuevamente el párroco—. Te veré esta tarde en el rosario.

Contemplé a don Primo caminar a buen paso hacia las viviendas de los maestros y a Celsa regresar a casa con el balde de la ropa sujeto por el codo derecho. Parecía feliz después de la larga conversación con el cura. Yo en cambio tenía el cuerpo agarrotado y notaba que la habitación daba vueltas a mi alrededor. Evitando hacer ruido, abrí los cajones de la cómoda con la esperanza de encontrar un crucifijo para echármelo al bolsillo, pero no encontré rastro alguno de objetos religiosos. Enfrascado en la búsqueda no me enteré de la llegada de mi padre, que, siguiendo el consejo del boticario, había renunciado a subir hasta la ladera donde estaban realizando las talas. Fue mi madre quien me sacó del ensimismamiento ordenándome

con expresión agriada que bajase a comer.

—La comida está en la mesa, enfriándose por tu culpa —me recriminó viendo cómo me demoraba.

Al bajar la escalera, lejos de dejarme deslizar por el pasamanos como acostumbraba, sentí que las rodillas cedían y necesitaba agarrarme a la pared para mantenerme de pie. Cuando crucé la puerta de la cocina, escuché cómo mi padre le decía a mi madre:

—Estuvo por ahí el cura, ¿verdad?

—Sí, ahí estuvo media hora dándole palique a Celsa. ¡Menuda pareja! Dios los cría y ellos se juntan. Celsa cada vez está más pesada e insoportable con sus historias, sus miedos, sus misterios. A veces me pone enferma oírlos. Paso unas ganas de mandarla a hacer puñetas...

—Este cura a mí me da muy mala espina. Aparte de que está mal de la chaveta, de lo cual ya se empieza a dar cuenta la gente, no me parece trigo limpio. Creo que pronuncia unos sermones los domingos contra los rojos, que para él son todos los que no comulgan con el Régimen, que los suscribiría el propio Queipo de Llano. Para él el perdón no existe. Intoxica a la gente, perturba la convivencia, combate la reconciliación... Vamos, me parece a mí.

—Ya. Y tanto. El problema es... —mi madre hizo un gesto casi imperceptible hacia mí que yo capté al vuelo— que además siembra sospechas y malmete a unos con otros. Todo el mundo está pendiente de quién va a misa, de qué niños asisten a la catequesis, de quién hace la primera comunión, de quién se confiesa y quién comulga los domingos. Para muchos, nosotros somos los que no van a misa. Tengo la impresión de que la pesadilla que nos dejó la guerra no va a terminar nunca.

—Este cura ha venido a envenenar mucho el ambiente. ¿De dónde le habrán sacado? Está más preocupado por lo que hace la guerrilla que por la salud espiritual de los feligreses. En todo quiere meter el hocico. Como para fiarse de él en un confesionario. Me han dicho que se pasa los días metido en el cuartel de la Guardia Civil.

—He oído que ha puesto en la sacristía un taller de reparación de radios. ¿Será verdad? Dicen que le gusta mucho la mecánica —comentó mi madre.

—¿De reparación de radios, el cura? ¿Y qué coño sabe él de eso? Como para dejar una radio, con lo caras que son, en sus manos.

—Parece que sí, que hizo un curso por correspondencia. Incluso tiene un título colgado en la pared, entre cuadros de santos y ofrendas de beatas, de una academia que se llama Radio Maymo. Yo no lo he visto, que conste. Al parecer, en el pueblo donde estaba antes ya se dedicaba a esas cosas. Muy mañoso sí dicen que es.

—¡Qué barbaridad! ¡Qué cosas se oyen! Un cura dedicado a la electrónica, ¡hay que joderse! Pero si no hace mucho aseguraban que esas cosas son pecado. Primero niegan que la Tierra sea redonda y luego, ¡hala, a jugar con las ondas! Seguro que escucha conciertos celestiales por las noches.

Mi padre hizo una breve pausa para probar la sopa y en seguida preguntó:

—¿Y qué hace el reverendo?, ¿trabaja en plan profesional?, ¿le deja el Obispado?, ¿cobra por las reparaciones?

—Sé lo mismo que tú —respondió mi madre—. Una tarde escuché en la carnicería que venían de otros pueblos con radios averiadas para que las reparase. Y me lo confirmó Celsa hace unos días. Me dijo: «Ya no hay que mandar las radios a la capital, don Primo las arregla muy bien».

—Trataría de saber si tenemos aparato de radio en casa. ¡Menuda bruja! No le digas ni una palabra. Cuando se estropee la nuestra ya buscaremos dónde repararla. La llevaré a donde sea, pero el cura que no espere verme por la sacristía ni para cambiarle una lámpara. Como para fiarse. Yo estoy seguro de que además de estar loco es un delator. Me han dicho que la pareja ronda por aquí una noche tras otra. Deben de seguir pensando que mantenemos contacto con elementos de la resistencia. Vigilarán quién entra y quién sale y no me sorprendería que escuchen por las ventanas a ver si captan conversaciones, ni que el día menos pensado entren a registrar.

—Vete a saber. Aunque con esa gente todo es igual, hay que tener cuidado. No facilitarles las cosas. Cada vez que me acuerdo de los meses que estuviste preso, se me abren las carnes. No quiero pensar en volver a las andadas. Esto no cambia ni lleva camino de tener remedio.

Después de comer, mi madre y yo subimos caminando hasta la ermita de la Virgen de la Esperanza. Los últimos tramos de la senda eran empinados y estaban surcados de socavones que obligaban a cruzar continuamente de un lado a otro. Mi madre se cansaba, le costaba respirar y tuvo que sentarse varias veces a la orilla de la vereda. Una familia de gitanos había acampado detrás de la capilla. Tres o cuatro burros famélicos devoraban las hojas de los arbustos que resistían la sequedad en los alrededores. Delante de una de las tiendas, los rescoldos de la lumbre impregnaban el ambiente de un olor repulsivo a comida. Un enjambre de niños, algunos medio desnudos, se acercó con las manos extendidas pidiéndonos limosna. Mi madre, que no llevaba ni una moneda para darles, les sonrió e hizo un ademán inútil por acariciar la cabeza del más pequeño.

—Vosotros ¿no vais a la escuela? —les preguntó. Los dos mayores salieron corriendo y los otros nos siguieron con las manos extendidas y expresiones implorantes. Los adultos del campamento contemplaban la escena a una prudente distancia.

A mi madre, que pasaba la mayor parte del tiempo en casa, le gustaba de vez en cuando hacer pequeñas excursiones por los alrededores del pueblo. Le encantaban los lugares altos desde los que se divisaban panorámicas del río, los campos de cultivo, el casco urbano salpicado de casas destruidas por los cañonazos y, al fondo, la cordillera cuyos picos aparecían por vez primera desnudos de las nieves perpetuas que tradicionalmente exhibían los trescientos sesenta y cinco días del año.

Aquella tarde se asomó de manera casi furtiva a la verja de la capilla, se quedó unos instantes en silencio contemplando el altar, donde lucía una lámpara de aceite entre flores marchitas, y al darse la vuelta me contó que la ermita tenía más de cien años. Había sido construida con el legado de un emigrante que regresó muy enfermo de Cuba a morir en el pueblo. Antes de la guerra, todos los años se celebraba allí una misa, que se pagaba con el dinero sobrante, seguida de procesión, subasta del ramo de pan y romería popular con música, bailes típicos y comida campestre. Durante la República, el ayuntamiento aprovechaba para celebrar el día del árbol. Cada niño plantaba un árbol con su nombre o arreglaba el alcor del que había plantado en ediciones anteriores de la fiesta.

Me sorprendió la locuacidad de mi madre, con frecuencia parca en palabras. Descansamos un rato en el poyo de la capilla. Los niños habían desaparecido sin darnos cuenta. A lo lejos se oían voces de mujer en un idioma extraño que no conseguía entender. Al levantarse, mi madre se sujetó las caderas, y exclamó:

—¡Ay, madre mía! Hace un calor muy pesado, ¿verdad? No tengo fuerzas para nada. Las piernas no me responden.

Se apoyó ligeramente en mi hombro y caminamos unos metros por el bosquecillo de castaños y abedules que una década larga atrás habían repoblado los chicos mayores de la escuela. Habían plantado los árboles al tresbolillo y recordaban una formación paramilitar como la que ensayaban los sábados por la mañana los cadetes del Frente de Juventudes en el patio de las escuelas. Aunque se trataba de especies resistentes, algunos de aquellos árboles empezaban a reflejar también los efectos de la sequía. Aquel pequeño bosque de líneas rectas era un homenaje póstumo a don José, el maestro que a lo largo de casi dos décadas tanto había influido en la formación humanística e incluso ecológica de los jóvenes. Hasta que en los primeros meses de la guerra cayó en desgracia, fue acusado de inculcar ideas subversivas a los niños y asesinado en un recodo del río al amanecer del día de los difuntos.

—¡Fíjate cómo han crecido! Va a convertirse en un bosque precioso. Era una fiesta muy bonita —me fue relatando mi madre—. Venía todo el pueblo. Entonces la gente no estaba tan envenenada como ahora. Nadie te señalaba tanto. Si aquella tradición de plantar un árbol se hubiese mantenido, hoy el pueblo sería un vergel. Pero con la guerra se interrumpió y ahora este Régimen nefasto no quiere saber nada de lo que se hacía antes. Sólo les preocupa que la gente tenga ideas diferentes, les asusta que pensemos, no sólo que expresemos lo que pensamos, y apenas les interesa que vivamos: cuanto más atemorizados, mejor. Pero tú de estas cosas no hables, ¿eh? Ni siquiera con tus amigos.

Realmente no entendía muy bien lo que quería decir con sus críticas al Régimen político que teníamos. Yo veía a la gente ir y venir, entrar y salir de los bares, hacer corrillos a las puertas de las casas, pasear al atardecer por la carretera y alquilar libros de Marcial Lafuente Estefanía en el zaguán donde Ángeles se dejaba la vista cogiendo los puntos corridos de las medias de nailon, que estaban haciendo furor

entre las mujeres, y no tenía la sensación de que para todo aquello escasease libertad.

—La gente tiene miedo al diablo —acerté a musitar.

—Eso son tonterías de Celsa —replicó mi madre, cortante, sin dejarme margen para seguir hablando sobre los miedos que empezaban a angustiarme—. Ven, vamos a asomarnos otra vez a la ermita a ver si la han abierto. Creo que algunas tardes la guardesa la abre para que vengan las beatas a encenderle velas a la Virgen.

Pero la verja seguía cerrada con un candado y el fondo estaba en penumbra. Apenas la lucecita de la lámpara dejaba entrever el altar y las ofrendas de los enfermos que acudían a implorar su curación o a cumplir las promesas que la habían propiciado: capas de lana de recién nacidos, hábitos negros, coronas de espinas, brazos y piernas de cera, rosarios de cuentas de madera de olivo traídos de Belén y estampas de las vírgenes, santos y beatos más variados.

Mi madre lo contemplaba en silencio, haciendo pantalla sobre la frente con la mano derecha, y mordiéndose los labios seguramente para contener sus impulsos verbales.

—Y esas cosas —pregunté— ¿las dejan ahí para siempre?

—Sí, claro. Son supercherías de la gente analfabeta que aún cree en milagros. Supongo que, cuando pase mucho tiempo, el cura las tirará a la basura. ¿Qué va a hacer con ellas? No sé, algunas dan hasta asco. Quizá aproveche las que son de cera, que ahora es muy cara, para que hagan velas. La religión, que es una cosa que puede estar bien, los curas la han convertido en algo sórdido, tenebroso... Es la fe del miedo, del infierno, de...

Un escalofrío, que ya empezaba a resultarme familiar, me estremeció, de la cabeza a los pies.

—¿Y la lámpara? —acerté a preguntar para evitar que mi madre siguiese con su diatriba—. ¿Nunca se apaga?

—Llega a consumirse, sí. Pero la vuelven a encender las beatas que vienen de vez en cuando a limpiar. O quizá la guardesa, que es la que tiene la llave. A veces viene el párroco o algún fraile que está de paso y dice misa. Y, por supuesto, el día de la fiesta. Misa sigue habiendo.

—¿Tú nunca fuiste a misa cuando eras niña, mamá? Casi todos los niños van. Algunos se ríen de mí porque no voy. Y me dicen que no me salvaré del infierno.

—No hagas caso —respondió con energía—. Eso es parte del miedo en que se ha convertido la filosofía de la religión cristiana. No creo que Dios esté pasando lista los domingos a ver quién va y quién no va a misa. Muchos además no van por la fe: van para que les vean, para estar a bien con la situación, para que el cura no les tenga bajo ojo o porque tienen pocas cosas que hacer. Yo sí; fui algunas veces. Pocas. Nuestra familia nunca fue devota, ni siquiera creyente. A los niños que te provoquen, tú ni caso. Tienes tu propia personalidad.

Íbamos a retirarnos cuando mi madre me hizo reparar de nuevo en la lámpara cuya llama acababa de agitarse con una suave ráfaga de viento que entraba por el

ventanuco del costado izquierdo del ábside.

—El fuego es el elemento más constante en la mitología y en la práctica de las religiones. El cristianismo lo usa para venerar y para atemorizar. El fuego eterno es un mantra permanente para tener a la gente asustada. Esta ermita es bastante nueva, pero no se libra de leyendas y a veces de historias reales que tienen el fuego, esa lámpara que arde las veinticuatro horas en aquella esquina, como protagonista. ¿No oíste contar alguna vez la historia de unos pastores que en una noche de tormenta buscaban unas ovejas descarriadas y, en medio de la oscuridad, vieron de pronto una lucecita que se movía, que desaparecía un instante y luego aparecía en la lejanía para luego desaparecer otra vez y volver a aparecer a pocos metros, entre los silbidos de las ráfagas de viento? Pasaron tanto miedo que uno se desmayó del susto y murió de frío, y el otro quedó trastornado. Tú todavía no habías nacido. Entonces la imaginación de la gente se desbordó. Nadie aceptaba que las luces que corrían no tuviesen un origen sobrenatural. Pero la realidad es que procedía de esta y quizá otras lamparitas similares que con el viento se avivaban y la llama hacía movimientos desconcertantes. Ahora, oyes a Celsa y a saber qué tonterías contará.

Por encima de la ventana, en forma de tronera, unas pinturas desvaídas mostraban escenas extrañas. El diablo disfrazado de monstruo encorvado empujaba con un tridente a un grupo de hombres, mujeres y niños medio desnudos hacia las llamaradas que se extendían por una gran parte de la bóveda. En una esquina, una serpiente enroscada en un árbol ofrecía una manzana a Eva, que se dejaba tentar con una sonrisa siniestra. Al otro lado, el arcángel san Gabriel contemplaba impassible las caras de terror de los pecadores a los que Belcebú empujaba hacia el fuego.

—¿Quién lo pintó, mamá?

—No lo sé. Es una mamarrachada —respondió mi madre con desprecio—. Pero a la gente la impresiona. Hay quien sueña con escenas como estas. A los curas no les gusta que la gente disfrute de la vida, lo suyo es que la vida se convierta en sufrimiento, con razón o sin ella.

Me acarició el pelo un momento y exclamó:

—¡Hala, Nacho! Vámonos ya. Empieza a hacerse tarde. No conviene que se haga de noche. Luego el camino es peligroso. Y hasta puede entrarnos miedo.

Disfrutaba sus caricias, poco frecuentes, pero apenas escuchaba lo que me decía. Estaba contemplando las pinturas con verdadera consternación. Me agarraba a los barrotes de la verja hasta hacerme daño en los dedos, tal vez para impedir que el mareo que notaba me jugase una mala pasada. Sentía una opresión terrible en el pecho y las piernas me temblaban más incluso que la propia llama de la lámpara votiva. La imagen del diablo lanzando destellos por los ojos y pinchando con el tridente a los rezagados me había cortado la respiración y revuelto el intestino. Cuando mi madre consiguió que me despegase de la cancela y la siguiera, noté que mi cuerpo se deshacía en el vacío, igual que un terrón de azúcar se disuelve en el agua caliente.

Llegamos a casa casi de noche y mi padre, que estaba sentado en el porche y no ocultaba el malhumor, nos dijo como saludo que no había luz. Todo el pueblo estaba a oscuras.

—Hay una avería en la fábrica. Esto es la de Dios —se lamentó—. Desde antes de la guerra nadie ha hecho una revisión de la turbina. Al parecer ahora hace falta una pieza que tienen que traer de fuera, si la encuentran. Ni siquiera saben de dónde. Así que hasta mañana, pasado o el lunes, no van a poder hacer nada. Y, entre tanto, a joderse tocan. ¿De dónde venís? ¡Vaya horas para regresar! ¿No tenéis miedo al diablo? Hay mujerucas por ahí que al parecer no salen de casa con los cuentos del cura...

—Hemos subido hasta la ermita. Yo necesitaba probar fuerzas y respirar un poco de oxígeno. Aquí abajo esta sequedad se vuelve angustiada —respondió mi madre. Y, dirigiéndose a mí, advirtió—: Ya sabes. Dúchate que vamos a cenar pronto y... a la cama en seguida. Hoy no podrás ni leer antes de dormirte. Yo también me quiero acostar pronto, la caminata me ha cansado. —Se volvió hacia mi padre, que permanecía con los codos sobre las rodillas y las manos en las mandíbulas, y añadió—: Sigo sin estar bien. Aquella gripe de la primavera me dejó sin fuerzas y aún no las he recuperado. Me canso por nada.

Volví a sentir miedo al adentrarme por el pasillo oscuro que acababa en el cuarto de aseo. Aunque intentaba pensar otras cosas, inevitablemente me atormentaba imaginarme que solo en la cama, sin sueño y sin luz, acabaría pensando en el diablo, recordando las imágenes de la ermita, y, lo peor, tal vez atrayendo su visita. Y si aparecía, me preguntaba, qué podía hacer: gritar, meterme debajo de las sábanas, echar a correr escaleras abajo, despertar a mis padres... La escena, que no había forma de alejar de la cabeza, me estremeció. El agua fría y la negrura de la noche abreviaron la ducha apenas a unos segundos. Necesitaba liberarme de la opresión del recuerdo y de la tortura de la imaginación. Cuando me asomé al porche, aprecié el paso de una bicicleta sin luz y casi sin hacer ruido por la carretera. Me encaramé a la parte más alta de la tapia y contemplé las sombras fantasmales del pueblo sumido en el silencio y la tristeza. El cielo no mostraba ni una sola estrella y la luna, en las vísperas tan deslumbrante, había desaparecido como por ensalmo.

IV

RETEJANDO CON SOTANA

Cenamos temprano a la luz de una vela cuya cera hacía arabescos alrededor de la palmatoria y cuando ya íbamos a acostarnos, llegó mi tío Arsenio con un jersey enrollado en la cintura y su aire extrovertido y dicharachero, en contraste con las contrariedades que propiciaba la carencia de electricidad. No le esperábamos y yo sentí un gran alivio al verle porque así me libraba de tener que irme a la cama tan temprano. No tenía sueño y la perspectiva de quedarme a oscuras mirando al techo y contando los nudos del contrachapado mientras daba rienda suelta a la imaginación (y con esta a las pesadillas) me atormentaba.

—Esta vela está en las últimas —advirtió mi madre al tiempo que trajinaba en el fregadero— y la vamos a necesitar para acostarnos. Mañana habrá que intentar comprar otra. Hace días no quedaban en la tienda. ¿Por qué no salís a hablar al porche? Tengo un poco de café, ¿os hago unas tazas? Frío no vais a sentir y necesidad de veros las caras no creo que tengáis.

—Mejor, mejor —respondió Arsenio—. Aquí cuando no llueve, graniza —añadió—. Hay que ahorrar cualquier candela que dé luz. A saber hasta cuándo va a prolongarse la avería... Dicen que es seria y cuando Marconi no la ha conseguido reparar, debe de ser verdad. Claro que no faltará quien le eche a él la culpa.

Marconi era el apodo con que se reconocían en el pueblo las habilidades técnicas de Eusebio, el encargado del funcionamiento de la central eléctrica. El viejo tinglado de cables entrelazados por telas de araña que proporcionaba a diario el milagro de unas horas de luz mortecina no tenía secretos para él y sus manos ágiles y aislantes. No tomaba precauciones para manipular los conmutadores y en más de una ocasión su cuerpo flaco y cetrino había soportado descargas mortales de las que, sin embargo, había salido indemne.

«Soy gato de siete vidas. Ya me quisieron mandar a criar malvas los falangistas y no lo consiguieron. Debe de ser que soy duro de pelar», comentaba sin perder nunca

la ironía.

Mi padre le apreciaba por partida doble: además de ser un técnico muy útil, autodidacta pero valioso, era un republicano de los de verdad. Habían estado a punto de fusilarlo los nacionales, sin embargo, algunos próceres del franquismo, temerosos de que su ausencia dejase el pueblo a oscuras para los restos, intervinieron a su favor y, en vez de darle un paseo de madrugada seguido de varias ráfagas por los alrededores del cementerio, le pusieron en libertad con la única condición de presentarse todas las mañanas en el cuartel de la Guardia Civil y volver a reparar gratis cualquier avería que se produjese en la iglesia o en la casa rectoral.

—Sólo faltaría eso. Marconi no tiene grandes conocimientos, eso es cierto. Pero si no fuese por él, aquí no lucirían ni los carburos. Cuando él falte, a ver dónde encuentran otro igual. Para cuatro perras que le pagan al pobre... Y él que, muerto de miedo, no se atreve ni a pedir aumento... En fin —mi padre sonrió por vez primera en toda la noche—, Arsenio, lo de llover o granizar no lo dirás en serio, ¿verdad? No sé tú, pero yo ya no me acuerdo de cómo llueve. El día que llueva, si es que vuelve a llover alguna vez, voy a salir a la calle y empaparme hasta los huesos. Si la Biblia tiene algo de cierto, será lo de las siete plagas. Mejor me callo. Mañana, bueno, el domingo, el cura dirá en el sermón que el corte de luz es otro castigo del cielo.

—¿Vas a ir a escucharle? —le interrumpió Arsenio con sorna.

—¿Yo? Sólo si me llevan arrastrado por una yunta de bueyes. El cupo de majaderías que una persona puede soportar estoicamente yo ya hace tiempo que lo tengo cubierto. Estoy del tal don Primo de los...

—Ahora va con el cuento de que anda por ahí el diablo —le cortó mi tío—. Y se queda tan pancho. Seguro que haciéndoles creer a las mojigatas que fue Lucifer, como él lo llama cuando quiere hacer alarde de pedantería, quien entró en la fábrica disfrazado de gato montés y provocó un cortocircuito. Está como un cencerro...

—Pero un cencerro con mala leche y peligroso, muy peligroso... Te manda a la cárcel o más allá de la cárcel por menos de nada —apuntaló mi padre.

—Teníais que haberle visto esta tarde en el tejado de la rectoral con una boina colorada, la sotana atada con una cuerda y retejando... La gente que pasaba se quedaba mirando sin dar crédito.

—¿Quién retejaba?, ¿don Primo? —interrumpió mi madre, asomándose por la puerta de la cocina mientras se secaba las manos en el mandil—. No me lo puedo creer.

—Lo que yo te diga. Con la sotana arremangada hasta la cintura, una boina de requeté para que se le viese bien, y retejando. Parecía un cuervo, todo de negro y la cresta roja. Es un personaje de verdadera zarzuela —añadió mi tío—. Alguien le gritó desde abajo: «Tenga cuidado, don Primo, no vaya a caerse. Esas tejas son muy traicioneras. ¿Por qué no deja que suba un mozo, que tendrá más agilidad?». Y él, sin cortarse ni un pelo, respondió: «Las goteras no se pueden dejar. Además que en este pueblo no hay mozos con fe ni cojones, hablando mal y pronto, cojones para prestar

un servicio a Dios».

—¿Y dijo «cojones»? Anda, luego va por ahí reprendiendo y pegándoles gorrazos a los chavales en la catequesis cuando se entera de que han dicho un taco. ¡Menudo ejemplo! —sentenció mi padre—. Lo de la boina roja lo entiendo: no se cansa de repetir que él es falangista y tradicionalista. Como diría, ¿quién fue?, ¿Unamuno?: «Extraño animal de cresta colorada que confesado y comulgado ataca al hombre».

—Oye, Arsenio —volvió a asomar la cabeza mi madre por la puerta—, ¿cómo sabe que hay goteras si ya nadie se acuerda de cuándo cayó la última gota?

—¡Ah! No sé. Le dio por ahí. Está majareta perdido. La gente empieza a tomarle a chirigota. Sólo algunas viejas...

—Majareta pero, insisto, peligroso, no me cansaré de advertirlo —intervino mi padre—. Al fin y al cabo, lleva sotana y eso en los tiempos que corren le da bula para todo. ¿Para qué quiere la pistola que guarda en la sacristía? No pensará ahuyentar al diablo que tanto le obsesiona a tiros, digo yo.

Unos pasos sigilosos rompieron el silencio de la oscuridad. Era el cabo de la Guardia Civil. Le vimos husmear por encima de la tapia antes de llamar con la bocacha del fusil en la cancela. Estaba acompañado de otro guardia más joven, alto y con bigote, cuyo tricornio dibujaba en el vacío una silueta tenebrosa. Los dos llevaban una mochila en bandolera y el arma apuntando al cielo.

—¿Quién es? —preguntó mi padre.

—Guardia Civil —respondió el cabo con voz prepotente—. ¿Quién está en la casa?

—La familia —respondió mi padre sin levantarse de la silla y con tono malhumorado—. ¿Desean algo?

—Hace un rato entró alguien de fuera —insistió el cabo—. ¿Alguien conocido?

—Mi cuñado Arsenio, sí. Está aquí con nosotros.

Instintivamente mi tío se levantó y dio unos pasos hacia la entrada para que le vieran.

—Vale, vale —le frenó el guardia—. ¿Va a pernoctar esta noche en la casa?

—No pensaba —respondió mi tío—. ¿Por qué? ¿Hay algún problema? Acabo de llegar.

—Ninguno, ninguno. Pero haga lo que tenga que hacer rápido y recójase pronto. No es conveniente andar por la calle después de las diez... Hay quien se aprovecha de la oscuridad para delinquir y perturbar el descanso de los demás.

Mi padre, que algunas veces no conseguía frenar sus impulsos, apenas le dejó terminar:

—Lo sabemos, lo sabemos. Buenas noches.

Mi madre, aún sin quitarse el mandil, también se había acercado a la puerta y preguntó:

—¿Qué les pasa a estos hoy? Tengo la impresión de que vinieron siguiendo a Arsenio.

—Pues ¿qué les va a pasar? Lo mismo que ayer y parecido a lo de anteayer. Todas las noches nos hacen un par de visitas con una disculpa u otra. Lo que ocurre es que normalmente no nos enteramos —explicó mi padre—. Deben de creer que...

—Sí, pero estos días están muy revueltos... —le interrumpió mi tío—. Hay noticias que quizá no sabéis. Estáis muy aislados. Anoche asaltaron un caserío al otro lado de la cuesta y se llevaron seis mil pesetas, una escopeta de caza y dos cajas de cartuchos, un par de jamones, tres o cuatro piezas de cecina, unas botellas de vino y varias ristas de chorizos.

—Pero —se apresuró a preguntar mi padre— ¿eran ladrones o...?

Mi tío movió la cabeza sonriente.

—No. No fue un robo. Fue una requisa. Una contribución, involuntaria eso sí, a la lucha democrática.

—¿Y no los habrán cogido, verdad? ¿Se sabe qué partida fue? —preguntó mi padre sin ocultar su ansiedad.

—Por el rastro los iban a coger —respondió Arsenio sonriente—. Son más listos que los guardias de aquí a Roma. Cuatro entraron en la casa y dos se quedaron fuera vigilando. Cuando llegaron los de la Benemérita, ¿dónde estaban ya? Todavía andan buscándolos por los alrededores. Creen que no han podido escapar muy lejos, pero no tienen ni idea.

La noche empezaba a adensarse en una oscuridad tormentosa. Había cesado la brisa vespertina y unos gruesos nubarrones avanzaban desde el oeste amenazadores. De vez en cuando la casa se iluminaba tenuemente con los destellos de relámpagos lejanos. Unas semanas antes, los rayos que descendían con líneas quebradas en el horizonte habrían sido saludados con euforia, pero la gente ya había perdido toda esperanza en que llegasen las lluvias otoñales.

—Hace un calor pegajoso, ¿será para hoy la lluvia? —preguntó mi tío oteando el firmamento.

—No creo —pronosticó mi padre sin inmutarse—. Cuando se prepara tanto, luego no ocurre nada. Son tormentas secas. Todo se queda en salvas. Yo no sé esto cómo va a acabar. La gente se queja con razón.

—No te preocupes, cualquier día de estos empiezan las rogativas y se arregla —dijo mi tío entre sonrisas.

—Ya. Lo que no entiendo es, si esa es la solución, por qué no las hacen de una puñetera vez. Tanto hablar de las rogativas... con lo baratas que salen. El cura, que lo está pero tonto no es, debe de andar esperando a que aparezcan nubes de las de llover de verdad para rezar sobre seguro —apostilló mi padre—. Ahora todo se arregla yendo a misa y rezando, pero la vida cada vez se pone más cuesta arriba. Todo escasea, todo está racionado, todo sube... Los únicos que lo tienen claro son los estraperlistas, que se están forrando. Pero nadie se mueve, eso también es cierto, este país se quedó sin sangre en las venas... La gente sólo tiene reservas cívicas para llorar a sus muertos. Y los curas, erre que erre, anestesiando al pueblo con el objetivo

de que rece, tema y calle...

—Al parecer está esperando a que le autoricen... —aclaró mi tío.

—¿El cura? ¿Para hacer rogativas? ¿Quién le tiene que autorizar, el arcipreste? ¿No puede hacerlo él por su cuenta? ¿Tú crees que este cabestro pide permiso para algo? Tengo entendido que en el Obispado están que trinan con él —reveló mi padre.

—Eso dicen, eso dicen. Pero creo que sí, que las rogativas tiene que autorizarlas el obispo. Se curan en salud. Don Primo no se recata de ponerles a caer de un burro. Al parecer ha pedido permiso y no le responden. Todos los días va a la oficina de Correos a ver si le llega la autorización —contó mi tío, que, una vez más, se mostraba como una de las personas mejor informadas de lo que ocurría en el pueblo—. El otro día insultó a Julián porque no había llegado la carta con el permiso. Como si tuviese la culpa el cartero. Luego, alguien con algo de cabeza le dijo que quizá debería ir a hablar con el vicario para que se den un poco de prisa, y se puso como un basilisco. Respondió que él no se gastaba ni una perrona en el coche de línea para ir a hablar con «ese calzonazos». Al parecer el vicario episcopal y él no se pueden ver desde los tiempos del seminario... Cuentan que cuando estudiaban, don Primo y otro de su cuerda lo esperaron un día en una esquina a la hora del paseo con la intención de caparle con un cuchillo que habían sustraído de la cocina. Se escapó por pies.

Yo escuchaba sin intervenir, absorto en mis pensamientos, sentado en el suelo con la espalda apoyada en la pared, las piernas abrazadas con las dos manos y el mentón sobre las rodillas. Me resultaba extraño escuchar aquella conversación y luego ver el respeto reverencial con que la mayor parte de los vecinos trataba al párroco. No entendía las razones del odio que le profesaban mis padres ni el motivo por el cual yo no podía participar en las actividades del Frente de Juventudes ni ir a misa como los otros niños. Mi madre miraba el reloj de soslayo y me hizo señas de que era hora de acostarse, pero yo hacía como si no me percatase de sus insinuaciones. De vez en cuando sentía que las descargas eléctricas de la tormenta, cada vez más próximas, me estremecían el cuerpo. Los relámpagos iluminaban el horizonte, donde las nubes cobraban aspectos apocalípticos.

—Estas tormentas secas son muy desagradables —comentó Arsenio—. Tu tía Hortensia —añadió dirigiéndose a mí— debe de estar pasándolo fatal. Siempre ha tenido mucho miedo a los rayos y a los truenos. ¿Te acuerdas, Elvira, de cómo corría para casa en cuanto empezaba a tronar cuando éramos chicos? Una vez recuerdo que se refugió debajo de una cama y no había forma de hacerla salir. Cuando papá la sacó, temblaba sin parar. Todo desde aquella vez que entró un rayo por la chimenea de los vecinos, la casa de la curva, y mató a la abuela, a un nieto que estaba asando castañas en la lumbre y un gato que la anciana tenía en el regazo. Era una casa muy vieja y desvencijada. La cocina estaba muy baja, casi empozada, y cuando llovía le rezumaba agua por todas partes. Entonces dijeron que había sido la humedad del suelo la que hizo que el rayo los matase. Yo no había nacido, pero lo oí muchas veces. Hortensia era pequeña, tendría cinco o seis años, ¿verdad, Elvira? Cuenta que

la impresionó mucho.

—Sí. Yo no caminaba aún y me lleva cinco años menos dos meses, así que echa cuentas. Unos años después, siendo niña, cada vez que oía el relato de lo ocurrido me entraban escalofríos por la espalda, así que Hortensia, que lo vivió desde el principio, no me extraña nada que se quedara traumatizada.

—Los niños son muy sensibles a esas cosas, a veces no nos damos cuenta, pero... —De pronto mi tío se percató de que estaba yo escuchando y me preguntó tratando de enmendar su incongruencia—: Tú no tienes miedo a los truenos, ¿verdad, Nacho? Ya eres un hombre. ¿Eres miedoso? Me da a mí que no.

—Un poco, un poco —se apresuró a responder mi madre por mí—. Cuando falta la luz, no te creas que sube solo al cuarto, no. Y a veces tiene pesadillas.

—Y Celsa, ¿no te mete miedo?

Empezaba a hacer fresquito y con el relente me había encogido como un ovillo. Escuchando la conversación, me había olvidado de Celsa, cuya imagen desgredada me perseguía. Pero al recordarla mi tío, volví a evocarla allí mismo, en el jardín, con el rostro ennegrecido, los pelos lacios y sucios cayéndole por debajo del pañuelo por la espalda, la mirada inquisidora y vestida siempre de negro, preguntándome con aquella voz de grulla que tenía: «Tú nunca vas a misa, ¿verdad? Y la primera comunión, ¿no vas a hacer la primera comunión? Porque bautizado sí estás, ¿verdad? Te bautizaron para que tu padre no fuese a la cárcel otra vez, ya me acuerdo».

—No... —recuerdo que acerté a responder, sintiendo que el calor me subía hasta la frente.

Nunca me hacía a la idea de que mi padre había estado preso. ¿Por qué?, me preguntaba sin conseguir una respuesta que mi madre tampoco había querido darme. «No ha hecho nada malo; le detuvieron por ser de la cáscara amarga, como dicen los de derechas de quienes no oyen el parte de las dos y se ponen en pie —trató de explicarme con voz nerviosa, y en seguida cambió de tema—. ¿Dónde has estado que has manchado así la camisa? ¿No habrás vuelto al río a chapotear en el fango?». A veces me alarmaba pensar que mi padre hubiese matado a alguien, a un falangista o a un fraile, a quienes tanto odiaba, y que tuviese las manos manchadas de sangre. Luego, cuando conseguía quitar tan lamentable pensamiento de la cabeza, sentía como una especie de liberación que el recuerdo de Celsa volvía fugaz. Algunas veces, cuando me hablaba en voz baja y tono misterioso en el jardín, sentía la tentación de preguntarle, pero sea por pudor, por miedo a saber la verdad o por dignidad, nunca di el paso adelante y la mayor parte de las veces me alejaba corriendo, dejándola con la palabra en la boca.

—Esa mujer —continuaba hablando mi tío— a mí me produce vomitera. No sé, me da mala espina. Es una bruja. No me gusta nada. Me recuerda a la bruja Pirulí de los cuentos. Siempre con sus misterios, sus historias, sus enjuagues curativos, no sé cómo la mantenéis. Luego va por ahí rajando que no para. Ya digo, no sé cómo la tenéis aquí. Supongo que en la cocina no la dejarás ni entrar, es asquerosa.

—Por compasión más que por otra cosa. Es trabajadora, no te creas, y humanamente digna de lástima. Viuda a sus años, después de haber parido cinco hijos y ahora sola... Nos da mucha lástima, la mujer. Pero algo de bruja sí que tiene, sí. Por lo menos tiene la vocación y la actitud. Le encanta hablar de cosas raras. A veces cuenta que hace brebajes para ahuyentar a los espíritus perversos. Cuando se enrolla con historias de muertos, de visiones fantasmales que la asaltan, de escenas nocturnas en el cementerio o del diablo, me revuelve el estómago. Y no hay manera de hacerla callar. «Que eso son bobadas, Celsa», le digo, y da lo mismo. Le encantan esas cosas, se las cree, las sufre, se regodea en ellas. Con decirte que a veces, me lo contó un día en que venía desencajada, va al cementerio de noche... —contó mi madre, interrumpida por un profundo suspiro de impotencia de mi padre.

—¿A qué? —se interesó Arsenio.

—Yo qué sé. A hablar con los muertos de su familia. Y eso que aquí no tiene a nadie enterrado. Todos los tiene enterrados en su pueblo. Pero dice que su marido la llama y le pide que se acerque al cementerio para estar más cerca y poder hablar. También asegura que su hija Lucila, que murió al nacer o nació muerta, no lo sé muy bien, la regaña porque no la bautizó a tiempo. Cada día te sale con una historia nueva. Una vez me preguntó si yo no hablaba con mi madre y aquel día se me agotó la paciencia: la eché con cajas destempladas. Pero qué quieres que hagamos.

—Yo ya estuve a punto de mandarla al carajo en varias ocasiones y no lo hice seguramente porque coincido poco con ella. Por lo general yo no estoy en casa por las mañanas. Le pagamos poco, eso también es cierto. Elvira le da de comer al mediodía...

—Come muy poco —precisó mi madre—. Yo creo que se mantiene del aire y de la maldad que lleva dentro. Prueba las cosas, lo mismo que hago para nosotros, y casi siempre lo deja en el plato. A veces le doy algo de la huerta para que se lleve, aunque no me extrañaría nada que de aquí vaya a la iglesia a entregárselo al cura. No, me decías de la cocina; no, en casa no quiero que haga nada porque a Joaquín le da asco y a mí también. Es más, no dejo que se acerque a las ollas, no vaya a echarnos cualquier día en el guiso alguno de sus brebajes. Tampoco creo que sepa hacer nada. Para la huerta y el jardín, en cambio, es amañada. Lo hace bien y tiene buena mano para las plantas.

Mi padre sacó una lata redonda con picadura que guardaba como oro en paño en otra lata más grande de dulce de membrillo en la bodega, en el lugar más húmedo de la casa, y se la ofreció a mi tío junto con un librito de papel marca Zig-Zag.

—Echa uno de esto, a ver qué te parece. No son hojas secas de patata, que conste.

Ambos liaron sus cigarrillos en silencio, con destreza en los dedos y un gesto de fruición anticipada en los rostros. Luego, casi al unísono, los dos pasaron la lengua por la franja de pegamento de la hoja de papel y los encendieron con la misma cerilla que mi madre prendió y les pasó de uno al otro.

—Tampoco me quedan muchas cerillas, no creáis. Y como una nunca sabe si va a

encontrar o no... pues hay que administrarlas. Todo es una calamidad en este pueblo.

—En este y en los demás, no vayas a pensar que fuera de aquí atan los perros con longaniza —replicó mi padre—. Por ahí fuera reparten leche en polvo y queso que envían los norteamericanos en las escuelas, pero aquí ni eso. Con este cabrón nadie quiere saber nada. Pero eso sí, le castigan a patadas en el culo, en el nuestro, no en el suyo.

—A veces me planteo a mí mismo —corroboró Arsenio—, ¿volverá España a ser un país normal? La gente, que está harta aunque no lo manifieste, ¿reaccionará algún día como hace en otros lugares de Europa, como hace en Hispanoamérica, como hacía aquí antes? Porque mira que cuando la República, bien que jodían con tal de complicarle las cosas al Gobierno, ¿eh? No sé.

—La gente está asustada. Fue una guerra muy larga, muy dolorosa y ahora, ¿quién guarda fuerzas para nada? Todo el mundo tiene algún muerto en la familia y nadie ignora cómo se las gastan estos: palo y tentetieso al que no esté contento. En otros momentos, la gente en unas circunstancias como estas saldría a la calle, gritaría y armaría la de San Quintín. Pero tal y como vamos, no rechista, traga y aguanta carros y carretas. Hay mucha hambre, mucha miseria y mucha ignorancia. En cambio sobran temores y faltan ánimos. Hemos llegado a una situación tan atípica que las carencias, las injusticias y la necesidad, lejos de constituir una amenaza para el Régimen, facilitan su consolidación. El pueblo no tiene conciencia de pueblo, la ha perdido, y además, le faltan fuerzas hasta para protestar —diagnosticó mi tío en tono enfadado, casi gritando—. Están los del monte salvando la dignidad de los demócratas, pero de ahí no pasan. Pocos, sin medios y mal avenidos además. Carne de cañón con el tiempo.

—Así es —asintió mi padre bajando la voz—. Pero estas cosas no las digas muy alto porque estos cabrones son capaces de estar escuchando en la esquina y de llevarnos detenidos por reunión ilegal. Yo no me fío ni de las paredes. Me siguen teniendo entre ceja y ceja, se les nota. Deben de pensar que tengo relación con alguien, no sé. Prefiero no hablar de ello. —Me miró a mí y añadió—: Y tú, de estas cosas que hablamos en familia no digas ni una palabra a nadie, ¿eh?

Asentí con la cabeza. Mi tío exhaló una bocanada de humo, levantó el cigarrillo que había liado de manera un tanto burda, lo contempló un instante y dijo:

—No está mal esta picadura. ¿Dónde lo conseguiste?

—No es de Vuelta Abajo precisamente, como decía el padre de Elvira, pero tampoco se puede pedir mucho más. Me lo dio mi primo Fernando, que lo cultivó clandestinamente, claro, en una tierra que tiene al otro lado de la chopera, por debajo del camino que sube a la cuesta. Aproveché una calva en medio de los maizales y, cuando el maíz ya estaba bastante crecido, puso unos cuantos plantones de tabaco y ya ves, se dieron muy bien. Es muy fuerte y un poco amargo, pero peor es nada. Esperemos que no le descubran. El otro día me trajo un manojo de hojas secas y aquí está el resultado. Ya te digo que mejor que las hojas de patata que fuman algunos por

ahí sí es.

—Ya lo creo —afirmó mi tío exhibiendo con delectación el cigarrillo a medio consumir—. Confiemos que no le descubran, sí, porque si le cogen, le joden. El monopolio no pasa una. Estas cosas no hay quien las entienda.

—Vaya que si le joden. No se entiende nada, no. Escasea el tabaco, está racionado, no se puede importar... de acuerdo. Puedo llegar a entenderlo, aunque la realidad es que durante la República esto no ocurría. Entonces había libertad y se notaba. Pero insisto, puedo llegar a entenderlo. Lo que no comprendo es que no se permita cultivar más tabaco, que se prohíba cultivarlo como si cultivar en la propia tierra de uno lo que a uno le dé la gana fuese delito...

—Los monopolios. La Tabacalera de los cojones. ¿Cuánta gente chupará del bote con el monopolio de Tabacalera mientras el pueblo se muere hasta de ganas de fumar? —empezó a excitarse mi tío otra vez—. Y todo para que unos cuantos generales o coroneles en la reserva disfruten jubilaciones de ricos como consejeros. Cada vez entiendo mejor a los que se han echado al monte con una espingarda. Nunca creí que iba a acabar haciéndome partidario del maquis, convencido como llegué a estar de que este país no se arreglaba con más tiros y más muertos. Y ahora, cualquier día...

—Tiros ya escuchamos bastantes, desde luego —afirmó mi padre—. ¿Y para qué? Pues para que estemos peor. Pero lo que sí parece evidente es que con bloqueos diplomáticos, con retiradas de embajadores y cofias de este tipo, tampoco se resuelve nada. Por lo menos de momento. Buenos son estos cabrones para admitir imposiciones externas. Ellos no sufren las restricciones. Y así llevamos unos cuantos años sin visos de que esto cambie. Cayó Mussolini, cayó Hitler y este sigue. Le queda Salazar, otro que tal baila.

—Lo que te digo —añadió Arsenio—, aquí no queda más solución que resistir hasta que el cuerpo aguante o echarse al monte.

—Al final lo decidirá la paciencia de cada uno —pronosticó mi padre.

—El problema es la gente que no piensa. Se cree todo lo que le cuentan. A los guerrilleros los ven como enemigos. Nadie habla ya de justicia y de reparto de la riqueza. Sólo se aspira a la limosna. Ahora todo el mundo tiene los ojos puestos en Perón. Cualquier día Dios va a tener celos de Perón y vamos a ver la que arma don Primo. Ya viste el número de Evita, que al parecer era una cabaretera antes de convertirse en primera dama, de acá para allá con la Collares. Parecía que se iba a quedar a vivir.

—Por lo menos, esos mandaron barcos de trigo —le atajó mi padre—. Si no llega a ser por ese trigo...

—Sí. No sé quién los habrá visto ni quién se habrá zampado el pan, pero en fin, de Argentina salieron, no se puede negar. Y hay que agradecerse, porque lo primero es lo primero.

—Lo malo es que a estos cualquier cosa les vale. La solidaridad de Perón, que es

otro fascista pero de diferente calaña, la capitalizan como un éxito propio —puntualizó mi padre—. Franco tiene astucia para sacar partido de lo bueno y de lo malo. Ocurre con los propios emboscados: son gente de buena voluntad, qué duda cabe, y además se están jugando la vida, pero lo único que van a conseguir, mejor dicho, lo único que están logrando es que aumente la represión, que se estimule la desconfianza en los pueblos y que la gente, en lugar de verlos como defensores de sus derechos, los rechace como causantes de sus problemas. La guerrilla no ha conseguido apoyo entre el pueblo, muy poco, y en el actual aislamiento, sus días los tiene contados.

—Sus argumentos se pierden —asintió mi tío—. No llegan a las personas normales. Lanzan octavillas a veces pero casi nadie las lee. La idea que cunde es la que difunde la propaganda oficial; es decir, que son bandoleros, que amenazan la propiedad, que asaltan, secuestran, matan... para vivir sin trabajar a cuenta de los demás. Todo eso que el Régimen intenta hacer ver va cundiendo por ahí. Nadie se cree que lo que pretenden es restablecer la libertad y la democracia. Ocurrió lo mismo antes con los planteamientos de igualdad de los partidos de izquierdas, que lejos de ilusionar a muchos pobres los atemorizaban. No hay ganadero por ahí, por modesto que sea, que no se asuste cuando le hablas de comunismo o socialismo, porque lo que le ha hecho creer la derecha, y cree a pies juntillas, es que sus cuatro vacas o sus veinte ovejas, gracias a las cuales malvive, tendría que repartirlas con el vecino que no tiene ninguna. La propaganda hecha con mala fe es muy dañina, causa verdaderos estragos y más entre personas que mal saben leer ni escribir.

—Por cierto, Arsenio —intervino mi madre, que llevaba un buen rato escuchando sin abrir la boca—, ahora que hablas de los del monte, cuéntame lo que pasó con...

—¿Lo del caserío? Ya, sí. Vine a contároslo y casi se me olvida. Bueno, pues...

V

LA NOCHE DEL TERREMOTO

—¡Coño! —exclamó mi padre poniéndose en pie de un salto.

Fue como una alucinación. Los dos chopos de la entrada se doblaron hasta que las copas tocaron en la tapia. El viejo reloj de campana del salón se puso a dar horas sin ton ni son. La lámpara colgada del techo empezó a oscilar de un lado a otro como si se hubiese vuelto loca y el tejado crujió igual que si fuese a estallar en mil pedazos. Escuché un grito desgarrado de mi madre y vi en la oscuridad cómo rodaba por el suelo la silla donde estaba sentado mi padre.

—¿Qué pasó? —escuché que preguntaba alarmado mi tío Arsenio, que saltaba los dos peldaños del porche y corría hacia la cancela de la entrada.

Entonces me di cuenta de que las losas del piso se ondulaban y las ondas que me hacían cosquillas en las piernas intentaban trepar por las paredes de la casa, agitadas por una especie de vendaval nunca visto. Pero viento no hacía. Aquella fuerza insólita que nos agitaba parecía salir de las propias entrañas de la tierra. La tormenta había cesado, ya no destellaban los relámpagos y los nubarrones habían dejado asomar por fin uno de los cuernos de la luna en cuarto menguante. Todo fue muy rápido, pero una rapidez disfrazada de eternidad. El seísmo dio paso a un silencio denso, extraño, sofocante, que impedía respirar bajo el miedo a romperlo.

—Un temblor de tierra; es un temblor de tierra. No asustarse —dijo mi padre después de mirar a un lado y a otro y sin cesar de mover los brazos—. Salgamos a la huerta por si repite. No os pongáis bajo los aleros.

—¡Uf, qué susto! —exclamó mi madre dejando caer los hombros con impotencia—. ¿Repetirá? Suelen repetir, ¿verdad? —Y dirigiéndose a mí, me preguntó—: ¿Te asustaste? ¿Tuviste miedo?

No respondí. Sentía que algo me atenazaba la garganta e impedía que me saliesen las palabras. Me retorció una mano con la otra y apretaba con las dos anudadas el vientre mientras notaba cómo se me descomponía por instantes. Cada vez que

intentaba abrir la boca para respirar sentía una sequedad que me impedía hasta tragar la saliva. Apretaba las nalgas y no me atrevía a andar detrás de ellos por miedo a que la diarrea que me había entrado se volviese incontenible. El farol apagado del porche seguía moviéndose, pero el reloj se había callado y los chopos habían recuperado su verticalidad esbelta y erguida. Sin embargo, yo no conseguía quitarme de la mente aquella imagen repentina en que aparecían curvados como juncos y con las copas arrastrándose por la tierra como si intentasen barrerla.

—Es el primer temblor de tierra que he vivido aquí —comentó mi tío, de pie y con las manos en los bolsillos, sin concederle demasiada importancia—. En La Habana me tocaron varios y de alguno ni siquiera me di cuenta. Era de noche y yo duermo como un lirón. Una vez desalojaron el edificio y yo ni me enteré: seguí durmiendo. A ti también te habrá tocado alguno, ¿verdad, Joaquín?

—Varios —respondió mi padre—. Y alguno con muertos. Recuerdo una vez, hace de esto dieciocho o veinte años, que se sucedieron diez o doce a lo largo de una noche que no acababa nunca. Aquella vez bien pensé que la isla se iba al carajo. Todos estábamos asustados. En Cuba los terremotos son muy frecuentes y peligrosos. La gente en aquella ocasión se pasó la noche entera en vela. Muchos negros, que suelen ser muy miedosos, permanecieron hasta tres días en la calle. Barriadas enteras quedaron destruidas. Fue terrible. Y se cumplió aquello de que a río revuelto, ganancia de pescadores, porque como no había luz y la policía tenía mil cosas de que ocuparse, los ladrones se pusieron las botas.

—Siempre he oído decir que cuando se producen temblores de tierra, se duerme muy mal —observó mi madre—. Debe de ser porque la atmósfera se carga de electricidad, ¿no os parece? Hoy ha estado un día muy raro. Hubo un rato allá en la ermita que creía que me ahogaba. Hacía un bochorno que no era natural.

—Pues yo he dormido una siesta que no se la salta un gitano —replicó mi tío—. No he dormido más porque el despertador, que es mi enemigo de siempre, no me dejó. Por cierto, ¿habrá pasado algo? Se oyen voces por el pueblo, ¿no las escucháis? Fue fuerte, ¿eh?

Habíamos vuelto al porche creo que sin proponérselo y mi madre se sentó de nuevo y se puso a jugar con las agujas de tejer que tenía en una cestita de mimbre con una madeja de lana. Verla tan calmada me tranquilizó un poco, a pesar de que la cabeza seguía dándome vueltas y notaba que tenía las piernas agarrotadas y el vientre descompuesto.

—¿No dices nada, hijo? —me preguntó mi madre—. ¿Te diste cuenta en seguida? Y, en serio, ¿no tuviste miedo? Has sido muy valiente. Se nota que ya eres mayor.

—¡Nooo! —respondí sin convicción—. Cuando me di cuenta, ya había pasado.

Tanto mi padre como mi tío se habían asomado a la carretera a ver qué estaba ocurriendo en el pueblo. La luna había vuelto a ocultarse y la oscuridad era total otra vez. El silencio de la noche seguía alterado a intervalos por voces lejanas entremezcladas con ladridos de perros y algunos ruidos extraños, fruto quizá de mi

propia imaginación. Después de unos minutos, parados, los dos hombres echaron a andar carretera adelante.

—No os vayáis muy lejos —les gritó mi madre—. No queremos quedarnos solos.

Salté como impulsado por un resorte y corrí tras ellos en la oscuridad. En seguida se sumó mi madre al grupo. Caminamos en silencio hacia el centro sin encontrarnos con nadie. Las voces lejanas eran cada vez más perceptibles. Las ventanas de las casas se iban iluminando poco a poco con débiles luces de velas, candiles, lámparas de carburo. La brisa había cesado y el calor cada vez se volvía más pegajoso. Cuando nos acercamos a la plaza, lo primero que vimos fue a don Primo sin bonete, con la sotana desabrochada y una linterna en la mano, corriendo con aire fantasmal hacia el cuartel de la Guardia Civil.

—Ya anda por ahí ese —comentó despectivamente mi tío—. Siempre en primera línea de combate.

—Como el Espíritu Santo: en todas partes —dijo mi padre sin alzar la voz.

—La diferencia está en que al Espíritu Santo nadie le ve, hombre —le matizó mi tío en tono irónico—. Y a este le ven desde lejos hasta los miopes. Es un pájaro de mal agüero.

—¿Qué coño se le habrá perdido en el cuartel? —se preguntó mi padre.

—No lo sé. Pero parece que llevaba prisa, porque hasta se olvidó de abotonarse la sotana. Y de coger el sombrero. Resulta extraño verle con la calva al aire —intervino mi madre.

—Se le habrá caído con el temblor de tierra. A veces —comentó el tío Arsenio—, viéndole por ahí con ese aspecto de loco y ese sombrero de picos que se pone, a mí me recuerda a la Inquisición.

—Este para inquisidor no tendría precio. Seguro que sería el alumno más aventajado de Torquemada —ratificó mi padre—. Se pasa la vida hablando de Lucifer, asustando a la gente con historias del infierno, y algo de razón quizá tenga, porque si de verdad existe el demonio, es él quien lo tiene en el cuerpo.

Grupos de vecinos apiñados ante los portales de las casas recién construidas, y ya resquebrajas, de la Obra Sindical del Hogar comentaban lo ocurrido con aire acalorado. Cada persona tenía su propio relato del susto que acababa de sufrir. Tres o cuatro mujeres mayores, con sus moños desenredados, descalzas y en camisón, relataban sin dejarse hablar unas a otras, entre aspavientos y gritos de histeria, el terror que todavía las invadía, la incertidumbre sobre lo que aún podría ocurrir, y el justo castigo que el mal había atraído sobre el pueblo.

—Es el fin del mundo... Ya se lo anticipó la Virgen a los pastorcitos de Fátima —se escuchaba la voz aguda de una de ellas sobresaliendo por encima de los lamentos del resto.

En otro de los corrillos, varios hombres también a medio vestir intercambiaban información sobre el suceso en un ambiente más sosegado. Uno de los obreros que trabajaban para mi padre en las talas se adelantó a saludarnos y nos contó que la

Guardia Civil había reclutado a varios hombres para ir a rescatar el ganado de una cuadra que se había hundido cerca de la ermita de la Virgen de la Esperanza.

—Estremecía oír los mugidos de las vacas aprisionadas entre los cascotes. Hace un rato que no se las escucha. Quizá han muerto o las han conseguido sacar, no sé.

—En las laderas de la sierra el temblor fue más fuerte —sentenció Rebastiano, el barrendero, que presumía de conocimientos meteorológicos y gustaba de pronosticar el tiempo—. Debe de ser que al estar la tierra más seca, hizo de palanca y resistió mejor.

Era una lectura un tanto extraña, pero nadie la discutió. El turno de interpretaciones estaba abierto a las tesis más osadas. Además que Rebastiano, a pesar de su humilde ocupación, gozaba de cierto predicamento entre la gente. Cuando pasaba con el carro de la basura, muchos le preguntaban en espera de un pronóstico esperanzador, pero él nunca hacía concesiones a lo que sus interlocutores querían oír.

«¿Lloverá por fin, Rebastiano?». Y él, impertérrito, descansaba su cuerpo encorvado en el palo de la escoba, alzaba la vista al cielo, miraba a un lado y a otro del horizonte, y respondía moviendo la cabeza: «Todavía no. Este año el agua se ha ido muy lejos. Para mí que la pólvora la ha echado para la parte del mar».

En seguida corrió la noticia de que una anciana del barrio de arriba se había desmayado del susto y habían tenido que llamar al médico para que fuese raudo a atenderla. Don Enrique, siempre tan cumplidor con su deber como farmacéutico, no se apartaba de la puerta de la botica por si alguien en medio de la confusión necesitaba alguna cosa. Nos detuvimos a hablar un poco con él y nos contó que la sacudida sísmica, como él describió el temblor de tierra, había derribado un estante de la rebotica, y varias probetas del laboratorio donde estaba haciendo cultivos se habían hecho añicos golpeándose unas con otras.

—¡Qué le vamos a hacer! No todo van a ser ganancias —comentó resignado—. Ahora no puedo hacer nada. Mañana, con luz, habrá que volver a poner orden.

—Pues parecía poca cosa —comentó mi tío dándose las de entendido—. Claro que dependerá de dónde haya estado el epicentro.

—Sí —asintió el farmacéutico—. Yo estaba leyendo y si no es por mi mujer, casi ni me entero. Las mujeres estas cosas las detectan mejor, sobre todo si tienen la menstruación. No, muy fuerte no fue, no. Pero la gente ya se sabe cómo es. Además que este pueblo se ha vuelto muy... misterioso y alarmista. Las dos cosas. Todo el mundo se pasa el día hablando de cosas raras, de historias del más allá. Antes no era así, ¿verdad? Yo a veces pienso que debe de ser el señor cura el que está metiendo miedo a la gente sin proponérselo, no voy a ser malpensado. En ocasiones les pregunto a algunas mujeres, porque la farmacia es como un confesionario: «Pero ¿por qué te atormentas, mujer? Con todo lo que se vivió aquí durante la guerra, incluso antes de la guerra, ¿qué más puede pasar?». El otro día se lo dije también a don Primo: «La gente anda asustada y temerosa con todo eso que cuentan y que muchos se creen a pies juntillas. Habría que hacer algo, usted que tiene el púlpito, para

serenar al pueblo». Así se lo dije, sí, señor. ¿Y saben qué me respondió? Pues: «Para las almas el miedo siempre es beneficioso. A veces los seres humanos, en nuestra condición innata de pecadores, no somos conscientes de que Lucifer, el enemigo de nuestra salvación, siempre nos está vigilando para tentarnos y hacernos caer. El diablo es astuto como él solo y nos engaña con frecuencia, mostrándose bueno y meloso, con promesas que nos impulsan a pecar. Sabe ser seductor por momentos, pero en seguida recupera su verdadera piel negruzca de monstruo y recurre a sus artes malignas para empujarnos al fuego del infierno». Creía que me volvía la cabeza tarumba con su matraca. Le escuché, claro, y ¿qué podía responderle? Como para llevarle la contraria. No es hombre al que le guste que le rebatan. Es de los que consideran que el que no está conmigo está contra mí. Hay gente que escucha estas cosas y no hace caso, las oye como quien oye llover, pero otros las toman muy en serio y los aterroriza. Medio pueblo vive acongojado con sus diatribas, amenazas y premoniciones.

El farmacéutico era un hombre tranquilo, culto y razonable. Casi todo el mundo hablaba bien de él y de su desprendimiento. Nadie le había visto un mal gesto cuando llamaban a las tres de la madrugada a su domicilio para adquirir un específico urgente. No faltaba algún tendero vecino, eso sí, que criticaba su mal ejemplo fiando a los pobres. Sin embargo, él presumía de que nunca en veinte años regentando la farmacia habían dejado de pagarle una deuda. «Hay gente que se retrasa, claro — explicaba a veces en el café—, a ver qué van a hacer si no tienen dinero. Pero siempre acaban cumpliendo. Si no son ellos, alguien lo hace en su lugar: algún familiar que les llega de América, un hijo que encuentra trabajo por ahí fuera. Nunca he dejado morir a nadie por falta de medios, hasta ahí podría llegar, y nunca he dejado de cobrar más tarde o más pronto». Su actitud desprendida y su vis clínica daban mucha tranquilidad a los pacientes, que le consultaban sus dolencias antes incluso de acudir al médico.

En un pueblo los elogios jamás son unánimes y no faltaban personas, pocas pero representativas, que ponían reparos a la generosidad y honradez de don Enrique. «Dice que siempre le pagan las deudas... ¡Claro! Es la única farmacia y nadie está libre de tener que volver. Los maleadores de siempre se miran muy mucho antes de dejarle un pufo». También se rumoreaba de él que, a pesar de haber sido concejal de la CEDA y un seguidor de Gil Robles, durante la guerra había salvado a más de un rojo, alertándole a tiempo de que los falangistas se proponían «pasearle» en la madrugada e, incluso, en alguna ocasión, hasta ocultándole en un cuartucho que tenía lleno de trastos viejos, redomas quemadas por los ácidos, garrafones de agua oxigenada vacíos y cajas de medicamentos caducados, en la parte trasera de la farmacia.

—¡Ay! Gracias a Dios que la encuentro. La vi de lejos y vengo corriendo a decirle que mañana no sé si podré ir a trabajar...

Estaba aturdido, pero intuía la proximidad de Celsa antes de que empezase a hablar

con su voz inconfundible de grulla. Aquella mujer irradiaba algo, tal vez su olor pestilente, que me causaba desazón. A diferencia del resto de los vecinos, cuyos rostros no ocultaban la preocupación añadida a sus penurias que acababa de causarles el temblor de tierra, aquella noche Celsa se mostraba radiante en su silueta habitualmente trágica. El pueblo era suyo en los gestos y ademanes que derrochaba. Sólo le faltaba decir que los hechos estaban dándole la razón a don Primo, que el pueblo estaba recibiendo el castigo que se había ganado a pulso y que el fin del mundo se aproximaba.

—No se preocupe, Celsa —la interrumpió mi madre con evidentes pocas ganas de entrar en conversación con ella.

Observé como mi padre se daba la vuelta para no verle la cara. Don Enrique la miró de soslayo, tragó saliva y reuló hacia el interior de la farmacia, donde la llama de un quinqué de alcohol chisporroteaba en sus últimos estertores. Arsenio me puso la mano en el hombro y me dijo:

—Debes de estar muerto de sueño. Yo creo que esto ya está visto todo.

—Es que tengo que ayudar al señor cura a preparar la iglesia para el domingo, ¿sabe? —se empeñaba Celsa en dar explicaciones que nadie deseaba y nadie le exigía—. Me ha pedido don Primo que limpie el altar, que con el terremoto se ha llenado de polvo y restos de pintura del techo. Aparte de la carcoma, que con la sequía acaba con todo. Tenía que ver cómo se están agujereando las tallas del retablo. Hasta las casullas están empezando a agujerarse. ¿No se ha fijado?

—Lo de las casullas no sé. Pero lo de las tallas y las paredes se arregla con una mano de pintura, de pintura buena. Dígale a don Primo, usted que tiene confianza con él, que se gaste unas pesetas, que pinte después de decapar la pintura vieja, y que tiene retablo para otros cincuenta años. Si espera a que venga el arcángel san Gabriel a restaurarlo, igual ya es tarde —la atajó mi tío.

—Eso le dije yo a don Primo. Pero él, que sabe mucho de mecánica, me ha replicado que con pintura no se arregla. Aparte de que ¿quién paga la pintura con lo cara que está? En este pueblo nadie quiere contribuir al mantenimiento de la iglesia. Sólo cuando ve que va a morirse, la gente llama al sacerdote para que acuda a darle la extremaunción. Antes no. Yo creo que todo esto que está ocurriendo es porque en este pueblo se reza poco. Si la gente cumpliera mejor los preceptos y rezase más, como reza en nuestra tierra, la de don Primo y mía, el diablo no andaría por ahí haciendo de las suyas, ya se hubiese largado con el rabo entre las piernas a otra parte. ¡Vaya si se iba rápido!

—Ande, Celsa. Deje al diablo esta noche. Tampoco es cuestión de echarle todas las culpas —dijo mi madre en un intento infructuoso por terminar la conversación.

—¿Que no? Pues mire, usted no va a la iglesia, pero si viene se lo enseño y verá como sí. ¿Sabe qué es lo primero que se han comido las polillas puñeteras? Pues las alas de los ángeles, ángeles buenos, claro, que rodean a Nuestra Señora. En cambio, a los demonios que pisotea el caballo de san Pablo nada. Ni los han tocado. La carne

del diablo ni el diablo la quiere.

El farmacéutico, que había vuelto al exterior tras haber recibido el quinqué, escuchaba en silencio, con una mano en el bolsillo del guardapolvos blanco y la otra en la barbilla. Cuando Celsa se alejó trastabillando, comentó:

—Esta mujer cada vez cojea más. Debería caminar menos, pero se ve que tiene algo dentro que no la deja estarse quieta. Es como una ardilla. La ves aquí ahora y dentro de cinco minutos aparece en otro sitio. Seguro que tiene mercurio en las venas. Eso sí, cambia de lugar, pero de tema no. Está envenenada.

Me miró de reojo, observó la atención con que escuchaba la conversación, me puso una mano en la cabeza y, dirigiéndose a mis padres, preguntó:

—¿Qué tal el niño, siempre tan serio, ¿estudia bien?

—Sí, muy bien —respondió mi madre con orgullo—. No está bien que él lo oiga, pero la maestra dice que es el más aplicado de la clase. Lo malo es que ahora llevan casi dos semanas ya sin escuela y eso es fatal. Intento enseñarle algo en casa, pero no adelanta gran cosa.

—Va con Esther, ¿verdad?

—Sí, con doña Esther. Y ya sabe, está en cama...

—Parece que va mejor —anunció don Enrique—. Hoy han venido con una receta para ella y me ha dicho su sobrina que ya se levanta y que ha empezado a comer. A ver si la mejoría no se tuerce, que a la mujer le cae todo. Yo estuve preocupado. Tenía la velocidad de sedimentación por los suelos. —El farmacéutico se quedó pensativo un instante y cambió de tema—: Por cierto, hay por ahí un poco de andancio entre los niños; conviene estar vigilante.

—¿Tos ferina? —se sobresaltó mi madre.

—No. La tos ferina da cuando da y los niños tienen que pasarla. Tanto la tos ferina como el sarampión y la varicela son enfermedades infantiles que los niños deben pasar para inmunizarse. Es mejor pasarlas de niño, aunque sean muy molestas, que luego de adulto. No, lo que anda un poco es la ictericia, que además es contagiosa, y eso es más serio. Con el hígado no se pueden gastar bromas. La cosa no es alarmante, pero conviene estar atentos. Al primer síntoma, o incluso en caso de duda, se impone llevarlo al médico y hacerle un análisis de orina. Eso lo hago yo. Si se ve que tiene alguna cruz, hay que ponerle un régimen severo y meterlo en la cama. Descanso, mucho descanso y comidas fáciles de digerir. Nada de huevos ni de carne, claro.

Observé que mi madre, que tendía a preocuparse por todo empezando por la salud, cambiaba de color.

—¿Hay algún otro caso por aquí? —preguntó.

—Un par de ellos, me ha dicho el médico. Ninguno en el pueblo. Los dos en aldeas próximas. Es contagioso, desde luego. Por lo que concluyo, el andancio viene de la parte de allá, de occidente. Vamos a ver si no va a mayores, porque entonces habría que cerrar las escuelas. Esta atmósfera tan cargada que tenemos no ayuda a

sentirse bien. Aparte de que el agua ha de estar bastante contaminada. Si no llueve pronto, que se limpie la atmósfera, no sé cómo vamos a terminar.

El farmacéutico hizo un gesto de resignación con la comisura de los labios. Mi madre se irguió sobre sí misma sin esforzarse por asentir frente a los nuevos temores que le habían entrado y mi padre se alejó unos pasos del grupo con las manos en los bolsillos y los hombros encorvados. Nos despedimos más con gestos que con palabras, tal y como si de pronto a todos nos hubiese entrado prisa por volver a casa.

—Va siendo hora de retirarse —murmuró Arsenio.

—Hay que retirarse, sí, que mañana toca ponerse el traje de la boda —comentó el farmacéutico con una sonrisa. Y en seguida añadió—: Ya sabéis que viene el gobernador civil y habrá que ir al parque a recibirle de tiros largos. El alcalde, que no cabe en sí de euforia, me ha dicho que es la primera vez que nos visita. No sé qué le trae por aquí. Pero después del temblor de tierra, cosas para contarle y miserias para exponerle tendremos, ¿verdad?

La gente seguía en la calle conversando en grupos, mirando las grietas de algunas paredes, oteando en la oscuridad el peligro de los aleros. Algunas vecinas habían sacado sillas de enea a las aceras e invitaban a los transeúntes conocidos a sentarse a conversar sobre lo ocurrido. En las improvisadas tertulias no se hablaba de otra cosa que no fuese el terremoto y el susto colectivo que había causado. Todos tenían una vivencia personal que contar. Ante la experiencia vivida por cada uno, personas que se venían negando el saludo volvían a hablarse, aunque todavía sin mirarse a los ojos. Sólo los más viejos recordaban algún precedente en el pueblo de temblores de tierra como el que acabábamos de sufrir. Los emigrantes, que sí habían vivido abundantes experiencias sísmicas en América, eran el centro de atención con sus relatos, unas veces pintorescos pero a menudo dramáticos. Al pasar cerca de un grupo de cuatro o cinco hombres, escuché cómo contaba el recuerdo chispeante de uno en Cuba que le había sorprendido en la cama metido en faenas amorosas.

—Estaba dale que te pego con una negra de esas que te devoran a bocados cuando de repente empezó a moverse todo el Malecón... Creí que aquello era el fin del mundo. Teníais que haber visto a la negra correr en pelota picada escaleras abajo —remató con una sonrisilla picaresca secundada con ojos como platos y expresiones morbosas del resto de los contertulios.

Intenté quedarme rezagado para seguir escuchando, pero mi madre, a quien intuí sonrojada, me cogió de la mano y aceleró el paso. Mi padre y mi tío caminaban unos metros por delante en silencio y saludando a los conocidos con gestos y a veces con un escueto buenas noches, «por decir algo», añadía uno de los dos y una vez los dos al unísono. En el cruce, mi tío se detuvo y, señalando la dirección de su casa, que estaba del otro lado, hizo ademán de despedirse:

—Bueno, como a mí estas cosas no me desvelan, me voy a la cama. Mañana será otro día. Que durmáis bien... Que Lucifer no os quite el sueño.

—Yo no sé si conseguiré pegar ojo después del susto —se lamentó mi madre.

En una algarabía de ladridos, unos perros se peleaban a dentelladas entre los escombros de la cooperativa agrícola, incendiada en los primeros meses de la guerra por las tropas nacionales en su avance a sangre y fuego hacia la capital provincial. Arsenio observó unos instantes la refriega y, antes de echar a andar de nuevo rumbo a su casa, dio unos pasos hacia nosotros y en tono sonriente le comentó en voz baja a mi padre, guiñándole un ojo:

—Joaquín, no te olvides de madrugar para ir a vitorear al Pondo al parque.

—Allí nos veremos, sí —respondió mi padre.

—Imagino que tendrás planchada la camisa azul. ¿Ya le has bordado el escudo con las flechas, Elvira?

—Ahora estoy tejiéndole un jersey para cuando llegue el frío, si es que va a volver a hacer frío alguna vez. Y en cuanto termine, le bordo las flechas; ya verás qué monas van a quedar. Seguro que querrás que te borde a ti unas iguales —dijo mi madre con unos destellos de humor que siempre parecía tener reservados para las charlas con su hermano.

—Voy a esperar a ver cómo quedan las de Joaquín y si me gustan, te lo digo —replicó Arsenio—: Así que, ¡hasta mañana! —Y echó a andar en dirección perpendicular a la nuestra.

Pero la despedida todavía no sería la definitiva. Nadie tenía ganas de enfrentarse con la soledad de una casa recién sacudida por fuerzas ocultas y encerrada en la oscuridad de una noche sin electricidad ni luna. Apenas había caminado media docena de pasos, Arsenio se volvió hacia nosotros y, casi a gritos, dijo:

—Oye, Elvira, que nuestra querida hermana cumple nueva década ya... No se te olvidará, ¿verdad? Porque ella es capaz de dejarlo pasar con tal de no reconocer que ya son cuarenta. Bien llevados, pero cuarenta tacos.

—No se me olvida, no. Y a ella menos, claro. El otro día lo estuvimos comentando. Y lo lleva bien, no te creas —respondió mi madre—. Tu hermana siempre ha sido poco presumida. No es como otros de la familia que van por ahí en plan donjuán y se miran a diario el bigote en el espejo, y no quiero señalar...

Arsenio aceptó con buen humor la indirecta. Oyéndoles, todo parecía concluir que el susto había pasado y el miedo a nuevos temblores empezaba a disiparse.

—¡Joder! Ten hermanas para eso, anda. Cualquiera diría que uno es Rodolfo Valentino, y ¿cómo se llama el dominicano ese, el yerno de Trujillo? Porfirio Ruborosa, ¿no es? Lo que pasa es que a vosotras, a tu hermana y a ti, siempre os fastidió que yo, el único hermano, al que deberías mimar, sea el más joven.

—Bueno, lo dicho, play boy, como dicen en el Vedado, de secano, ¡adiós! —cortó mi padre.

Al llegar a casa mi madre encendió el trozo de vela que quedaba en la palmatoria, me cogió de la mano, me llevó al lado del espejo del armario de luna que tenía en su dormitorio, se arrodilló en la alfombra y me ordenó:

—A ver, abre los ojos. Pero ábrelos bien. —Los recorrió con la luz de la vela de

izquierda a derecha observando con mucha atención. De vez en cuando se detenía ante algún detalle, y continuamente me repetía—: No los cierres, ábrelos más, un poco más. Así, ahora sin cerrarlos mira a la derecha, y ahora, a la izquierda. Pero no tuerzas el cuello. Eso no vale.

—¿Qué hacéis? —preguntó mi padre, que subía por la escalera desabrochándose la camisa.

—Nada. Estaba mirando si tiene los ojos amarillos... —Y dirigiéndose a mí, preguntó con voz dominada por la ansiedad—: ¿Tú sientes algo? ¿Te duele el lado derecho? ¿Notas que te cansas?

—Pero, mujer —la interrumpió mi padre—, si se siente mal, ya lo dirá. No le sugestionas. Aparte de que, con una vela, ¿crees que vas a poder apreciar algo? Espérate a mañana y lo verás con luz natural, que es la única forma de apreciarlo. Y no te obsesiones. A ver si tú también vas a dejarte contagiar por la paranoia que embarga al pueblo.

—No. A mí que me cuenten cuentos del diablo y sus cabriolas por los tejados, ¿qué quieres que te diga? Me trae al fresco. Pero si el farmacéutico me alerta de que hay una epidemia de ictericia entre los niños, eso ya es otra cosa. A ver —me pidió sin aflojar la mano que me sujetaba el cuello—, saca la lengua. Muy blanca no la tiene, ¿verdad, Joaquín?

VI

«¿NUNCA HAS VISTO AL DIABLO, VERDAD?»

Fue una noche interminable, sumida en un silencio espeso y cargado de presagios angustiosos. Me desperté varias veces sobresaltado con el recuerdo del terremoto; daba vueltas en la cama, unas veces agobiado por el calor y otras tiritando de frío. Algo dentro de la cabeza golpeaba y el estruendo me producía la sensación de haber sido trasladado a otro mundo. Llegué a preguntarme si habría muerto y estaría volando entre nubes hacia el incierto futuro de la eternidad que mis padres desdeñaban pero el resto de la gente tanto temía. De vez en cuando, me sobresaltaba el miedo al diablo entrando por la ventana con sus cuernos para engancharme en su tridente y llevarme al infierno. Yo luchaba por desasirme de aquellos pinchos hasta que, agotado y jadeante, caí en el sopor de la resignación ante mi desgraciada suerte. Fue una pesadilla pavorosa.

Cuando me desperté, la cabeza me rechinaba y los dolores neurálgicos me obstruían la vista. Iba a decírselo a mi madre, cuando me crucé con ella en el pasillo, pero me reprimí, sabedor de que la asustaría aún más en la creencia de que me habían contagiado la ictericia. Temía además que se empeñase en llevarme al médico y yo no quería: era consciente de que mis males no se iban a curar con medicamentos. Es más, tenía la certeza de que mis problemas personales no estaban bajo mi piel, procedían del entorno, me agitaban la imaginación y carcomían mi conciencia.

—¿Has dormido? ¿Estás bien? —me preguntó mi madre mientras me levantaba la barbilla y me observaba los ojos a la luz de la ventana.

—Sí —contesté escuetamente. Luego, para suavizar la respuesta, añadí—: He pasado mucho calor. Me sobraba ropa.

A pesar de lo que nos había anticipado, Celsa vino a trabajar igual que siempre. Incluso llegó más temprano que otros días. Todavía no habíamos empezado a desayunar cuando la oímos hablar sola en el porche.

—¡Vaya! Podía haberse tomado el día libre como nos anunció anoche —lamentó

mi madre dirigiéndose a nosotros. Luego, ya casi gritando para que lo oyese ella, le preguntó—: Celsa, ¿no tenía que hacer no sé qué en la iglesia esta mañana? Vaya a hacerlo si quiere, no se preocupe. Mientras no llueva, todo lo que haga en la tierra es inútil.

—Sí, tenía que arreglar el altar. Pero para poder limpiarlo debe estar el señor cura presente. Yo no puedo tocar el ara —respondió con un escobón entre las manos—. Y don Primo hasta la tarde no puede: tiene que recibir al gobernador y rezar un responso por los mártires de la Cruzada. Me dijo que son los buenos de la guerra, los que murieron por la fe y el orden. Van a poner una placa con sus nombres en la fachada de la iglesia. Además, quiere hablar con el gobernador para lo de las rogativas.

—Ya —refunfuñó mi madre sin querer oír más. Era evidente que las argumentaciones de Celsa la ponían de mal humor—. Bueno, pues vaya trabajando algo con las plantas. Procure no hacer ruido porque estoy con jaqueca y voy a acostarme un rato hasta que haga efecto la aspirina que acabo de tomar.

—Eso es por el terremoto. Dicen que los temblores de tierra dan dolor de cabeza, mareos y náuseas. Anoche casi nadie durmió en el pueblo. También es mala suerte que el señor gobernador vaya a encontrar a la gente tan alicaída. Yo, si le digo la verdad, ni me acosté... Miraba al techo y me imaginaba que se hundía... conmigo debajo. Como para dormirse... —seguía hablando sin percatarse de que mi madre se tapaba los oídos para no escucharla.

Apenas eran las nueve, la bruma de la noche se había disipado por completo, y el sol ya lucía con toda su fuerza. Los campos agostados y las hojas amarillas de los árboles mostraban un día más los efectos de la pertinaz sequía. Aurelio, probablemente el alumno más travieso de la clase, le preguntó un día a doña Esther por qué la sequía era pertinaz y, por más que la maestra se empeñó en explicárnoslo, yo no me aclaré demasiado.

«En realidad es un tópico, una redundancia —concluyó la maestra, visiblemente incómoda ante su falta de argumentos—: Decir pertinaz sequía viene a ser como decir prado verde. Los prados siempre son verdes».

Pero el ejemplo en aquellos meses no servía. Los prados habían dejado de ser verdes. Y cuando Aurelio se lo recordó, entre las risas de todos nosotros, doña Esther se puso furiosa. Yo creo que fue porque se acordó de aquella vez, en el curso anterior, cuando al terminar de explicarnos el Diluvio Universal, otro niño le preguntó con la mayor ingenuidad por qué se habían ahogado las truchas y los barbos. Y ella, cogida por sorpresa ante la general hilaridad de la clase, no supo qué responder.

Esperé a que mi madre se acostase y luego salí al jardincillo que separaba la casa de la huerta. Celsa estaba podando los rosales y, como solía hacer a menudo, hablando sola.

—¡Ay, Virgen Santa, Virgen Santa! —exclamaba—. Qué va a ser de nosotros... Si no autorizan las rogativas pronto, acabaremos muriéndonos todos de sed. ¡Señora,

no dejes que el final nos coja en pecado!

Aquellos lamentos, que parecían surgir del fondo de la tierra, me escalofriaron, pero, lejos de huir, quedé agarrado al suelo con la vista clavada en ella, como si su aspecto repelente tuviese un imán que me sujetaba los ojos e impedía que pudiese mirar a otra parte. Cuando se volvió hacia mí y la vi tragar saliva antes de dirigirme la palabra, la piel se me erizó por todo el cuerpo. Verla a veces me producía el mismo efecto que enfrentarme con una serpiente pitón. Nunca había visto una, pero, gracias a los relatos de sus tiempos en América que tantas veces escuché a mi abuelo, conocía bien la sensación que causaba su proximidad. Celsa, además, me había contado que si metías en un tarro de agua un cabello de mujer en días de menstruación, pasadas tres semanas se convertía en una serpiente y en cuanto podía se escapaba para esconderse entre la maleza en espera de que alguien pasase cerca para picarlo.

Aquella mañana, el pañuelo negro que solía llevar en la cabeza se había soltado y los mechones de pelo entrecano que le cubrían las arrugas del cuello me dieron la sensación de un nido de serpientes recién nacidas, retorciéndose deseosas de desperdigarse por las inmediaciones de la casa y listas para trepar hiedra arriba hasta los dormitorios. Muchas personas consideraban que Celsa era una bruja. No faltaban quienes aseguraban que en su choza hacía sesiones de espiritismo. Era, sí, la mejor imagen de la protagonista de los cuentos de brujas que mi madre me leía cuando era pequeño. Enarbolando la podadera, dio un paso hacia mí, me clavó sus ojos de ofidio y, sin apartar aquella mirada aviesa que tenía, me preguntó con tono inquisitorial:

—¿Por qué no vas a misa? —No era la primera vez que me planteaba la pregunta, pero en esta ocasión lo hacía con mayor agresividad—: ¿Sabes que los que no van a misa van al infierno? Vas a acordarte mucho de lo que están haciendo tus padres.

Todo empezó de repente a dar vueltas a mi alrededor. Los rayos hirientes del sol se filtraban entre los chopos del otro lado de la carretera lanzando destellos de fuego. Sentí en las piernas el cosquilleo de decenas de crías de serpiente que se enroscaban en las pantorrillas y me sacudían la piel con sus colas diminutas. Celsa agarró el escobón que estaba apoyado en una espaldera y yo, confundido en el mareo, perdido en el delirio sin fiebre, vi como se montaba en él y asida al palo remontaba vuelo sobre la tapia hasta perderse en el horizonte. Fue su voz, unos segundos eternos más tarde, la que me hizo volver de nuevo a la realidad.

—Nacho, tú nunca has visto al diablo, ¿verdad? Ya verás, ya verás cuando lo veas cómo te tiemblan las piernas... Peor que cuando te encuentras con el lobo de frente.

Me sentí angustiado por las náuseas y el mareo. La tierra daba vueltas a mi alrededor. Veía los árboles con las copas hacia abajo. Corrí al interior de la casa, subí la escalera a trompicones, me encerré en el cuarto de baño y mientras intentaba vomitar noté que una diarrea incontenible me invadía las piernas en medio de un olor nauseabundo. Encogido, sin atreverme a mover un músculo, tiritando de escalofríos e incapaz de articular palabra, permanecí allí un buen rato; ni siquiera me arriesgué a

pensar sobre las mil extrañas ideas que me atormentaban. Instintivamente me quité los pantalones embarrados al tiempo que sopesaba la posibilidad de arrojarme al vacío desde la ventana entreabierta. Hasta que escuché a mi madre llamarme extrañada desde la cocina, no me atreví a salir.

—¿Qué te ocurre? —me preguntó nada más verme—. Estás muy pálido. ¿Te duele algo? —Se me cerraban los ojos y sentía la boca reseca. Mi madre me agarró de la mano, tiró de mí hacia el porche y, allí, a plena luz, me levantó los párpados una y otra vez, temerosa de descubrir la sombra amarillenta de la ictericia—. Si sientes algún dolor aquí, al lado derecho, debajo de esta paletilla, dímelo en seguida, ¿eh? Y ahora vente para la cocina y tumbate en el escaño un rato... Estás muy nervioso.

Acostado boca arriba, contaba los nudillos de las maderas del techo para no pensar en otras cosas. Mi madre trajinaba con los cacharros, abría y cerraba el grifo, que cada día respondía con un chorro más débil, y de vez en cuando miraba a través de los cristales a la huerta, donde Celsa aporcaba unas patatas que en la sequedad se resistían a crecer más de un palmo. Sin dejar de trabajar, y casi sin mirarme, me preguntó de pronto:

—Has estado hablando con Celsa, ¿verdad? Pues no hables con ella. Cuando ella esté por ahí, tú te vas a otro lado. ¡Qué mujer! Te pasa lo que a mí: cada vez que hablas con ella, a saber qué historias te contará, te cambia la cara; te descompones. Hace tiempo que te lo vengo notando. A ver si doña Esther se pone buena y vuelves a clase. No se te ocurra tomar nada ni comer nada que te dé, ¿eh? Es una bruja. Seguro que hace pócimas y conjuros.

Notaba muchas dificultades para hablar y no me atreví a preguntarle qué eran los conjuros. Daba por hecho que se trataba de algo tenebroso. Me levanté con pereza, alcancé la enciclopedia que tenía en el alféizar de la ventana y me puse a repasar la última lección de geografía que nos había explicado doña Esther. La geografía me gustaba; me hacía soñar con países desconocidos, con viajes que me alejarían de la presión del pueblo, con volcanes humeantes y selvas habitadas por leones rugientes, jirafas altivas, cebras pintarrajeadas y tigres de mirada destellante. La lección trataba de África, el continente novísimo, exótico y poblado de tribus salvajes que aún no habían descubierto el fuego.

—«En términos generales —leí en voz alta para apartar otros pensamientos—, podríamos decir que África es una extensa meseta de unos seiscientos metros de elevación y en la cual la erosión ha ocasionado dos depresiones...».

Era una descripción un tanto extraña. Y por más que lo intentaba, no conseguía concentrarme. Cogí el diccionario que me había traído mi padre de la ciudad para mi cumpleaños y busqué la palabra «diablo»: «m. Espíritu del mal. Nombre general de los ángeles arrojados al abismo y de cada uno de ellos». Me sorprendió que fuesen varios. La voz de mi madre, con el tono autoritario que prodigaba algunas veces, me sacó de aquel ensimismamiento:

—Vete a comprar el periódico a ver si trae algo del terremoto de anoche, anda. No

sea que cuando pase tu padre a recogerlo ya no quede. Coge dinero del estuche que está en el cajón de la cómoda y si llegaron, compra dos velas.

Eran poco más de las once, lucía el sol y el parque ofrecía una animación inusitada. Medio pueblo había acudido, respondiendo al bando del alcalde, a darle la bienvenida al gobernador y jefe provincial del Movimiento. En la tribuna, recubierta con una bandera roja y negra de la Falange que las mujeres de la Sección Femenina habían confeccionado la víspera, destacaba un micrófono de pie enmarcado en el yugo y las flechas talladas en madera de nogal por el sacristán. Los altavoces colgados de los árboles renqueaban música marcial de un disco aportado por la Delegación de Ex Combatientes. La falta de energía eléctrica había sido sustituida para el acto por un grupo electrógeno traído en un camión del Ejército unos minutos antes de que llegase la caravana que acompañaba al gobernador.

—¿Y qué le pasa a la central? ¿Un bombazo de los del monte? —preguntó con desdén uno de los técnicos—. Ya se han cargado varias por ahí. Tienen algún manitas que sabe dónde colocar la dinamita.

Los paisanos que aguardaban en primera fila se miraron con gestos de duda. Don Primo, con sotana nueva y boina roja, se movía impaciente entre las autoridades locales —todas con camisa azul y corbata negra— con el hisopo en una mano y un libro litúrgico en la otra. De vez en cuando se paraba, se quedaba pensativo unos instantes y antes de echar a andar de nuevo comprobaba que tenía correctamente marcada la página que se proponía recitar en el momento de la bendición.

Un murmullo colectivo precedió la llegada del ilustre visitante. El gobernador se presentó con tres cuartos de hora de retraso, pero no se molestó en disculparse. Llevaba botas altas y correa que le marcaba una barriga prominente encima de la camisa azul con el yugo y las flechas bordados en rojo sobre el bolsillo izquierdo. Sonreía con sobriedad bajo el bigotito estilizado y de vez en cuando se arreglaba el pelo, peinado hacia atrás, como si temiese que una ráfaga de viento inexistente le jugase la mala pasada de levantarlo. Tanto el alcalde como los concejales, delegados y representantes sindicales saludaron brazo en alto antes de tenderle la mano con firmeza. Los taconazos y los reiterados «¡a tus órdenes!», resonaban estremecedores entre la multitud silenciosa que se había congregado en torno a la tribuna. Olvidando que tenía que recoger el periódico y comprar las velas, yo contemplaba la escena encaramado a una de las verjas que cercaban el parque, y me entraron ganas de llorar de envidia cuando de pronto los miembros de la centuria Roncesvalles del Frente de Juventudes entraron en el recinto precedidos de la banda de tambores y cornetas de los cadetes, que entonaban *Montañas nevadas*. Muchos de ellos eran compañeros míos de clase, y viéndolos con aquel porte y arrogancia me invadió una verdadera sensación de furia contra mis padres, que me tenían prohibido participar en cualquier actividad promovida por cualquier organización relacionada con los falangistas.

Eduardo, *el Aguilucho*, que se ganó el apodo por su aspecto desgarrado y su nariz ganchuda, desfilaba en cabeza portando el banderín de la centuria y marcando el paso

con una marcialidad y una precisión asombrosas. A la altura de la tribuna, el jefe de la centuria, Carlos, el nieto del carnicero, ordenó alto, se dio media vuelta y tras un rotundo aunque prolongado «¡fiiiirrrmesss!», giró sobre sus pies ciento ochenta grados, quedó frente al gobernador, que también se había erguido sobre la vertical de sus botas de media caña, levantó el brazo a la altura de la frente, y gritó:

—¡A tus órdenes, camarada! Sin novedad en la centuria.

Inmediatamente después la banda municipal, muy mermada y carente de acoples, interpretó el himno nacional, que todos los presentes escucharon en actitud respetuosa, y don Primo rezó un responso por los mártires de la Cruzada, cuya memoria sería perpetuada en una lápida de mármol violeta que roció con agua bendita. El presidente de la Diputación, que hasta ese momento se había mantenido en un discreto segundo plano, abrió el turno de oradores y tras un balance exhaustivo de las obras realizadas en la provincia, anunció con gran énfasis la inmediata aprobación de un presupuesto próximo a las ciento cincuenta mil pesetas para la reconstrucción de un puente en los alrededores que, dijo textualmente, «las hordas marxistas, en su huida destructora y criminal, habían dejado inservible para el paso de ganado y vehículos».

Ante esta promesa, los asistentes rompieron en aplausos entre comentarios a media voz de reconocimiento y satisfacción.

—¡Viva Franco! —gritó enfervorizado don Primo al tiempo que levantaba el brazo derecho y dejaba caer el hisopo al suelo.

—¡¡¡Viva!!! —corearon decenas de voces al unísono.

El gobernador sonreía con aire de suficiencia. El alcalde llevaba su discurso escrito en unas cuartillas y al intentar saltarse los párrafos en los que demandaba la reconstrucción del puente e improvisar otros agradeciendo la promesa de acometerla, entremezcló las hojas y, presa del nerviosismo, el propio gobernador tuvo que acudir en su ayuda para reordenarlas y que pudiera concluir el discurso de bienvenida entre sonrisas disimuladas y maliciosas de algunos de los presentes, felices ante el ridículo que estaba haciendo. El alcalde no gozaba de especiales simpatías. La gente le apodaba «el Braguetazo» porque se había casado con una de las mozas más feas y más ricas del pueblo, lo cual le permitía vivir sin pegar un palo al agua. De vez en cuando, aparecía por el almacén de su suegro, pero nunca se le había visto ayudar a descargar un camión de materiales.

—Hemos superado tiempos difíciles impuestos por la anarquía republicana y la barbarie roja —empezó diciendo el gobernador con voz tronante— y estamos ahora en el comienzo de una nueva era de paz y prosperidad que volverá a convertir a España en una nación grande y poderosa. La presencia de nuestro invicto Caudillo al frente de los destinos de la patria nos garantiza el futuro de una España fiel a sus valores tradicionales, una España portadora de valores eternos en la que nunca más habrá de faltar el pan y la justicia por los que hemos luchado y vencido. Tenéis problemas, lo sé; acabamos de escuchárselo al alcalde; algunos me los anticipó

también vuestro diligente y piadoso párroco, pero ¿quién no tiene problemas? Tenemos problemas, pero tenemos también capacidad para resolverlos y voluntad de hacerlo. Bastará para ello con que trabajemos unidos en la comunión de ideas y principios del Movimiento Nacional que encabeza nuestro generalísimo, Franco.

Antes de abandonar el pueblo, el gobernador visitó el desconchado ayuntamiento, todavía con algunos impactos de la artillería republicana en la fachada, y el lugar, a la entrada de la iglesia, donde don Primo y el alcalde habían acordado levantar una cruz de piedra y colocar la lápida con los nombres de los caídos del bando nacional en la guerra civil. Las autoridades locales intentaban retener al gobernador y sus acompañantes. Pero el gobernador miraba el reloj a hurtadillas y en determinado momento se volvió hacia el coche que le aguardaba con el banderín descubierta y se subió casi sin despedirse. Ya con la puerta cerrada, bajó la ventanilla, hizo una seña al párroco y le dijo:

—Descuide, páter, en cuanto hable con el señor obispo le diré lo de las rogativas. No creo que haya problemas. Discúlpele mientras tanto, porque bastante tiene reorganizando la diócesis e intentando poner en pie tantas iglesias y conventos como ha encontrado reducidos a escombros y cenizas. Ya le diré que usted es un cura de los de verdad, buen cristiano y buen español... Descuide.

Sonrojado, don Primo se cuadró, golpeó los tacones y respondió:

—Gracias, gobernador. Y entre falangistas: a tus órdenes, camarada.

Con una sonrisa de oreja a oreja, el gobernador hizo ademán de levantar el brazo. El alcalde y las jerarquías locales que rodeaban el coche respondieron con los marciales taconazos propios del momento. La visita parecía predestinada a convertirse en el acontecimiento del año, pero en seguida cayó en el olvido. Los comentarios fueron de cierto desdén. «Muy buenas palabras, pero seguimos sin luz», escuché decir a unas mujeres. La gente continuaba bajo la impresión del temblor de tierra de la víspera y casi no se hablaba de otra cosa. Muchos tenían miedo de que repitiera a la misma hora y se aprestaban a aguardar a cielo raso, en algún descampado de las afueras.

Cuando a la luz del día pudieron reparar mejor, algunos vecinos habían descubierto en las paredes de sus casas grietas originadas por el seísmo. La propia iglesia mostraba una resquebrajadura al lado de la puerta de la sacristía que don Primo interpretó, y así lo anunció al final del rosario vespertino, como un aviso de la Providencia contra la acogida que se le estaba prestando al espíritu del mal en el pueblo. Para él nada de lo que ocurría era casual. Con quien se sentía bien el diablo era con los pecadores. Era una pena, anunció al grupo de beatas temblorosas que le acompañaron en el rezo, que el gobernador no se hubiese quedado más tiempo, porque habría aprovechado para informarle con mayor detalle de muchas cosas que en la capital ni se imaginaban.

Aún no había noticia de la muerte de Eusebia, más conocida por el apodo de «doña Rosarios», una anciana que vivía sola en una casucha rodeada de árboles

comunales en los confines del pueblo, cerca del viejo molino. Unos pescadores furtivos que colocaban trampas para las lampreas en la presa oyeron los gemidos del perro y cuando vieron las ventanas cerradas y los ojos llorosos del can, presintieron que había ocurrido algo grave.

—Me impresionó el animal —contaba uno de los pescadores en el café—: Reflejaba el dolor en el aire alicaído. A veces los perros tienen más sentido y expresan mejor el afecto que las personas.

Los primeros rumores culparon veladamente a los guerrilleros de haberla asesinado. Algunos vecinos especularon sin pruebas con la posibilidad de que la hubiesen matado por negarse a darles alojamiento o comida. Mi padre, que acababa de llegar cansado del aserradero y se encontró sin agua para darse una ducha, fue el primero que acertó con lo ocurrido:

—Es probable que se haya muerto del susto que le causó el temblor de tierra —comentó—. Por aquella parte, la más baja, fue por donde más se hizo sentir. Para una mujer de esa edad, sola, sin tener a nadie con quien compartir el miedo, debió de ser muy duro. Menos mal que después de todo lo que rezó la mujer, estará en el cielo tan tranquila.

—No creo que el terremoto la haya cogido en pecado, no —apostilló mi madre—. Los rosarios y letanías que habrá rezado esa mujer en la vida...

Hallaron el cadáver en la cocina, recostado en una mecedora y sin señal alguna de violencia. Los que ayudaron a levantarlo contaron que incluso mostraba el rictus sonriente que solía prodigar en vida. Pero aun así, a pesar de no haber indicios sospechosos de asesinato o suicidio, el juez ordenó que se le practicase la autopsia. Y fue entonces cuando empezaron a acumularse los problemas. Había que avisar a la capital para que viniese un forense y eso podía llevar dos o tres días de espera. Mientras tanto, el carpintero alegó que no tenía tablas con las medidas adecuadas y si no le daban potencia suficiente a la corriente eléctrica —que había empezado a funcionar con menor voltaje— para poder usar la cepilladura, no podría construir el ataúd.

Después de una mañana de discusiones en el ayuntamiento, el cadáver, envuelto en una sábana blanca y con una estampa de la Virgen de los Desamparados sobre el pecho, fue trasladado a la morgue del cementerio en el carro del panadero, tirado por un burro al que unas amigas de la difunta habían cubierto de negro las orejas en señal de duelo y respeto. Mi padre, que no era persona de chascarrillos, lo contó durante la cena sin evitar una sonrisa en la descripción de tan pintoresca imagen.

—Tú te ríes, pero, entre una cosa y otra, a ver quién es el guapo que duerme esta noche —le echó en cara mi madre—. Aparte de que no seré yo quien pruebe el pan que mañana repartan en ese carro y con ese burro. ¿A quién se le ocurre?

—Pues no sé a quién se le habrá ocurrido. Al alcalde, seguramente, que es una acémila. Espero que vaya gente al cementerio a velar a la muerta. No van a dejar al cadáver pudrirse a la intemperie. Es un ser humano.

—Y mejor que los demás —dijo mi madre—. Tenía sus cosas, pero nunca hizo mal alguno. Lo suyo era rezar y rezar, aunque no creo que haya hecho daño a nadie. A lo de ir a velarla vamos a ver quién se apunta. No tenía familia ni amigos y, donde vivía, ni vecinos. Si no llega a ser por los pescadores, podrían haber pasado semanas sin que nos enterásemos de que había muerto. ¡Qué triste no tener a nadie que te acompañe en los momentos finales!

—Ya —sentenció mi padre con su habitual frialdad y pragmatismo—. Será un problema mantener un cadáver en descomposición días y días con el calor que hace y lo insana que está la atmósfera. Yo creo que deberían enterrarla sin más. Pero, en fin, seguro que el cura ya habrá encontrado alguna explicación sobrenatural para lo ocurrido.

—Me contaron que daba no sé qué ver el envoltorio que hicieron aprisa y corriendo con el cadáver para echarlo en el carro... Así que, a ver cómo lo tienen en el cementerio. Aquello es un cuartucho infecto.

—Y... ¿no puede resucitar? —pregunté balbuciente—. La Historia Sagrada dice que todos los muertos van a resucitar para el Juicio Final.

—¿Cómo va a resucitar? No, hijo, no: los muertos no resucitan. Eso son cuentos. Claro que no te sorprendas si mañana sale alguien diciendo que la vio vestida de blanco y revoloteando por las copas de los árboles. La gente es muy fantasiosa y según está de alterado el pueblo con estas cosas que están pasando, todo es posible. Pero tú ya eres mayor y no debes hacer caso de las tonterías de las beatas.

—Esas cosas ni las creas ni pienses en ellas —insistió mi madre—. Luego te entra miedo y te cuesta dormirte. Son como las historias de Caperucita y el lobo.

Tras un breve silencio, dirigiéndose a mi padre, añadió:

—Este niño cada vez es más sensible. Todo le da miedo. Y para colmo de males, Celsa le mete en la cabeza temores religiosos e historias del diablo, de espíritus y de fantasmas que le impresionan. —Y mirándome a mí—: Tú no hagas caso. Cuando Celsa te venga con esas, te das media vuelta y te alejas. Si tienes alguna duda, me la consultas y yo te la aclaro. ¿Verdad que lo harás? Celsa es una bruja que se inventa cuentos para meter miedo. Si la escuchas y haces caso, luego duermes mal y sueñas en voz alta.

Pero aquella noche no dormí ni mal ni bien: permanecí en vela horas y horas. Estaba encogido en la cama, tiritando a pesar del calor, atemorizado por tantas imaginaciones como me venían a la mente y sin atreverme a dar la vuelta para no descubrir al diablo, al que intuía fisgando por la ventana. Cada vez que, vencido por el cansancio, conseguía prender el sueño, me asaltaba la imagen del cadáver de Eusebia corriendo por la calle, envuelta en una sábana blanca, en busca de la iglesia, con todos los perros del pueblo ladrando detrás y la gente, encerrada en las casas, asustada y gritando de miedo.

Otras veces veía a Celsa, cojeando y con los pelos desgredados, huyendo despavorida de una aparición del diablo e intentando encontrar a don Primo para

confesar un mal pensamiento. Los ruidos de la noche me sobresaltaban y en el ambiente notaba ráfagas de viento caliente que traían el olor a cadaverina desde el lejano cementerio. En un momento me puse a pensar en la autopsia que iban a hacerle a la difunta y, estremecido por la idea, me prometí que, se pusiera como se pusiese mi padre —que nunca ocultaba su deseo imperativo de que estudiase Medicina—, yo nunca sería médico. Si acaso, boticario. Los farmacéuticos recetaban a ojo y no tenían que andar acuchillando cadáveres...

Aquella idea me tranquilizó un poco, pero no tanto como para conseguir dormirme. Acababan de filtrarse por la contraventana los primeros rayos de luz, cuando las campanas comenzaron a tañer con el toque lúgubre y prolongado de los difuntos.

VII

«VIVIR AQUÍ ES VIVIR EN EL INFIERNO»

Antes de comer y a la plena luz del día, mi madre volvió a mirarme los ojos con atención. Luego fue a la cómoda, buscó en los cajones una blusa amarilla que tenía y me la acercó a la cara para comparar. «No, no parece...», la escuché hablar sola entre dientes.

—¿Tú te sientes bien? —me preguntó de pronto.

—Estos días, al levantarme tenía mareos. Pero ya se me han pasado —dije.

—¿Mareos? ¿Y qué sentías?

—Como si la habitación diese vueltas alrededor —expliqué.

—Vamos a ir al médico a que te vea y, si hace falta, que te hagan un análisis. Así nos quedamos todos más tranquilos.

Don Arturo me hizo desnudar de cintura para arriba y me auscultó con detenimiento. El estetoscopio estaba frío y cada vez que lo apoyaba sobre mi piel, se me ponía carne de gallina.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Ignacio. Pero le llamamos Nacho y a veces, Nachín —se apresuró a responder mi madre por mí.

—Respira hondo, Nacho —me dijo el médico. Y en seguida añadió—: Muy bien, muy bien. Otra vez. Con la boca abierta. Más hondo. Espira ya. Muy bien. Buen niño. Seguro que eres un futbolista excelente.

Luego me miró la lengua y, claro, los ojos. Sacó una linternita del cajón y me enfocó la pupila.

—¿Qué tal estudia? —le preguntó a mi madre mientras me auscultaba.

Todo el mundo preguntaba lo mismo.

—Bien —respondió ella—. Hasta ahora, muy bien. Esperemos que no cambie.

—¿Por qué va a cambiar, mujer? ¿Ya tiene decidido qué va a hacer? Le mandarán

a la universidad. Si es buen estudiante, sería una pena que no hiciese una carrera.

—No sé. El padre quiere que estudie Medicina. Pero él no parece muy entusiasmado. Todavía tiene tiempo para pensárselo. Aún es muy pequeño.

—A ti ¿qué te gustaría ser de mayor?, ¿médico?

Yo negué con la cabeza a toda prisa.

—¡Ah, no! ¿Y por qué? Los médicos no mordemos a las personas. Las curamos.

—Es que no quiero hacer autopsias... —respondí con voz temblorosa al tiempo que me imaginaba a la difunta Eusebia, abierta en canal sobre la mesa de piedra que había a la entrada de la capilla del cementerio, mientras el cura y las beatas rezaban los responsos.

—Es muy miedoso —se apresuró a aclarar mi madre—. Le dan mucho miedo los muertos. Un día que pasamos cerca del cementerio no quiso mirar ni a la tapia.

—Pues, hijo, los muertos no hacen nada. Son peores los vivos; ya lo comprobarás de mayor. —El doctor hizo una pausa—. ¿Así que no quieres ser médico para no tener que hacer autopsias, eh? Mira, esta tarde vamos a hacer una. Pero como no te gustan, no te invito a presenciara. —Y mirando a mi madre, añadió—: La verdad es que no es un espectáculo muy recomendable para nadie, y menos para niños. Yo ya sé que hoy no voy a cenar.

—No, yo una cosa así no quiero verla. ¡Qué horror! Estoy segura de que no comería en dos semanas. No sé cómo tienen valor para clavarle un bisturí a un cadáver... Al fin y al cabo, es un cuerpo humano.

—Ya. A todo se acostumbra uno. Yo hace tiempo que no hago ninguna. Aquí por suerte se dan pocos casos y cuando llega alguna, como ahora, viene un forense de la capital. Ellos están habituados y en un santiamén desguazan un cadáver con la misma normalidad con que tú despiezas un pollo para meterlo a la olla.

Don Arturo se volvió hacia el escritorio, cogió un talonario de recetas y mirándome fijamente, con la estilográfica en la mano, me preguntó:

—¿Sientes algún dolor aparte de esos mareos? Bueno, si en algún momento notas que te duele aquí, encima del cinturón, debajo de esta paletilla, se lo dices a tu madre y venís a verme en seguida. Basta que esté por ahí la epidemia de hepatitis para que extrememos la atención. Pero estás muy bien, así que a seguir estudiando como hasta ahora y a comer todo lo que te pongan, ¿de acuerdo?

—Estos días están sin escuela. A ver si doña Esther se recupera pronto porque si no este curso va a ser un desastre. El padre ya está pensando en mandarlo a clases particulares —comentó mi madre.

—Eso estaría bien. Ya hablaré yo con Joaquín y le recomendaré algún profesor. —Bajando la voz un poco, en tono confidencial, añadió—: Lo de doña Esther... —Movié la cabeza de un lado a otro—. Vamos a ver cómo evoluciona. En una de estas nos da un susto. La mujer tiene mala suerte... Con todo lo que pasó con el suicidio de la hermana, luego en la guerra y ahora que las cosas se le habían arreglado un poco, este problema. Bueno, hay que tener fe. A veces se producen milagros. ¿No van

diciendo que anda el diablo por ahí? Pues a ver si nos visita también el ángel de la guarda de vez en cuando y echa una mano a las buenas personas, porque no se ven más que calamidades, ¿verdad? El terremoto ¿os asustó mucho?

—Un poco. Nos cogió levantados y quizá por eso la impresión fue menor.

—Fue suave. Yo acababa de acostarme y tardé en darme cuenta. Lo que ocurre es que hay gente que lo ha dramatizado de una manera terrible. Estas últimas horas no he parado de recetar tranquilizantes, que, la verdad, sirven para bien poco. Luego va don Primo y larga esos sermones que ponen a la gente en vilo... Este cura no parará hasta que nos mande al manicomio a unos cuantos. Hay muchos que están convencidos, pero convencidos de verdad, de que estamos en vísperas del Juicio Universal. Cómo ha alterado ese hombre al pueblo, ¡Dios!

—A nosotros, al margen de que sus creencias no las compartimos, este párroco no nos gusta. Se lo digo en confianza. Sabemos que nos tiene enfilados porque no vamos a misa normalmente, sólo a bodas, funerales y cosas así; pero luego observamos que su comportamiento es igual con todos. Hace unas cosas increíbles. Joaquín está convencido de que no rige bien.

—Hace cosas increíbles y dice cosas peores. Teníais que escucharle los domingos... Todo lo mezcla, lo mismo te echa la bronca porque has llegado tarde que establece una comparación entre la Virgen María y la Pasionaria que te sonroja de vergüenza ajena. Se empeña en mezclar la fe con la política y son cosas distintas. Tiene obsesión con la Pasionaria. El otro día dijo desde el púlpito que es una puta, así como suena; que en Somorrostro, que es el pueblo donde nació, ya de pequeña se iba a la cama con todos los chicos.

—¡Qué barbaridad! —exclamó mi madre—. ¿Qué le habrá hecho a él la Pasionaria?

—Últimamente la tiene tomada con ella. Luego será con otro o con otra. Y no es un hombre ejemplar para nada. Cuando se enfada dice más tacos que un carretero. Y a veces hace cosas temerarias. Como el día, este verano fue, que con la iglesia abarrotada no se le ocurrió más que cerrar la puerta a la hora del sermón para que los retrasados no le interrumpiesen. Con más de treinta grados de calor que hacía, mucha gente las pasó canutas. Hubo varias personas que se desmayaron. Mientras, los que esperaban fuera gritaban y golpeaban la puerta. Fue un escándalo. Yo creo que... —don Arturo hizo el movimiento de un tornillo en la sien con el dedo pulgar derecho—, sí, que bien del todo no rige.

—Eso dice Joaquín. Nosotros tenemos trabajando en casa a una mujer, Celsa, no sé si la conoce, una pobre que vivía allá arriba, en un caserío que hay...

—La conozco, la conozco. Alguna vez la he atendido. Es una mujer bastante extraña, te lo digo en confianza. Siempre me cuenta alguna historia sobrenatural sin pies ni cabeza a la que atribuye sus males y no hay manera de convencerla de que lo suyo no tiene nada que ver ni con el demonio ni con cosas de esas. Es como un alma en pena, siempre lamentando los males ajenos. Luego no hace lo que le mando y de

salud cada vez está peor. El día que le revienten las varices de esa pierna que lleva a rastras, no habrá quien le corte la hemorragia. No sé cómo la soportáis.

—Ya. La cogimos cuando yo estuve mala y aunque en seguida vimos que para trabajar en casa no servía, pues a Joaquín le daba asco todo lo que tocaba, nos dio lástima y ahora ¿qué?, ¿le decimos que no vuelva? Nos da pena. Así que ahí la tenemos, haciendo algo en la huerta y echando una mano en algunas labores domésticas. Para eso es apañada, no se crea. —Mi madre hizo una pausa y prosiguió —: Como le decía, la tenemos en casa. Entre tanto, se ha hecho muy compinche de don Primo. Son uña y carne. Son paisanos, incluso creo que eran medio vecinos allá por Castilla. Nacieron en pueblos próximos.

—Pues aviados vamos. Son uña y carne, sí. Ella debe de ser la que a veces le calienta los cascos.

—No sé quién se los calienta a quién. Desde que llegó el cura, no para de hablar del diablo y de anticipar mil males. Antes ya tenía sus cosas, no se lo discuto; sin embargo, últimamente está peor. Cada día más tarada.

—¡Vaya pareja! Bueno, tengo que dejaros. De un momento a otro llegará el forense y después debo acompañarle al cementerio para hacer la autopsia. No es mi cometido, pero siento la obligación de echarle una mano.

Se acercó con nosotros hasta la puerta y, antes de despedirse, me puso la mano en la cabeza y me preguntó:

—Entonces, tú no nos quieres acompañar, ¿verdad? Eres un niño listo.

La amplia sonrisa que me dedicó no evitó que sintiese un estremecimiento por todo el cuerpo. Yo nunca había visto a un muerto y me horrorizaba la idea de que algún día tuviese que ver uno. Tres años atrás, cuando falleció mi abuelo, mi padre me llevó a casa de su primo Fernando y permanecí allí, arropado por sus hijos, hasta que lo enterraron y terminó el desfile de vecinos que se acercaban a dar el pésame en una peregrinación interminable.

—Estás muy bien —dictaminó el médico—. Hecho un jabato estás. Te voy a mandar unas vitaminas y un poco de calcio, que son cosas que en el otoño siempre vienen bien, y ya sabes, a darle con fuerza a la pelota y a prepararte para ser un hombre de provecho.

Cuando llegamos a casa, mi padre estaba leyendo el periódico. Nada más vernos entrar, preguntó extrañado:

—¿Dónde habéis estado? Empezaba a preocuparme.

—En el médico —respondió mi madre—. Le he llevado a don Arturo inquieta ante la epidemia de ictericia que hay. No le ha encontrado nada ni ha visto motivos para analizarle la orina. Me tranquilizó mucho. Es un hombre muy amable. Sólo le ha mandado vitamina C en plan preventivo y Sandocal para los huesos.

—Pero ¿le duele algo?, ¿notaste algo raro?

—Tiene mareos por las mañanas y como la gente no para de hablar, me entró preocupación y decidí sobre la marcha ir a que le echara un vistazo. Si te digo la

verdad, fue Celsa la que este mediodía me metió miedo. Entró en la cocina mientras preparaba la comida y empezó con los cuentos de siempre, ya sabes, todos esos fantasmas que ella trae alrededor. ¡Ay, qué mujer! Luego se puso a decirme que este niño tendría... supongo que iba a volver con el cuento de la primera comunión y todo eso... No sé. La corté en seco y...

—A la mierda tenías que haberla mandado, hablando mal y pronto.

—Ya. Ganas no me faltan a veces. Acabo de contarte: entonces se puso con lo de la ictericia, que si un niño de no sé dónde había muerto, que si al de no sé quién lo estaban llevando a la orilla del río porque mirando la corriente del agua se le disipa el amarillo de los ojos... Resumiendo, me puso tan histérica oírlo que nada más comer nos fuimos a ver a don Arturo. Mira, ha servido para tranquilizarme. Salí de la consulta como envuelta en una nube.

—Me crucé yo con él hace un momento. Iba hablando muy entretenido con otro señor que debía de ser forastero, porque no le conocía de nada. Por eso sólo nos dijimos «adiós», «adiós».

—Seguramente era el forense que vino de la capital. Lo estaba esperando. Se marchaban nada más terminar con nosotros a hacerle la autopsia a Eusebia. Como te decía, no le encontró nada. Me quedé más tranquila, aunque habrá que estar vigilantes. Las cosas del hígado son muy malas y una ictericia cogida tarde o mal curada puede dejarle secuelas para toda la vida. Habrá que estar atentos. La ictericia es contagiosa, ¿verdad?

—Creo que sí. Habrá que estar atentos, desde luego, pero no hay que obsesionarse. A veces es peor el miedo que se pasa que las propias enfermedades. Con todo lo que fue la guerra, con todas las desgracias que ocasionó, pues ahora da la sensación de que hay más temores que entonces. Todo el mundo tiene miedo a algo, empezando por la Guardia Civil, que lejos de proporcionar tranquilidad a la gente, la asusta. Con esta mentalidad que se está imponiendo, vamos al desastre. No tengo la menor duda. Cualquiera día salimos todos corriendo sin saber de qué huimos exactamente.

—No será para tanto, hombre —repuso mi madre con una sonrisa forzada.

—Por cierto —cambió mi padre de tema—, Fidel, el de La Gloria, me ha dicho que le han proporcionado algo de aceite. Tiene miedo de que le descubran haciendo estraperlo, claro, y no quiere que trascienda más allá del ámbito de los familiares y amigos de confianza.

—A buen precio será...

—Sí, me imagino. Ponte en lo peor. Según están las cosas, valdrá una fortuna. Ni yo le pregunté ni él me dijo. Me advirtió, eso sí, que no entraras por la confitería y que no hablaras del asunto si hay alguien delante. Para él es un compromiso. Incluso comentó que lo mejor sería que mandases al niño a buscarlo. Como somos parientes, dice que nos puede proporcionar hasta dos litros.

—¿Y tú crees que es mejor mandar al niño?

—Pues no lo sé tampoco. Igual disimula más. Si lleva una bolsa con las botellas dentro, tal vez la gente se fije menos.

—¿Hay que llevar las botellas vacías?

—Sí, claro. Él lo tiene en un bidón.

—¿Y el dinero? ¿Cuánto le doy? ¿Tienes tú?

—Tengo cincuenta pesetas. Será suficiente, digo yo. A cinco duros el litro, ya está bien. Un día de estos voy a dedicarme yo al estraperlo.

—Lo que te faltaba, sí. Le daremos las cincuenta pesetas y a ver si llega. Si falta ya se lo pago yo mañana. Con él no hay problema. Sobrar, no le va a sobrar nada, ya verás. La semana pasada me dijeron que en la capital estaban vendiendo el aceite de oliva traído de matute de Andalucía a setenta y setenta y cinco el litro. Al parecer la gente lo compra por la epidemia de ictericia para dárselo a los niños. La grasa de cerdo y la mantequilla son lo peor que hay para el hígado. Lo mismo que los huevos, claro.

—A veces me dan ganas de cogeros a los dos y largarnos a Cuba de nuevo o a donde sea —reflexionó mi padre en voz alta—. Vivir aquí es vivir en el infierno. Cuando no es una cosa, es otra. Esto del racionamiento y el estraperlo es inconcebible a mitad como estamos ya del siglo xx. El otro día me dijo tu hermano que estaba pensando hacer un viaje a Castilla y traer un saco de harina de trigo en la bicicleta. Yo le dije que estaba loco, pero hay gente por ahí que lo hace. Traes ochenta o cien kilos y tienes para hacer pan casero una temporada.

—¿Y si le cogen? A ti no se te ocurrirá meterte en un lío de esos, ¿verdad? Es una temeridad. Hay que decirle a Arsenio que no se le ocurra. Ese hombre sólo piensa en meterse en follones. Ya nos arreglaremos con el racionamiento como podamos. Lo importante es que tengamos salud y no nos veamos obligados a hacer una dieta, porque entonces sí que estaríamos perdidos.

La tarde se había quedado gris y tristonera, a tono con el tañer de las campanas anunciando el entierro de Eusebia para el día siguiente. Camino de la confitería La Gloria coincidí con algunas personas, mujeres en su mayor parte, que salían de sus casas para ir a rezar el rosario. Las viejas ya llevaban la mantilla en la cabeza. Casi no hablaban entre sí, mientras andaban de forma resuelta y con cierto aire colectivo de preocupación.

Escuché como una vieja le preguntaba a otra si ya habrían terminado de hacer la autopsia y si habrían encontrado algo. Conversaban en voz muy baja pero me acerqué y pude oír casi todo lo que decían:

—¡Qué van a encontrar! Todo son paripés. Harán como que la abren y volverán a coserla. En una de estas ni se molestan.

—Pobre Eusebia, con lo piadosa que era. ¡Cómo vamos a echarla de menos en la iglesia!

—Tienes razón. Y la muerte que ha tenido... Con los rosarios que ella habrá rezado.

—Para mí que... están pasando cosas muy raras en el pueblo, ¿no te parece? El señor cura dice que es el Maligno que intenta apartarnos del bien, y yo creo que tiene razón. La muerte de Eusebia no es normal, para mí que es un aviso. Nunca había estado enferma.

—¡Alabado sea el Señor! —replicó la otra al tiempo que aceleraba el paso y me miraba de reojo.

Fidel, el confitero, tendría cerca de sesenta años. Era un hombre alto, gordo y con cara de bonachón que apenas salía del obrador. Mi padre, pariente suyo, solía gastarle bromas: «Claro, como te inflas a comer pasteles y no tienes que sudar cortando madera, así luces de bien. Otros, saltando de bosque en bosque y almorzando tortillas frías y con poca grasa, damos pena reducidos a los puros huesos». Cada vez que iba a la confitería acompañando a mi padre o a mi madre, se desvivía en atenciones hacia mí. Le gustaban mucho los niños y nunca se hartaba de decir que no haberlos tenido era la mayor frustración de su vida. «Vaya hijo más guapo que tenéis», solía decirles a mis padres, y eso los llenaba de orgullo. Les preguntaba, por no ser menos, si estudiaba bien y en seguida me daba un puñado de caramelos, un cartuchito de uvas pasas o unas barritas de regaliz. Aquella tarde estaba acodado en el mostrador con el periódico abierto y la vista perdida en una página abigarrada de texto.

—Estos diarios de ahora no traen nada. Yo creo que ya ni la fecha ni el precio son ciertos. Lo compré por ver si publicaba algo del terremoto de anteanoche y no trae nada. Si hubiese sido en la Conchinchina o ahí para allá, donde los japoneses, seguro que le dedicaba una página entera. A nosotros nadie nos hace caso.

Hablaba sólo sin percatarse de mi presencia. De pronto levantó la cabeza, me vio plantado en medio del salón con la bolsa de esparto en la mano, y exclamó con su habitual sonrisa:

—¡Ah!, ¿eres tú? Te manda tu madre a por un recado, ¿verdad? Si te para alguien y te pregunta de dónde vienes, no digas nada, ¡eh! Pasa para dentro. A ver, dame las botellas. ¿Cuántas botellas traes, dos? Muy bien. Espera un momento que te las llene ahora que no hay clientes y luego, procurando que no te vea nadie, sales por la puerta del obrador. No pases por delante de la iglesia que ahora están todas las beatas dándole a la sinhueso por ahí y si ven el «contrabando», para qué quieres más. Ellas que sigan con sus rezos y sus miedos y tú, a lo tuyo, a lo tuyo, ¿no te parece? Ese cura que tenemos va a volver loco a medio pueblo.

No esperó respuesta. Hablaba con los brazos en jarras y de vez en cuando se estiraba para mirar por un ventanuco que se abría encima del mostrador hacia la plaza de la iglesia. Cuando comprobó que no se acercaba nadie, se adentró en el cuarto del fondo, oscuro como la boca de un lobo y lleno de trastos amontonados de cualquier forma. No encendió la luz. Casi tanteando, puso las botellas encima de unas cajas, colocó un embudo negro y mugriento en el bocal de una y fue llenando poco a poco de un garrafón panzudo que levantó del suelo en peso. Luego, sin bajar el garrafón, cambió el embudo a la otra, la llenó igualmente con un chorro suave y constante, y en

seguida dejó caer el pesado garrafón al suelo.

—¡Joder con los que dicen que el aceite no pesa! —comentó—. Bueno, pues aquí las tienes. Te las corcho y cuidado con que no se te caigan. Se te rompen por el camino y a tu madre le da un soponcio. Con lo que cuesta conseguirlo. Esto viene de Jaén, de más allá de Despeñaperros, así que fíjate el mundo que ha corrido ya. De oliva puro, sin mezclas de mejunjes...

—Tenga —le dije, tendiéndole el billete

—¿Traes el dinero? —se sorprendió—. Ya me lo pagaría tu padre, hombre. Somos familia, hay confianza. Bueno, como lo traes justo, te lo cogeré. Dile a tu madre que el precio es por ser para vosotros. A otros se lo estoy cobrando diez reales más caro. Y aun así no compensa. En realidad, estas cosas no te dan más que preocupaciones y disgustos. Lo tienes en casa y no duermes tranquilo temiendo siempre que aparezcan los de Abastos a hacer un registro. Anteanoche, cuando el terremoto, acababa de dormirme y, según me desperté, lo primero que pensé es que eran ellos aporreando la puerta.

En la calle empezaba a anoecer. Fidel se asomó y me gritó:

—Ven, ven un momento. Con los nervios se me olvidaba: ¿quieres comer un pastel? Parece que no te gustan mucho, según dijo una vez tu madre. Entonces, toma, te doy unos higos secos; es más de hombres. Los pasteles les gustan más a las niñas, sobre todo los de crema. Ya verás qué buenos están estos higos. Oye, si alguien nota que llevas botellas y te pregunta algo le dices que es moscatel, que se lo ha mandado el médico como reconstituyente a tu madre.

Cuando al fin salí, la oscuridad era casi total. Se había restablecido la electricidad, pero el barrio que se extendía por la trasera de la confitería apenas tenía iluminación pública y la mayor parte de las casas esperaban hasta el último momento a encender las luces para ahorrar. No se veía a nadie por la calle y, consciente de la clandestinidad del encargo que me habían hecho mis padres, me alegré.

Ya estaba llegando a casa y empezaba a sentir el orgullo de haberlo conseguido, cuando me encontré casi de bruces con Celsa, que salía de una calleja lateral.

—¿De dónde vienes? ¿Has ido al rosario hoy? —me preguntó.

—No. Estuve por ahí haciendo unos recados —respondí con desgana.

—No habrás ido al cementerio a ver cómo hacían la autopsia a Eusebia, ¿verdad? Me han dicho que aquello estaba lleno de niños que querían ver cosas que no se deben ver. Hasta que el enterrador los echó amenazándolos con el pico de cavar las tumbas. Está visto que en este pueblo no hay respeto por nada ni por nadie. Y la culpa ¿sabes quién la tiene? Gente como tu padre y tu madre que dan mal ejemplo: no van a misa ni respetan la religión. Y no digo que sean malos, no, conmigo bien que se portan. Pero se creen más listos que los demás, desconfían de la existencia de Dios, no cumplen con los preceptos, se ponen siempre del lado de Satanás y luego pasa lo que pasa. Tendrías que haber escuchado a don Primo esta tarde.

De poco me sirvió asentir y acelerar la marcha. Celsa había cambiado de rumbo y

me seguía cojeando a pocos pasos sin dejar de darme la murga. Oyéndola hablar, notaba que el corazón se me escapaba del pecho y por más que procuraba avivar el paso para perderla de vista no había manera de despegarme de su sombra. Hubo un momento en que estuve a punto de encararme con ella y decirle que me dejara en paz de una vez, que el diablo no existía y que don Primo era un farsante que no hacía otra cosa que meter miedo a la gente. Pero algo en mi interior me frenaba la lengua y me levantaba calentura. De pronto tropecé en un leño que estaba atravesado en la cuneta y a punto estuve de dar al traste con las botellas de aceite. Para mis adentros maldecía a aquella mujer, el eco de cuyas palabras me despertaba sobresaltado muchas noches. No obstante, lejos de manifestarlo y en un impulso inexplicable de curiosidad morbosa, me detuve un segundo y le pregunté:

—¿Usted ha visto alguna vez al diablo?

—¡Yo! Vaya que si le he visto. Y cuando lo recuerdo, siento que el calor me sube por el cuerpo, la garganta se me reseca hasta dejarme sin habla y los pelos se me ponen de punta como si una mano invisible, fría igual que un carámbano, tirase de ellos, queriendo arrastrarme a saber dónde.

—Y... ¿cómo era? —acerté a preguntar, muerto también yo de miedo.

—¡Ay, Dios mío! Muy feo, negruzco, peludo... Ahora no te lo puedo explicar. De noche no, que me muero al recordarlo. Uno de estos días, por la mañana, cuando no nos vea tu madre, te lo cuento todo. Te lo prometo. Te lo contaré a ti solo. Pero no le digas nada a nadie, tienes que jurármelo, ¿eh? Mientras, si ves algo sospechoso, si oyes algún ruido extraño en el tejado, te santiguas porque eso le espanta. Ruge desesperado y echa a correr. También le ahuyenta el agua bendita. Deberías tener un frasco al lado de la cama.

—Bueno —respondí ya con la mano en la cancela que cerraba la entrada de mi casa.

VIII

«SI NO RECIBIMOS MUNICIÓN PRONTO, ESTAMOS PERDIDOS»

Leandro el del puerto, uno de los ganaderos más ricos de la comarca, encontró la cena puesta y a su mujer y a sus hijas sentadas alrededor de la mesa cuando llegó a casa al anochecer. Estaba sudoroso por la caminata que se había dado desde el pueblo, pero seguía sin aflojarse la corbata negra que se había puesto esa mañana sobre la camisa azul con el yugo y las flechas bordados en el bolsillo izquierdo para recibir al gobernador.

—Vaya horas —le dijo secamente su mujer como saludo—. ¿Hasta tan tarde se quedó el gobernador? Las vacas no paran de mugir.

—¡Qué sabrás tú si son horas o no son horas! —respondió secamente mientras miraba con desgana el guiso de patatas que le aguardaba—. El día que nos echen la carretera hasta la puerta de casa seré más puntual. Claro que eso dudo que lo vean nuestros ojos.

Estaba cansado. Había pasado la mañana de pie —«Lo de los zapatos es lo que peor llevo», le había comentado a un amigo— y la tarde deambulando de bar en bar, tomando un café aquí, una copa allá, bebiendo un vino con este e invitando a una cerveza al otro... Todo el mundo le felicitaba.

—¿Has cobrado? —le preguntó su mujer sin aguardar más y sin dulcificar el tono.

—Pues claro. Aquí lo traigo. A ver dónde lo guardas. Tener dinero en casa se ha vuelto peligroso.

La víspera, Leandro había vendido un semental por tres mil pesetas, el precio más alto que se había pagado jamás en la comarca por un toro. El ganado que ya criaba su padre en las praderías que se extendían en torno al caserío, en la parte más agreste del municipio, era apreciado por su porte y calidad. En los años de la República, sus vacas habían conseguido medallas en los certámenes ganaderos que se celebraban por

San Antón en la capital.

Leandro no tenía previsto desprenderse del toro, pero los forasteros que se presentaron de improviso en su establo estaban dispuestos a llevárselo como fuera, y ante la astronómica oferta que le hicieron no supo negarse. Cuando el cajero del banco le fue entregando uno a uno los treinta billetes de cien pesetas de la transacción —todos nuevos, sin estrenar— se dijo que nunca había visto tanto dinero junto. Camino de casa, anochecido ya, eufórico por el éxito y alegre por el alcohol, había hecho planes con idea de invertirlo en mejoras para la explotación.

—¿Y no nos has traído nada? —preguntó con voz tímida una de las niñas.

En ese momento sintió que el mundo se le venía encima. Era la primera vez que tenía tres mil pesetas en el bolsillo y, paradójicamente, también era la primera vez que olvidaba comprarles alguna golosina a sus hijas. Apenas fue capaz de balbucear una disculpa.

—Estaba todo cerrado. La gente seguía medio asustada con el terremoto. Pero no os preocupéis que...

La puerta de la calle se abrió de pronto y atronó al golpear con fuerza contra la pared, sofocando las últimas palabras de Leandro. Al instante, dos hombres de aspecto desaliñado y aire amenazador irrumpieron en la cocina, cada uno de ellos con una pistola en la mano.

—¡Que nadie se mueva! —gritó uno.

—A ver, señora, hacia atrás, hasta la trébede. Siéntese ahí y no se menea —ordenó el otro a la mujer. Luego se dirigió a las niñas—: Vosotras lo mismo. Id hacia atrás con vuestra madre. Sentaos ahí y no os mováis. Si os estáis quietas y calladas, no va a pasaros nada.

Leandro se agarró a la mesa, que sintió que giraba en torno suyo como un torbellino, y notó que las piernas le temblaban. Una de las niñas rompió a llorar. La mujer las apretaba contra sí y rezaba temblorosa en voz baja y con los ojos entrecerrados.

—Tú, ven para acá —le dijo el primero de los asaltantes a Leandro al tiempo que lo empujaba hacia el pasillo que daba acceso a la escalera—. Estarás contento, ¿no? —le preguntó, clavándole el cañón de la pistola en el omoplato.

—¿Para qué te has puesto tan guapo, fascista de mierda? —le espetó un tercer hombre que se había quedado de guardia en la puerta y al que aún no alcanzaba a ver—. ¡Hay que joderse cómo se ha vestido el hijoputa este!

—¿Cuánto te pagaron por el toro? ¡No nos intentes engañar, eh! —le preguntó el que le empujaba.

—Tres... mil pesetas.

—¿Tres o cuatro mil? ¡Di la verdad si quieres poder contárselo a la Guardia Civil!

—Tres mil. Os lo juro. Tres mil.

—Pues ese dinero no te corresponde. Ese toro se crio en praderas del pueblo. Así que vamos a requisártelo para gastarlo en la lucha armada del maquis contra la

dictadura. ¿Dónde lo tienes? Venga, no perdamos tiempo. La paciencia tiene un límite.

Leandro dudó unos segundos. Pero la cara amenazante de los atracadores y, sobre todo, la negrura del cañón de la pistola que le había visto al de la puerta y la presión del que sentía sobre su espalda le convencieron rápido.

—Aquí —señaló el abultado bolsillo izquierdo de la camisa azul, bajo la protección del yugo y las flechas, entrecruzados en rojo.

Uno de los asaltantes extendió la mano y, sin detenerse a desabotonarlo, arrancó el bolsillo de un tirón, dejando que los billetes se desparramasen por el suelo. En seguida los recogió, los contó con parsimonia, recreándose en el tacto, los guardó y dijo:

—Tres mil, sí. Esto es lo del toro que vendiste. ¿Dónde tienes el resto?

—¿Qué resto?

—Lo que guardas en casa. No nos vas a decir que en casa no tienes dinero guardado.

—No.

—No, ¿eh? Eso vamos a comprobarlo.

Uno de los asaltantes regresó a la cocina y preguntó a la mujer dónde guardaban la matanza.

—Sí. Tú busca algo sólido para comer que yo tengo el estómago en los calcañares —dijo el otro—. A este voy a darle yo hasta que el dinero aparezca o la camisa azul se le vuelva colorada. ¡Andando, sube la escalera y cuidado con los movimientos que haces! Esta que ves se dispara sin preguntar.

En el piso de arriba, Leandro juró una vez más que no tenían dinero guardado. Entonces el asaltante, en un arranque de ira le asestó una sonora bofetada y le increpó:

—Pues si tú no sabes dónde lo tienes, voy a descubrirlo yo.

Le empujó hasta una de las habitaciones y lo encerró por fuera.

—No te muevas de aquí si no quieres morir acribillado, ¿de acuerdo? Piensa lo que hacíais los falangistas con nosotros, cacho cabrón. ¿Cuánto le pagas al hombre ese que tienes para sacar el estiércol de la cuadra? ¿Cuánto? Seguro que una miseria si es que no le liquidas con la comida y sitio en el pajar para dormir... ¡Explotadores de los cojones!

El asaltante se cercioró de que la ventana estaba trancada, aunque sin reparar en que una bisagra se hallaba desprendida; inspeccionó lo que había en el cajón de la mesilla de noche, palpó de arriba abajo el colchón de lana de oveja y, tras un portazo que hizo retumbar la casa, salió nuevamente al pasillo, desde donde gritó a los que se encontraban en la planta baja, uno vigilando fuera y el otro en la despensa llenando las mochilas de comida:

—El pájaro no quiere cantar. Mirad vosotros por ahí dónde guarda el calcetín. Yo buscaré por aquí y si no lo encontramos en diez minutos, habrá que convencerle a

hostias. O con perdigones. Como me siga tocando los huevos voy a darle una somanta de palos que no sé si va a ser capaz de levantarse para contarlo.

—¿Has visto cómo va vestido el cabrón? —volvió a preguntar desde la puerta el encargado de vigilar la entrada.

—¡La madre que le parió! —exclamó el otro al tiempo que forcejaba para separar un aparador de la pared en busca de alguna alacena oculta.

Leandro, mientras tanto, intentaba hacerse una composición de lugar. Se sentó en la cama y notó que la habitación giraba a su alrededor. El aire olía a cerrado, los vahos del alcohol se le habían subido a la cabeza y sentía ganas de devolver. Escuchaba las voces de los asaltantes fuera y el ruido de la violencia con que estaban llevando a cabo el registro. Imaginó a la mujer y a las niñas aterrorizadas en la cocina y le entraron ganas de llorar. Pero sobre todo le atormentaba su suerte. «Me matarán, antes de irse me matarán...». Tras unos minutos de abatimiento, se acercó a la ventana para tomar un poco de aire. La habitación daba a un terraplén de diez o doce metros. Era evidente que los asaltantes conocían el terreno, sabían bien dónde le habían encerrado.

La noche estaba despejada y el cielo aparecía repleto de estrellas. Las montañas del otro lado del valle proyectaban sombras que a Leandro le resultaban desconocidas. Vencidas las arcadas, miró con desconsuelo hacia el fondo. Debajo de la ventana, las zarzas habían crecido de manera sorprendente. «Debe de ser —pensó en medio de la confusión— que los orines que arroja Tina cuando vacía las jofainas por las mañanas les sirven de abono».

Con la ventana entreabierta, las voces de los asaltantes le llegaban con mayor nitidez. Escuchó como el que estaba en la puerta preguntaba a los otros si encontraban algo. La respuesta debió de ser negativa, porque en seguida añadió:

—Si queréis subo yo un rato a hacerle compañía al pájaro. Un par de patadas en los huevos con la de Albacete apuntando al pescuezo no hay facha que lo resista.

Leandro sintió que los pelos le tiraban del cuero cabelludo como alambres. Un escalofrío le recorrió la médula espinal desde la nuca hasta la cintura. El estómago se le revolvió al verse de repente metido en un ataúd en el cementerio, esperando la llegada del forense de la capital para hacerle la autopsia como a Eusebia, la Rosarios, y a don Primo con el hisopo en alto rezando un responso por la salvación de su alma, vagando en pena entre las tumbas de los caídos del frente nacional en la guerra. De repente, cuando ya notaba que su cuerpo cedía, que iba a derrumbarse antes de que vinieran a rematarle de un tiro en la sien, sintió un impulso extraño y casi suicida que le hizo reaccionar. Abrió por completo la ventana, se encaramó en el alféizar, sacó primero el pie izquierdo al exterior, luego el derecho, se sentó un instante con las piernas colgando al exterior y saltó al vacío con los ojos cerrados.

Todo fue muy rápido, cuestión apenas de un par de segundos. Sintió pinchazos por todo el cuerpo, pero a cambio de unos rasguños, las zarzas habían amortiguado el golpe. Braceó como pudo para librarse de ellas, avanzó unos pasos pegado a la pared

evitando mirar al fondo del terraplén, y en cuanto vio enfrente el tilo que se alzaba en la parte trasera del establo, pegó un salto hacia delante y echó a correr pradera abajo. En ese momento escuchó voces en la casa y en seguida tres o cuatro disparos que le estremecieron.

El encargado de vigilar el exterior había escuchado el golpe del cuerpo de Leandro al caer entre las zarzas, prestó atención y cuando el ruido del forcejeo por librarse de las zarzas le confirmó lo que estaba pasando, alertó a sus compañeros y salió tras él. Los disparos hechos casi a ciegas no intimidaron ya al fugitivo, que conocía los recovecos del accidentado terreno y, protegido por la oscuridad, se puso a cubierto de las balas.

—Hay que marcharse en seguida. Los tiros habrán alertado por ahí. En la noche se oyen más —dijo uno de los asaltantes.

—Esta vez pasará con la suya. Pero este cabrón de mí no se libra —dijo otro, preso de la cólera, mientras se esforzaba en cerrar las hebillas de una mochila que había llenado a rebosar de chorizos, morcillas y trozos de cecina.

—No lo pienses ahora. Fue culpa mía, que me confié demasiado creyendo que la ventana estaba bien trancada y que el hijo de puta no se atrevería a saltar —se lamentó el que le había encerrado. Vámonos ya, antes de que nos corten la retirada, y después hablamos.

—¿Y con estas qué hacemos? —preguntó el que había estado vigilando la entrada, al tiempo que señalaba con un gesto hacia la cocina, donde Tina y sus hijas permanecían abrazadas y muertas de miedo al lado del fogón apagado sin saber muy bien lo que estaba ocurriendo. A los pies de una de las niñas, un charco era el fiel reflejo del terror que las tres estaban sufriendo.

—Déjalas. Vamos a cerrar la puerta por fuera para que no hagan ninguna tontería. Ya se les pasará el susto.

Minutos después, los tres se perdieron en el bosque de castaños que se extendía hacia el otro lado de la colina. Caminaban en silencio, en columna, estimulados por el olor de la comida requisada, pero enfadados por el desenlace de la operación. Uno de ellos apenas tuvo fuerza para comentar:

—Si no recibimos munición pronto, estamos perdidos. No se puede disparar y estar contando las balas... Si la logística no mejora, acabaremos derrotados igual que acabamos derrotados en la guerra.

Media hora más tarde, presa de un gran nerviosismo, jadeante y casi sin poder hablar, Leandro entró desencajado en el cuartel de la Guardia Civil. El puerta, que dormitaba apoyado en el mosquetón, tardó en enterarse de lo que había ocurrido. Inmediatamente dio la voz de alarma y dos guardias, que acababan de llegar de una ronda rutinaria por el pueblo, salieron en dirección al caserío para constatar que ya nada se podía hacer para alcanzar a los guerrilleros. Mientras, el sargento Secundino intentaba poner lo ocurrido en conocimiento de la Comandancia, sirviéndose de los rudimentarios medios de comunicación con que contaba.

Al amanecer comenzaron a llegar al pueblo guardias de otros destacamentos de los alrededores. El teniente jefe de línea de la Guardia Civil en la comarca cursó un radiograma ordenando detener e interrogar a los tratantes de ganado que le habían comprado el toro a Leandro, y varias patrullas se desplegaron por los montes que rodean el valle; las cuevas y cabañas de las inmediaciones del caserío del puerto fueron registradas, y todos los sospechosos de prestar alguna colaboración al maquis, interrogados.

Don Primo, que siempre se enteraba de todo, acudió a primera hora al cuartel para ofrecer sus servicios. Le dijo al sargento que lo que hacía falta era crear un somatén, como en tiempos de los carlistas, y el sargento, que creyó que se trataba de alguna iniciativa litúrgica, le respondió que sí, que era una buena idea, aunque de momento lo más urgente era empezar las rogativas implorando la lluvia antes de que fuese demasiado tarde. Entonces don Primo se le acercó y, con tono de confianza, le dijo:

—Del lunes no pasa. El obispo, que se condene si quiere... yo no. El pueblo ha sido tomado por los ángeles del mal. La sonrisa diabólica del Maligno se escucha por todas partes. A veces estoy en casa, trabajando en mi modesto taller, y se asoma por el sotechado y se carcajea... Pero no se preocupe, sargento. A ver si sus hombres cogen a esos desalmados y les aplican inmediatamente la Ley de Fugas. Es lo mejor, lo más cristiano, evitarles un juicio. Del resto me encargo yo: Satanás de mí no se ríe, se lo aseguro.

Acto seguido el cura sacó una cruz de madera del bolsillo de la sotana, la besó y volvió a guardarla.

—Voy a tocar para misa, que ya van a ser las siete y media.

—No, no, padre —aclaró el sargento—: Las ocho y media. Va usted atrasado. Anoche a las doce se adelantaron los relojes una hora. ¿No se ha enterado?

—No. No he querido enterarme. Esa es la hora de los hombres, que en un gesto de soberbia inconcebible han adelantado el reloj despreciando los dictados de la naturaleza. Es intolerable que la jerarquía eclesiástica lo haya permitido. Yo no lo haré. La hora de Dios es la hora solar, que ha sido la hora de la Creación. Esta parroquia seguirá manteniendo la hora verdadera. Ya le he advertido al sacristán que el reloj de la torre no se toca.

—Yo no sé... Las órdenes que hemos recibido son muy estrictas —replicó el sargento—. Va a crearse una gran confusión en el pueblo.

—¿Confusión? ¿Acaso cabe más confusión de la que ya hay? Este pueblo está maldito. ¿Y sabe por qué? Porque no hay fe. La gente es soberbia y descreída y carece de piedad. Por eso ha sido escogido por el Maligno para establecerse entre nosotros. Escuche, usted y yo no somos de aquí y podemos hablar en confianza: tendremos que pensar algo para salvar a esta gente.

—Nosotros estamos para eso, don Primo. Este país no puede volver a las andadas. Y mucho me temo que la gente esté empezando a olvidarse de lo que ocurrió... Ya veo yo por ahí a algunos que creen que todo el monte es orégano y empiezan a

tomarse libertades que... Bueno, mejor no hablar ahora.

—Algunos y algunas —añadió el párroco—. Me han dicho que la mujer del difunto Aurelio Corredor, uno que fusilaron los rojos cerca del puente, está amancebada con el hijo de los del estanco. Tengo que enterarme mejor. Si es verdad, como me temo, habrá que hacer algo. ¡Qué vergüenza! El chico casi puede ser su hijo, tiene trece años menos que ella... Y ella, viuda de un héroe de la Cruzada y puteando por ahí. Cosas así no se pueden permitir. El Alzamiento se hizo para algo, ¿o no?

—Las mujeres ya se sabe, don Primo, mucho lloriqueo los primeros días y luego... —cortó el sargento, que veía que se le echaba el tiempo encima y tenía que preparar el atestado sobre lo ocurrido en el caserío del puerto.

—Pues por eso hay que estar vigilantes... No podemos permitir que las viudas de los caídos por Dios y por la patria no guarden el decoro, la compostura y el respeto debidos a la memoria de sus esposos. Un día voy a traerle una relación de todas las viudas de la guerra que hay en el pueblo para que la pareja no las pierda de vista. Si alguna se propasa, habrá que ajustarle las cuentas. A la primera, a la del difunto Aurelio. ¡Menuda pécora! De escarmentar a esa me voy a encargar yo cualquier día. Esas escapaditas al atardecer a la orilla del río, esas carreras con las bragas en la mano cuando se acerca alguien, ¡qué indecencia!... Todo eso se le va a acabar.

IX

«¿A QUÉ VA USTED TANTO AL MONTE?»

La noticia del atraco al caserío de Leandro el del puerto corrió como reguero de pólvora por el pueblo y a media mañana adquiría ya tintes épicos. Los detalles iban cambiando de una versión a otra, cobrando cada vez mayor dramatismo, y al final nadie sabía ya con exactitud lo que había pasado. Con la excitación que se creó, el cura olvidó que tenía que officiar un funeral por el alma de Eusebia, que seguía de cuerpo presente aguardando sepultura en el cementerio, y dijo una misa ordinaria con sermón político incluido.

—Las circunstancias nos obligan a estar vigilantes —aseguró— y a no cejar en nuestra firme determinación de derrotar para siempre al enemigo, que es negro como el betún, pero ahora se disfraza de rojo como el pimentón. El enemigo es el mal que se encarna de múltiples formas, a veces con la faz conocida del demonio, con rabo, cuernos y un tridente para empujar a las almas pecadoras al fuego eterno. Pero en ocasiones se reviste de formas distintas, a veces incluso entra en el cuerpo de otras personas, se adueña de su voluntad sin que esa persona se dé cuenta, y entonces es cuando el diablo es peor, cuando demuestra su maldad.

Las doce o quince beatas que habían madrugado para ir a misa escuchaban temblorosas las palabras del párroco, que poco a poco iban cobrando el tono de un sermón de misa mayor. Don Primo, que intentaba administrar sus silencios, hizo una pausa, se quedó pensativo un instante con el índice en la ceja, y bajando la voz, prosiguió:

—Anoche, unos desalmados enviados por Lucifer asaltaron la vivienda de Tina y Leandro, dos feligreses ejemplares de esta parroquia. La buena convivencia familiar que siempre implica para las familias cristianas la reunión en torno a la mesa de la cena se vio alterada de repente con la irrupción de los atracadores. El resto pueden imaginárselo ustedes, el miedo de la familia, el terror de aquella madre y aquellas niñas que ya nunca conseguirán librarse de las secuelas del miedo, la angustia del

padre encerrado en espera de su ejecución y el robo, a mano armada, de sus ahorros y sus alimentos para el invierno... El peligro se cierne sobre la paz de nuestros hogares y la suerte de nuestras almas.

Las mujeres salieron de la iglesia atemorizadas. En la plaza habían aparcado varios camiones de la Guardia Civil y dos docenas de guardias llegados de fuera aguardaban instrucciones en una formación bastante relajada. Todos ellos estaban sin afeitar y con aspecto de no haber dormido desde hacía muchas horas. El alcalde abandonó el cuartel y al despedirse le dijo al capitán que había llegado al frente de la fuerza encargada de esclarecer lo ocurrido:

—Ya le digo, el mejor sitio para que se alojen es la escuela. Además, una de las maestras está enferma y parte de los niños no tienen clases. Si algo necesitan, no duden en decírmelo, estaré toda la mañana en el ayuntamiento. Me tiene a sus órdenes, mi capitán.

El capitán impartió algunas instrucciones a un cabo primero y uno de los camiones, con cuatro o cinco guardias a bordo, se puso en marcha en dirección a la escuela. En poco más de dos horas desalojaron las aulas de la planta baja, amontonaron las mesas, pupitres, armarios y encerados a la entrada y en su lugar las llenaron con camarotes de campaña, fardos con mantas, largas filas de botas, mochilas equipadas con raciones de campaña, armeros repletos de mosquetones y cajas de munición.

Una vecina de mi tío Arsenio vino a casa, pasados unos minutos de las nueve, intrigada porque la Guardia Civil había ido a visitarle —«No sé para qué le querrían», dijo— y no le había encontrado. Al parecer estuvieron preguntando a los vecinos más próximos dónde podría estar, cuándo le habían visto por última vez, si había dormido en casa y si había tenido visitas de desconocidos. Pero nadie había podido darles razón alguna.

Mi padre y mi madre intercambiaron una rápida mirada en la que adiviné la inquietud que les acababa de invadir. Noté que a mi madre casi se le cayó un paño de cocina que tenía entre las manos y que apretaba mucho los dientes para evitar que empezaran a castañetearle.

—No te preocupes —dijo mi padre a la vecina, aparentando toda la naturalidad de la que era capaz—. Habrá ido a ver cómo van las talas que estamos haciendo. Arsenio es de los que madrugan. Ya le encontrarán si quieren. Y si no, en cuanto regrese, le diremos que se pase por el cuartel a ver qué...

Casi no terminó la frase. La pareja de la Guardia Civil asomó sus tricornos charolados por encima de la tapia y uno de ellos, el más alto, gritó dirigiéndose a mi padre:

—Venimos a hablar con usted. Salga.

Mi padre giró sobre sus talones, frenó en el aire un intento de dar una patada de rabia en el suelo, encogió los hombros y bajó los dos peldaños del porche de un salto. Al abrir la verja del jardín casi se dio de bruces con uno de los guardias, que hacía

ademán de entrar.

—Quédese, quedese. Podemos hablar aquí. Estamos haciendo unas diligencias y necesitamos saber qué hizo usted anoche.

—Nada. Dormir —respondió mi padre con aplomo—. Desde las ocho en que llegué de trabajar, no me moví de casa.

—¿Dónde estuvo usted durante la tarde?

—Durante todo el día... En el monte, en el Collado del Acebal controlando la tala de madera que estamos haciendo allí. Puede usted comprobarlo, pregunte a los obreros.

—¿En qué monte?

Mi padre les explicó con detalle por dónde caía aquel lugar, muy típico para excursiones en el verano. Uno de los guardias tomaba nota con un lápiz mal tajado en una libreta mugrienta con forro de hule negro, y el otro hacía las preguntas con sequedad, tono de desconfianza y expresión inalterable de mala leche. Yo miraba desde la puerta, con el cuerpo dentro de la casa y la cara asomando a la calle. La vecina de Arsenio se marchó discretamente sin despedirse y mi madre, que se había retirado a la cocina, contemplaba la escena desde la ventana sin atreverse a sacar la cabeza al exterior.

—¿A qué va usted tanto al monte?

—Es mi trabajo —respondió mi padre—. Me dedico a la madera desde que era pequeño. Ya lo hacían mi padre y mi abuelo.

—¿Tiene autorización para hacer talas?

—¡Claro! ¿Quiere verla?

El guardia negó con la cabeza.

—¿Dónde está su cuñado Arsenio? —prosiguió con el interrogatorio.

—Pues ahora mismo no lo sé. Estará en casa, quizá. O tal vez en alguna de las cortas... Además de cuñados, somos socios.

—No, en casa no está. Y nadie le ha visto desde hace dos días —replicó con tono malhumorado el guardia.

—Ayer creo que estaba por ahí. Hoy habrá ido a inspeccionar alguna de las talas que tenemos en ejecución. O como es fin de semana, quizá esté visitando a una novieta que tiene por ahí, la verdad es que no sé en qué pueblo vive. Creo que allá por la montaña adentro. Si es así, quizá no vuelva hasta la hora de cenar.

—¿Con qué gente se ven ustedes en el monte? ¿Hablaron allí con algún forastero estos días? ¿Vieron algún movimiento de forajidos en la zona?

Mi padre se encogió de hombros.

—Forastero no. Hablamos... pues depende: con los obreros, a veces con los dueños de los bosques... con gente que pasa. Con pastores. ¿Hay algo de malo en que uno hable con los demás?

El guardia que realizaba el interrogatorio no respondió a la pregunta un tanto impertinente de mi padre. Se notaba que no deseaba entablar conversación al margen

del interrogatorio oficial.

—Le repito la pregunta de otra forma: ¿vieron a alguien extraño por el monte estos días?

—Que yo recuerde, no. Por ahí todos nos conocemos. Algún pastor si acaso o los vecinos de los caseríos de los alrededores cuando pasan camino de las fincas.

—Pues a partir de ahora, si ve por allí a alguna persona desconocida o en actitud sospechosa debe comunicarlo inmediatamente al cuartel. Queda advertido. Será su responsabilidad olvidarse de hacerlo.

El otro guardia cerró la libreta con cierta parsimonia, la guardó en la mochila que llevaba en bandolera y dijo:

—De momento es suficiente. Si el comandante del puesto lo estima beneficioso para la investigación, le llamaremos más tarde para que vaya al cuartel a formalizar su testimonio. Así que no se aleje de la casa en todo el día.

—Debo subir a pagar a la gente que tengo trabajando. Es su día de cobro.

—Que bajen ellos a cobrar o que esperen a la semana que viene. Usted de aquí no se mueva. Y en cuanto hable con su cuñado, dígame que se presente en el cuartel. Si no lo hace en las próximas horas, lo tendremos que declarar prófugo y se dictará una orden de búsqueda y captura.

Al rato supimos que el médico había tenido que subir al caserío del puerto a ver a Tina, que con el miedo se había trastornado y no cejaba de desvariar, y que a Leandro sería preciso escayolarle de cintura para arriba porque al caer entre las zarzas se había astillado un par de costillas. Celsa apareció a media mañana. Llegaba, como siempre, arrastrando una pierna, jadeante y con el pelo cada vez más desgredado. Pero en esta ocasión parecía presa de una agitación especial.

—He venido para avisarla —le dijo a mi madre a modo de saludo—. Andan buscando a su hermano. Creen que fue él quien les dio los informes a los del monte para el atraco del puerto. Don Primo me ha dicho que menuda pieza que está hecho y que de sus actividades clandestinas el pueblo no sospecha de la misa la media. No le tendrán escondido aquí, ¿verdad? Don Primo sospecha que lo tienen ustedes oculto. Me preguntó si yo había visto algo y le dije que no. Piensa que su marido tiene muchos lugares para esconder a alguien.

Mi madre a duras penas consiguió ocultar su indignación. En una pausa de Celsa, se dio la vuelta y subió corriendo escaleras arriba a refugiarse en su dormitorio a llorar. Cuando observó que mi padre se encontraba en casa y que el ambiente no estaba para mucho diálogo, la mujer trasteó un rato por la huerta, simulando que arreglaba alguna planta, y se marchó sin despedirse.

—¡Qué bruja, cómo disfruta trayendo malas nuevas! Enferma me pone —exclamó mi madre con las manos en jarras a punto de derrumbarse.

Mi padre me dijo que saliera a dar una vuelta y que no hablase con nadie de mi tío. Se notaba que quería alejarme para charlar a solas con mi madre. Antes fui a orinar al cuarto de baño y escuché con el oído pegado a la puerta. Aunque hablaban

en voz baja, alguna cosa deduje.

—Y ahora ¿qué hacemos? —preguntaba mi madre con voz implorante.

—Vamos a ver —respondió mi padre—. Hay que serenarse y evitar perder la calma.

—¿Y si te detienen?

—Con eso hay que contar, aunque no sé qué decirte. Yo creí que iban a llevarme detenido hace un rato. Pero el problema gordo es tu hermano.

—¡Ay, no me lo recuerdes!

—¿Cuánto tiempo dijo Arsenio que echarían en la expedición? —preguntó mi padre.

—Ya no me acuerdo. Me hago un lío. Querían ir y venir de noche, y sin luz en las bicicletas. Así que fíjate. Marcharon anteayer: dándoseles todo bien, hasta esta noche no regresan.

—Hay que pensar una forma de avisarle en cuanto vuelvan. Será mejor que se presente, pero que tenga una explicación preparada para su ausencia.

—El vendrá aquí. En cuanto llegue, pasa a contarnos cómo le ha ido. Eso si no le cogen antes, claro.

—¿Crees que le dejarán venir? Desde su casa hasta aquí, le echan el guante. No faltarán chivatos por ahí que en cuanto le vean pierdan el culo yendo al cuartel a dar el parte. Habría que avisar a Hortensia.

—Pero ¿tú crees que debe esconderse de nuevo? No sé si querrá. No te olvides que ya estuvo escondido cuando la guerra cerca de seis meses. Y recuerdo muy bien el día que salió. Lo primero que dijo fue: «En otra así no me meto. Prefiero morir antes que volver a pasarme días y días metido en un agujero».

—Y lo entiendo. ¿Qué me vas a decir a mí? Es muy duro pasarte las horas sin ver el sol, sin hablar con nadie, temiendo que en cualquier momento aparezcan... Pero el problema está en que ahora... Bueno, llega, se presenta ¿y qué explica? Le preguntarán dónde estuvo. ¿Y qué dice? ¿Qué ha ido a Tierra de Campos a...? ¿A qué? A hacer estraperlo. Es salir de Málaga para meterse en Malagón.

—Claro —escuché decir a mi madre, con voz de abatimiento—. Está cogido por todas partes. Mira que se lo dije: «Arsenio, no te metas en más líos. Van sin documentación, te tienen entre ceja y ceja, y si te cogen, verás». Aparte de que lo que pretenden hacer es muy peligroso. Bajar un saco de harina en la bicicleta por esas carreteras de curvas... Son cosas que no merecen tanto riesgo. Lo que ocurre es que ya sabes cómo es: es cabezota y le gusta meterse en líos. Esperemos que no le haya pasado nada.

—Tranquila, mujer —dijo mi padre tras una pausa—. Vamos a ver cómo salimos de esta. Ahora lo importante es no perder la calma. Y ante la gente, cara normal, como si no pasara nada.

—Hortensia sí le puede esconder por allí.

—Irán a registrar también, ¿qué te crees? Ya has oído a Celsa. Pero sí, por allí hay

muchos sitios bastante seguros. Además, que si van a registrar hoy, y en una de estas ya han ido, no lo van a encontrar porque no está. Habría que avisar a Hortensia de alguna manera para que no despierte sospechas.

—Yo no me siento con fuerzas para ir hasta Colazo. Cuesta arriba me canso que no veas.

—Y yo no debo moverme de por aquí. Ya escuchaste al guardia. ¡Qué hijos de puta! Vamos a avisarla que venga. Mandaré al aguador de las talas.

El resto del día mi padre y mi madre casi no volvieron a hablar. Cualquiera que les hubiese visto pensaría que estaban reñidos. Mi madre ni siquiera preparó nada para almorzar. Cuando se dio cuenta de que eran las dos, se sobresaltó:

—Se me fue el santo al cielo... ¿Queréis comer ya?

—Por mí, paso —dijo mi padre—. Sólo tengo sed.

Para mí, preparó una tortilla francesa y de postre un vaso de leche. Cuando estaba comiendo la tortilla, mi padre comentó:

—Los huevos son muy malos para el hígado. Es lo primero que quitan los médicos para curar la ictericia. No le des demasiados por si acaso.

A mi madre aquella observación le aumentó aún más las preocupaciones sobre mi salud. Se acercó a mí igual que había hecho la antevíspera, me hizo aproximarme a la ventana, me levantó los párpados y estuvo un rato mirando a la luz a ver si las retinas se habían puesto amarillas.

La tarde se hizo interminable. Un cuervo negruzco y con aire de mal agüero se pasó hora y media graznando en lo alto de un álamo al otro lado de la carretera. En el pueblo la gente estaba asustada al ver a tantos guardias civiles armados hasta los dientes deambulando por las calles. Algunos se hablaban a voces y se movían a carreras como si persiguieran a algún fugitivo imaginario. Los rumores desatados se contradecían unos a otros.

—Tienen el pueblo tomado —decía la gente y razón no faltaba.

Al atardecer, el enterrador bajó a ver a don Primo, que se había pasado el día yendo de la iglesia al cuartel, del cuartel al ayuntamiento y del ayuntamiento a la iglesia, para recordarle que Eusebia estaba todavía sin enterrar y que el cadáver cada vez olía peor. Pero don Primo le echó con un bufido.

—Hoy no estoy para enterrar a nadie. Bastantes problemas tiene la parroquia como para que me distraiga con una cosa así. Ahora lo importante es que el cadáver esté tapado y que las moscas no puedan comérselo.

Más tarde se ve que recapacitó, se subió al campanario, se puso la boina colorada de sus tiempos de capellán de un tercio de requetés que usaba para retejar y él mismo se puso un rato a tocar a difunto. La gente ya se había olvidado de que había en el pueblo un cadáver de cuerpo presente y se preguntaba quién habría muerto. Luego bajó a rezar el rosario y al final de las letanías anunció que el lunes, Dios mediante, empezarían las rogativas.

—Vamos a hacer algo grandioso. Iluminaremos la iglesia con todas las velas que

podamos, la ornamentaremos con flores y colchas, y sacaremos a todos los santos en procesión, cada día uno. A lo largo de nueve días recorreremos todas las calles y callejas del pueblo. Perseguiremos a Lucifer hasta en el más apartado rincón donde se oculte y para ello la cruz de Cristo irá siempre en cabeza de la procesión. Llevaremos cada tarde un caldero de agua bendita, que es lo que más aterra al demonio, y bendeciremos todos los rincones.

No pudo terminar la frase. Julita, la hija del zapatero, que escuchaba babeante y temblorosa al párroco desde uno de los bancos delanteros, hizo un movimiento extraño y sin que su madre tuviese tiempo a reaccionar, se cayó de bruces contra el reclinatorio. La madre dio un grito y todos los asistentes se agolparon a auxiliarla.

Julita, que acababa de cumplir quince años, había sufrido la meningitis de pequeña, en plena guerra, y aunque la había atendido con mucho interés el médico militar del hospital de campaña republicano de las afueras, no había quedado bien. Mantenía dificultades para hablar, coordinaba mal sus ideas, la cara se le había ido deformando y tenía el hombro izquierdo más caído que el derecho de modo que la cabeza se le inclinaba de ese lado.

—Dale aire, dejar que se airee —recomendaban las mujeres.

La muchacha se había quedado como muerta en el suelo, mal tendida sobre el reclinatorio, con el brazo aprisionado entre las tablas del delantero. El pulso, comprobó la partera Dolores, le latía con fuerza, lo cual era buena señal, pero respiraba con dificultad.

—Hay que sacarla afuera. Al fresco ya veréis como se recupera en seguida. Aquí está el ambiente muy cargado.

Eulogia, la madre, lloraba. Don Primo, todavía con la sobrepelliz blanca que se ponía para el rezo, se acercó y al agacharse para cogerla por la cabeza y sacarla al exterior, la joven dio un grito que retumbó durante varios segundos en la bóveda del templo. Luego empezó a retorcerse y a patear al tiempo que lanzaba gemidos desesperados y la boca se le llenaba de espuma. Cada vez que alguien intentaba tocarla, se retorcía y pateaba el banco con un frenesí jamás visto por nadie. Los presentes, asustados, no salían de su asombro. Algunas mujeres recularon hasta la puerta y pidieron a gritos auxilio a dos guardias que cruzaban por la plaza. Unos minutos después, la iglesia se había llenado de curiosos. Don Primo, que se había quedado sin saber qué hacer, se abalanzó a la pila del agua bendita, cogió el hisopo y lo vació cual lluvia fina en la cara congestionada y salpicada de espumarajos de la muchacha, mientras musitaba unos latinajos que nadie entendió. Con el agua, la joven dio un gritó, se retorció como presa del dolor hasta quedar boca abajo, sufrió tres o cuatro espasmos seguidos y después de unos segundos de intensos jadeos, empezó a mostrar síntomas de recuperación.

Don Primo, que seguía con el hisopo en la mano y la mirada perdida en el artesonado, asistía a la escena en silencio, y sin decir una palabra se retiró pensativo a la sacristía. Ya calmada, dos mujeres ayudaron a Julita a levantarse y casi en

volandas, porque aún le costaba apoyar los pies en el suelo, la sacaron a la calle, donde el ambiente evocaba de nuevo la imagen de la guerra. Detrás salió el resto de la gente. Nadie hablaba. Todo el mundo parecía triste y preocupado.

—Ya le ha dado más veces, pero nunca tan fuerte —comentó Eulogia cuando se le pasó el tembleque a su hija.

Pero nadie la escuchó o si la escucharon no le hicieron caso. Antes de despedirse, la mujer del juez le dijo que debería llevarla a un especialista y ella le respondió que ya había ido varias veces, que le habían dicho que eran ataques epilépticos y que no tenían cura. Tampoco esta vez sus palabras encontraron eco; en realidad, ninguna de las beatas las escuchó. Todas estaban convencidas de que lo que habían presenciado tenía que tratarse a la fuerza de algo sobrenatural. Julita reflejaba el comportamiento de los endemoniados.

—Ella sola no podía hacer lo que hacía... ¡Has visto qué fuerza! Daba miedo —se escuchaba entre los comentarios.

—Para mí que algo o alguien desde dentro del cuerpo le insuflaba fuerza y rabia. No era ella la que gritaba. Era una voz diferente, aterradora.

Mientras, don Primo se había encerrado en su despacho y preparaba un informe urgente sobre lo ocurrido. «Si bien es verdad que en las últimas semanas había dado pruebas abundantes de su presencia en el pueblo, esta noche el demonio se ha adueñado del cuerpo de una joven feligresa y, en pleno rezo del santo rosario, en la propia iglesia de Nuestro Señor, ante la presencia de numerosos fieles, se manifestó con todas las malas artes de que es capaz. Sólo el agua bendita le hizo alejarse del vientre de la infeliz, pero quizá no por demasiado tiempo», decía el escrito que a la mañana siguiente saldría por correo certificado y urgente rumbo al Obispado.

Yo estaba jugando al fútbol con otros niños y me enteré de lo ocurrido cuando ya regresaba a casa. Luisito, el de la fontanería, escuchó lo que su madre le relataba a su abuela y cuando me vio pasar salió asustado a contármelo con voz trémula:

—¿Ya te has enterado? La hija tonta del zapatero tiene al diablo dentro... Lo vieron todas las mujeres que fueron al rosario. Lo expulsó cuando la rociaron con agua bendita.

Sentí que se me ponía carne de gallina y el pelo húmedo se me encrespaba. Estaba sudando tras correr detrás de la pelota, pero las palabras temblorosas de Luisito me helaron el cuerpo.

—¿Y cómo era? ¿Le vieron?

—Mi madre dice que gritaba como nunca había oído gritar a ningún animal salvaje y que echaba espuma por la boca. Hasta que el cura no la roció con agua bendita, no se fue. Mi abuela dice que el pueblo está endemoniado y mi madre tiene ganas de devolver y se siente muy mal. Yo tengo miedo.

—Ya.

—Voy a ver si me entero de algo más. Pero a mí no me lo quieren contar todo. Me ha dicho mi madre que estas son cosas muy serias y sólo pueden saberlas los

mayores. Ya sabes que el cura va diciendo que el diablo anda por el pueblo... ¿Tú no tienes miedo?

Me encogí de hombros sin fuerzas para articular una palabra. Sentía la lengua trabada, que la cabeza me daba vueltas y que la vista se me nublaba entre lucecitas de colores que chispeaban entre las pestañas.

Cuando llegué a casa mi padre había salido y mi madre estaba sentada en la tumbona desvencijada del porche donde mi abuelo había pasado sus últimos días. Nada más verme llegar intuyó que algo raro me pasaba y empezó a hacerme preguntas inquisitivas que yo sólo respondía con monosílabos. Tuve que cargarme de fuerza para contarle lo que había ocurrido en la iglesia.

—Lo que faltaba —respondió—. Que ahora aparezca una endemoniada. No te creas esas cosas. Seguro que el diablo tiene más que hacer que todo eso. Si no lo ha preparado el cura, no andará muy lejos.

Hizo una breve pausa, se levantó de la tumbona y, camino de la cocina, añadió:

—Sería un ataque. Esa niña ya ha sufrido más. Quedó mal de la meningitis que padeció de pequeña y siempre ha hecho cosas muy raras la pobre. Además, que con todo lo que está pasando aquí, vamos a acabar volviéndonos locos todos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mi padre como saludo al entrar y verla tan contrariada.

—¿Sabes algo? —preguntó a su vez mi madre con ansiedad.

—Nada especial. Pero ¿qué ha pasado que os veo tan excitados?

—¿Qué va a pasar? —respondió mi madre—. Las cosas de este cura chalado que tenemos. Al parecer le dio un patatús en el rosario a la hija del zapatero, la que tuvo meningitis, y ahora vienen con el cuento de que está endemoniada... Y lo malo es que la gente se lo cree.

—Pues ya tenemos historia para largo. Cualquier día además de guardias civiles esto se llenará de exorcistas. Lo que nos faltaba para animar el manicomio. ¡Hay que joderse! Y mientras, según me han dicho, el cadáver de la Rosarios sigue sin enterrar porque al cura se le pasó...

—Pero cuenta tú: ¿has sabido algo?

—No. En casa del otro los esperan para hoy, quizá ya en la madrugada. Saben lo mismo que nosotros. La vuelta pensaban hacerla de noche, aprovechando la oscuridad.

—Que no les pase nada, por Dios. ¿Le dejaste recado?

—Sí. Le dejé una nota. Como se las dejaba otras veces.

—Ya.

X

«TIENES QUE ESCONDERTE AHORA MISMO»

Tardé en dormirme y en seguida me asaltó una pesadilla horrible. Primero soñé que la guerra no había terminado y recreé angustiado muchas de las historias del frente que tantas veces había oído contar. Escuchaba tiros y cañonazos que retumbaban en mi almohada y veía a la gente correr enloquecida en busca de refugio. Los soldados bajaban una y otra vez de la sierra llevando muertos y heridos en camillas improvisadas con dos palos y una manta. Entonces se produjo una gran explosión, que convirtió nuestra casa en una nube de polvo, me hizo brincar en la cama. Me agarré con fuerza a los hierros de la cabecera y rompí a llorar. Cuando empecé a recuperar el sentido de la realidad, escuché por fin la voz de mi madre:

—Tranquilo, tranquilo... No es nada. Estabas soñando. No pasa nada. Estoy yo aquí —me decía en tono suave mientras me acariciaba el pelo. En seguida vino también mi padre a la habitación y se sentó a los pies de la cama.

—¿Qué pasa? —preguntó asustado.

—Nada. Ya está bien. Estaba soñando. Alguna pesadilla fruto de esas cosas que Celsa le mete en la cabeza —le explicó mi madre—. Le oí gritar y vine a despertarle. Estaba agitadísimo. Me costó soltarle las manos, las tenía agarrotadas a la cama. Fíjate cómo suda.

Mi madre no paraba de pasarme la mano por la frente. La cabeza me dolía y el cuerpo me cosquilleaba. Mi padre respiró hondo, se estiró los hombros, bostezó y, dejando caer los brazos con desaliento, dijo:

—No me extraña. Si los mayores estamos a punto de tener que ir al psiquiatra, ¿qué no les va a pasar a los niños? Ya te lo he dicho alguna vez: vamos a tener que irnos de aquí.

—Ya pasó todo. Anda, duérmete otra vez y sueña cosas bonitas —me dijo mi madre sin dejar de abrazarme y sin prestar atención a las meditaciones de mi padre—.

¿Te duele algo? ¿No? Estupendo. Pues, hala, a dormir y a no soñar tonterías. Verás como mañana hay mejores noticias.

Pero sus premoniciones sólo se cumplieron en parte. En seguida me quedé dormido de nuevo e inmediatamente recuperé el hilo de la pesadilla que tanto me había estado atormentando. El pueblo había sido tomado por militares malhumorados que amenazaban con fusilar a todos los que veían por la calle. Unos desconocidos habían incendiado la iglesia y sólo don Primo, con la sotana arremangada, había acudido con dos calderos de agua a salvarla de las llamas que ya alcanzaban el campanario. Le veía ir y venir del río refunfuñando, salpicando la calle y lanzando imprecaciones contra todos.

—Aquí lo que faltan son cojones, hablando mal y pronto —le dijo a una aterrorizada viejecita que se arrodilló a rezar frente a la Cruz de los Caídos—. Nadie viene a apagar estas llamas, pero otras más grandes que estas se encargarán de dar buena cuenta de todos. Vergüenza debería darles. ¡Mierda de pueblo!

La plaza y las calles del centro se habían llenado de humo negro. De repente, una nueva visión terrible volvió a hacerme saltar una vez más en la cama presa del terror: «¡Nooooo!», grité. Por un callejón veía acercarse a mi padre cubierto de andrajos, la frente tapada con una venda, la cara tiznada de hollín y un sangrante muñón de brazo colgándole del hombro derecho. Cuando mi madre, que volvió corriendo a despertarme, entró en la habitación, me encontró llorando con desconsuelo. También acudió mi padre y al verle con el pelo revuelto de la cama, reviví la imagen de la pesadilla que acababa de sufrir y grité con toda la fuerza de mis pulmones. Tardaron casi media hora en serenarme. Mientras mi madre me hablaba para distraerme, mi padre me subió de la cocina un vaso de leche caliente que tomé con desgana y, lejos de tranquilizarme, me sentó mal y me produjo náuseas.

Cuando ya me vieron más relajado, intentaron que volviera a dormirme, pero a mí me daba mucho miedo recuperar una pesadilla tan horrorosa y en cuanto regresaron a su cuarto hice cuanto estuvo en mi mano para evitar quedarme dormido nuevamente. Escuché en el reloj de pared del salón las campanadas de las horas, las medias y los cuartos de las dos, las tres, las cuatro y las cinco de la madrugada. Ya habían sonado las campanadas de las seis menos cuarto cuando unos golpes en la puerta de la calle me pusieron el corazón en vilo hasta que reconocí la voz familiar del tío Arsenio. Eso me tranquilizó y hasta me produjo una sensación agradable de alegría.

Unos instantes después oí cómo se abría la ventana de la habitación de al lado y la voz sigilosa de mi padre, que le ordenaba aguardar unos minutos en silencio.

—¡Chiss! Ahora bajo. Vete por detrás...

Cuando me acerqué a la ventana, apenas alcancé a verle dar la vuelta con la bicicleta de la mano por el lado estrecho del jardín —en realidad un retranqueo de la casa con el camino que subía a la ermita recubierto por una enredadera— hacia la puerta trasera. Mi padre, mientras tanto, observaba tras el cristal la carretera del otro lado y la margen del río sumida a esas horas en la oscuridad más absoluta. Cuando se

convenció de que no había nadie vigilando por los alrededores, bajó sin hacer apenas ruido y poco después les oí hablar entre susurros en el pasillo. Mi tío venía muy contento.

—Lo hemos conseguido —le escuché contar—. Y eso que tuvimos a la pareja pisándonos las ruedas. Pero conseguimos despistarlos. Yo creo que fueron unos mozos del pueblo donde compramos la harina, que nos denunciaron. Además de tener que pagársela a precio de oro, luego quisieron jodernos. Unos hijos de puta. Pero aquí está la mercancía. Dos sacos de medio quintal cada uno. Uno lo amarré bien en el sillín de atrás, bien promediado, y con el otro en la barra, abrazado a él toda la noche como si fuera un niño, desfiladero abajo. Ahora a ver qué tal se le da a Elvira lo de amasar...

—No creo que lo haya hecho nunca —cortó mi padre. Bajó aún más la voz y añadió—: Oye, hay problemas graves. Estábamos muy preocupados. Anoche, mejor dicho, anteanoche ya, dieron un golpe en el puerto, en la casa de ese fantoche que se llama Leandro, que había vendido un ganado y... Bueno, después te lo cuento con detalle. Lo cierto es que vinieron guardias de fuera, tomaron el pueblo como en los peores días de la guerra, y andan buscándote. Creo que sospechan que hacemos de puente con el maquis. No me lo han dicho con tanta claridad, pero deben de pensar que cuando andamos por el monte les pasamos información o les proporcionamos suministros, yo qué sé. Fueron a tu casa varias veces, preguntaron a los vecinos, que a saber lo que les dirían, y lo peor es que cuando vinieron aquí y nos preguntaron dónde estabas, pues no hemos sabido qué responder. Tampoco íbamos a decirles que te dedicabas al estraperlo para que te estuvieran esperando en alguna curva de la carretera con el fusil apuntando. Ya sabes que estos disparan primero y preguntan después.

Mientras escuchaba, imaginaba a Arsenio asintiendo con la cabeza. La alegría del éxito que había conseguido transportando en una frágil bicicleta cien kilos de harina de trigo a lo largo de setenta y tantos kilómetros por carreteras en estado deplorable, saltándose los fielatos y burlando los controles de la Guardia Civil, en seguida debió de esfumarse de su cara. Mi madre bajó a medio vestir, le abrazó, le besó, le cogió de la mano y le dijo:

—¡Ay, Arsenio, tienes que ir a esconderte ahora mismo!

—Elvira, un momento —la interrumpió mi padre—. No te precipites. Vamos a hablarlo con calma. ¿Por qué no nos sentamos en la cocina, haces un poco de café y vemos la situación con serenidad, eh? Además, tu hermano vendrá con hambre.

—Acaba de quitárseme, no te preocupes. Un poco de café sí que tomo. Nada más. —Hizo una pausa—. Respecto a... Pues no sé, ¿a vosotros qué os parece? —preguntó mi tío.

—No, Elvira, no enciendas la luz. Hablaremos a oscuras. Sólo hay dos alternativas... Te entregas voluntario y, hombre, yo creo... Lo malo es que no puedes probar dónde estabas anteanoche y dónde estuviste ayer todo el día y... por qué no te

presentaste antes. —Mi padre infló la cara y resopló largo rato—. No sé. No sé qué pasaría. ¿A ti qué te parece?

—¡Pum, pum! —exclamó mi tío con un tono de humor tétrico que no ocultaba su preocupación.

—¡Por Dios! —exclamó mi madre dejando caer el cacharro que estaba poniendo a hervir

—Tranquila, mujer. La otra posibilidad —prosiguió mi padre—, y es la que nosotros vemos más clara, es esconderte de momento y a ver cómo salimos. No es nada agradable, desde luego. Lo sabes tú tan bien o mejor que yo. En Colazo, por donde la casa de Hortensia, hay varios lugares que ya conocemos y que están bien para ocultarse unos días y salir huyendo si fuese necesario. Quizá sea la mejor solución.

—Lo que decidáis tiene que ser pronto, antes de que amanezca. Aquí es mal sitio para que estés, Arsenio —apremió mi madre oteando el exterior por la ventana.

—No, aquí no puedes quedarte. La pareja merodeó alrededor de la casa varias veces esta noche. Ya los conozco hasta en el pisar. En cualquier momento vienen y registran. Además, que cuando patrullan por la carretera rara vez no se detienen aquí al lado a encender un cigarrillo. Lo hacen para intimidar, claro, para que sepamos que nos vigilan. Quedarte aquí hoy es muy arriesgado.

—Ya —admitió Arsenio moviendo la cabeza—. Esta casa es la boca del lobo. Y de salir, cuanto antes, claro. Esta es la mejor hora. ¿Y decís que han venido guardias de fuera? ¡Joder!

Mi madre terminó de moler el café, lo entremezcló con una cucharada de achicoria y ya se aprestaba a encender la cocina cuando mi padre, que parecía distraído analizando la situación, se sobresaltó de repente y le dijo:

—No enciendas la cocina, Elvira. En una de estas ven humo y vienen a comprobar por qué hemos madrugado tanto. Deja el café para otro momento. Todas las precauciones son pocas. ¿No quieres tomar otra cosa, Arsenio? Tengo por ahí una botella de Tres Cepas a medias. Aquí como casi no bebemos... Una copa te entonará el estómago y te dará fuerzas.

—No, no quiero nada. Antes de salir anoche, esperando a que oscureciese del todo, bebí yo solo casi una botella de vino en aquel pueblucho de mierda donde nos denunciaron y ahora, entre una cosa y otra, me duele un poco la cabeza. ¿Sabe algo Hortensia de todo esto?

—Sí. Hemos procurado movernos poco para no despertar mayores sospechas. Pero ella está de acuerdo y tiene las cosas preparadas. En la casa tampoco puedes quedarte, claro. Sin embargo, por allí hay sitios. Ahora, si lo prefieres, mira, nada más amanezca vamos al cuartel, te presentas y les cuentas alguna historia que se nos ocurra. Nosotros ya hemos dejado caer que tienes una medio novia por ahí fuera. Yo te acompaño. Ahora, si te decides a esconderte, lo mejor es que no esperes. Vete por el camino de antes, allá por donde la cabaña aquella donde vivía Celsa, la que trabaja

aquí, ¿te das cuenta por dónde te digo?

—Quizá sea mejor, sí. Por ahí no va casi nadie. Y si me localizan, diré que estoy viendo algunos eucaliptos que necesitamos comprar.

—Vete con cuidado, no vayan a pegarte un tiro —le recomendó mi madre toda temblorosa al tiempo que le abrazaba.

—No te preocupes. Presiento que a estos cabrones cada vez les queda menos. Teníais que ver cómo está la gente de encabronada por ahí arriba y eso que los castellanos de rojos también tienen poco.

—Pues por aquí... Meapilas de misa diaria. Estos no cambian. De comunión y brazo en alto.

—Hay de todo. Abundan los cabrones, pero también hay gente demócrata que no va a aceptar fácilmente que esta situación se prolongue. España no puede ser una isla fascista en una esquina de una Europa libre. Los otros dos ya cayeron, uno ya conoce el sabor del cianuro y el otro sabe lo que se siente al recorrer a rastras las calles del pueblo. Sólo queda este pájaro de la muerte. Le llegará su hora sin tardar.

Cuando me levanté y bajé a desayunar, vi los sacos de harina que había traído Arsenio con tanto esfuerzo y tanto riesgo tapados con unas mantas en la despensa. Mi madre, pálida y demacrada, arrastraba su delgadez enfermiza con un rictus indisimulable de angustia. Mientras desayunaba, observé por la ventana la silueta ya familiar de dos tricornos sobresaliendo por encima de la tapia que se movían carretera arriba. Ya habían sobrepasado la casa cuando uno de los guardias volvió sobre sus talones y se acercó a la cancela. Llamó a voces:

—¡Señora! ¡Señora! ¿Ya saben algo de su hermano? —preguntó sin aguardar a que mi madre respondiera.

—¡Nada! —gritó mi madre a través de la ventana entreabierta sin dejar de secar los cubiertos del desayuno—. Estará en su casa, o en las cortas de madera o en el aserradero... Puede estar en tantos sitios. ¿Han ido a buscarlo allí?

—¿También por las noches? Hace dos días que no aparece por casa. ¿Le dieron el recado? Tendrá que explicar dónde anduvo desde el viernes.

—No sé. Habrá ido a cortejar. Es joven, ¿no? Tiene una novia por ahí fuera. Yo sobre sus asuntos personales no le pregunto. Si él no me lo cuenta, yo no le pregunto.

—Pues si tiene novia fuera, que no vuelva a verla hasta que pase por el cuartel y nos lo explique. No se puede uno ir de casa así como así. Por lo tanto, ya sabe: le estamos esperando. Y su marido ¿qué hace?

—Trabajando. ¿Qué va a hacer? El no tiene un sueldo del Estado.

—Hoy es domingo. Está prohibido trabajar los domingos y fiestas de guardar o ¿es que no se han enterado? Este es un país católico y hoy es el día del Señor. Para ir a misa y descansar.

—Bueno, hoy no están trabajando. Pero ellos suelen ir a ver lo que hicieron los obreros y a cubicar las cortas. ¿Querían verle? Se lo diré cuando regrese.

No respondieron. Como dos autómatas, dieron media vuelta y echaron a andar

carretera adelante. La mañana había amanecido fresca, pero conforme fue avanzando, el calor volvía a arreciar. Mientras hablaban con mi madre salí al porche y me puse a leer un libro de Julio Verne —*La vuelta al mundo en ochenta días*— que me había regalado tía Hortensia el día de mi cumpleaños. De vez en cuando levantaba la vista de la página y viéndoles con sus tricornios charolados, sus capotes verdes de estameña y sus botas no pude menos de estremecerme ante el temor de que se llevasen detenido a mi padre. A media mañana fui a la plaza y la encontré llena de gente aguardando para asistir a misa.

El empecinamiento del párroco en celebrar los cultos parroquiales con el horario solar y su negativa a que se adelantara el reloj de la torre como había sido dispuesto en el decreto que establecía el cambio horario mantenían confundidas a muchas personas que no tenían reloj. Empezaban a acuñarse términos como «la hora del correo» y «la hora del cura» y, aunque el pueblo no estaba para mucho humor, era uno de los pocos temas de conversación que permitían algún desliz gracioso. En los círculos que se habían formado en espera del último toque de la campana, los comentarios que se escuchaban mezclaban todo lo ocurrido en las últimas horas.

—Habla bajo, que hay ropa tendida... —le decía un hombre alto y gordo a Venancio, el telegrafista, que vociferaba contra el maquis.

—Y a mí qué cojones me importa que los rojos se enteren de lo que pienso. Mejor van a enterarse ellos de lo que vale un peine. Había que haber acabado con ellos antes de dar la guerra por terminada. Que sí, hombre, que sí: el parte final fue muy precipitado. Cualquiera día habrá que volver a terminar de hacer la limpia que en el 39 no se llevó a cabo.

El asalto a la casa de Leandro el del puerto seguía dando que hablar. Alguien aseguraba que los atracadores ya estaban identificados y no tardarían en enfrentarse a una Ley de Fugas bien aplicada por la Benemérita. Tres o cuatro labradores, que se distinguían claramente por su piel cetrina, sus boinas y ademanes, hablaban de la sequía que había arruinado sus cosechas y amenazaba la supervivencia del ganado. Todos veían bien la promesa del cura de comenzar las rogativas al día siguiente —«Esas cosas nunca sobran», decía uno—, pero no parecía despertar grandes esperanzas.

—Aquí lo que tiene que hacer el Movimiento es construir un embalse y a correr... Si yo pudiese explicárselo al Caudillo, seguro que se hacía la represa del Pandal. A ese hombre providencial, al que nunca sabremos agradecerle bastante lo que hace, una idea así no se le escapa. Lo que pasa es que los que están por debajo ni se enteran. Viene el gobernador y todo lo que al alcalde se le ocurre que hay que pedirle son tonterías. Así nos va —le comentaba Ricardo, el recaudador de arbitrios, a don Ramón, el maestro.

Un grupo de mujeres recordaba entre aspavientos y exclamaciones el susto que habían pasado la víspera con lo que le había ocurrido durante el rezo del rosario a la hija de Eulogia. La opinión de una señora enlutada que lo atribuía a un ataque de

nervios fue rechazada con rabia y desprecio por otra, convencida de que aquello no podía tener causas naturales.

—Para mí, para mí, ¿eh? Para mí, fue el diablo. Había que ver cómo echaba espuma por la boca, había que ver cómo se retorció, con qué fuerza. Ningún mozo del pueblo es capaz de desplegar tanta fuerza. Y menos mal, menos mal que don Primo hizo lo que hizo, porque si no nos hubiese arrastrado a todas...

—Allí tendrían que haber estado algunos bocazas que yo conozco... —replicó una tercera mirando con desconfianza a un lado y a otro—. Y la culpa es de la madre, por no llevarla siempre con una cruz colgada.

Ya en la puerta del templo, en la cola que siempre se formaba mientras las mujeres se acomodaban las mantillas y desenredaban los rosarios, otras dos beatas ya de edad madura cayeron en la cuenta de que el cadáver de Eusebia aún seguía sin enterrar.

—¡Pobre mujer! —exclamó una, santiguándose.

—Pues allí la tienen. Para mí que a don Primo se le fue el santo al cielo. Enterrar a los muertos es una obra de misericordia.

—Pues hasta mañana nada. Hoy no se pueden celebrar entierros. Es el día del Señor. La liturgia no lo permite.

—No sé. Cuando vayan, a ver quién aguanta el olor.

—¡Ay, sí! La tendrán medio comida los gusanos, a la pobre.

—¡Por Dios!

XI

«LA TIENE TOMADA CON PASIONARIA»

Cuando la gente salió de misa, el sol se había ocultado y el cielo volvía a cubrirse de nubarrones plomizos. A pesar de lo avanzado de la estación otoñal, hacía un calor denso y pesado. Los feligreses abandonaron el templo en silencio y con la preocupación y la tristeza reflejadas en sus rostros. Algunas mujeres, que parecían tener más prisa que el resto de los asistentes, se alejaron con paso rápido, sin hacer comentarios y sin levantar la vista del suelo en cuanto bajaron los escalones de la entrada.

Los hombres, con las manos en los bolsillos, pensativos y cabizbajos, fueron haciendo corrillos en la plaza. Al lado del cuartel, varios guardias cargaban un camión con los fardos de víveres y las cajas de municiones que habían traído pocas horas antes. Tres o cuatro perros famélicos merodeaban a la búsqueda de los restos del rancho depositados en dos grandes bidones de hojalata.

—¿Se marchan ya los picoletos? —preguntó alguien con desgana.

—Eso parece —respondió otro sin mucha convicción.

—Si llegan a escuchar al cura, se quedan para siempre. ¡Hay que joderse, las cosas que ha dicho! —exclamó don Atilano y luego añadió, frotándose las manos igual que si hiciera frío—: Pero ¿qué hacemos aquí? ¿Vamos a tomar algo? Agua tal vez no, pero vino quedará, supongo.

—Vamos —decidió Ricardo.

El Café Brasil estaba desierto cuando entró el grupo en tropel. El periódico, desparramado sobre el mostrador, se regodeaba en la primera página con la nueva crisis política que se había abierto en Italia. El editorial arremetía contra la partidocracia que amenazaba con llevar a Europa a un nuevo desastre.

—Con Mussolini esto no ocurría —enfaticó Ricardo mientras señalaba los titulares de la información—. Los italianos van a enterarse de lo que era el Duce.

—Más de cuatro deben de estar añorándolo, no te creas. Menos mal que les dejó

unas carreteras del carajo. Porque estos de ahora serán todo lo democristianos que se quiera, pero mientras discuten cómo se reparten el poder y el presupuesto sin ponerse de acuerdo, a ver quién coño va a hacer las cosas. A ellos no les queda tiempo.

Felisa, la dueña del café, esperaba con las manos en jarras los pedidos. Alguno pidió un blanco; Antonio, el Manco, una compuesta; tres o cuatro, café con leche y don Atilano, sometido a un severo régimen, un vaso de agua anisada.

—Si aún queda —matizó en tono ingenioso.

—Pues no se crea, don Atilano —respondió Felisa al comentario del oficial de la notaría, al tiempo que maniobraba con la vieja y humeante cafetera Faema, cuya instalación, tanta curiosidad había despertado en el pueblo una docena de años atrás —; no se crea. Vamos a ver si da presión el agua y fuerza la electricidad para que funcione esta cacharra.

—Ya va a llover pronto —tranquilizó don Ramón—. Mañana empiezan las rogativas y en unos días tenemos que salir a la calle en piragua. Ya habéis oído a don Primo.

—Hoy se despachó a gusto el tío... ¡Qué bárbaro! —comentó Antonio, el Manco—. La tiene tomada con la Pasionaria. ¿Qué le habrá hecho?

—¿Otra vez se metió con la Pasionaria? —se interesó Felisa, envuelta en una nube de vaho—. Menos mal que mientras la insulta a ella, que no le escucha, se olvida de nosotros.

—Otra vez volvió a llamarla puta. Dijo que en plena guerra le ponía los cuernos al marido con no sé qué gerifalte soviético, un lenguaje...

—¿Desde el púlpito? Así, como suena, con las cuatro letras... —se interesó asombrada Felisa.

—Bueno, esa palabra no es para usarla en la iglesia, desde luego, pero razón no le falta. Que pregunten a la gente de Somorrostro... ¡Menuda pécora estaba hecha! —intentó minimizar el incidente el maestro.

—Yo creo que se le calentó la lengua más de lo normal, don Ramón —intervino de nuevo el Manco—. El sermón lo escuchan niños.

—Son cosas de don Primo. Acabaremos acostumbrándonos. Lo importante es que empiecen las rogativas y que llueva de una vez. En cuanto caiga un buen chaparrón, el vecindario se serenará y el pueblo volverá a la normalidad. ¡Llevamos una racha! Por cierto, que esa pobre mujer sigue sin enterrar allá arriba. Estará buena con el calor que hace —trató de cambiar de tema el maestro.

—Huele a cadaverina a un kilómetro a la redonda —dijo el Manco.

—Mañana a las nueve y media le darán sepultura. Me lo dijo el enterrador, que ya no sabe qué hacer para amortiguar el olor. Es tan bestia que hasta pensó en echarle cal viva al cadáver. Cuando me lo contó anoche no pude evitar decirle que está loco —contó Ricardo.

Felisa colocó las tazas con el café humeante sobre el mostrador y fue echando chorritos de leche en cada una a gusto de cada cliente. La conversación empezaba a

decaer de nuevo, así que aprovechó para preguntar:

—Los guardias se van, ¿verdad? ¡Qué pena! Estos días su presencia se notó en la caja. Dicen que ganan poco, pero beber, beben bastante.

—Ya. ¿Qué van a hacer? Fuera de casa tantos días, pues a gastarse los viáticos. A ver... Ahora parece que van para la parte esa del valle del Pas donde han atracado de nuevo —comentó el Manco.

—¿Los mismos de... Leandro?

—Creen que la misma cuadrilla, sí. Pero vete a saber. Como no cambien de táctica rápido, van a cogerlos por el rabo. Lo que han hecho aquí estos días es un paripé sin sentido de la estrategia ni de nada. Primero llegan tarde; cuando se presentan, ¿dónde están ya los emboscados? —explicó Antonio, que había llegado a cabo primera cuando cayó herido—. Y después, que estos no conocen el terreno y los otros sí.

—Pero ¿se van todos? —preguntó don Atilano.

—No, no. Se quedan seis de momento. Quieren incluso poner un destacamento en el puerto para controlar el paso interprovincial. Además, que andan queriendo crear un somatén del pueblo para defenderlo y perseguir a los maquis que se acerquen.

—¿Y eso qué es? —se interesó Felisa con la botella de vino blanco en una mano y el vaso en la otra.

—Pues unas patrullas de vecinos que vigilen y protejan... mayormente por las noches. Patrullan para que los atracadores no se acerquen al pueblo y si ven a alguien sospechoso o descubren a alguno buscado por la Guardia Civil, le echan el alto.

—¿Y si no se entrega?

—¡Pues disparan! Al parecer ayer fueron tres falangistas al cuartel a ofrecerse al capitán y les ha dicho que sí, que se pongan a las órdenes del sargento y que adelante. Van a darles armas. De momento ya les han entregado botas, correa y toda la pesca.

—¡Eso está bien! Si hace falta, yo me apunto a patrullar por las noches. Siempre he dicho que lo del maquis se arregla echándole huevos. Metes aquí un tercio de la Legión con órdenes de aplicar la Ley de Fugas a todo lo que se mueva y no se acerca un cabrón de esos por el pueblo hasta el siglo que viene —sentenció Ricardo.

Cuatro o cinco mujeres aguardaban a la puerta de la sacristía a que don Primo se quitase las vestimentas litúrgicas con el propósito de pedirle instrucciones para las rogativas. El sacerdote, que parecía más taciturno que de ordinario, plegó con cuidado la casulla, guardó el cáliz en un pequeño armario con la puerta policromada y después contó con suma atención las monedas del cepillo de las ánimas. Primero las colocó en montoncitos según su valor y luego cuadró la suma entre movimientos de cabeza desaprobatorios.

—Este pueblo... —comentó al reunirse con las mujeres—. Todo lo que está pasando es el justo castigo por la falta de fe que existe. Aquí la iglesia es la última de las obligaciones de la gente, cuando tenía que ser la primera. A la iglesia sólo se acude para pedir y hasta para exigir. Pero nadie repara en que la iglesia y el culto

tienen necesidades. En buena hora este obispo cab..., perdón, el señor obispo de la diócesis, se fijó en mí para regirla. En fin, yo ya se lo he dicho bien claro al vicario: no soy ni culpable ni me siento responsable de lo que aquí está ocurriendo. Yo no he atraído a las fuerzas del mal sobre el pueblo ni he sido quien invitó al diablo a venirse a convivir con el vecindario. Lo tengo decidido: un año más y me largo. Ya le he dicho al vicario que me mande de capellán militar a donde sea, a Sidi Ifni si hace falta. Ya tengo ganas de tratar con gente seria, y sólo los militares lo son.

Tras la perorata, don Primo dio instrucciones detalladas para las rogativas. Cada día de los nueve previstos estaría dedicado a un santo, salvo el último, en que las plegarias serían elevadas a la Virgen de los Desamparados.

—Haremos una procesión con Nuestra Señora por todo el pueblo y rezaremos el rosario a la orilla del río mirando todos al cielo. Si para entonces ya ha llovido, cosa bastante probable, lo haremos en acción de gracias por los bienes recibidos. Mañana empezaremos con san Isidro Labrador, que es el patrono de los agricultores y, para estas cosas, el más influyente. El martes continuaremos con san Antón Abad, quien no permitirá que el ganado se muera. Los animales, aunque no tienen alma, no tienen por qué sufrir el castigo que merecemos los hombres. Y las mujeres, que buenas sois también vosotras.

—¿Se podrá comulgar? —preguntó con voz casi inaudible una de las beatas.

—¿Comulgar? En una rogativa... ¡No! ¿Cómo se te ocurre pensar una cosa así? ¡Uf! ¡Dios mío, qué cruz! Te das cuenta, Señor, de lo que te he dicho tantas veces... En este pueblo no hay ni fe, ni esperanza, ni caridad, ni nada. La gente no sabe lo que es la religión. No, mujer, no. En las rogativas no hay sacrificio ni consagración. Por lo tanto, no se comulga. La comunión se da por la mañana, en la celebración de la Eucaristía. Estas cosas hay que saberlas. ¿Acaso no celebrasteis rogativas otras veces? ¿Qué hacía vuestro párroco cuando al igual que ahora ahogaba la sequía? ¿Qué hacía? ¿Se quedaba tan tranquilo, con los brazos cruzados? ¿Esperaba a que la lluvia cayese sola? Ya me gustaría a mí saber qué es lo que explicaba en sus sermones y qué es lo que enseñaba en la catequesis a los niños para que la parroquia esté como está.

Celsa, que cada vez arrastraba más la pierna derecha, escuchó las palabras del cura en silencio y con gestos frecuentes de incomodidad después de una espera tan larga a pie firme. Nada más despedirse vino a nuestra casa con la disculpa de pedirle a mi madre autorización para cortar unas ramas de aligustre y unos manojos de crisantemos para adornar con ellos el altar. Nuestra medio huerta medio jardín era el único espacio donde la vegetación se mantenía verde y aún asomaban algunas flores.

—Dice don Primo —le explicó a mi madre— que a las tinieblas hay que vencerlas con oraciones y flores. El señor cura aseguró que si la gente se lo propone, si todos nos unimos, Satanás abandonará el pueblo con el rabo entre las piernas y el cielo volverá a derramar agua. ¿Sabe lo que ha dicho también? Pues que después de la guerra fueron muchos los pueblos que se convirtieron y el diablo cada vez tiene

menos sitios adonde ir. Lo echan de todas partes y está rabioso. Por eso pasan todas las cosas que están pasando, ¿no cree usted? Yo pienso que tiene razón. Don Primo es un sacerdote muy leído.

—Bueno, mujer —respondió mi madre con desgana—; no será para tanto. Llévase las flores que necesite, pero no se atormente usted con estas cosas. A lo mejor, si dejasen al diablo en paz una temporada, él mismo se alejaba por aburrimiento, ¿no cree? Están todo el día tan preocupadas por él que debe de sentirse encantado entre ustedes. A mí no me ha molestado nada.

—¡Ay, señora! Si usted supiese. Usted nunca ha visto al diablo en persona, ¿verdad? ¡Cómo se nota que no lo ha visto! Nunca más hablaría como habla. A mí cada vez que lo recuerdo se me pone la carne de gallina. Ya no se me despintará jamás. Los que nunca se han tropezado con él no son conscientes de nada de lo que está pasando. Pero los que lo hemos visto sentimos su proximidad en el acto. Por donde yo vivo merodea mucho, se ve que como es un lugar solitario se mueve a sus anchas, y cuando se acerca a la casa, ¿quiere creerme que lo noto? Se me eriza la piel, me entra un repelús de arriba abajo que me deja helada y... a veces me digo: «Ya está por ahí». Algunas noches me despierto de repente temblorosa, con escalofríos, y me digo: «Ahí anda», y es, se lo digo de verdad, como si me arrastrasen por los pelos. Hasta que me persigno y empiezo a rezar, no se aleja. En cuanto oye una oración, se va, eso es cierto. Pero hay veces que es tal el terror que me entra, es tal la fuerza con que me atenaza la garganta, que soy incapaz de musitar una oración o extender la mano para coger el rosario que tengo en la mesilla de noche.

Yo estaba en el comedor intentando resolver unos problemas aritméticos que me había puesto mi padre la víspera y escuchaba consternado el relato. Sólo oírlo contarle me puso a temblar. Había prendido la hebra y no la soltaba. Mi madre intentó despedirla en dos o tres ocasiones, pero ella seguía imparable en su perorata, con sus recuerdos, sus miedos y sus traumas. Unas golondrinas revoloteaban cerca de la ventana donde mi madre había puesto a fermentar la masa para la primera hogaza de pan que intentaba elaborar con la harina traída por su hermano.

—Todavía no han enterrado a Eusebia, ¿verdad? —preguntó mi madre por cambiar de tema—. ¿Qué esperan?

—¡Huy, todavía no! Mañana, a las nueve y media. Pobre mujer. Lo que estará pasando allí sola, sintiendo cómo los gusanos la comen a una, porque, aunque una esté muerta, alguna cosa debe sentirse, ¿no le parece? Mordiscos no darán, pero cosquilleo sí que harán. ¡Ay, Dios! Anoche no soñé con otra cosa. Hoy van a ir a echar zotal... para el olor, ¿sabe? Pensaba yo anoche, ¿y si va el diablo y hace cualquier cosa con el cadáver? Pero se lo comenté a don Primo y me ha dicho que no hay peligro, porque lo que está allí sólo es el cuerpo. El alma ya se ha ido volando a la vida eterna. Y a Lucifer el cuerpo de las personas después de muerto ya no le interesa. Él lo que busca es el alma de los vivos para ganársela para el infierno, el cuerpo lo deja a los gusanos, menos los huesos, claro.

—¿Va a ir mañana al entierro? —le preguntó mi madre con desgana.

—Sí, si Dios quiere. Iba a decirle que vendré un poco tarde a trabajar, si no le importa.

—No, venga cuando pueda. Llévelo si quiere unos crisantemos y déjelos sobre la tumba. O échelos dentro, después de que hayan bajado la caja. ¿Le han hecho ataúd por fin? ¡Pobre mujer!

—Ya. Morir tan sola, y así... Dios nos libre. —Celsa se santiguó instintivamente e hizo ademán de marcharse. Pero en seguida se dio la vuelta de nuevo y dijo—: ¿Sabe que los falangistas van a organizar un somatén? Vamos a ver si entre una cosa y otra, con las rogativas, el somatén y el exorcismo que don Primo quiere que le hagan a la hija del zapatero, las cosas empiezan a arreglarse, ¿no le parece? Es que, ¡madre mía!, lo complicado que está todo.

—¿Van a hacer un exorcismo?

—Eso quiere don Primo. Él está convencido, y yo también, qué quiere que le diga, de que esa chica está endemoniada. De otra forma no se explican las cosas que le ocurren. Tenía que haberla visto el otro día en la iglesia. El señor cura ya envió un informe al Obispado y está esperando a que le contesten. Si están de acuerdo, tendrá que venir el exorcista diocesano a hacerlo. Don Primo eso no lo puede hacer, no está autorizado. Creo que es algo horrible. Yo no lo quiero ver, ya se lo he dicho al señor cura. ¿Se imagina usted presenciar el sufrimiento de una persona poseída y ver cómo el demonio sale de su cuerpo pataleando de rabia? En una de estas que se tira a una encima... vaya a saber de lo que es capaz cuando está enfurecido. Dicen que es muy doloroso y no me extraña. Además, se imagina lo que debe de ser el tener que vivir después con la sensación de haber llevado al diablo dentro de las entrañas. Yo preferiría morirme, se lo aseguro. Que Dios nos libre de una cosa así. ¿Usted no tiene miedo?

—A esas cosas yo nunca les di mucho crédito, Celsa. En mi familia siempre hemos vivido muy alejados de esas creencias. Cada uno se educó de una manera y... No sé. Seguramente cuenta también la influencia cubana y el ambiente en que nos criamos. En una ciudad grande, como La Habana, donde tanto Joaquín como yo pasamos una parte de nuestra pubertad y juventud, estas cosas se ven de otra forma. La gente es diferente.

—¿Allí no son cristianos?

—Sí, sí. Mucho. Bueno, hay de todo. Lo que ocurre es que estas cosas del demonio y el infierno que a usted tanto la atemorizan yo nunca las he vivido tan de cerca. En Cuba los negros en los barrios pobres sí suelen ser bastante dados a las supercherías, pero el resto de la población se preocupa menos. El que quiere va a misa y al que no, le dejan en paz.

—Perdone —replicó enfurecida—, pero estas cosas no son supercherías. Que el diablo existe no me lo va a discutir. Yo lo he visto y más de una vez con estos ojos que se ha de tragar la tierra. En fin, allá cada cuál con su vida. Lo que le digo es que

en una casa así, sin un crucifijo en las paredes que la proteja, yo no viviría ni amarrada. Y con un niño, además, aún menos. No olvide que los niños son el ojito derecho de Lucifer. Sabe que son débiles y son los primeros a los que tienta.

XII

TIROS EN LA HORA DE LA SIESTA

El ruidoso reloj de campana del comedor heredado del abuelo dio las dos, y mi padre, que había entrado por el trastero e intentaba quitarse las botas, preguntó a qué hora íbamos a comer. Nada más escucharle, Celsa —que era consciente de que no la soportaba— se despidió por gestos de mi madre y se marchó cojeando pero a buen paso carretera adelante. A todos nos sorprendió verla caminar tan rápido, contorsionándose sobre su pierna deformada.

—¿Ya se fue esa bruja? —preguntó mi padre en su forcejeo con las botas—. Cuando quiere está renca, pero cuando le peta corre como si la persiguiese el diablo que tanto la angustia, desde luego.

—¡Ay, sí! ¡Qué harta me tiene! Siempre con la misma cantinela. ¿Qué tal te ha ido? —dijo mi madre.

—Algo habrá estado fisgando. Ahora irá a contarle lo que ha visto o escuchado al cura. Tenerla a ella en casa es como tener al zorro dentro del gallinero.

—¡Qué se le va a hacer! No vamos a echarla ahora... Primero, porque da pena. Y después, porque...

—Ya —respondió mi padre—. Vengo muerto. Si tienes algo para comer a punto, tomo un bocado. Si no, me voy derecho a la cama. A ver si consigo dormir una siesta y se me pasa este dolor de cabeza.

—¿Qué tal? ¿Fuiste por allí? —se interesó mi madre sin ocultar su preocupación.

Mi padre me miró de soslayo y me dijo:

—Hazme un favor, anda. Vete al trastero, coge las botas que acabo de quitarme, y sácalas al sol. Si se quedan allí van a dejar mal olor. Y después, mira si encuentras un poco de tabaco que me olvidé en la mesilla de noche. En toda la mañana ni fumar un cigarrillo he podido.

—¿Y...? —vi que preguntaba mi madre abriendo mucho los ojos y enarcando las cejas.

—Bien. Está en un buen sitio...

—Le has visto.

—Sí. Le he encontrado animado. Quiere irse. Dice que así no se puede aguantar, y tiene razón.

—¿A Cuba?

—¡Cómo va a ir a Cuba! Allí está peor que aquí. A México mejor. O a Venezuela. Quedé en que vamos a dejar pasar unos días, a ver si esto se calma un poco, y en el primer barco que se pueda... a correr. Aquí ya se sabe. Si aparece, a la treña otros pocos años. No tiene forma de justificar su ausencia. O lo condenan por colaborar con banda armada o por contrabando.

—¿Está dónde la otra vez? No, no me digas dónde está. Pobre. Me da una pena. Todo el día a oscuras, sin poder estirar las piernas. Yo me moriría de miedo.

—No, en la cueva no. Yo creo que ahora el sitio es más seguro y algo más cómodo. Sobre todo porque resulta más fácil escapar en caso de peligro.

—¿Ha ido por allí la Guardia Civil? ¿Qué te ha contado Hortensia?

—Pasaron alguna vez, pero al parecer lo hacen con cierta frecuencia. Hasta ahora ni ella ni José Manuel han observado nada anormal, y es curioso porque a ellos no les han preguntado nada. El que no puede decir lo mismo soy yo. Esta mañana me encontré a la pareja en el monte. Mejor dicho, me encontraron ellos a mí. Seguramente me andaban siguiendo. Lo que pasa es que en ese momento estaba marcando madera, y les presté una atención mínima, apenas les respondí al saludo, así que en cuanto vieron que no podían sacarme nada de interés, se fueron cuesta abajo. Cuando observé que se habían alejado, aproveché para acercarme a Colazo con la disculpa, si averiguan, de hablar con un paisano que quiere vender unos nogales. Todas las precauciones que se adopten son pocas, ya sabes.

—¿No te habrán seguido...?

—¡No! Los he estado siguiendo yo a ellos. Aunque no hacía sol, el brillo del tricornio los delataba. Cada vez me resulta más absurdo verles con un sombrero tan ridículo. Además, como todo está seco, el verde del uniforme destaca muchísimo. Por otra parte, es una suerte que sean de fuera. No conocen ni el terreno ni a la gente. Se mueven por ahí como si estuvieran en otro país.

—¿Tiene comida? —volvió a interesarse mi madre.

—Le lleva todas las noches tu sobrino. Hortensia no dejará que se muera de hambre, ¡qué va! Ya sabes cómo es tu hermana. Arsenio me ha dicho que está esperando el primer pan que hagas con la harina que te dejó.

—¡Ay! Tengo masa fermentando. Se me olvidó preguntarle a Celsa cómo se hace. Ella es de la tierra del trigo, así que sabrá hacerlo.

—¡Estás loca! —exclamó mi padre—. Ni se te ocurra. Lo iré contando por ahí. A ver cómo explicas después que tienes un saco de harina en la despensa. Parece que es fácil. Mi abuela lo hacía cuando yo era pequeño y bien bueno que estaba. Lo que ocurre es que no nos dejaban comerlo caliente porque los viejos decían que era malo.

Manías que se les metían en la cabeza. Yo creo que el mal estaba en que caliente entraba mejor y se comía más.

—Pero ¿te acuerdas de cómo se hacía?

—Lo amasaba, le echaba levadura y lo metía en el horno cuando estaba bien caldeado. Yo creo que eso era todo. El problema es que aquí no tenemos horno grande, de barro.

—También habrá que echarle sal.

—Sí. Claro. Y calentar bien el horno, ya te digo.

—Tiene que ser en el horno de la cocina. No hay otro.

—Desde luego. No sé. Prueba a ver qué sale. Mejor que los chuscos esos del racionamiento, hechos con salvado, va a estar. Ya verás.

Aunque al principio hablaban muy bajito, yo había escuchado toda la conversación y no tuve dudas, claro, de que hablaban de mi tío. En toda la casa se respiraba un ambiente indescriptible de tristeza y preocupación. Las contraventanas del comedor estaban echadas y el olor de los medicamentos que mi madre tenía en la mesilla de noche resultaba más ostensible. Oí unas pisadas en el porche y cuando entreabrí la puerta, me asusté ante la presencia de un mendigo sucio y harapiento que se aprestaba a llamar.

—Ave María Purísima —dijo.

—Sin pecado concebida —le respondí desde la ventana, recordando la expresión que nos había enseñado doña Esther, y bajé deslizándome por el pasamanos de la escalera a avisar a mi madre.

Recordé que mi abuelo siempre nos decía que nunca permitiésemos que un mendigo se alejara de nuestra casa sin una limosna. Fue mi padre el que salió a atenderle, rebuscando en el monedero mientras caminaba hacia la puerta. El hombre cogió las monedas e imploró algo de comer.

—¿No me podrían dar algo que llevarme a la boca? Un plato de algo caliente, aunque sea agua hervida con sal... En los últimos días sólo he comido un poco de pan duro con tocino rancio. Antes siempre que venía a este pueblo era la difunta Eusebia la que me ofrecía algo caliente y no se imaginan cómo me reconfortaba. Pero hoy me he enterado de que la pobre ha muerto. Voy a echarla mucho de menos. Era una santa mujer.

—Espere un momento, hombre. Sospecho que no ha venido en el mejor día. Tengo la impresión de que mi mujer no ha cocinado. Pero siéntese ahí —le señaló el poyo de piedra que había al lado de los escalones de acceso a la casa— que voy a ver qué puedo ofrecerle.

Ya en la cocina, se dirigió a mi madre:

—¡Pobre hombre! Mira a ver qué puedes darle. Dice que no ha comido nada caliente desde hace no sé cuántos días —se compadeció—. ¿Quedó algo de la cena de anoche que puedas calentarle?

—No tengo nada. Pensaba hacer unas tortillas para nosotros. No le voy a hacer

una tortilla a él... Creo que me quedan cuatro o cinco huevos. Tú verás.

—Prepárale uno para él con algo que puedas ponerle. No sé. Que no nos veamos nunca así.

—¿Quién es? ¿Ya vino más veces? —preguntó mi madre.

—Sí... Ya lo he visto yo por ahí. Barbudo, alto, muy sucio siempre. Un desgraciado. Si no estuviese tan sucio y oliese tan mal, le mandaba pasar y que comiera con nosotros. Pero la verdad es que...

—No, por Dios. Que coma fuera. A mí me da miedo esa gente.

—¡Naaa...! ¿Qué va a hacer de malo? Los que dan miedo no son los que se echan un saco a la espalda y salen a pedir limosna. Son peores los que están... en las sacristías y en los despachos de los bancos.

Desde la ventana entreabierta vi cómo el hombre devoraba en pocos segundos la tortilla con torreznos que mi madre le había preparado. Luego sacó un mendrugo de pan del saco que tenía a su lado y lo impregnó con la grasa que quedaba hasta dejar el plato completamente limpio.

—Llévale un vaso de agua —me ordenó mi padre—. Seguro que tiene sed. El hombre es tan prudente que ni la pide.

Pero yo no me atreví. Ignoro si en aquel momento me frenó el miedo o me acobardó la vergüenza. Moví la cabeza y salí corriendo hacia el comedor. Cogí un libro de lecturas cívicas —*Así quiero ser, el niño del nuevo Estado*— y me puse a leer con desgana. La imagen del mendigo, sus barbas desgredadas y su pelo revuelto, me había encogido el corazón. Oí a mi padre hablar con él del tiempo y en seguida al mendigo despedirse con un «Dios se lo pague».

Nosotros casi no comimos. Mi madre, que había sacado fuerzas no sé bien de dónde, improvisó una sopa de fideos y una tortilla de patata que apenas probamos.

—¿Quieres café? —le preguntó a mi padre.

—No, que igual me quita el sueño. Voy a acostarme un par de horas a ver si consigo descansar. Quizá venga por ahí el encargado de la tala de arriba para ver un poco el trabajo de los próximos días, pero si ves que estoy dormido procura entretenerle un rato o que regrese después de las cinco. Para esa hora ya me habré despertado, espero. ¿Tú no vas a salir?

—¿Adónde voy a ir? Mañana si me siento con fuerzas iré a ver a Hortensia, que es su cumpleaños, aunque con todo lo que está pasando no debe de hallarse con el mejor humor para celebrarlo.

—Te conviene salir y distraerte. Y si no mejoras con estas medicinas que te ha mandado don Arturo, yo creo que deberíamos ir a que te vea un especialista.

Mi madre no respondió. Agachó la cabeza y se puso a trajinar en la cocina. Aunque no le gustaba el trabajo doméstico, nunca dejaba los platos sin fregar para más tarde.

—Bueno, me acuesto un rato —anunció mi padre—. Si ves que no me levanto en un par de horas, despiértame tú. Si quieres, al atardecer damos un paseo y nos

oxigenamos un poco.

Como ya se había ido el mendigo, salí a leer al porche mientras mi madre colocaba en su sitio los cacharros, limpiaba la mesa y doblaba el mantel. Había un silencio total. A los pocos minutos pasó la pareja de la Guardia Civil camino del bosque que se extendía colina arriba, del lado izquierdo de nuestra casa, hacia el sureste. Los gruesos capotes verdes y las abultadas mochilas de piel que llevaban en bandolera eran muestras bastante evidentes de que iban a pasar la noche al raso. Uno de ellos me miró con desgana por encima de la tapia, pero no me dijo nada. El otro se detuvo un instante para encender un cigarrillo con un mechero de pastor. Echó una prolongada bocanada de humo y en seguida aceleró el paso hasta colocarse de nuevo a la altura de su compañero. ¿Por qué —me quedé pensando— siempre se ponían a fumar cuando pasaban por delante de nuestra casa? Recordé que un día me dijo Arsenio que como tenían prohibido fumar cuando estaban de servicio, lo hacían cuando ya no les podía sorprender in fraganti algún jefe. «¡Menudo es el sargento Secundino de los cojones! —había comentado mi tío—. Les trae a hostia limpia». Sin embargo, yo recordaba haber visto al propio sargento fumando un farías en el café.

Dejé en seguida *Así quiero ser* y retomé a Julio Verne. *La vuelta al mundo en ochenta días*, que había comenzado la víspera, me tenía enganchado desde la primera página. Hasta que de repente me sobresaltó el recuerdo de lo que había dicho Celsa del diablo. La idea de tropezarme con el demonio en algún lugar empezó a atormentarme otra vez. Me imaginé lo que sería encontrarse con aquel monstruo en la oscuridad de la noche, viendo sobresalir sus cuernos de su faz tenebrosa, y sentí que los músculos se me agarrotaban. Cuando reaccioné, intenté concentrarme de nuevo en el libro, pero no lo conseguía. Al cabo de un rato, se me ocurrió recurrir al diccionario y sus definiciones.

Algunas veces, cuando mi madre no me veía, buscaba el significado de las palabras que los niños teníamos prohibido emplear y que los mayores solían utilizar en voz baja cuando estábamos delante. La única vez que mi madre había estado a punto de darme una cachetada fue un día que solté un «¡coño!» delante de ella y de mi tía Hortensia sin darme cuenta. En el diccionario que me había comprado mi padre en su último viaje a la capital encontré el significado de «puta» y «joder» y cuando se lo conté a los amigos de clase, todos lo celebraron con risotadas, bromas, guiños y gestos obscenos. La semana anterior, Pedro, el hermano de Juan Luis, mayor que nosotros, me había encargado que mirara el significado de la palabra «condón», y cuando lo encontré llegué incluso a copiárselo en un papel. Pero como no teníamos clase y no conseguía verle para dárselo, acabé rompiéndolo en pedacitos, no fuese que mi madre me lo descubriera al revisar los pantalones.

Cuando me puse a buscar la palabra «diablo», me temblaban las manos. Leí: «m. Espíritu del mal. Nombre general de los ángeles arrojados al abismo y de cada uno de ellos». Luego venían otras acepciones. No explicaba nada acerca del aspecto del diablo, de sus costumbres ni de sus hábitos. Tampoco la palabra «demonio» aclaraba

mucho más: «m. Diablo, mit. Genio o ser sobrenatural». «Endemoniado», en cambio, sí me pareció más convincente: «adj. Poseído del demonio», y por supuesto, «endemoniar»: «tr. Introducir los demonios en el cuerpo de una persona». Pensé en Julita, la hija mayor del zapatero. ¿Cómo se podría vivir con el diablo dentro del cuerpo, sintiendo que se revuelve en tu barriga y te rasca las vísceras con sus largas pezuñas?

Estuve dándole vueltas un rato durante el cual fueron desfilando por mi mente muchas de las cosas que estaban pasando a mi alrededor. Me vino a la cabeza el cadáver putrefacto de Eusebia en la morgue del cementerio, esperando a que las estrictas normas de la iglesia permitiesen darle sepultura; la silueta del mendigo que nos había visitado hacía un rato; el recuerdo de mi tío Arsenio escondido en alguna cueva o cuadra abandonada cerca de la finca de tía Hortensia; la espuma que echaba por la boca Julita cuando las mujeres más fuertes, incapaces de impedir que las patease en el vientre, la sacaron de la iglesia; don Primo amenazando con la destrucción divina del pueblo; y Celsa y su obsesión, el diablo, que parecían novios.

Intenté volver al libro, aunque una vez más sin éxito. No había forma de concentrarme. Me atormentaban las imágenes del miedo colectivo en que poco a poco nos habíamos ido sumergiendo todos los habitantes del pueblo. Recordé el anuncio de las rogativas que había hecho el párroco y sentí una sensación de alivio y de esperanza. Mi padre había comentado en cierta ocasión que la sequía prolongada que sufríamos estaba desquiciando a la gente. «La lluvia limpia el ambiente. Cada vez cuesta más respirar y, sin darnos cuenta, nos vamos asfixiando poco a poco», recordaba haberle oído. Entonces ya me angustió la idea de morir por falta de oxígeno. Y ahora, al pensar en ello, sentía que me faltaba el aire y que la respiración, por muchos esfuerzos que hacía para henchir los pulmones, se quedaba a mitad de camino.

Abstraído como estaba en mis temores, apenas me sobresaltaron unos golpes sordos que se oyeron en la lejanía del bosque. Primero se escuchó uno, seco, y luego cuatro o cinco más. Mi madre, que estaba cosiendo en el comedor, se asomó a la ventana un instante y como no vio nada anormal, volvió a ponerse con la labor. Debían de ser poco más de las cuatro, pero ya estaba cayendo la luz. El silencio era casi absoluto aquel atardecer dominical. No se veía a nadie por la calle. Daba la sensación de que todos los habitantes del pueblo nos habíamos puesto de acuerdo para no salir de casa y, así, ahorrar aire puro. Tampoco me percaté de que mi padre se había despertado y bajaba corriendo por la escalera.

—¿Habéis escuchado lo mismo que yo? Creo que han sido disparos de fusil por allá... —dijo, señalando la sierra.

—También a mí me lo pareció, sí —respondió mi madre—. No sé qué puede haber sido. Esta no es época de caza, ¿verdad? ¿Habrán sido los guardias?

—La Guardia Civil pasó hace un rato —intervine—. Fueron hacia allí.

—Habrán disparado a algún animal —comentó mi madre—. Les encanta enredar

y de paso... atemorizan a la gente. Qué le vamos a hacer.

—Con tal de que no haya sido a algún animal de dos patas... —se lamentó mi padre con el ceño fruncido. Se sentó en una silla y se quedó pensativo. A los pocos minutos prosiguió—: Vamos a ver cómo acaba todo esto. La tensión se masca.

—¿Cómo va a acabar? Ya han pasado bastantes cosas, ¿no crees? Se irá arreglando todo. Hay que tener confianza. ¿No te has dormido? —preguntó mi madre.

—Un poco. Pero debió de ser un sueño muy ligero, porque los disparos me sobresaltaron. Y se oían lejos. Vosotros los habéis escuchado también, ¿verdad?

—Yo, regular. Los oí, pero no pensé que fuesen tiros al aire —dije—. Podrían ser voladores.

—Confiamos en que hayan sido tiros al aire. A veces los guardias practican disparando a botellas. La verdad es que no han tenido respuesta. Pero vete a saber. Ya nos enteraremos. Igual fue alguno de esos guardias jóvenes que andan por ahí sin saber que llevan un arma en las manos y en cuanto ven una mosca volar se ponen nerviosos. Da no sé qué verlos, casi imberbes y creyéndose ya autoridades —comentó mi padre.

El suave viento del sur que había estado soplando al mediodía había alejado los nubarrones grises que cubrían el cielo durante la mañana y caldeado el ambiente con un calor denso y sofocante. Mi padre bostezó sin disimulo, se estiró los brazos hacia arriba en ademán simbólico de alcanzar la bombilla que pendía del techo y preguntó:

—¿Están planchadas las camisas de manga corta? Voy a dar una vuelta. A ver qué nueva desgracia nos ha traído el día. Intentaré enterarme de qué coño es eso del somatén. No deben de tener suficiente con las contrapartidas.

Mi madre le señaló un montón de ropa que había sobre una silla. Estaba tejiendo y se la veía triste y preocupada. Había adelgazado mucho últimamente y no parecía que los reconstituyentes que tomaba cada mañana con una yema de huevo cruda, que tragaba entre náuseas y gestos de asco, le estuvieran produciendo algún efecto.

Salí al porche y observé a un perro lobo de color canela que corría monte abajo con el rabo entre las patas. Luego escuché voces ininteligibles en la lejanía. Unos minutos después alcancé a ver también a un pastor con el zurrón a la espalda y la garrota en la mano, que bajaba hacia el pueblo a la carrera, saltando entre los riscos. Cuando ya estaba cerca de nuestra casa, se cruzó con una mujer que llevaba un cesto de mimbre en la cabeza y, sin detenerse, le dijo con voz entrecortada:

—Han... han matado a unos emboscados en las cabañas de Rioseco. Voy a avisar al cuartel.

—¡Papá, mamá! —Entré corriendo a la casa—. Los tiros eran de verdad. Han matado a unos hombres —les dije.

Mi madre se levantó sobresaltada. Mi padre se asomó a la calle justo cuando pasaba por delante de la casa el pastor. Al vernos detuvo un poco la carrera y repitió jadeante:

—Mataron a unos emboscados. Estaban escondidos allá arriba, donde las cabañas de Rioseco. Yo andaba cerca con las ovejas, pero no había visto nada de nada. Los guardias me gritaron que bajara a avisar al cuartel y me advirtieron que no dijera nada a nadie más. Una tontería, porque se va a saber.

Mi padre no hizo comentario alguno. Movi6 la cabeza y se qued6 pensativo mirando al bosque donde 6l habfa estado apenas hacfa tres horas. Una luna de cuernos menguantes empezaba a asomar por encima de los picachos de la cordillera que se extendfa al sur. El atardecer prematuro llegaba cargado de presagios que yo no sabfa c6mo interpretar. Pasado un rato, ya con las primeras estrellas parpadeando en el firmamento, volvieron a escucharse voces ininteligibles unos instantes, y en seguida se hizo de nuevo el silencio; un silencio que, no s6 por qu6, venfa ya desde por la ma1ana imponi6ndole al ambiente una sensaci6n general de tragedia.

—¿No habr6...? —empez6 a preguntar mi madre.

—No, por favor —respondi6 mi padre—. ¿Est6s loca? A estas horas no sale y por esa cuesta, mucho menos. Es muy extra1o que por ahf anduviese nadie que no quisiera ser visto. Y menos al atardecer, que es cuando van los pastores a encerrar el ganado... Si no han matado a alg6n infeliz que andaba por allf tan tranquilo... —Movi6 la frente para ahuyentar los malos pensamientos—. En fin, no voy a empezar a pensar mal.

Entonces mi padre me puso la mano en la cabeza y me atrajo hacia 6l en una muestra de afecto bastante infrecuente. Yo me apret6 contra sus piernas y, consciente de que disfrutaba de su protecci6n, sentf ganas de llorar de felicidad. No sabfa lo que me pasaba. En pocos minutos cruzaron por mi mente muchas ideas extra1as. Record6 las palabras de Celsa y de pronto sentf como si un latido de esperanza me animase por dentro. «Y si ha sido el diablo —pens6—. ¿Habr6n matado al diablo?». La idea me entusiasm6. Luego me puse a pensar en profundidad sobre el asunto y comprendf, no s6 por qu6, que mi ilusi6n carecfa de fundamento. El diablo debfa de ser demasiado astuto como para ponerse a tiro de los guardias.

No tenfa muchos conocimientos religiosos, pero hasta donde sabfa, despu6s de escuchar a Celsa tantas veces, el diablo se metfa dentro de las personas, pero nunca adquirfa forma de ser humano. Lo que adquirfa a menudo, eso sf, era forma de animal, con rabo y cuernos, que caminaba con dos patas, y los guardias contra quien habfan disparado era contra unos hombres, seguramente del maquis. Tal vez los que habfan atracado en el caserfo del puerto.

Las campanas de la iglesia llamando al rosario me sacaron de mi ensimismamiento. Mi madre estaba en el piso de arriba. Mi padre habfa echado a andar solo carretera abajo, hacia la plaza.

—Voy a acercarme al caf6. A ver si me entero de algo. No salg6is de casa, vuelvo en seguida.

XIII

TOQUE DE QUEDA

Poco a poco la plaza se había ido llenando de curiosos. Toda la atención estaba en el cuartel de la Guardia Civil, adonde habían acudido el párroco, el alcalde y don Gustavo, el juez de paz, nada más escuchar los tiros. La gente no se atrevía ni a preguntar siquiera qué había ocurrido. Quien más quien menos se imaginaba algo grave. Los hombres se interrogaban con la mirada y las mujeres, que aguardaban al cura para rezar el rosario, cuchicheaban en voz baja en torno a las más variadas especulaciones.

—Pues que parece que la pareja se ha enfrentado a dos por allá arriba y... —comentaba Lalo, el barbero, que justo estaba afeitando y cortando el pelo al juez cuando le avisaron de que tenía que ir a levantar unos cadáveres.

—¿La pareja o la contrapartida? —preguntó Antonio, el Manco, que siempre quería matizar las cosas.

—¡La pareja, hombre, la pareja! Qué coño la contrapartida... Por aquí no anda. Ahora salieron con el cuento de crear un somatén, pero habrá que ver lo que hacen. Aquí no veo yo a nadie con ganas de irse a dormir por las noches al monte ahora que vamos para el invierno, y de paso a ver si se encuentra con una bala perdida —dijo el del fielato.

—La contrapartida sí que anda, sí. Y más que va a andar, Ricardo. Están infiltrando policías, guardias de paisano y excombatientes entre los emboscados. Nunca sabes si se trata de unos u otros. Es la mejor forma de acabar con ellos y de quienes les prestan apoyo. Ahora mismo, esta comarca está siendo la más batida de toda España. Lo dijo el teniente el otro día.

—Esta y otras. Anteayer apiolaron a tres o cuatro en Granada. Me lo contó el juez mientras le daba el jabón. Que, por cierto, ¡tiene una barba el tío! —comentó Lalo.

La conversación en uno de los corrillos empezaba a animarse cuando don Primo abandonó el cuartel en solitario y se dirigió a la iglesia con gesto adusto.

—Santas y buenas —saludó al pasar ante el grupo en el que estaban Antonio, Ricardo y Lalo.

—¿Qué pasa, señor cura? Parece que hay problemas —aventuró Ricardo.

—¡Qué va a pasar! Lo que tenía que pasar es lo que está pasando. La pareja interceptó a una cuadrilla de atracadores que al parecer se hallaban escondidos en un establo abandonado, esperando seguramente para hacer esta noche alguna fechoría, se liaron a tiros y... un muerto.

—¿De los emboscados o de la Benemérita? —se interesó Antonio, el Manco.

—De los atracadores, de los atracadores, gracias a Dios. Los dos guardias resultaron ilesos.

—Pero ¿no eran dos los muertos? —preguntó el barbero.

—Es uno, uno sólo. Los otros huyeron por el monte —aclaró el cura.

—Y ahora ¿qué van a hacer? —se interesó Ricardo aprovechando la buena disposición del párroco para contar lo que sabía.

—El sargento está esperando instrucciones. Desde el terremoto de la otra noche, el teléfono anda mal y ha tardado mucho en comunicar con la Comandancia. Pero ya está en camino el capitán jefe de línea con varios números y en cuanto lleguen subirán todos, con el juez y demás, para levantar el cadáver.

—¿Usted no va a ir?

—Si el fallecido fuese un guardia, claro, ya estaría allí para darle los últimos auxilios. Pero tratándose como se trata de un facineroso, marxista y ateo que lo más probable es que haya apostatado, yo allí no pinto nada. Los auxilios espirituales están destinados a quienes viven y mueren en la fe de Cristo. Nada más. Se lo acabo de decir al señor juez, que me preguntó lo mismo y lo ha entendido. Estos individuos sin moral ni conciencia que se han echado al monte con el único fin de subvertir el orden conseguido por la Cruzada de Liberación sólo se merecen ir al infierno sin dar ningún rodeo. Allí, metidos hasta la cintura en las calderas de Pedro Botero, purgarán sus penas y sabrán lo que es bueno.

Vio a las mujeres que se agolpaban a la entrada de la iglesia y les hizo gestos con los brazos para que fueran entrando.

—Vamos, vamos. No os quedéis a la puerta. Y encended sólo las luces del fondo, que se gasta mucha corriente. Nueve pesetas he pagado este mes de electricidad. El único pueblo donde tiene que ser el párroco quien pague la electricidad de la iglesia es este. Aquí la gente se desentiende. Así pasa lo que pasa.

Ante la llegada de dos vehículos de la Guardia Civil, un coche conducido por un cabo en el que viajaba el capitán jefe de línea y un teniente médico, y detrás, una furgoneta con seis guardias armados con fusiles máuser, subfusiles de repetición y granadas de mano, los curiosos se replegaron hacia el rellano de acceso al ayuntamiento. La actitud de los guardias en una situación así no solía caracterizarse precisamente por la amabilidad y las buenas maneras.

El sargento recibió al capitán con un taconazo que retumbó en toda la plaza. El

capitán miró alrededor con aire de desaprobación y, antes de adentrarse en el cuartel, dijo en voz alta para que todo el mundo se enterase:

—Esta gente aquí no hace falta. Lo primero que vamos a hacer es decretar el toque de queda. A las nueve, que cierren los establecimientos públicos y todo el mundo a su casa. A ver, un escribiente que prepare un bando con la orden y si hay alguacil, que la lea de inmediato para que luego nadie se llame a engaño.

—Sí, mi capitán. A sus órdenes.

Pasado un cuarto de hora, se asomó a la puerta el sargento Secundino con un papel en la mano y le preguntó al alcalde, que se había incorporado a uno de los corrillos que continuaban en la plaza, cómo se podía difundir su contenido con urgencia. Como el ayuntamiento no tenía alguacil ni había costumbre de leer bandos por las calles, el alcalde sugirió llamar al hogar del Frente de Juventudes para que viniese un corneta de la banda de cadetes a dar el toque de atención.

—¿Qué tengo que tocar? —preguntó el chico, aturdido como se había quedado al ver a tantos guardias y tanto despliegue de vehículos.

—¡Tararííí...! —dijo el capitán—. ¡Tararííí...! Tres o cuatro veces. Con eso basta.

Luego, con voz cavernosa, el sargento leyó una orden de la autoridad militar por la que se decretaba el toque de queda para esa noche y las siguientes hasta nuevo aviso. Nadie que no estuviese provisto del correspondiente salvoconducto debía hallarse en la calle entre las ocho de la tarde y las siete de la mañana. La nota fue colocada en el tablón de avisos del ayuntamiento y las copias, hechas con papel carbón, en la puerta de la iglesia, en el espejo frontal del Café Brasil y en una de las columnas de la tribuna montada para recibir al gobernador, que aún no se había desmontado.

—Así que ya lo sabéis... —dijo el sargento cuando terminó de grapar la última copia.

—¿Hablamos de la hora de la iglesia o de la del pueblo, mi sargento? —preguntó Rebastiano, el barrendero, que acababa de incorporarse a uno de los corrillos.

El sargento levantó la cabeza y, mirándole retador a los ojos, le preguntó:

—¿Va con guasa la pregunta, por casualidad? Estamos hablando de hora civil. Para la autoridad no hay otra —dio media vuelta y dirigiéndose al capitán, que mostraba cara de asombro ante tan extraño diálogo, añadió—: Cuando quiera, mi capitán. Vamos a darnos prisa y aprovechar que habrá un rato de luna clara.

El capitán, el alcalde, el teniente médico, don Arturo, el juez y el sargento echaron a andar rumbo a las praderías donde hacía más de tres horas que se habían escuchado cinco disparos secos, fríos, mortales, y el cadáver de un hombre esperaba bañado en su propia sangre. Casi sin despedirse, apenas con el clásico «hasta mañana», la gente fue abandonando la plaza. Los bares, casi sin clientes esa tarde, cerraron sus puertas mucho antes de que comenzara el toque de queda. En pocos minutos el pueblo se quedó en semipenumbra, silencioso y triste igual que si sobre

sus habitantes hubiese caído una maldición.

Todavía no eran las ocho cuando llegó mi padre a casa. No parecía con ganas de hablar, pero tras contarnos que el pueblo había vuelto a llenarse de guardias y que se había decretado el toque de queda, mi madre empezó a hacerle todo tipo de preguntas, algunas un tanto enigmáticas para mí, y poco a poco fue desvelando todo lo que sabía, que no era mucho, esa es la verdad.

—Ahora dicen que sólo es un muerto. Antes dijeron que dos. Pero vete a saber. También han dicho que hubo un cruce de disparos y eso no es verdad. Yo todos los que escuché eran iguales, del mismo tipo de arma y, además, sonaron seguidos. Disparos de un fusil de repetición. No fue un cruce de disparos, porque eso siempre se nota. Todos los que lo escucharon, que fue medio pueblo, coinciden. El que más y el que menos en este país sabe de tiros, por desgracia. La guerra nos educó mucho el oído para distinguir entre un fusil y una carabina. Deben de creer que somos tontos.

—¿Y son de la guerrilla?

—Eso aseguran. Dicen que estaban escondidos en una cuadra de ganado abandonada... Sólo falta que ahora vengan a echarme a mí la culpa porque pasé por allí cerca esta mañana.

—No, por Dios. ¿Estuviste tú por allí? —se alarmó mi madre.

—Bueno, en el lugar donde dicen que estaban, no. Pero cerca sí, claro. El robledal que vamos a cortar estos días está del otro lado del barranco. Aunque convenía más talar la chopera que le compré al molinero el mes pasado, cambié los planes después de lo de Arsenio. Desde allí es más fácil acercarse y parece más normal que lo haga si fuese necesario, que en algún momento lo será.

—¿Cómo estará Arsenio? No habrá sido él, ¿verdad? —preguntó mi madre sin ocultar la angustia que le encogía la garganta.

—No digas tonterías... No. Él de día no sale del refugio. Además, que por ahí ¿qué iba a hacer? Es más, estos primeros días no va a moverse de donde está, me lo ha dicho.

—Está una tan asustada con todas estas cosas que llegué a temer que lo hubiesen descubierto y le aplicaran la Ley de Fugas...

—No, mujer. Eso son tonterías. Hortensia nos habría avisado. Ya se sabría.

Mi padre me miró con preocupación. Era la primera vez que hablaban abiertamente de Arsenio delante de mí.

—No te habrá preguntado nadie por tu tío, ¿verdad, Nacho?

Negué con la cabeza y no pude impedir que los colores me subieran a la cara.

—Si alguien te pregunta —prosiguió mi padre—, tú responde que no sabes nada, que se marchó de viaje hace una semana y que aún no ha vuelto. Si te insisten, diles que a lo mejor se volvió a La Habana.

—Sí —respondí secamente—. Pero nadie me pregunta. Yo no hablo con nadie.

—Por si acaso. Y cuidado con lo que dices delante de Celsa. Esa mujer no es de fiar. Yo creo que todo lo que oye va y se lo cuenta al cura. Y el cura, a la Guardia

Civil, claro.

Después de cenar, mi padre subió al dormitorio a buscar tabaco y se quedó asomado a la ventana mirando a la sierra. La luna había desaparecido por completo y la oscuridad se había adueñado de la comarca. A lo lejos, a media ladera, se veían luces de linterna moviéndose de un lado para otro y, de vez en cuando, se oían las voces de los guardias y los ladridos de los perros. En el pueblo reinaba el silencio más absoluto.

—Anda, ve a acostarte —me dijo mi madre.

Pero yo tenía miedo y no quería separarme de ellos. Mi padre seguía abstraído, con las palmas de las manos apoyadas en el alféizar de la ventana y la mirada perdida en el horizonte, pensando en sus cosas. Estaba preocupado, eso era evidente, aunque hacía esfuerzos por aparecer tranquilo ante nosotros. Mi madre, en cambio, no ocultaba la tensión que estaba sufriendo. Se sentaba en la cama a ratos y a ratos se asomaba también a la ventana intentando auscultar en la oscuridad la identidad del muerto. El temor a que fuese su hermano seguía rondando por su cabeza.

—Ya bajan. Apaga la luz y no hagáis ruido —ordenó mi padre.

En seguida vimos cómo los puntos de luz de las linternas se movían cuesta abajo. Tres o cuatro lucecitas se desplazaban juntas, al mismo ritmo, lo cual hizo concluir a mi padre que bajaban al muerto en unas angarillas.

—¿Adónde lo llevarán? —preguntó mi madre.

—Imagino que al cementerio, no sé —respondió mi padre.

—Está allí aún el cadáver de Eusebia sin enterrar. No van a dejarlos juntos. La capillita aquella es muy pequeña para los dos...

—¡Puff...! No se van a pelear. No sé, mujer.

Al adentrarse en la hondonada, desaparecieron de nuestra vista. Pero un cuarto de hora después, escuchamos ruido de pasos y conversaciones, y en seguida asomaron por el camino que desembocaba cerca de nuestra casa el capitán de la Guardia Civil, el teniente médico, el alcalde, el juez y, detrás, el oficial del Juzgado y varios guardias, caminando a buen paso. Nosotros contuvimos la respiración intentando captar algo de sus conversaciones.

—Si no hay identificación, se le entierra con la anotación de identidad desconocida y, a otra cosa —le decía el capitán al juez en tono autoritario y malhumorado.

El juez asentía en silencio. Como era bajito y gordo, tenía que echar carreras de vez en cuando para seguir al capitán, que caminaba a paso marcial, con grandes zancadas, y hablaba mirando al suelo.

—El problema será dónde se le entierra —comentó al cabo de un rato.

—En el cementerio, dónde coño se le va a enterrar —replicó el capitán.

—Es que aquí no hay cementerio civil. Y en el eclesiástico no creo que quiera enterrarlo el párroco. El difunto probablemente era masón. Ya le escuchó usted esta tarde. ¡Bueno es don Primo para estas cosas!

—Claro, claro. Y tiene razón. Tienen ustedes un cura como Dios manda, sí, señor. Lo malo es que como él quedan muy pocos. En fin, tendremos que ver eso... No sé.
—Luego de una breve pausa, prosiguió—: ¡Alcalde!, ¿cómo es que no hay cementerio civil en el pueblo?

Pasaban en ese momento debajo de nuestra ventana y podíamos escuchar la conversación sin perder detalle. El alcalde, que caminaba detrás, aceleró el paso para ponerse a la altura del capitán y, al acercarse, tropezó con el juez, que cada vez tenía que hacer más esfuerzos para no quedarse rezagado, y a punto estuvo de derribarlo.

—Nunca hemos tenido, mi capitán. Ya sabe, aquí antes nunca pasaba nada.

—¿Y dónde está el cementerio civil más próximo? En algún municipio de los alrededores tendrán, digo yo.

—Pues no sabría decirle, mi capitán.

—Otra solución sería —dijo el capitán— improvisar uno. ¿Hay posibilidad de cercar unos metros de terreno al lado del cementerio cristiano? Con poco sería suficiente. Veinte metros cuadrados y cuatro piedras cercándolo para que no se metan animales a hozar por allí es suficiente. Total, para enterrar a un indocumentado...

—Podemos verlo mañana —sugirió el alcalde cuando el grupo daba vuelta ya al recodo de nuestro jardín.

—Esta casa —señaló el capitán— tiene buena planta.

—Pues es de uno de la cáscara amarga. Una familia acomodada, de los más ricos del pueblo, y votantes del Frente Popular. Y haciendo buenos negocios con la madera. No se crea que reparten los beneficios con los obreros, no. Son socialistas de esos que quieren repartir con los que tienen más, no con los que tienen menos. Si acaso con sus compinches del monte. Los tenemos vigilados como es lógico.

Detrás, en el grupo de guardias, aún escuchamos al oficial del Juzgado comentar...

—Pues a mí no se me quita de la cabeza que a ese hombre le tenía yo visto... A mí las caras no se me despistan tan fácilmente.

XIV

«¿VAS A VENIR A LAS ROGATIVAS?»

Amaneció con el cielo encapotado y cargado de nubarrones. Cuando estábamos desayunando, escuchamos lejanos algunos truenos sordos. Mi madre incluso acertó a ver un par de relámpagos por el norte que animaron el semblante sombrío con que se había levantado mi padre. Por la ventana observé cómo unas urracas picoteaban en la tierra reseca que había cavado Celsa. Mi padre encendió un cigarrillo y expelió el humo con cierta parsimonia:

—A ver si llueve de una vez y esto cambia algo —fue lo primero y casi lo único que dijo. Terminó de beberse el café con leche en silencio, se levantó como un sonámbulo y fue en busca de las botas que usaba para ir al bosque. Cuando se estaba calzando, me preguntó—: ¿Sabemos algo de doña Esther? ¿Vas a seguir otra semana sin clase?

En ese momento empezaron a tañer las campanas de la iglesia. El toque de difuntos se prolongó más que de ordinario. La mujer que cada mañana nos traía la leche llamó a la puerta con los nudillos. Mi madre se sobresaltó al oírlo. Al tiempo que depositaba el cántaro en la mesa del porche, comentó:

—Es por Eusebia. Por fin van a darle cristiana sepultura. Ya era hora, la pobre. Bueno estará aquel cadáver. Dicen que huele que apesta en los alrededores del cementerio. Los guardias que llevaron anoche al emboscado que mataron por allá arriba tuvieron que taparse la nariz con el capote al acercarse.

—¡Pobre mujer! —exclamó mi madre sin querer entrar demasiado en la conversación.

—He venido más tarde porque la Guardia Civil ha prohibido salir de casa antes de las siete. Cuando mi marido fue a ordeñar, las vacas ya estaban desesperadas. Se enteró de lo de anoche, ¿verdad?

—¿Qué pasó anoche? —se interesó mi madre presa de la inquietud—. ¿Más todavía?

—Bueno, todo lo del atracador al que mataron. Lo llevaron al cementerio de madrugada y lo dejaron junto al cadáver de Eusebia sin tapanlo ni nada. Está el señor cura indignado. Dice que ya les ha dicho que él no le entierra, que un hombre así no puede recibir sepultura cristiana... Y tiene razón, a ver quién quiere descansar a su lado. Es un malhechor. Murió sin confesar sus pecados. No recibió la extremaunción siquiera.

—¿Ya saben quién es? —volvió a preguntar mi madre.

—¡Qué va! No llevaba documentación y no era de por aquí. Iba muy sucio además, con la barba de meses y el pelo sin cortar, así que, cómo van a saber quién era. El juez quería que fuese la gente a verlo, porque puede haber alguien que le conozca e identifique, pero la Guardia Civil ha dicho que no, que no hace falta. Que le entierren sin caja ni nada.

Celsa llegó muy excitada. Eran casi las once y media y se excusó ante mi madre por el retraso:

—Tiene que perdonarme. Ya le había dicho que debía ir al entierro de Eusebia, y... más me habría valido quedarme en casa. Nunca lo pasé tan mal. Hasta miedo daba el olor a cadáver. Toda la gente con pañuelos en la nariz, don Primo con una cara de aquí al suelo, ni familiares ni nada. Pobre Eusebia, ni siquiera un entierro como Dios manda tuvo la pobre. Todos estábamos deseando salir corriendo.

—Esperaron mucho para enterrarla —comentó mi madre con desgana—. ¿Cuántos días hace que murió? ¿Lo menos tres?

—Cuatro, cuatro. Fíjese que uno de los hombres que cargaron con el ataúd asegura que tenía un gusano así de gordo —Celsa mostró el dedo meñique— pegado a la chaqueta. ¡Qué asco! Él se lo sacudió como si tal cosa, pero para mí que había salido de dentro. ¿Sabe usted cómo olía? Tengo el estómago revuelto para un mes. Ahora, cuando venía, sentía arcadas. No vomité de milagro.

—¿Quiere tomar un café? —le dijo mi madre.

—¡Ay, no! Si lo tomo ahora, lo devuelvo. Voy a trabajar un rato en el jardín a ver si me despejo un poco. Después le pido un vaso de agua.

—¿Todavía tienen allí al hombre que mataron ayer los guardias? —preguntó mi madre sin dominar su curiosidad.

—Sí, mujer. Y no saben qué hacer con él. Por eso yo creo que estaba tan enfadado el señor cura. Había dicho que él no le daba la extremaunción ni le enterraba en el camposanto y van y se lo llevan allí... Fíjese que lo dejaron toda la noche al lado de Eusebia, ¿se da cuenta de la vergonzonería? Menos mal que la pobre Eusebia ya estaba metida en el ataúd.

—¿Le vio usted?

—No, no dejaban. Sólo lo vieron de refilón los mozos que entraron en el cuarto de los muertos a sacar la caja de Eusebia. Lo tienen envuelto en una sábana, pero alguno levantó y miró. Dicen que está muy sucio, que da asco. ¿Cómo va a estar? Si andaba por el monte, durmiendo en cuevas, sin agua para lavarse, ya me dirá. Y qué

fechorías no habrá estado haciendo...

—¿Se sabe cómo lo mataron?

—A tiros. Yo había ido a la fuente y oí los disparos, ¿usted no? ¡Hay que ver cómo impresionan los tiros! Pero no sé mucho más, no dan detalles, la gente habla... Ya sabe.

—¿Habla? ¿Y qué dice?

—Nada especial. Para mí que todo esto viene de más arriba... de lo más alto. Hoy está para llover. ¿No le parece una casualidad que el día que empiezan las rogativas de pronto empieza a tronar y amenace la lluvia? Pues así todo. Es muy raro lo que está pasando.

—Bueno, mujer —cortó mi madre—, no empiece. Ya lloverá. Hay sequía y un día se abrirán las nubes y empezará a jarrear. Entonces nos quejaremos y pediremos que vuelva el sol. Usted tiene mal aspecto. Si se siente mal, váyase a casa y descanse.

—No, no. Estoy mejor aquí.

—Tengo un poco de harina que nos regalaron e iba a probar a hacer pan con ella. ¿Usted sabe cómo se hace?

—Yo nunca lo hice, pero vi a mi madre hacerlo muchas veces. Hay que amasarla con agua y sal y echarle la levadura. Luego se deja que suba y se mete en el horno. Pero aquí no tiene horno, ¿cómo se va a arreglar?

—Con el de la cocina, ya veré.

Yo nunca había visto harina de trigo. Por lo menos nunca había visto tanta. Ayudé a mi madre a abrir el saco y saqué con una paleta la cantidad que quería amasar. Estaba muy seca y el polvo que se levantó al revolverla acabó poniéndome como un molinero. Como no tenía experiencia y se guiaba sólo por las instrucciones verbales que le habían dado, mi madre en seguida se armó un lío. Cuando ya tenía la masa a medio hacer, concluyó que había puesto poca cantidad de harina y mucha agua, pero decidió seguir adelante:

—Vamos a ver qué sale —me dijo—. Será mejor irla administrando poco a poco. ¡Con lo que le costó a tu tío traerla! —Al recordarlo, las lágrimas le anegaron los ojos—. ¡Ah! ¿Te acuerdas de que hoy es el cumpleaños de tu tía? Esta tarde vamos a ir a felicitarla. Si sale el pan, el primero se lo llevamos a ella. Le hará gracia.

Me cansé rápido de mirar y decidí ir a la escuela a ver cómo iba lo de las clases. Algunos compañeros estaban encantados con las inesperadas vacaciones que disfrutábamos, pero yo no. Me aburría pasar todo el día sin hacer nada. El ambiente en casa, con mi madre enferma y con toda la presión que teníamos que sobrellevar, me resultaba insoportable. Me hubiese gustado ir a pasar unos días a casa de mi tía Hortensia, con quien me llevaba muy bien, pero mi padre se opuso. No quería que mi madre se quedara sola. Era evidente que su salud, cada día que pasaba más precaria, le preocupaba. Cuando hablaban entre ellos sobre su delgadez, sus temblores y sus mareos, yo sentía cómo la angustia me invadía todo el cuerpo. Por las noches hacía esfuerzos para no pensar en el temor que a veces me asaltaba: su muerte y su entierro.

Encontré la escuela más sucia y destartada que unos días atrás. Otro de los maestros había ido a la capital a examinarse de oposiciones y sólo había clase en dos de las cuatro aulas. En realidad, nada más que tenían clase los párvulos. Una de las mujeres encargadas de la limpieza me dijo que estaban esperando a que la Delegación Provincial nombrara a un interino para suplir a doña Esther hasta que se pusiera bien.

—Aunque —movió la cabeza— para mí que doña Esther... —Se santiguó y comenzó a barrer de nuevo con más bríos.

Corrí hasta la plaza a ver si veía a algún amigo para jugar un rato, pero la encontré vacía. En el cuartel de la Guardia Civil la actividad era frenética. Habían llegado más guardias de fuera, entre ellos algunos oficiales y suboficiales a quienes se distinguía por las estrellas y galones que llevaban en la hombrera, y el pueta, uno de los guardias más veteranos del pueblo, no hacía más que dar taconazos y repetir «a sus órdenes» cada vez que entraba o salía uno de sus superiores. Me preguntaba dónde estaban los chicos cuando me encontré con Julio, el hijo de Basilio el de la bolera, que venía de Correos con un paquete en la mano.

—¿Vas a venir a las rogativas esta tarde? —me preguntó por fin.

Me encogí de hombros. La verdad es que me despertaban curiosidad sin saber en qué consistirían y pensé que si regresaba a tiempo de la visita a mi tía, intentaría acercarme para ver cómo eran. No me hacía idea. La puerta de la iglesia se hallaba semiabierta y cuando me asomé tímidamente, observé que dentro estaban trasteando sin demasiado respeto por el silencio que exigen los lugares sagrados. Dos o tres hombres habían bajado la imagen de san Isidro Labrador y la estaban ajustando a unas andas. Don Primo iba de acá para allá con el bonete de picos supervisándolo todo y dando instrucciones sin parar. La iglesia estaba en penumbra, apenas lucía en el altar una lamparita de aceite, y su aspecto me resultó especialmente tétrico. Una de las pinturas murales del fondo mostraba al dragón infernal amenazado por san Jorge y la escena me hizo recordar a Julita, la hija del zapatero, teniendo que vivir con el diablo en las entrañas.

Cuando volví a casa, mi madre ya había puesto el pan a cocer y cada pocos minutos abría el horno y contemplaba con desilusión los escasos progresos que se observaban. Quizá porque había puesto la levadura a destiempo o tal vez porque estaba estropeada, lo cierto es que la masa no se había inflado prácticamente nada y el pan redondo que había intentado hacer había quedado reducido a una torta aplastada, un poco descolorida y un tanto deforme.

Celsa había terminado de recoger las hojas que el viento siempre acumulaba al lado del muro y se disponía a hacer una hoguera para quemarlas. Me quedé mirándola un rato, en espera de que encendiese el fuego, y cuando se dio cuenta de mi presencia, me dijo:

—Hoy me acordé de ti en el cementerio... Tan mayor ya y sin hacer la primera comunión. ¿Has estudiado la doctrina?

—Algo, en la escuela. E Historia Sagrada también.

—La Historia Sagrada no sirve. Lo importante es la doctrina. Cuando te mueres, lo primero que san Pedro te pregunta es si sabes la doctrina, si has confesado y comulgado, si te has arrepentido... Y si no, al infierno de cabeza. Para siempre. Hay que estar preparado para la muerte. Al ver el ataúd de Eusebia esta mañana, e imaginar cómo los gusanos acababan con ella hasta dejarla en los huesos, me dio mucha pena por ti.

Había parado de trabajar y se apoyaba en la escoba de brezo igual que las brujas que aparecían dibujadas en los libros de cuentos. Miró a un lado y a otro, observó a través de la ventana a mi madre que se movía por la cocina y me hizo señas de que me acercase. Me dio miedo, en un momento entreví los gusanos que se habían escapado del féretro de Eusebia corriendo por su cuello arrugado y refugiándose bajo sus greñas, pero a pesar de todo, di unos pasos adelante. Cuando me tuvo a su alcance, metió la mano en la faltriquera y sacó un librito de color pardo, sobado por el uso y minúsculo por el tamaño. En la portada aparecía el ángel de la guarda con sus grandes alas desplegadas y los brazos en cruz cobijando debajo a una pareja de niños: él con un cuaderno de música abierto frente a sus ojos asustados, y ella con las manos unidas en actitud orante.

—Toma. Tienes que aprendértelo de memoria. Que nadie te lo vea. Todos los niños tienen que saberlo si quieren ir al cielo. Luego que lo sepas, ya puedes hacer la primera comunión. Y si tus padres no te dejan hacerla, no importa. Ya he hablado yo con don Primo, y si quieres, él te confiesa y te da de comulgar a escondidas. Mientras, no te dejes tentar por el diablo, que para mí que te tiene el ojo echado.

—¡A mííí! —acerté a balbucear, presa del escalofrío que me recorría la espalda de arriba abajo.

—El diablo es malo, perverso, pero listo, muy listo. Y sabe quién está en pecado. A las personas que van a misa, que cumplen los mandamientos, que están limpias de malos pensamientos, obras y deseos, las tienta, pero mucho menos. Si un día se te aparece, no te sorprendas. Lo que tienes que hacer es santiguarte inmediatamente y, ante la señal de la cruz, huye. ¿Sabes santiguarte?

—Cre... creo que sí —respondí con voz apenas audible.

—Pues tienes que hacerlo todas las noches antes de dormirte para que no te asalte en sueños. Y persignarte, ¿también sabes?

Moví la cabeza en señal de duda.

—Es más completo. Pero también es sencillo. Te voy a enseñar un día de estos. Santiguarte me has dicho que sí sabes, ¿verdad? Bueno, pues de momento con eso es suficiente. Cuando te acuestes, cuando te levantes, cuando salgas de casa, cuando pases por delante de una iglesia, santíguate. Y ya sabes, si notas que el demonio está cerca, si sientes que te tienta, hazlo de forma que te vea. Entonces verás como empieza a rugir igual que una fiera, a revolverse como una bestia herida y a echar espuma por la boca y chispas por los ojos, lo mismo que si le hubiesen prendido fuego en la cabeza, pero eso dura sólo un momento porque en seguida huye

sabiéndose derrotado. Yo siempre que le he visto he pasado mucho miedo, pero como me santigüé en seguida, no me hizo nada. Lo que pasa es que nunca olvidaré aquellos momentos...

—Mucha gente cree que el diablo no existe. Mi padre, que estudió la carrera de Comercio y vivió muchos años en Cuba, siempre dice que eso son cuentos de viejas.

—¡Ay, hijo! Las cosas que hay que oír. —Me acarició la barbilla y se fue con la escoba a la otra esquina del jardín.

Eché una primera ojeada al librito, aunque en realidad ya lo conocía de vérselo a los compañeros de clase cuando salían de la catequesis que les preparaba para la primera comunión. Junto al dibujo del ángel de la guarda y los niños cobijados entre sus brazos extendidos, en la portada decía: «Catecismo de la Doctrina Cristiana. P. Astete». Pasé las páginas casi como un autómatas, sin detenerme en las preguntas y respuestas sobre «la doctrina cristiana», «las indulgencias», «las virtudes cardinales», «las obras de misericordia»... hasta que acabé fijándome en el epígrafe «Los enemigos del alma, de qué hemos de huir».

«El primero es el demonio —decía el catecismo, y a continuación se preguntaba —: ¿Quién es el demonio?», para responder inmediatamente: «Es un ángel que habiendo criado Dios en el cielo, por haberse rebelado contra Su Majestad, con otros muchos, le precipitó en los infiernos con los compañeros de su maldad, que llamamos demonios».

Celsa ya no me miraba. Seguía trabajando sin levantar los ojos del suelo. Sentí un fuerte retortijón de tripas y volví a acordarme de Julita, la hija del zapatero. Los nubarrones habían vuelto a cubrir el cielo amenazando una vez más con una tormenta que no acababa de llegar. Cuando iba hacia el cuarto de baño, por la puerta trasera de la casa, probé a santiguarme dos o tres veces. No quería pensar lo que haría si de golpe y porrazo me encontraba cara a cara con el diablo...

XV

«NO PODÍA LEVANTAR LA MANO PARA PERSIGNARME»

—¿Quieres ayudarme a quemar estos rastrojos? —me preguntó Celsa a voces.

El montón de hojas y ramas secas había ido creciendo y casi llegaba ya al emparrado que hacía de visera a la ventana de la cocina. La mujer parecía haber recobrado la tranquilidad y trabajaba con ahínco en la limpieza del jardín. Siempre llamábamos jardín a aquel trozo de terreno cercado que rodeaba la casa, pero, como solía decir mi padre, hubiese sido más propio llamarlo huerta o jardín huerta, porque las flores y plantas ornamentales se mezclaban con lechugas, tomates, coles y hasta cebollas y ajos que Celsa había plantado y cuidaba con esmero. Era trabajadora y conocía los secretos de la horticultura, algo que en un pueblo ganadero resultaba poco frecuente.

—Pídele una cerilla a tu madre y trae también unas hojas de periódico por si acaso no enciende bien —me dijo mientras echaba al montón de hojarasca los últimos residuos del otoño que había atropado.

En seguida se vio que los periódicos eran innecesarios. Las hojas recogidas estaban resacas, como todo el campo, y las llamas cobraron vigor inmediatamente. Celsa revolvía con una pala de pinchos de vez en cuando y el fuego se avivaba.

—Vaya con tiento, Celsa, no sea que la brisa lleve alguna chispa a... —advirtió mi madre por la ventana entreabierto de la cocina, sin llegar a terminar la frase.

—Pierda cuidado —respondió Celsa mientras añadía una nueva palada de hojas a las llamas.

Mi madre no había esperado la respuesta. Acababa de reaparecer el viento que cada mañana se encargaba de alejar las nubes y al sentir la proximidad del humo que una ráfaga empujaba hacia su cara, había cerrado la ventana con fuerza.

Yo contemplaba el fuego abstraído en mis elucubraciones de niño atormentado. Llevaba en el bolsillo del pantalón el catecismo que me había regalado Celsa y me

preocupaba la forma de esconderlo para que mis padres no lo vieran y empezasen con preguntas cargantes. El fuego siempre me había impresionado. Me quedaba mirándolo con una atención especial. Sentía que las llamas, tejiendo arabescos en el aire, eran como un imán para mis ojos, que de concentrados no pestañeaban. Estaba tan cerca que el calor comenzaba a ser insoportable y di un paso atrás casi inconscientemente.

—Calienta, ¿eh? —dijo Celsa con voz de satisfacción—. ¿Te imaginas lo que debe de ser el infierno? Un fuego mucho muchísimo más grande que este; un fuego hecho con carbón, con todo el carbón del mundo, despidiendo humo negro y uno, en el medio, quemándose día y noche, sin poder ver nada y... sin consumirse. ¡Líbranos Señor del pecado! —exclamó a gritos.

—Y... ¿uno no termina de quemarse nunca? —pregunté atemorizado.

—No, porque el castigo es eterno y el fuego también. ¿No has oído hablar nunca de las calderas de Pedro Botero?

Negué con la cabeza.

—Pedro Botero es el diablo, el demonio. Allí es donde está ardiendo el fuego eterno y allí echan a los pecadores. Hay gente que estas cosas no se las cree, como tu madre y tu padre, pero tú no debes ser así. Si quieren condenarse, allá ellos, ya se arrepentirán. Tú tienes que aprender la doctrina y del resto me encargo yo. Don Primo ya lo sabe. Y no te olvides, ¿eh? Si se te aparece el diablo, te santiguas y le dices: «Soy cristiano por la gracia de Dios». ¿Te acordarás?

—No sé. Sí. Pero ¿cómo sabré que es el diablo?

—¡Uf! Se nota en seguida. Antes de que se te aparezca ya lo sientes. Sientes que te tiemblan las piernas, tienes escalofríos por todo el cuerpo, la carne se te eriza y el pelo se te pone de punta y notas que te tira con fuerza del cuero cabelludo hacia arriba... Yo cuando lo vi creí morirme de miedo. Y él, el muy condenado, se reía y me hacía burla... Es muy burlón.

—Pero ¿habla? —pregunté.

—Depende. A veces no. Normalmente no habla.

—¿Y cómo es?

—Hijo, es tan feo. Aunque también depende. Suele aparecerse de formas diferentes y a menudo con piel de animal. De cabra le gusta mucho disfrazarse... porque las cabras son malas, son los animales más diabólicos que existen. Las ovejas son buenas, pero las cabras no. Lo destrozan todo, embisten, son dañinas. Llevan el mal en la piel. Por eso el demonio se encuentra muy bien entre ellas. Dios, que creó a todos los seres, ¡y algunos cómo le han pagado!

—¿Cuándo le vio usted?

—No me gusta hablar de eso. No quiero recordarlo porque... pasé tanto miedo. Ya te lo contaré otro día. Ahora tienes que aprenderte el catecismo y cuando ya te lo sepas, el diablo dejará de fijarse en ti. Lucifer es listo, malo pero listo, y sabe muy bien con quién trata. Debes darte prisa. Tú tienes mucha memoria, todo el mundo

dice que estudias muy bien, así que te lo aprenderás en seguida. Ya me decía don Primo: «¡Qué pena de niño! Si tuviese otros padres, se le mandaba a los jesuitas y hacían de él una eminencia».

—¿Hace mucho que le vio?

—¿A quién?, ¿a Lucifer? ¡Nooo! Fue, ¿qué haré?, cosa de siete u ocho meses. Fue cuando me torcí la pierna. Corriendo de miedo, ¡fíjate! Al principio estaba tan nerviosa que no acertaba ni a santiguarme.

—¿Dónde fue?

—En el monte que está allá por detrás de la finca de tu tía. ¿Sabes dónde está la mina, una mina antigua, abandonada? ¿Has ido alguna vez? Pues allí, al lado de la mina. Era al atardecer, ya no se veía bien. Yo había ido a llenar un cesto de piedras de carbón de la escombrera y mientras estaba cavando... Sentí un estremecimiento por todo el cuerpo que me dejó paralizada. Entonces, cuando conseguí levantar la vista, me lo encontré de frente, ¡qué horror! Lo recuerdo y me echo a temblar.

—¿Y qué dijo?

—Nada. Tenía forma de macho cabrío. Estaba subido en la parte alta de la mina, encima del portalón de la galería, con las patas muy abiertas, mirándome con unos ojos saltones... ¡Virgen Santísima, qué ojos! ¡Y unos cuernos! Terribles. Al verme asustada como estaba, porque yo no podía moverme, se rio a carcajadas, con sorna.

—¿Se rio?

—Se rio, sí. A carcajadas. Y tenías que ver qué risa más desagradable, más diabólica. De vez en cuando daba cabezadas al aire, como si estuviera espantando avispa, y luego volvía a mirarme con aquellos ojos terroríficos, ojos sucios, como de odio, y se reía de nuevo enseñando unos dientes como garfios, feos... ¡feísimos! ¡Cada vez que me acuerdo!

—Ya. ¿Y usted qué hizo?

—Al principio nada. Ya te digo, no podía ni levantar la mano para persignarme. Empecé a rezar jaculatorias mentalmente, porque la voz no me salía, y de las oraciones largas, como el padrenuestro, no me acordaba. Hasta sin memoria me dejó el muy maligno. Entonces él se dio cuenta de que estaba atemorizada y que no conseguía reaccionar y empezó a burlarse aún más de mi pánico. Daba saltitos de un lado para otro, hacía como que se alejaba y en seguida volvía a acercarse, me miraba y se reía. Fue lo que peor me sentó, la burla que intentó hacerme. Era tan desagradable, se comportaba con tanta maldad en todos sus gestos.

—¿Y no decía nada?

—No. Qué va. Sólo hacía ruidos con la boca, como las cabras. Pero no eran los balidos de las cabras, no. Eran unos ruidos muy raros y muy repelentes. Cómo te diría yo, eran una mezcla de balidos y mugidos. Al principio, cuando se estaba burlando de mí, eran más suaves, entremezclados con las risas que salían de su boca. Luego se convirtieron en chillidos que se multiplicaban con el eco por todas partes.

—¿Qué pasó? —pregunté con un hilo de voz casi imperceptible.

—Pues que... no sé, como estaba tan asustada casi ni me acuerdo. Solté el cesto con el carbón que llevaba agarrado con fuerza, levanté la mano derecha e hice la señal de la cruz. Debí de hacerla mal, apresuradamente, pero santo remedio. Porque, ¡ay, hijo mío!, ¡cómo reaccionó aquella bestia! Cuando me vio hacer aquello, lanzó un rugido que retumbó en todo el mundo, yo nunca había escuchado nada igual, y pegó un salto que creí que se despeñaba. Estaba rabioso. Al dar la vuelta vi cómo se transformaba en un monstruo, ¡negro!, ¡feo!, ¡horrible! Todavía, antes de emprender la huida, me volvió a mirar con fiereza, como diciendo: «De mí no te vas a librar tan fácilmente, volveremos a vernos». Dios quiera que no.

—Y después, ¿qué sucedió después?

—Desapareció monte arriba. Durante un rato escuché cómo se alejaba. En cuanto conseguí hacerme con la cabeza y noté que podía volver a usar las manos, saqué el rosario que llevaba en el bolsillo, me arrodillé y me puse a rezar. Luego, en cuanto me sentí con fuerzas, eché a correr y no paré hasta casa. Allí se quedó el cesto, lo dejé abandonado y no me atreví a regresar a buscarlo, alguien lo recogería. No quiero volver a pasar por aquel lugar. En la carrera, me caí y me quebré el pie. Eso le debo: coja para toda la vida. Pero no me di cuenta hasta el día siguiente.

El fuego se había ido extinguendo. Celsa arrimó hacia las ascuas las hojas que habían quedado a medio quemar. Mi madre se asomó a la ventana y me llamó a voces.

—Tardé no sé cuántas noches en dormir —continuó Celsa— y todavía a día de hoy me despierto sobresaltada muchas veces por el eco de aquel rugido que soltó cuando vio que me santiguaba. Otras le veo en sueños, saltando a mi alrededor con la agilidad de una cabra e intentando burlarse de mí sin respeto ninguno por la vejez que una tiene que arrastrar.

Traté de respirar hondo, pero el aire no me pasaba por la garganta. Las piernas me pesaban y la cabeza me daba vueltas. Volví a sentir retortijones, así que hice un esfuerzo y corrí a vomitar al baño.

Mi madre me llamaba de nuevo:

—Ven a ayudarme. Date prisa.

—Ya voy —le respondí al tiempo que me bajaba los pantalones y cerraba la puerta del aseo. Ya sentado, ensayé santiguarme varias veces. Después saqué el catecismo del bolsillo, y empecé a leer la contraportada:

*Todo fiel cristiano
es muy obligado a
tener devoción
de todo corazón
con la Santa Cruz
de Cristo nuestra luz.*

Leyendo estas cosas me tranquilicé un poco. Cuando regresé a la cocina, olía a pan recién hecho, aunque mi madre no ocultaba su frustración y contrariedad por lo que consideraba un fracaso en su primera experiencia con la harina. Efectivamente, los cuatro panes que había elaborado ofrecían un aspecto blancuzco y apelmazado. Intenté probar uno, pero mi madre me lo quitó de la mano:

—Hay que esperar. Caliente es malo.

Aunque no llegué a probarlo, sí pudimos observar que por dentro la masa estaba cruda.

—No sé qué hacer. Por abajo está quemado, por arriba no consigo que se dore la corteza y por dentro, se ha quedado crudo. Además, que con el calor del horno no he hecho sino sudar toda la mañana. No sé cómo puede aguantar la gente que tiene que trabajar al lado del fuego.

Me sentía cansado y abrumado. Me dolía la espalda y tenía las tripas revolucionadas. No era, desde luego, mi mejor día para comer pan mal cocido. Pero no quería quejarme a mi madre de la diarrea que me había entrado. Sabía que las causas eran inconfesables y, por otro lado, intuía que iba a preocuparla aún más, y en una de estas se empeñaba en llevarme a don Arturo, que iba a acabar atiborrándome de medicamentos. Aparte de que seguro que me ponían a dieta de café con leche y compota, dos cosas que odiaba desde muy pequeño. Lo que ocurre es que era muy difícil engañar a mi madre u ocultarle la verdad.

—¿Te pasa algo? ¿Te sientes mal? —me preguntó alarmada.

Negué con la cabeza y prosiguió:

—Ya te vi alrededor de Celsa y la fogata que lio. Te habrá contado alguna de sus historias tremebundas. ¡Qué cruz de mujer! Cuánto sufre sin necesidad... Tú no le hagas caso, ¿eh? Es mejor que no hables mucho con ella. A tu padre no le gusta. Ya cuando eras más pequeño te contaba unos cuentos que luego no te dejaban dormir, ¿no te acuerdas? Y hoy, con las historias del entierro, está aún más excitada e impertinente. Seguro que a estas horas ya habrá visto correr los gusanos que se escaparon del féretro de Eusebia por la plaza. Suponiendo que no ande por ahí el diablo con un cesto en la mano soltándolos. ¿Qué te contó?

—Nada. Nada especial —pensé un instante, y antes de que insistiera, añadí—: Me contó cómo se quedó coja. Había ido a la mina abandonada a buscar carbón.

—¡Qué bien huele! —se escuchó la voz de mi padre desde la puerta mientras se sacudía el polvo de las botas en el felpudo.

—Huele, pero nada más —le dijo mi madre al tiempo que salía a recibirle con el delantal puesto y la cara aún con harina pegada—. ¡Un fracaso, hijo! No sé si es la levadura, el horno o yo... Pero el resultado no puede ser peor: incomible. Me da pena por Arsenio, con la paliza que se pegó.

—No será para tanto, mujer. Ya verás como mejora en reposo ¿Te has enterado de la última?

—No. ¿Qué ha pasado? —preguntó mi madre con ansiedad.

—¿Recordáis el mendigo de ayer?... Pues es el muerto. —Mi padre movió la cabeza—. ¡Pobre hombre!

—¿El que mataron los...?

—El mismo. Valientes cabrones. Lo están ocultando, claro. La versión oficial es que era del maquis, que eran varios y que los otros huyeron, ¡hay que joderse! Ahora sólo falta que vengan a meternos en la cárcel por haberle dado de comer.

—¡Cómo van a hacer eso! —exclamó mi madre presa de la preocupación.

—Cosas peores se han visto.

—Pero el hombre no era...

—¡Qué va a ser! Un anciano desamparado y hambriento que lleva años mendigando con un saco auestas por estos pueblos. Yo estoy harto, ya te lo decía ayer, de verle por ahí, cada vez más sucio y más andrajoso. ¡Bastante sabía el pobre hombre de política! Pues ya ves, lo mataron sin compasión.

Yo escuchaba estremecido. Recordaba sus ojos tristes, el ansia con que el hombre había comido el plato que le preparó mi madre, y el aire de felicidad que se le había quedado en cuanto llenó el estómago.

—¿Cómo ha sido? —se interesó mi madre.

—Pues no lo sé. Uno de los obreros de la tala me lo contó. Anoche le llamaron para bajarlo al cementerio en una escalera que hizo de camilla y en cuanto le vio, le reconoció. Luego en el trayecto escuchó las conversaciones de los guardias y demás y... Todo está más claro que el agua. —Mi padre movió la cabeza sin apartar la vista del suelo—. Lo asesinaron a sangre fría. O poco menos. Y el Caimán tan tranquilo firmando más penas de muerte en El Pardo. La verdad es que no sé para qué se molesta. Los guardias matan sin esperar.

—Fue poco después de estar aquí...

—No habrían pasado ni tres horas, no. Los detalles no los sé ni creo que sea fácil conocerlos. Pero por lo que me contaron y por lo que deduzco, el hombre debió de subir hasta las cabañas para dormir la siesta en algún pajar. Había comido, cosa que como nos contó llevaba tiempo sin hacer, y... Vete a saber. La pareja, que van por ahí muertos de miedo, seguramente vio algo raro, él tal vez intentó esconderse temeroso de que le riñeran por estar en una propiedad privada y ¡yo qué sé! Lo cierto es que apuntaron y ¡pum!, ¡pum! Cuatro tiros parece que le metieron al desgraciado en el cuerpo. Y ahora, para colmo de males, no saben qué hacer con el cadáver.

—¿Dónde lo tienen?

—Lo tenían en el cementerio, que al parecer huele que apesta porque la pobre Eusebia estaba ya descompuesta, ¿cómo iba a estar?, cuando la sepultaron esta mañana. Y el cura, que se negó a darle los sacramentos creyendo que era un guerrillero, ahora se ve que no quiere dar el brazo a torcer y se niega a enterrarlo en el cementerio cristiano. Creo que montó en cólera cuando se enteró de que lo habían llevado allí anoche. ¿Qué quería que hiciesen con él? Seguramente que lo echaran por un barranco como hacen los pastores con los perros cuando se mueren para que los

coman los buitres.

—Algo tendrán que hacer.

—Sí. Claro. Y pronto. Hace un rato andaban averiguando dónde está el cementerio civil más próximo para inhumarlo. Ha venido un furgón del Ejército para trasladarlo esta misma tarde. Cualquier cosa acabarán haciendo con él, menos sepultarlo con dignidad y reconocer el error. Es para cagarse en la puta madre de... unos cuantos.

—Tranquilo, Joaquín. No te exaltes. Las pagarán todas, tanta maldad no puede quedar impune —le calmó mi madre—. Y los guardias que lo mataron...

—Por ahí andarán, supongo, muertos de risa. En una de estas esperando a que les den una condecoración. O una paga extra. ¡Cabrones!... Bueno, vamos a comer. Hay que seguir para delante —dijo mi padre.

Mi madre puso la comida en la mesa con desgana. Seguía con sus planes de ir a ver a su hermana por su cumpleaños.

Nos sentamos y así estuvimos, silenciosos, mirándonos a hurtadillas de vez en cuando, absortos en el mismo sentimiento de angustia un buen rato... Ninguno de los tres probó bocado. Al cabo de un tiempo, mi padre se levantó bruscamente, cogió un vaso de agua en la mano y, antes de beberlo, sentenció:

—Cada vez entiendo más la hombría de los que han cogido la escopeta y se han echado al monte.

XVI

LA NOCHE ESTABA CAYENDO DEPRISA

No te vayas lejos —me dijo mi madre mientras recogía los platos— que tenemos que ir a ver a tu tía. No te habrás olvidado, ¿verdad?

Apenas asentí con un gesto, cogí el libro de Julio Verne y salí a leer al porche. Mi padre también se levantó de la mesa en silencio. Nadie en la casa parecía con ganas de hablar. La imagen del mendigo comiendo con verdadera voracidad para morir poco después acribillado a balazos nos abrumaba a todos. No soy capaz de recordar la cantidad de cosas que me pasaban por la cabeza en aquellos momentos. Me senté con el libro abierto, pero no era capaz de concentrarme. Tenía que repasar cada párrafo dos o tres veces para seguir el hilo de la narración. Al poco rato salió también mi madre y se sentó a mi lado. Observé que le costaba respirar.

—Qué tiempo más asqueroso. No puede una con el alma.

Noté que un pico del catecismo de Celsa me asomaba por el bolsillo derecho del pantalón y me revolví disimuladamente en el sillón de mimbre para ocultarlo. Pasados unos minutos en que permaneció pensativa, mi madre se levantó e hizo ademán de regresar a la cocina, pero sintió los mareos que tanto la atormentaban últimamente y volvió a sentarse con un gesto de desaliento.

—Me encuentro fatal —dijo dirigiéndose a mi padre, que salía preparado para volver a trabajar—. Me pongo de pie y me caigo. No sé si podré ir a ver a Hortensia. Tengo miedo de no ser capaz de llegar. Voy a hablar con don Arturo para que me dé alguna vitamina.

—Si no te sientes con fuerzas, no vayas. Es un paseo bastante largo y parte de él cuesta arriba. Yo creo que deberíamos ir a que te vea un especialista. Además, que en una de estas, llueve. —Miró al cielo con desaprobación—. Andan por ahí esos nubarrones bailando de acá para allá y, bueno, en algún momento tendrán que descargar. No sé a qué esperan.

—Hoy con las rogativas seguro que descarga la nube —comentó mi madre con

voz apagada y sin embargo con tono irónico—. ¡Qué listos son los curas!

—Sí. Hay que reconocer que se lo montan bien. Ellos saben. Esperan, esperan y cuando ven que ya no se puede demorar más, ¡hala, a apuntarse el tanto! Llevan cerca de dos mil años viviendo del cuento. Son la hostia... En fin, ¿por qué no te acuestas un rato?

—Para qué, si no voy a dormirme. En la cama me entra desazón. Y más ahora, que no soy capaz de quitarme a ese pobre hombre de la cabeza... ¿Estaban seguros de que era él? ¡Pero si parecía un infeliz!

—Segurísimos. Todo encaja, además. ¿No viste la cantidad de vueltas que dieron ayer antes de bajar el cadáver? Hoy nadie dice una palabra. Callan como ratas. Si hubiesen matado a uno del maquis de verdad, la que hubiesen armado. A estas horas ya estaban colgándose medallas. Bueno, me voy. No vengáis tarde. Ahora oscurece en seguida y no está la cosa como para andar por ahí de noche.

—¿Van a seguir con el toque de queda?

—No. No creo. Eso es una tontería. Como lo del somatén. Parece que están infiltrando gentuza de las contrapartidas por todas partes. Pero de todas formas procurad no entreteneros. Os liais a hablar tu hermana y tú, y pueden daros las tantas. ¡Hala, hasta luego! —se despidió mi padre.

Pasado un rato, mi madre se levantó, se agarró a la silla unos instantes y cuando recobró el equilibrio, me dijo:

—Voy a hacer caso a tu padre. Me tumbaré un rato a ver si espabilo un poco y luego nos vamos. Si ves que me duermo, cosa que no creo, dentro de una hora o así me despiertas. Todavía tengo que envolver el regalo que le vamos a llevar.

Cuando la oí subir escaleras arriba, saqué furtivamente el catecismo, lo arrojé en las páginas del libro, y empecé a leer las respuestas a las preguntas que el propio autor se iba formulando:

P.: ¿Eres cristiano?

R.: Sí, por la gracia de Dios.

P.: Ese nombre de cristiano, ¿de quién le hubiste?

R.: De Cristo Nuestro Señor.

Todavía no había pasado una hora y ya oí trastear a mi madre en el piso de arriba. Me llamó y subí a saltos la escalera a ver qué quería. La encontré al lado de la cama, haciendo verdaderos esfuerzos para sostenerse en pie, pero envolviendo en papel anaranjado una caja de cartón con el regalo que le había comprado a mi tía hacía ya varias semanas, en su último viaje a la capital: un bolso negro de cuero.

—¿Sabes lo que te digo? Que no me siento con fuerzas para ir hasta Colazo. Hay que subir mucho. Así que vas a ir tú solo. No te perderás, ¿verdad? —me preguntó—. Le vas a llevar este regalo y unas cosas de la cocina que te voy a poner ahora en una bolsa. Le dices que no estoy bien, que la semana que viene me va a llevar tu padre a

ver a un especialista, que me mareo... Ella lo entenderá. De todas formas, no la asustes mucho. Le dices que me acuerdo mucho de ella, le das un beso de mi parte e insístele que no se preocupe, que en cuanto cambie el tiempo y llueva voy a sentirme mejor.

Yo asentía en silencio, viéndola moverse con dificultad y un rictus de dolor en su mirada. A veces, observándola tan enferma, sentía un indescriptible miedo al vacío. No quería, no podía pensar en quedarme sin ella; la idea de que mi madre pudiera morir se asaltaba a veces y me costaba ahuyentarla de mi mente. Imaginarlo en esos momentos al tiempo que la veía con tanto desánimo y sufrimiento me terminó de deprimir.

Puso algunas cosas en una bolsa de la compra a rombos negros y rojos. («Tienes una bolsa que parece la bandera de la Falange», le había dicho un día en broma mi tío Arsenio. Y ella le respondió: «Mira, una razón para que no me detengan, ¿no te parece?». «Vete a saber —le replicó su hermano—, igual ven irreverente que lleves ahí los huevos y las patatas»). Luego forcejeó para meter uno de los panes que había hecho por la mañana y encima, sobresaliendo entre las asas, la caja con el regalo atada con un lacito verde como había aprendido a hacer en La Habana.

—Explícale lo del pan. Advértele que no salió bien y que igual no lo pueden comer. Y que te diga si por allí todo está bien.

Estuve a punto de decir algo sobre Arsenio, que sabía escondido cerca de la casa de mi tía, pero me frené a tiempo. Mis padres solían evitar hablar de este tipo de asuntos delante de mí, temerosos de que no supiera guardar el secreto. Sólo una vez en los últimos días lo habían hecho sin rodeos y advirtiéndome que no debía contárselo a nadie. Ignoraban que con frecuencia yo escuchaba sus conversaciones susurradas y estaba enterado de todo. Cuando le imaginaba metido en una cueva, viviendo como nos contaba doña Esther que vivían en Altamira los hombres primitivos, me entraba repeluzno.

—¡Hala! Dame un beso. Vete con cuidado. Y vuelve pronto. Dile a tu tía que no te entretenga, que tú con ella y ella contigo nunca veis la hora de separaros.

—Podía quedarme allí. Mañana no tenemos escuela.

—No, no. Hoy ni hablar. Bastantes problemas tiene ella. Además, que yo no me quedaría tranquila. Otra vez. Cuando esté aquí tu padre.

Tardé poco en llegar. Fui por la senda del puerto y luego, a la altura del molino, me adentré por un camino carretero encajonado que cuesta arriba me llevó hasta la finca de mi tía. La casa era una de esas mansiones solariegas de piedra labrada, venidas a menos, típicas del norte de España. Había sido construida ochenta años atrás por el abuelo de Manuel, el marido ya fallecido de Hortensia, y a pesar de que le habían hecho muchas reformas, el paso de los tiempos se hacía notar en el desconchado de las paredes, los desvencijados ventanales de las galerías y los cartones con que habían ido reemplazando los cristales rotos por los vendavales, que en aquel descampado solían ser fuertes.

Lo mejor que tenía la casa, aparte de su espaciosidad excesiva para las necesidades de mi tía y su hijo, mi primo José Manuel, era el lugar donde se alzaba: en medio de una extensa finca en cuyos repliegues orográficos se alternaban los prados, las tierras de labor que la sequía había dejado sin cosechas, los bosques y las huertas de verduras y hortalizas, arruinadas aquel otoño por la falta de riego. Una fuente habitualmente de agua cristalina pero ahora cegada y una vista excepcional hacia el sur, con el imponente paisaje de los picos enfrente, hacían del lugar uno de los parajes más hermosos y soleados del municipio.

Al llegar al rellano que se extendía alrededor de la casa sentí el agobio del peso y la incomodidad de la bolsa. Las asas largas me obligaban a llevarla colgada del antebrazo y mantener el brazo elevado, lo mismo que si lo tuviera escayolado, para evitar que se arrastrase por el suelo. Pero, aun así, no podía vencer la tentación de escudriñar el terreno, particularmente agreste y empinado a mi izquierda, intentando descubrir dónde se hallaba el escondrijo de Arsenio. De todas formas, estaba seguro de que aunque lo averiguase no me atrevería a acercarme.

—¡Pero bueno! ¿Quién está aquí? —exclamó mi tía al verme desde lejos.

Venía por la vereda que llevaba al pueblecito de Colazo, una pedanía con diez o doce vecinos de casas modestas pero limpias y alegres que se desparramaban por la ladera de la montaña del otro lado de la cerca de la finca. Hortensia se tapaba la cabeza con un pañuelo negro —último resto del luto que durante diez años llevó por su marido— y traía un coqueto cestito de mimbre con labores en la mano. Dentro sobresalían dos bolas de lana de color marrón y otras tantas agujas de tejer pinchadas. Me abrazó con la efusividad que siempre me mostraba, me besó y requetebesó, sin dejar de repetir:

—Pero ¡qué alto estás! Ya casi eres más alto que yo. ¿Cuánto hace que no te veía?, ¿una semana? Pues has crecido, ¡vaya que si has crecido!

Le conté lo que me había dicho mi madre y no evitó un gesto de preocupación cuando le expliqué que no se sentía bien, que tenía mareos y que algunas veces, pocas, se desmayaba. Estaba deseando preguntarle por el tío Arsenio, dándole a entender que mis padres me tenían al corriente de todo, pero no me atreví. Al llegar a casa, abrió el regalo y se deshizo en frases de alegría cuando vio el bolso. Me abrazó y me besó varias veces. Yo aproveché para tirarle de las orejas y ella se rio. Luego contempló el pan.

—No subió —diagnosticó—. Le habrá puesto la levadura, ¿verdad?

—Creo que sí —respondí.

—Pues le habrá puesto poco. Mañana voy a ir yo a verla y probamos a hacerlo juntas. Dile que mientras tanto lo comeremos igual. Mejor que el del racionamiento, que parece hecho con harina de bellotas, seguro que está. A ver, ahora, dime, ¿qué quieres para merendar?

—Nada. No tengo ganas —respondí.

—¿De nada nada? Tengo rosquillas y... ¿adivina? A ver, cierra los ojos, ¿qué

tengo yo guardado para mi sobrino? Una sorpresa, ya verás.

Una vecina con su hijo se asomó a la puerta a felicitarla. Había estado en el entierro de Eusebia por la mañana y en seguida empezó a contarle a mi tía lo mal que lo pasaron los hombres que cargaron con el ataúd por el olor a descomposición que despedía el cadáver. El chico, poco más o menos de mí edad, y yo nos apartamos a un lado y hablamos unos minutos:

—Estas viejas —me dijo— sólo saben de muertos.

Era seminarista desde hacía pocos meses, pero había tenido que abandonar temporalmente los estudios para reponerse de la ictericia. Tenía el pelo cortado a cepillo y los ojos pequeños y vivarachos. Me contó que en la pedanía se aburría como una ostra y que estaba deseando que le diesen el alta para regresar con sus compañeros al seminario. Yo no sabía lo que era una ostra, pero evité preguntarle para no darle sensación de inculto.

—Hay mucha disciplina, pero se pasa bien. Los sacerdotes son buenas personas —concluyó antes de que su madre le indicase que tenían que marcharse.

—¿Te quieres quedar un rato y merendáis juntos? —le invitó mi tía.

—No —cortó su madre—. Tiene que guardar régimen. Hay muchas cosas que no puede comer. Y necesita ponerse bueno pronto para no perder el curso.

—Ya ves —me dijo mi tía en cuanto desaparecieron tras el recodo del camino—, va para cura. Es un niño muy bueno y tiene vocación. Todas las tardes le ves a la puerta de casa sentado con un libro de oraciones. Este es de los que han ido al seminario con verdadera fe, no como otros a los que han internado a empujones.

Hizo chocolate y merendamos los dos frente a frente. Durante un buen rato estuvimos en silencio, cada uno pensando en nuestras cosas. Aunque siempre me sentía muy bien con mi tía, que me mimaba mucho más que mis padres, aquella tarde no lograba librarme de una extraña sensación de desasosiego. Mientras ella recogía las tazas, yo no paraba de darle vueltas a lo que el chico acababa de decirme sobre el seminario. Nunca me había pasado por la cabeza ir al seminario y además sabía que mis padres se opondrían. Encontré curioso el hecho de que siempre me interesaba todo aquello que más alejado estaba de mi propia vida. Como si estuviera adivinando mis pensamientos, mi tía me dijo:

—A ti nunca te ha dado por la religión, ¿verdad?

Me encogí de hombros y prosiguió:

—Te parece mucho a tu madre y a tu abuelo. Ellos nunca quisieron saber nada de la Iglesia. Tu abuelo incluso tuvo algo que ver con la masonería cuando estaba en Cuba. Luego, cuando regresó para casarse, accedió a hacerlo por la Iglesia, ¡buena era tu abuela!, pero lo hizo a regañadientes. Por el contrario, yo siempre me he parecido más a ella y, aunque nada más lejos de mí que la beatería de algunas, siempre he sido creyente. Poco practicante, pero creyente. A mí, qué quieres que te diga, algunas veces visitar una iglesia me ayuda.

Luego cambió bruscamente de tema:

—¡Anda! Todavía no has visto los perritos. *Diana* parió el jueves, ¿y sabes cuántos? ¡Seis! ¡Más guapos! Tienes que verlos. ¿Has terminado? ¿No quieres más? Bueno, pues vamos, ya verás.

Apenas serían las seis, pero el cielo había vuelto a encapotarse y la noche amenazaba con echarse encima pronto. Cuando rodeamos la casa para ir a la perrera, una ráfaga de viento nos trajo nítidos los toques de campana que anunciaban en el valle, por donde se extendía el pueblo, el comienzo de las rogativas.

—De buena gana bajaba —me dijo mi tía—. Pero luego no me atrevería a subir yo sola. De noche me da mucho miedo y cuando hay truenos, más. Esta mañana tronó mucho y ya no sabía dónde meterme. Estos días tu primo tiene que trabajar hasta muy tarde y él no puede acompañarme. Tú no tienes miedo, ¿verdad? De todas formas, vas a marcharte en seguida. José Manuel aún tardará en venir. Mejor que no se te haga de noche. Ahora todo son peligros, hijo. Ni en casa está una segura.

Caminamos despacio hasta la cancela que cerraba el paso a la finca. Allí nos despedimos.

—Dile a tu madre que tiene que cuidarse. Mañana iré yo a ver la. ¡Ah! Y dile que por aquí todo está bien, que no se preocupe, que las cosas se irán arreglando...

Entendí a la perfección lo que quería decir y prometí transmitírselo textualmente a mi madre. Sabía que la tranquilizaría. Mientras mi tía me abrazaba una vez más y me cubría la cara de besos —«Tu tía siempre fue muy besucona; la verdad es que somos muy distintas, no parecemos hermanas», solía decir mi madre—, yo miraba nuevamente alrededor intentando descubrir el escondrijo de Arsenio. Me asustaba la idea de tener que pasar las noches en una cueva y que entrase el lobo cuando estaba durmiendo o, peor aún, el diablo.

A veces, ya desde muy pequeño, he reaccionado en situaciones normales de manera sorprendente y hasta cierto punto inexplicable para mí mismo, y aquel atardecer fue una de ellas. Al llegar a la altura del atajo que a través de la falda de la sierra desembocaba en las inmediaciones del mercado de ganado, cerca ya de mi casa, decidí tomarlo sin pararme a pensarlo dos veces. Era un sendero estrecho que discurría inicialmente por vericuetos que yo salvaba con facilidad saltando de un risco a otro. Luego se adentraba en unas majadas donde pastaban vacas dispersas de color rojizo y algunos rebaños pequeños de ovejas. No se veía ni un alma por los alrededores. Sólo los cencerros alteraban el silencio sobrecogedor de un anochecer lúgubre que el cielo plomizo y amenazante cargaba de presagios.

Creo que era la segunda o tercera vez que hacía aquel recorrido. Mi madre nunca quería ir por allí porque era más costoso. «Recuérdalo —me decía—, nunca hay atajo sin trabajo». En la primera ocasión lo había hecho con mi primo José Manuel y un perro grande y viejo, de nombre *Tigre*, que le acompañaba a todas partes. Pero entonces era más temprano, mejor dicho, estábamos en verano y los días eran más largos. No había ninguna aldea habitada en las inmediaciones. Las únicas construcciones eran algunas cuadras dispersas por la pradería y, más allá, ya dando

vistas al pueblo, el caserío abandonado donde había vivido bastantes años Celsa antes de quedarse viuda. La casa, de planta baja y paredes encaladas, se alzaba a la izquierda, encima mismo del camino, y estaba casi tapada por los árboles. Del lado derecho se desplomaba un profundo barranco, conocido como el Pozo del Moro y sobre el cual se transmitían de generación en generación leyendas de los tiempos de la Reconquista y de la Inquisición, que según mi abuelo eran auténticas y según mi padre, sólo cuentos de viejos. Delante de la casa había una pequeña corralada con una higuera, frondosa a pesar de la sequía, cuyas grandes y lechosas hojas impedían el paso del sol incluso en los días más despejados.

La noche estaba cayendo deprisa. Había parado el viento por completo y yo caminaba a buen paso, entretenido en apartar las ramas y las zarzas que obstaculizaban el sendero y a veces me batían en la cara. El canto de una lechuza que me miraba con sus ojos grandes y escrutadores desde lo alto de un fresno me estremeció. Estaba entrando en la umbría que tras doblar un recodo del sendero se extendía en torno al caserío abandonado para abrirse luego, unos metros más adelante, hacia el precipicio. La oscuridad entre los arbustos que angostaban el sendero era ya casi absoluta cuando, estremecido por el canto de la lechuza, noté que el corazón se me arrugaba, las piernas cedían y el aire se detenía a medio camino en la tráquea.

—¡Ooooh! —exclamé, casi sin resuello.

En unos instantes, todos los pavorosos recuerdos de los últimos días se agolparon en mi cabeza: los gusanos saliendo de la tumba de Eusebia, los huidos de la represión viviendo como alimañas en las cuevas, la Guardia Civil apuntando con sus mosquetones... y el diablo atemorizando a la gente. El recuerdo de Celsa con sus greñas de bruja y las cosas horribles que me había dicho unas horas antes sacudió mi cuerpo como si hubiese sido atravesado de arriba abajo por un rayo. Sentí como la carne se me erizaba, los pelos se revolvían en mi cabeza movidos por una extraña fuerza hasta ponerse de punta, y un frío espantoso me congelaba la columna vertebral, me recorría la espalda con tanta fuerza que al llegar a las rodillas se doblaron y empecé a trastabillar. Atemorizado, sin saber exactamente por qué, intenté volver hacia atrás, deshacer lo andado y retomar el camino carretero por el que había subido hasta casa de mi tía.

Algo, sin embargo, me impedía dar la vuelta. Quizá fue el amor propio que siempre dominó mis decisiones o tal vez el recuerdo de una frase que repetía mucho mi padre: «Si te dejas dominar por el miedo, estás perdido». Lo cierto es que, tras unos instantes de duda, contuve la respiración, clavé con fuerza los pies en el suelo, cerré con energía los puños, apreté los dientes y eché a correr como un caballo desbocado... sin reparar en los obstáculos del sendero, sin atreverme a mirar delante, arrastrado por el terror que tiraba de mí con una fuerza insospechada.

XVII

UNA MANO INVISIBLE TIRABA DE MIS PELOS

El terror tiraba de mí con una fuerza indescriptible. Era como si de pronto los pies se me hubiesen vuelto alas y un viento invisible me empujara hacia lo que más temía. Intentaba no ver, no oír, no pensar... Volaba más que corría de forma suicida e inexplicable en una huida de mi propio miedo. Las zarzas que se cruzaban en el sendero me azotaban la cara, pero yo no sentía el dolor de las espinas que me arañaban la piel sin conmiseración. Salté por encima de las rocas y volé sobre las cárcavas que accidentaban el camino. No me atrevía a mirar al valle, donde parpadeaban algunas luces mortecinas, parcialmente iluminado por los restos de una luna en menguante que apenas llegaba ya a reverberar en los panteones encalados que sobresalían de las tapias del cementerio.

Al entrar en el recodo de la vereda, el silencio del campo dio paso a un coro creciente de balidos. Cuanto más me acercaba, más retumbaban aquellos berridos de ultratumba en mi cabeza, a punto de estallar. El miedo que me producía escucharlos iba adueñándose por completo de mi conciencia. No pensé ni por un instante que fuesen balidos de ovejas, numerosas por aquellos parajes, ni mucho menos que estuviese siendo víctima de una alucinación. Es más, aunque no me encontraba en condiciones de pensar, estaba seguro de que ovejas no eran. Tensaba los músculos e intentaba sacar fuerzas de flaqueza para no dejarme caer rendido, y corría, corría empujado por la desesperación y el pánico.

Al doblar la curva más pronunciada del sendero, la espesura de los árboles que rodeaban la casa volvía más densa la oscuridad y el coro de los balidos, más estremecedor. Pero los balidos estaban allí, prolongados y lastimosos, y según me iba aproximando cobraban plena realidad con ruidos que en mi imaginación destapada recordaban un aquelarre de almas en pena. Conforme me iba acercando, lo primero que vi fueron las chispas que saltaban por encima de la empalizada hecha con troncos

que protegía la vivienda y, en medio del chisporroteo, decenas de cabras moviéndose inquietas de un lado para otro. Todas parecían mirarme con ojos brillantes y reírse de mi miedo en sus balidos. Por un instante pasó por mi mente la idea de arrojarme por el terraplén que unos cien metros más abajo se acababa abruptamente en un pequeño precipicio por el que con frecuencia solía despeñarse el ganado cuando se descuidaban los pastores. A pesar del aturdimiento, descarté aprisa la idea y me entraron ganas de gritar, pero la voz que surgía temblorosa desde el pecho se ahogaba entre el resuello de la garganta y los berridos de aquella alucinación infernal.

Entonces noté que me derrumbaba y durante unas décimas de segundo acepté el fatalismo de rendirme al desfallecimiento. Algo, sin embargo, me empujó a reaccionar in extremis. Apreté más aún los músculos, clavé las uñas de los dedos en las palmas de la mano y cobré nuevo impulso en la huida desesperada de mi propio miedo cervical. En una imagen fugaz y tenebrosa, me pareció ver una silueta humana que se movía en llamas entre las siluetas de las cabras, cuyo berrear atormentaba más y más mis oídos. Una mano invisible tiraba de mis pelos, tiesos como escarpías, como si quisiera levantarme en peso y ponerme a levitar en la oscuridad, y mientras, otro poder oculto tensaba mis piernas para seguir resistiendo el desenfreno de la carrera y la tentación del derrumbe físico para entregarme a la peor suerte. Al cruzar delante de la casa, sentí que el corazón me dejaba de latir, se reducía de tamaño y se me congelaba en el pecho.

Grité con una fuerza que jamás sospeché tener, pero tampoco en esta ocasión el grito traspasó el nudo que me oprimía la tráquea. Primero lo intuí y en seguida le vi. Allí estaba, monstruoso, negro como un tizón, erguido y con las patas delanteras apoyadas en el tronco de la higuera. El diablo con todos sus atributos. No podía ser otra cosa. Me miraba, ajeno a las chispas, con ojos burlones, dando cabezadas arriba y abajo y mostrándome en cada movimiento sus cuernos retorcidos y desafiantes. Nunca me había imaginado algo tan horrible ni escuché nada tan espantoso como el rugido que hizo cuando pasé delante, apenas a dos metros de su cabeza diabólica; una cabeza alargada y huesuda que se estiró hacia mí sin dejar de mirarme con desprecio y de hacerme muecas.

Todo fue muy rápido; tan rápido como una exhalación. La verdad es que algunos detalles no los recuerdo o si los recuerdo se confunden en el horror de aquellas imágenes. Cuando recuperé de nuevo la conciencia, había dejado atrás la casa, el sendero se había ensanchado y discurría cuesta abajo, ya cerca de las primeras viviendas del pueblo, encajonado entre los taludes que el agua había ido formando a ambos lados en las épocas de lluvia. El infernal concierto de balidos, que seguía retumbando en mis oídos, se fue acallando poco a poco hasta disiparse en la lejanía.

Sin embargo, lejos de sentir que estaba a salvo y había sobrevivido, empezó a atormentarme que el diablo anduviera tras mis pasos y volviese a cruzarse en cualquier momento. El miedo a encontrármelo de nuevo me aceleraba el pulso ante cada recoveco del camino. «¡Qué razón tenía Celsa!», pensaba. Recordé entonces su

consejo y me di cuenta de que no lo había seguido; ni siquiera lo había recordado. «Si me hubiese santiguado antes de acercarme —pensé—, seguramente no hubiese estado esperándome, sería él quien estaría huyendo dando saltos monte arriba». Temblando aún, me apresuré a intentarlo, pero al hacer el ademán de santiguarme, el brazo derecho, tenso y pesado como si fuera de acero, no me respondía. Abrí los puños apretados y sin detenerme en la carrera, probé a santiguarme varias veces seguidas. Interiormente repetí entre suspiros varias veces: «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo», al tiempo que con la mano derecha hacía cruces apresuradas y furtivas por todo el cuerpo y eso me tranquilizó un poco. Además, me prometí que lo haría ante cualquier nuevo movimiento raro que viera.

Al aproximarme al pueblo, di un rodeo para alejarme lo más posible del cementerio, cuya tapia divisé entre las sombras, y al pasar junto al mercado, desde donde ya se divisaba mi casa, una nueva y grave preocupación comenzó a agobiarme como si para mi mente no hubiese descanso. Empezaba a ser consciente de la realidad y en seguida me di cuenta de que mi vida ya no volvería a ser igual que antes. Acababa de ver al diablo con mis propios ojos, acababa de oírle bramar y de sentir su terrorífica proximidad. Existía, sí, y andaba cerca. Mis padres estaban equivocados. Tenían razón don Primo y Celsa. Se imponía rendirse a la evidencia de unas creencias milenarias que en mi familia, sólo en mi familia, despreciábamos. Hablaría seriamente con mis padres, les contaría con detalle lo que había visto, y luego les pediría permiso para ir a la iglesia con normalidad, y para recibir la primera comunión, igual que hacían todos mis compañeros de clase.

Sin embargo, el recuerdo de los otros chicos de mi edad me atemorizó de nuevo. Aunque iban a misa, asistían a la catequesis y habían hecho la primera comunión, eran muy pocos los que daban muestras de fe y piedad fuera del templo. La mayor parte de ellos hacían bromas con los misterios, se mofaban de las beatas, contaban chistes de las excentricidades del cura, jugaban a verles las bragas a las niñas, y se reían de los cuentos sobre el diablo, los endemoniados y el infierno. Si se enteraban de que yo había visto al diablo, al principio seguro que les iba a impresionar, pero después acabarían convirtiéndome en el blanco de sus tomaduras de pelo. Incluso me adjudicarían algún apodo del que ya no lograría librarme.

Con todas estas ideas dándome vueltas en la cabeza, el resuello atragantado, las piernas doblándose y el cuerpo sin fuerzas para arrastrarlas, llegué a casa. La puerta estaba cerrada y no fui capaz de tirar de la cuerda que permitía accionar el pestillo desde la calle sin necesidad de llave. Me apoyé con las palmas de las manos sobre la puerta, con la espalda encorvada hacia fuera y los pies aupados sobre las puntas, y la golpeé con la cabeza. Ahora que lo recuerdo, fue una posición similar, ignoro por qué, a la que tenía el diablo abrazado a la higuera. Cuando mi madre, que ya estaba preocupada por mi tardanza, abrió bruscamente la puerta, trompiqué y caí de bruces sobre el suelo.

—¡Ay! —gritó soltando la sartén que llevaba en la mano—. ¡Hijo!, ¿qué te pasa?

Es lo último que recuerdo de aquellos momentos en que lo único que deseaba era morirme, desaparecer, olvidarlo todo para siempre. Perdí la noción de la realidad. Con mi madre al lado, me abandoné al abatimiento que me dominaba. Cuando, pasado un buen rato, recobré el conocimiento, estaba tumbado en el sofá del comedor con un paño húmedo en la frente y mi madre al lado contemplándome con la preocupación reflejada en su rostro. Estaba sentada en una silla y tenía una bandeja con un vaso de agua sobre las rodillas. De vez en cuando me acariciaba el pelo, que yo aún sentía dolorido en una piel tirante, igual que el resto del cuerpo.

—Tranquilo —me dijo—. Te vas a poner bien. ¿No tienes ganas de devolver?

La miré con ojos resignados y no respondí. Me sentí incapaz de hablar. Era como si las palabras se me quedaran a medio camino, enredadas en las amígdalas entre miedos y remordimientos, y se resistiesen a salir. Por otra parte, me sentía tan agotado que ni siquiera tenía fuerzas para intentar hablar, y menos para explicar lo que había ocurrido. Me atormentaba la idea de haber visto el diablo y empecé a pensar seriamente en las razones por las cuales se me había aparecido a mí. ¿Cuál era mi culpa? Resultaba obvio que yo era el niño del pueblo que menos practicaba la religión, el que no iba a misa y el que, como nunca me había confesado, acumulaba más pecados mortales.

Además, y el recordarlo me estremeció, últimamente solía recrearme en pensamientos impuros, como decían los libros de religión; participaba de las conversaciones picantes de los más traviesos de la clase; me atraían, aunque me negaba a aceptarlo, algunas chicas, por lo general mayores que yo, y en cuatro o cinco ocasiones había probado a masturbarme, sobre todo cuando doña Esther, la maestra, dejaba entrever sus muslos blancuzcos y regordetes por debajo de la mesa o cuando veía a alguna muchacha acuclillarse para orinar en algún baldío. Intenté cerrar de nuevo los ojos y no pensar, pero el recuerdo del diablo, grande y peludo, apoyado sobre la higuera y estirando la cabezota hacia mí, igual que si quisiera morderme con aquellos dientes ganchudos, me sobresaltaba a cada instante.

—Tranquilo, tranquilo, Nachín —repetía mi madre pasándome la mano por la frente—. Te vas a poner bien en seguida.

La puerta de la calle se abrió de golpe y oí por el pasillo a mi padre hablando con don Arturo. El médico apenas musitó un «buenas noches» cuando entró. Cruzó una rápida mirada de interrogación con mi madre y se agachó a observarme atentamente las pupilas.

—Vamos a ver qué le pasa a este chico —dijo en tono jovial.

—¿Ha recuperado el conocimiento? —preguntó mi padre presa de la ansiedad—. ¿Ha dicho algo? ¿Sabemos qué le ha pasado? ¿Será un corte de digestión?

—Nada. Antes parecía que intentaba hablar, pero en seguida se quedó postrado de nuevo... Está así, como adormitado, y de repente se sobresalta como si sufriera una pesadilla. Si no llego a estar aquí, se hubiese caído del sofá. A veces le cuesta respirar y echa espuma por la boca. Debió de hacerle daño alguna cosa.

—¿Ha devuelto? —preguntó el médico.

—Aquí no. No sé si lo habrá hecho por el camino. Para mí que es un corte de digestión, sí —insistió mi madre.

—Vamos a ver —concedió don Arturo mientras me tomaba el pulso.

Durante un largo rato me auscultó con el fonendoscopio por el pecho y por la espalda, me movió la cabeza a derecha e izquierda, me palpó el vientre y me miró la garganta con una linterna, obligándome a mantener la lengua pegada al fondo de la boca, para ver si tenía algo atragantado.

—Tiene el corazón muy alterado, bate como una locomotora. Pero habría que conocer las causas. Podría haber sido un corte de digestión, efectivamente, pero no tiene náuseas y la actividad intestinal parece bastante normalizada. ¿Qué ha comido?

—No sé qué le habrá dado su tía para merendar.

—¿Qué has merendado? —me preguntó.

Abrí mucho los ojos pero no contesté. Apenas moví un poco la cabeza, sumergí la frente debajo de un cojín para evitar la luz de la lámpara que sostenía mi padre, y otra vez me quedé inconsciente un momento hasta que de pronto me volvió la imagen del diablo al recuerdo y di un respingo acompañado de un sonido gutural que los asustó. Ante las dudas del médico, que no acertaba a establecer un diagnóstico sobre mi estado, mi madre me miraba implorante con los ojos húmedos y hacía esfuerzos por no llorar.

—Yo creo que se ha asustado. Alguien debió de meterle miedo —dijo.

—¿Es miedoso? —se interesó don Arturo.

—No particularmente —respondió mi padre—. Pero no sé. Todo el pueblo anda con tanto canguelo por ahí que ya no sabe uno qué decir.

—Hasta donde puedo yo comprobar, sufre una fuerte tensión nerviosa de origen desconocido. Si supiésemos las causas, sería más fácil. Lo extraño es que no pueda o no quiera hablar. Vamos a ver. Yo creo que lo mejor será dejarlo que descanse a ver si va recuperando, y luego, cuando pueda contarnos, vemos si hay que hacer algo más. Voy a recetarle una inyección que lleva vitamina y es relajante, con lo cual dormirá mejor. Y si mañana sigue igual, habrá que llevarle a un especialista. Quizá hasta sería bueno que le viese un psiquiatra; ellos son los que saben de nervios... En estas cosas siempre hay el peligro de que le queden secuelas. A esta edad, nunca se sabe.

—¡Un psiquiatra! —se alarmó mi madre—. ¿Los que tratan a los locos?

—Tranquila, mujer. A los locos y a los que no están locos. Hay muchas enfermedades de origen nervioso que antes se desconocían. Es necesario abandonar prejuicios. Últimamente la ciencia ha avanzado mucho en este terreno. ¿Y sabéis gracias a qué? Pues gracias a los mutilados de guerra, sobre todo de la guerra mundial. En Alemania, a pesar de lo destrozado que quedó aquello, los científicos siguen trabajando y han hecho descubrimientos muy importantes sobre lo que hasta ahora nos era más desconocido del cuerpo: el cerebro. Los heridos en el cerebro están permitiendo saber en qué lugares concretos de la masa encefálica se localizan las

diferentes facultades humanas: el habla, la memoria, los movimientos de las extremidades, el olor, etcétera. Curioso, ¿verdad? El otro día estuve leyendo un trabajo que venía en una revista sobre este asunto. Era muy interesante, lo que ocurre es que me pareció demasiado complicado para un médico de pueblo como yo: viejo y predestinado más a correr caminos para arriba y para abajo que a grandes peripecias científicas.

Aunque las calles se habían quedado desiertas después de la primera procesión de las rogativas, la noticia de que mi padre había ido corriendo a llamar a don Arturo para una urgencia se extendió rápidamente por el pueblo y los rumores alarmantes se desataron. La gente pensó que mi madre había sufrido algún colapso. Todo el mundo sabía que estaba mal, que desmejoraba por momentos, y corría el rumor de que lo suyo era incurable. Algunos vecinos más próximos a la familia acudieron a interesarse. El primero que llegó fue Fidel, el confitero, con una botella de moscatel en la mano para ofrecérsela a mi madre como reconstituyente.

El propio Fidel, después de que mi padre le pusiera al corriente de lo que ocurría, se ofreció a ir a la farmacia con la receta que acababa de extender don Arturo. Cuando la gente iba enterándose de que el enfermo era yo, simulaba respirar con cierta satisfacción. Algunos repetían que los niños siempre estaban enfermos de algo y todos coincidían en diagnosticarme un corte de digestión después de una buena merienda, igual que el que ellos habían sufrido tantas veces. Nadie consideraba que fuese grave y, además, don Arturo los tranquilizaba.

—Es un chico fuerte. Le pasará —decía—. Mañana estará como nuevo.

Poco después de que mi padre me pusiera la primera inyección comenzaron a pesarme los párpados, noté que mi mente mareada volaba hacia las nubes, que de cerca se volvían blancas e iridiscentes, y me quedé dormido. El relajante, sin embargo, no consiguió liberarme del todo de las pesadillas. Me pasé las horas entre sobresalto y sobresalto, gritando y agarrándome con desesperación a la almohada. Una de las veces que mi madre —que al igual que mi padre no se apartó de mi lado en toda la noche— encendió la luz y vio manchas de sangre en la sábana, se alarmó. Mi padre estuvo a punto de ir nuevamente en busca del médico, pero cuando ya se estaba vistiendo, mi madre comprobó que la sangre procedía de las heridas que me había hecho yo mismo con las uñas en las palmas de las manos.

—Fue miedo. Esto es que se asustó. Algo debió de ver que le asustó — diagnosticó de nuevo, con la intuición con que todas las madres descubren lo que les ocurre a sus hijos.

A las siete me despertaron con mucha suavidad y los dos, de pie a mi lado, volvieron a hacerme preguntas que yo seguía sin contestar conscientemente. Ya estaba decidido a no contar nada a nadie y para ello lo mejor era escudarme en la pérdida de la facultad de hablar. En realidad, no sabía si podía hablar en el caso de que me lo propusiera, pero sí tenía bien claro que no debía intentarlo. Ante el sufrimiento de mis padres, empecé, eso sí, a responder a algunas preguntas

elementales con movimientos de la cabeza. Cuando mi madre me preguntó si tenía hambre, negué moviéndola suavemente de un lado a otro.

—Oír, oye. Oyes, ¿verdad, hijo? —preguntó presa de la ansiedad.

Asentí. Ella me abrazó y preguntó nuevamente:

—Y hablar, hijo, ¿no puedes hablar? Inténtalo, anda. Dinos algo. Di... «patata».

Sonreí por primera vez, pero lejos de intentarlo apreté los labios para evitar emitir cualquier sonido. Apenas me limité a mover la cabeza de derecha a izquierda y, en el movimiento, observé cómo mi madre apartaba la cara para que no viera que estaba sollozando. Poco después llegó don Arturo con su tono jovial de siempre, me auscultó de nuevo, me hizo varias preguntas a las que tampoco respondí más que con gestos y, tras rascarse la barbilla y morderse durante un rato el labio superior, les dijo a mis padres:

—Creo que está menos alterado que anoche. El descanso le ha venido estupendamente. Ahora bien, el hecho de que no pueda hablar es extraño. Creo que lo mejor será llevarlo a la capital, internarle en un sanatorio y que le vean los especialistas. Ellos tienen más medios y saben más que yo, para qué voy a engañaros. No creo que sea grave, pero yo lo encuentro bastante extraño.

Don Arturo se quedó pensativo un instante y prosiguió:

—Tengo una idea. ¿Puedes escribir? —me preguntó.

La pregunta me cogió desprevenido y apenas respondí con un leve encogimiento de hombros. Entonces mi madre fue en busca de una pizarra que tenía en mi cartera escolar y me la tendió. Empuñé la tiza y me disponía a intentar escribir mi nombre, pero de repente el color negro de la placa me hizo evocar la sombra que proyectaba la silueta del diablo cuando pasé a su lado, extendió su cabeza hacia mí y sentí cerca su fétido aliento. Cada vez que la escena me venía a la mente, recordaba algún nuevo detalle que me había pasado inadvertido y en ese instante me acordé de sus largas y asquerosas chivas colgando por debajo de sus dientes anchos y pringosos. Al recordar los dientes del diablo noté que mi cuerpo volvía a encogerse, que las rodillas se quedaban flácidas entre las sábanas y, antes de que reaccionase, la pizarra se me cayó al suelo.

—No esperemos más. Vamos a llevarle —decidió el médico—. Seguramente habrá que internarle, así que id un poco preparados.

Mientras mi madre metía algunas cosas en la vieja maleta de Cuba que guardaba en el altillo del armario de mi dormitorio, mi padre acompañó a don Arturo a recoger una carta que iba a darle para el especialista y de paso avisar al taxista para que viniese a recogerlos. Nada más irse, la pareja de la Guardia Civil llamó a voces desde la entrada del jardín:

—¿Hay alguien? —gritó uno de ellos.

Mi madre se asomó por la ventana.

—¿Ya saben algo de su hermano? —preguntó el otro en tono malhumorado.

—¡No! —respondió ella secamente, mirándome a mí de reojo. Yo me había

sentado en la cama y permanecía absorto mirando al suelo con la cabeza agachada y las manos abrazando las rodillas.

—Pues dígale a su marido que pase por el cuartel, que el sargento quiere verle. Cuanto antes. No se le olvide.

—Hoy no podrá ser. Tenemos que salir ahora para la capital a llevar al niño al médico.

—Señora, le he dicho que vaya a ver al sargento si no quiere que le llevemos nosotros. Dígaselo. Y dígale también que es un asunto serio. La Guardia Civil nunca gasta bromas. El médico y el niño podrán esperar.

Mi madre cerró la ventana de un portazo. No sé de dónde había sacado fuerzas dentro de su delgadez extrema. No era la de la víspera, cuando se mareaba en la cocina; parecía otra mujer. Y a mí me angustiaba verla tan preocupada por mi culpa. Pero la imagen del diablo con sus cuernos grandes y su forma de mirarme con aquellos ojos que se le salían de las órbitas me atormentaba mucho más. La gran duda que me asaltaba era si merecía la pena vivir para sentirse tan mal...

XVIII

«... CON SUS BALIDOS TENEBROSOS Y SUS CUERNOS RETORCIDOS»

El viaje a la capital en el viejo y destartado taxi que había en el pueblo resultó bastante accidentado. Nada más salir, una de las ruedas delanteras reventó como consecuencia seguramente de la sequedad ambiental, y Luis, el conductor, tuvo dificultades para hacerse con el control del volante y detenerlo al borde de un barranco. Mi padre le ayudó a cambiar la rueda, pero el gato funcionaba mal y tuvieron que apañárselas con piedras apiladas para mantener el vehículo en alto. Mi madre y yo esperamos sentados a la sombra de uno de los chopos que festoneaban la carretera.

—Ya se han ido las ganancias del viaje. A ver quién encuentra una cubierta nueva y a qué precio —se lamentó Luis mientras se limpiaba las manos con una bayeta grasienta que llevaba en la guantera—. Y recemos algo para no pinchar de nuevo porque entonces...

Rezar es lo que yo intentaba hacer desde que salimos de casa, pero eran tantas las cosas, los recuerdos, las sensaciones y las ideas que pasaban por mi cabeza al mismo tiempo que no conseguía concentrarme. Poco después entramos en una zona de curvas y tanto mi madre como yo nos mareamos. Tres veces hubo que parar para que pudiésemos vomitar y tomar aire. Yo no había comido nada desde la víspera y las arcadas del mareo apenas me permitían echar flema. Mi madre, que estaba casi peor que yo, tenía los ojos enrojecidos y de vez en cuando me pasaba la mano por la frente helada. Mi padre no sabía a cuál de los dos atender.

—Sigue, Luis, sigue —le dijo mi padre al conductor cuando ya faltaban pocos kilómetros—. Hay que llegar cuanto antes a la clínica.

El sanatorio de la Sagrada Familia tenía fama de ser el mejor de la ciudad. Estaba en lo alto de una calle empinada en un chalé blanco con las ventanas pintadas de verde. La entrada olía a medicamentos.

—Más lujosos —comentó con orgullo la monja que nos atendió en la recepción— quizá los haya por ahí. Pero con mejores médicos y más medios, que es lo que importa, no. Aquí el enfermo es lo primero. El doctor Corral no se cansa de repetirlo.

La habitación 133 estaba en la primera planta y daba a una plazuela muy concurrida de gente a esas horas. Debajo mismo de la ventana había una parada del autobús en la que hacían cola varias decenas de personas. Yo lo veía todo sin interés, con la mirada perdida en el horizonte urbano, absorto en mis tribulaciones y agobiado por los miedos: miedo al diablo que me perseguía, a la muerte que no avisaba, al ridículo que iba a hacer cuando hablara y a lo que iba a ser mi vida después de todo lo ocurrido.

—Acuéstate —ordenó mi madre— y descansa. Vamos a ver si el médico viene pronto. ¿No quieres decirme nada?

Sobre la cabecera de la cama, en lo alto, había un crucifijo e, incrustada en la propia cabecera, en el panel central de las luces, una estampa policromada de la Sagrada Familia. En la mesilla de noche, al lado de un timbre blanco y redondo para llamar a la enfermera, se hallaba una estampa del Corazón de Jesús con una oración que horas después ya me sabía de memoria:

*¡Oh, Corazón de amor!
En ti pongo mi confianza,
pues todo lo temo de mi fragilidad
mas todo lo espero de tu bondad.
A tu corazón confío (...);
míralo todo y después haz
lo que tu corazón te diga.
Deja obrar a tu corazón.*

«En los puntos suspensivos —indicaba una llamada al pie— pon el deseo que quieras conseguir, reza la oración una vez nueve días seguidos, y el Sagrado Corazón de Jesús te lo concederá». Aprovechando que mi madre se había metido en el baño y mi padre se había ausentado a realizar algunos trámites, leí la oración dos o tres veces, junto a mi deseo de ser bueno y temeroso de Dios, y me sentí más tranquilo. Entonces entró una monja, con una toca blanca de alas anchas, y me preguntó:

—¿Qué es lo que te ocurre? No puedes hablar, ¿verdad? Bueno, eso no es nada. Te pondrás bien en seguida. Ponte este pijama y te calzas estas zapatillas. En cuanto estés, pasamos a la consulta del doctor Cuesta.

El médico era alto, llevaba uno de esos bigotitos tan típicos de la época y vestía una bata blanca, impoluta. Me examinó de arriba abajo, intentó que hiciese esfuerzos con la garganta para decir alguna cosa e hizo una serie de preguntas a mis padres que, en su mayor parte, ellos no supieron responder.

—Antes de decidir nada, vamos a mandarle a que le vea el especialista en

digestivo, aunque no creo que esté ahí el problema, y ya descartamos una causa.

Mi padre insistió en saber algo más, pero el médico ya nos empujaba suavemente hacia la puerta, y la enfermera nos decía:

—Vengan por aquí. Los acompaño.

El especialista de digestivo era un señor mayor, sonriente y parlanchín, que pronto pegó la hebra con mi padre y, tras mirarme a través de los rayos X, diagnosticó que de estómago y tripas todo estaba en orden.

—¿Comes bien? —me preguntó.

Respondí encogiéndome de hombros. Y en seguida regresamos a la consulta del doctor Cuesta, al que encontramos consultando un grueso libro de tapas azules. Apenas echó una ojeada al informe que había garrapateado su colega en la hoja clínica y dijo:

—Bueno, esto parece claro. —Respiró hondo y expulsó el aire hinchando mucho las mejillas—: Se trata de un *shock* neurógeno, achacable a causas ahora mismo desconocidas, con una crisis vegetativa que le ha afectado a la facultad de hablar, esperemos que temporalmente.

—Pero... —interrumpió mi madre sin poder contener los nervios—, ¿la recuperará?

—Confiemos que sí. Estas cosas del cerebro, señora, siempre son algo misteriosas hasta para la propia ciencia. Los *shocks* neurógenos afectan a diferentes facultades vitales, dependiendo de la parte de la masa encefálica que alcancen. Hay gente que se queda ciega, lo cual es todavía peor, o paralítica. El cerebro tiene localizada cada una de las capacidades que el ser humano desarrolla, como la memoria, el habla...

—¿Y las causas? —preguntó mi padre.

—Pueden ser muy variadas, y tanto físicas, un golpe por ejemplo, como psíquicas, un gran susto, que es lo más probable en este caso. No hay señal de ningún golpe importante en la cabeza o en la nuca. Los rasguños que tiene en la cara no justifican un *shock* así. Bueno, si les parece, quiero tenerle cuarenta y ocho horas en observación y reposo absoluto a ver cómo evoluciona. Y después volvemos a hablar. Ustedes no le presionen, déjenlo... A ver si él empieza a hablar solo.

La vida tranquila en el sanatorio, a ratos con la única compañía del crucifijo y las estampas, y sin duda la novena que inicié cada noche con la oración al Sagrado Corazón de Jesús me ayudaron a relajarme. Las primeras palabras las pronuncié soñando, ya bien entrada la madrugada. Mi madre, que se había quedado a mi lado toda la noche durmiendo en una silla, dio un salto cuando oyó que la llamaba en sueños. Se acercó, me dijo algo, y le respondí con unas palabras incoherentes, pero comprensibles:

—No, no... yo no, mamá... Corre...

Mi madre daba saltos de contenta. Por la mañana, en cuanto supo que había llegado el médico, fue a contárselo. Al momento vinieron los dos e intentaron que dijese algo más, pero a las muchas preocupaciones que ya tenía encima se había

añadido el temor a ser yo mismo quien descubriese en sueños el secreto. Me propuse dos cosas: seguir sin hablar y evitar quedarme dormido. Sentía el cuerpo magullado, igual que si me hubiesen dado una paliza, y hacía verdaderos esfuerzos por no pensar en las cosas que habían ocurrido.

Continuaba sin ganas de comer y cuando me trajeron el almuerzo, lo rechacé casi instintivamente. Entre la enfermera y mi madre hicieron que tragase un vaso de zumo de naranja a pequeños sorbos. Cuando salió mi madre a comer y mi padre se fue a dar un paseo por el pasillo, probé a decir alguna cosa. En realidad, yo mismo dudaba si es que no podía hablar o era que no quería. Intenté articular alguna palabra y comprobé que los esfuerzos se quedaban enganchados en la flema que me obstruía la garganta. Como no me sentía bien viendo a mis padres sufrir por mí, me tranquilicé creyendo que no lo hacía de forma voluntaria. La idea de quedarme mudo para toda la vida no me inquietaba.

Mi madre aprovechó la tarde para someterse al reconocimiento del especialista en su dolencia que le había recomendado don Arturo. La monja que se quedó a mi cuidado me ofreció unos polvorones, que no probé, y un libro de cuentos infantiles que apenas abrí. Eran cuentos para niños pequeños, yo era mayor, y además no tenía ganas de leer. A hurtadillas, eso sí, leía de vez en cuando la oración al Sagrado Corazón de Jesús que estaba en la cabecera.

—¿Hace mucho que has hecho la primera comunión? —me preguntó la monja mirándome atentamente.

No respondí, claro. La pregunta me estremeció al principio y luego me dejé pensando. ¿Por qué todo el mundo me preguntaba lo mismo? Y ¿por qué yo era el único niño que no había hecho la primera comunión? Fue la primera vez que me rebelé interiormente contra mis padres. No entendía su actitud ni podía imitar su descreimiento. Si el resto de la gente no se cuestionaba la práctica religiosa, ¿por qué nosotros teníamos que ser la excepción? Sentí que había algo extraño en aquella situación y me propuse actuar en el futuro al margen de las imposiciones familiares. Cuando volviera al pueblo empezaría a ir a la iglesia a escondidas, me aplicaría a estudiar el catecismo y, en cuanto lo supiera, le diría a Celsa que hablase con don Primo para hacer la primera comunión sin que se enterase nadie. Mirando a través de la ventana y viendo la tarde difuminarse lentamente, sentí pena por no poder comulgar vestido de marinero como los otros chicos de la clase, y envidia por no ser monaguillo como José Miguel y Carmelo, los dos elegidos por el párroco para ayudarle en la misa.

Se oyeron unas campanadas y la monja se fue a rezar el rosario con su comunidad. Cuando llegaron mis padres, la habitación estaba casi a oscuras y yo permanecía con las manos entrelazadas debajo de la nuca, la mirada en el techo y el pensamiento perdido en los mil miedos que me abrumaban.

—¿Estás solo? —me preguntaron.

—Sí —respondí lánguidamente.

Mi madre abrió mucho los ojos y sonrió llena de alegría. Mi padre no cayó en la cuenta y volvió a preguntar:

—¿Te sientes mejor?

Pero ya no respondí. Me dolía la cabeza. Deseaba que me dejaran solo y no podía ni quería decírselo. Sobre las siete vino una enfermera y me puso una inyección. Luego trajeron la cena y, después de mucho esfuerzo por parte de mi madre, comí la mitad del flan que había de postre. Tenía sueño y a pesar de los esfuerzos que hice para permanecer en vela, me quedé dormido pronto. Al principio, oí contar a mi madre al día siguiente, dormí con sueño profundo y bastante relajado, pero luego empecé a dar vueltas en la cama presa de gran excitación y en un determinado momento prorrumpí en gritos.

—Me asustó —le dijo mi madre al médico cuando pasó a visitarme—. Se sentó en la cama y se agarró al bastidor con las dos manos con tal fuerza que no conseguía despegarle. Luego, eso sí, cuando ya se despertó y se fue serenando, dijo algunas palabras sueltas.

—Bien —comentó el médico sin demasiada convicción—. Hay que darle un poco de tiempo al tiempo. ¿Cómo te sientes hoy? —me preguntó cogiéndome de la mano—. ¿Qué te gustaría hacer? ¿No te apetece dar una vuelta por el parque? Puedes visitar el zoológico. ¿Te gustan los animales?

—No —respondí secamente.

En realidad, no sabía lo que quería ni sentía deseos de hacer nada en concreto. Si acaso quedarme solo, sumido en mis pensamientos y, aunque me horrorizaban, recrearme en mis miedos. Necesitaba sufrir mi angustia como forma de reivindicar mi culpabilidad. Por encima de todo, había algo que echaba por tierra muchas cosas de mi entorno y que yo personalmente empezaba a tener muy claro: el diablo existía, yo lo había visto con mis propios ojos, andaba por ahí suelto, y si el diablo existía era evidente la existencia también de Dios, de la Virgen, los ángeles y los santos y demás, y era evidente que don Primo, Celsa y toda la gente que creía tenían razón.

Estaba sumido en estos razonamientos, que ya empezaban a atormentarme más que el propio recuerdo del diablo disfrazado de macho cabrío, amenazándome con sus balidos tenebrosos y sus cuernos retorcidos, cuando entró en la habitación el capellán de la clínica. Era un hombre mayor, con el pelo blanco y la sotana limpia y planchada. Le acompañaba la superiora de la comunidad de religiosas que estaba al frente del sanatorio. Saludó a mi madre, que se mostró muy cortés con él, a la puerta de la habitación y entró sin pedir permiso.

—¿Qué le pasa a este niño? —me preguntó—. ¿Tienes dolores? No, ¿verdad? Bueno, pues donde no hay dolores, todo se cura primero. ¿No puedes hablar? ¿Te ha comido la lengua algún ratón, tal vez el gato? A ver, ¿tienes lengua? ¡Ves como sí la tienes!... ¿Has rezado esta mañana al despertarte? ¿A quién rezas?, ¿al Niño Jesús?, ¿al ángel de la guarda? Y confesar, ¿cuánto hace que no te confiesas?

—No, no ha hecho la primera comunión —aclaró mi madre, que seguía la escena

de pie con los brazos cruzados. La amabilidad de los primeros momentos se había esfumado de sus ojos.

—¡Ah, no! ¿Cuántos años tiene?

La llegada de la enfermera empujando el carrito de la comida interrumpió la conversación.

—A ver, ahora te vas a sentar y vas a comer esta sopa de fideos riquísima que te he traído. Y después te vas a vestir y das un paseíto. Hace muy buen día y si quieres puedes darte una vuelta por la calle. Ha dicho el doctor Cuesta que le saque al parque —añadió la enfermera dirigiéndose a mi madre.

El paseo duró muy poco. Caminamos por la acera del sanatorio unos cien metros y cuando mi madre habló de ir al parque a ver a los animales del zoo pensé que tal vez habría machos cabríos y rechacé la idea instintivamente.

—No, no. Al par... parque no —dije tartamudeando.

Mi madre me abrazó emocionada. Era la primera vez que pronunciaba una frase completa desde que volví de casa de la tía Hortensia. Me preguntó si quería alguna cosa, pero negué con la cabeza. Seguía con el propósito firme de no hablar, lo que ocurre es que estaba tan abstraído en mis preocupaciones que a veces me olvidaba. En el sanatorio nos estaba esperando Concha, una amiga ya mayor de mi madre, casada con un conserje de la Diputación. Me traía caramelos de leche condensada y un libro de Salgari que yo no había leído. Mientras lo hojeaba, tumbado en la cama sin desvestirme, escuchaba lo que mi madre le contaba en voz baja:

—No sabemos qué ha sido. Joaquín piensa que debió de asustarse por algo, no sé, hemos llegado a pensar si habrá visto a alguien del monte... del maquis. O tal vez un lobo, que ya sabes que dan mucho miedo. Ver un lobo impresiona mucho. Los que lo han visto lo dicen siempre. Pero últimamente lobos por la comarca no hay. Nadie habla de ellos.

—¿Es miedoso?

—No lo era. Pero tenemos trabajando en casa a una mujer que, yo no sé, es muy misteriosa, siempre anda hablando de las cosas más tétricas de la religión, del infierno y todo eso, y para mí que le ha dicho algo que le ha atemorizado. Desde un tiempo a esta parte duerme mal, sueña pesadillas. Además, tenemos el pueblo... convertido en un infierno. El otro día mataron a tiros a un pobre que pedía limosna y acababa de comer en nuestra casa porque creyeron que era del maquis, ¿viste algo igual? Y para colmo de desgracias nos ha caído un cura fanático que está loco; pero loco de llevarlo a un manicomio.

Mi padre había aprovechado para hacer gestiones burocráticas y alguna compra y regresó con aire de nuevas preocupaciones. Saludó a Concha sin demasiado entusiasmo, se acercó a la cama, me hizo una caricia y me guiñó un ojo.

—El médico me ha dicho que estás mejor y que ya hablas, ¿es verdad?

—Sí —le respondí.

—¿Cómo van las cosas? —le preguntó entonces a mi madre.

—Mejor —respondió con una sonrisa—. ¿Has hablado tú con el médico?

—Sí. Acabo de encontrármelo en la puerta. Me ha dicho que su diagnóstico se confirma y que es cuestión de tiempo. Dice que mañana podemos regresar a casa. Para él es cuestión de un poco de paciencia. Me ha pedido otra vez que no le atosiguemos, que le dejemos que vaya soltándose a hablar poco a poco, y que no le preguntemos por lo ocurrido. Dice que es mejor dejarle que lo vaya olvidando. Hay que evitar todo aquello que pueda recordárselo.

—Pero como no sabemos lo que ha sido...

—Ya —asintió mi padre—. Yo estoy seguro de que se asustó por algo, quizá por la propia oscuridad, y tuvo miedo...

—Hoy ya ha hablado un poco más. A veces tengo la sensación de que no habla porque no quiere. Y... de lo otro —se interesó mi madre bajando la voz—, ¿cómo te ha ido?

—Bueno, más o menos. —Cogió a mi madre del brazo y la sacó hacia el pasillo—. Para fin de mes zarpa el barco hacia Caracas y van a intentarlo. Vamos a ver cómo lo organizamos todo. Hará falta bastante dinero y lo que tenemos en el banco de tu padre no conviene moverlo de momento. Es probable que nos controlen las cuentas. Vamos a arreglar esto ahora y me pongo con lo otro... Mañana, cuando regresemos, convendrá que venga Hortensia...

—Sí, vendrá a verle. Debe de estar preocupadísima, buena es ella.

—Así disimula más. Después ya iré yo por allí a verle y se lo explico todo a él. He pensado que salga a pie hacia el norte, que cruce la sierra —quizá pueda acompañarle Manuel, que conoce aquellos vericuetos—, y se le trae al puerto la misma mañana del embarque en un coche. Mientras, debe tener un poco de calma. Habrá que hacerlo todo con mucha discreción.

Se estiró los brazos con un gesto de cansancio, respiró en profundidad y se despojó de la chaqueta, que arrojó en la butaca. Observé sus ojeras y la barba de dos días, que le había envejecido prematuramente.

—Paciencia —repitió—. En este país de mierda, todo es cuestión de paciencia. Paciencia para que llegue el grano de Argentina, paciencia para que el Caimán se vaya, paciencia para que...

—No te exaltes, hombre, no te exaltes. Todo se irá arreglando. Vendrán tiempos mejores —trató de tranquilizarle mi madre.

—¿Tiempos mejores? ¡Ay! Tiempos mejores... ¿Para quién? ¿Para los militares que viven como Dios sin dar golpe, para los curas que son los que mandan, para los meapilas y beatas que...? Este es un país para perderlo de vista cuanto antes, Elvira. Métetelo en la cabeza.

XIX

«TIENE QUE ACOMPAÑARNOS AL CUARTEL»

Dos días y medio después de mi encuentro con Lucifer, los rumores sobre mi estado continuaban desatados en el pueblo. Había quien opinaba que era un merecido castigo divino por nuestro alejamiento de la parroquia y no faltaban los que atribuían lo ocurrido a razones más humanas pero menos confesables. La versión más extendida acusaba a mi padre con medias palabras de haberme utilizado insensatamente como correo entre mi tío Arsenio y el maquis.

El martes por la tarde, al final de las rogativas, don Primo rezó un padrenuestro por «las almas descarriadas que, influidas por el espíritu del mal que anida entre nosotros, están azuzando el fuego del odio para hacer retornar a España al ateísmo y la anarquía, aun a costa de poner en riesgo la vida y la inocencia de sus propios hijos». Mi tía, que estaba muy nerviosa desde que se enteró de que algo grave me había ocurrido cuando regresaba de felicitarla, se indignó al saberlo y anunció a quien quiso escucharla que al día siguiente pasaría a ver al cura para decirle cuatro cosas por embustero y maledicente.

Mi padre se quedó unas horas en la capital para proseguir con sus asuntos y el viaje de regreso lo hicimos mi madre y yo el jueves en el autobús de línea. Era un viejo cascarón amarillento, lleno de abolladuras y con los asientos de madera desvencijados. Arrancaba con un fuerte estrépito y en las cuestas el motor rugía como si se estuviese desarmando.

Aunque ya me había soltado la lengua un poco más, apenas hablé una palabra en todo el trayecto. Influyó también que mi madre, que no había desayunado para no devolver, se mareó nada más salir de la ciudad y tampoco tenía ganas de conversación. Se pasó el viaje con los codos apoyados en las rodillas, la mano derecha soportando el mentón, y la vista clavada en el suelo. Yo en cambio miraba por la ventanilla el discurrir de un paisaje anodino en el que apenas fijaba la atención.

La idea de regresar al pueblo me desagradaba. Primero, porque tendría que soportar muchas preguntas a las que no pensaba responder: evitaría darle a nadie la satisfacción de reírse de mí por el hecho de que hubiese visto al diablo. Y segundo, porque había muchas cosas que intuía iban a avivarme unos recuerdos que deseaba olvidar cuanto antes.

Mi tía Hortensia, que nos estaba esperando desde hacía un buen rato, me abrazó con fuerza y me besuqueó hasta cansarse. Llevaba el pelo recogido en un moño

—Pero ¿qué le ha pasado a mi niño querido? —repetía.

En seguida apareció Celsa, que llegó corriendo del jardín con una azada en la mano. También intentó besarme, pero a mí sus greñas y su cara llena de surcos me daban mucho asco, así que di la vuelta sin demasiado disimulo y me fui al comedor. No quería hablar con ella y me prometí que eludiría encontrármela y, sobre todo, quedarnos a solas.

Iba a buscar el libro de Julio Verne cuya lectura tenía a medias cuando algo, al principio una sombra, me produjo una sacudida en todo el cuerpo que me dejó frío. En un instante, la cabeza de ciervo colocada en la pared del fondo, un viejo trofeo cinegético de mi abuelo que mi madre conservaba con orgullo, me hizo evocar nuevamente las imágenes del diablo que con tanto esfuerzo estaba empezando a alejar de mi mente. Corrí escaleras arriba, me tumbé en la cama y cuando mi madre y mi tía llegaron, estaba temblando como una hoja de aliso agitada por el viento.

Luego mi tía, excelente cocinera, preparó algo para comer que, sentados a la mesa, los tres rechazamos casi sin probarlo. Mi madre, que seguía con náuseas, aunque no predicaba con el ejemplo intentaba que yo tomase algo, pero a mí la presencia de una diabólica cabeza con grandes cuernos en la habitación de al lado me atormentaba la mente y me estremecía el cuerpo de los pies a la cabeza. A pesar de las reiteradas advertencias de mi madre para que, siguiendo la prescripción médica, no me hiciera preguntas, mi tía era incapaz de dominar su curiosidad e insistía una vez y otra tratando de averiguar qué había ocurrido aquella noche.

—Pero con lo contento y bien que estabas... ¿Tuviste miedo, cielo? ¿Viste a alguien que te asustó? ¿Te salió al paso algún animal? —repetía, entre caricias y besos.

Nada más levantarnos de la mesa, salí al jardín con el deseo de quedarme solo y poder ordenar un poco las ideas y pensamientos que me bailaban en la cabeza. Además, notaba a mi madre ansiosa por hablar a solas con mi tía y tener información directa del estado de Arsenio.

—Deberías esperar a que venga Joaquín —le había dicho—. Tiene las cosas medio arregladas y así ya tú le cuentas a él. Pero que no os vea nadie...

Cada vez que en mi familia surgía una conversación «delicada», como solía calificarlas mi padre, y se procuraba mi alejamiento, mi curiosidad crecía y, aunque sabía que eso no se debía hacer, ponía el oído para enterarme. Creo que hasta había desarrollado una sensibilidad especial para escuchar lo que se hablaba en voz baja y

para entender lo que se expresaba en clave o a través de sobrentendidos. En esta ocasión, sin embargo, todo me daba igual. La apatía se había adueñado de mi voluntad y, aunque me asustaba pensar en la muerte, sentía deseos de morirme. Encontré el jardín aún más agostado que antes de irme a la capital. Reinaba un extraño silencio entre las plantas ornamentales y las mortecinas hortalizas y verduras que se alternaban con ellas. Celsa había logrado una mezcla de jardín y huerta poco frecuente, pero muy práctico en una época de escasez y racionamiento como la que sufríamos.

Cuando me paraba a pensar, encontraba absurdos tantos padecimientos como había que sufrir en este mundo. ¡Qué absurdo resultaba vivir! Si intentaba racionalizar las cosas que estaba viviendo, no conseguía explicación alguna para esa pugna entre Dios y el diablo que nos tenía atrapados en el medio sin poder hacer nada para librarnos.

—Vas a ponerte bien, ya verás...

La voz a menudo misteriosa y siempre enigmática de Celsa me sobresaltó. Estaba apoyado en la tapia del jardín, mirando con desinterés la chopera que se extendía al otro lado del río, y sus palabras como surgidas del fondo de la tierra me asustaron. Volví la vista atrás y allí estaba, apoyada en la azada, convertida en la imagen viva de una bruja de cuento infantil. Se había puesto un pañuelo negro en la cabeza y llevaba un crucifijo colgado de una cadena al cuello, por encima del vestido. La encontré más sucia y repelente que nunca. En un instante pensé en alejarme, pero algo me retuvo. Aquella mujer tenía una fuerza especial que anulaba mis músculos. Por más que me prometía apartarme de ella, en su presencia siempre me fallaban los reflejos y acababa cediendo al misterio de sus fuerzas ocultas, quedándome inmóvil.

—Si supieras rezar, te pondrías bien en seguida. El Señor nunca abandona a los que se acuerdan de Él y le alaban. Por las noches, cuando te quedas solo, reza las oraciones que vienen en el catecismo y verás como duermes mejor —me dijo—. ¡Ah! He hablado con don Primo. Me ha dicho que él reza por ti, porque piensa que en el fondo eres un buen chico y no tienes la culpa de lo que hace tu familia. Don Primo no quiere que te condenes. Dentro de unos días van a venir unos sacerdotes de fuera a buscar niños con vocación para el seminario y me ha dicho que tú serías un buen seminarista.

Escuchaba en silencio, petrificado en el suelo, sin abrir la boca. Sentí nostalgia del sanatorio, donde no conocía a nadie ni nadie me conocía a mí, y me entraron unas ganas locas de irme. ¿Adónde? No sé ni creo haberlo sabido. Tal vez a ninguna parte conocida. Estaba harto del pueblo y de la opresión social que sufríamos. Empecé a contemplar la posibilidad de huir para perderlo todo de vista cuanto antes. Recordé que mi padre había emigrado a Cuba con diecisiete años, mi tío con diecinueve y mi abuelo con trece. ¿Por qué no podía intentarlo yo? Celsa arreglaba las espaldas de unos tomates medio mustios que había plantado en la primavera a la sombra del cobertizo de los aperos y, casi sin mirarme, .me espetó:

—¿No te gustaría ir al seminario?

En aquel momento apenas valoré la trascendencia de la pregunta. Enfrascado en mis elucubraciones, con la mente cansada y el cuerpo dolorido, opté por guardar silencio. Hablar era lo que más me costaba. Administraba las palabras con la avaricia de un usurero, lo cual me ayudaba a disimular la tartamudez que, como secuela del susto, me había quedado. Miré a Celsa sin verla, me encogí de hombros, ladeé la cabeza y me encaminé hacia la casa, donde mi tía me hizo sentar a su lado, me echó la mano por encima de los hombros, me atrajo hacia su regazo, me preguntó algo muy frecuente en ella —qué iba a ser de mayor— y me prometió un regalo sorpresa para mi cumpleaños, todavía algo lejano.

Empezaba a declinar la tarde y escuchamos la primera llamada de las campanas de la iglesia para las rogativas. Mi tía hizo ademán de levantarse.

—Os dejo. Se está haciendo tarde y no me gusta andar de noche por esos caminos.

—¡Qué prisa tienes, mujer! —dijo mi madre.

Iba a salir, como siempre cargada con un paraguas, que hacía meses que no se había abierto, y un par de bolsas con las que las dos hermanas ejercían un trasiego permanente de comida, cacharros, labores, aceite y café de estraperlo, verduras de la huerta y a veces las revistas y periódicos que nos llegaban de Cuba —*El Diario de la Marina, Bohemia, Carteles...*— y que mi padre ya había leído. Iba a salir, decía, cuando llegó mi padre. Había vuelto en el autobús de la tarde y mostraba un aspecto aún más cansado que la víspera. Preguntó cómo estábamos tanto mi madre como yo y le dijo a mi tía:

—Te acompaño un poco, te ayudo un rato con las bolsas y me cuentas.

Cogió una bolsa en cada mano, ante las protestas de mi tía, que se sentía con fuerzas para llevar las dos, y echaron a andar. Presentí que quería ponerla al tanto de los planes que había estado haciendo para embarcar de forma clandestina a mi tío Arsenio en un buque de carga con destino a Venezuela y desde allí a La Habana. Cuando regresó a casa, apenas un cuarto de hora más tarde, se encontró con una pareja de la Guardia Civil que había venido a buscarle.

—Tiene que acompañarnos al cuartel —le espetaron como saludo.

—¿Ahora mismo? —preguntó mi padre—. ¿Y se puede saber para qué? ¿He hecho algo?

—Eso se lo explicará el sargento si lo considera oportuno. Debe ir ahora, sí. Con nosotros. Ya hace tres días que tendría que haber acudido usted voluntariamente. El sargento ya iba a cursar una orden de búsqueda y captura a través de la Comandancia.

Mi madre, que escuchaba con angustia, cayó en la cuenta de que con el susto de lo mío no se había acordado de informarle que habían estado a citarle antes de que partieran hacia la clínica conmigo.

—Ha sido culpa mía; me olvidé. No le di el recado —le dijo en tono suplicante al guardia de mayor edad, que era el que se mostraba más exigente.

—Señora, yo no sé si la culpa es suya o de su marido, de quien no es es mía. Y las órdenes son muy precisas. Tiene que comparecer inmediatamente en el cuartel y ahora debe hacerlo en condición de detenido. Así que no perdamos más tiempo.

El más joven de los dos guardias sujetó con la mano el fusil que llevaba al hombro, rodeó a mi padre por detrás y se colocó del otro lado para que viese que, por si hubiese dudas, iba en condición de detenido.

—¡Venga! ¡Vamos! —ordenó el más viejo.

Mi madre y yo entramos en la cocina. Aún no habían dado la luz y la oscuridad acentuaba más si cabe la sensación de angustia que nos invadía. Nos sentamos uno frente a otro, ella encorvada sobre sus rodillas y llorando desconsoladamente, y yo temblando y absorto en mis miedos. Me consideraba depositario de un gran secreto: lo que ocurría era obra del diablo, que controlaba las fuerzas del mal. El problema estaba en que, en mi familia, salvo un poco quizá mi tía, nadie se lo quería creer. Yo era el único que tenía pruebas de la existencia del diablo: lo había visto, lo había sentido al lado, lo había escuchado rugir y aún retumbaban en mis oídos sus bramidos. Pero no consideraba prudente decirlo: creerían que eran alucinaciones, se reirían de mí, me considerarían un monstruo, la gente me señalaría con el dedo y se apartaría de mi proximidad, igual que hacían con Julita, la hija del zapatero, la endemoniada.

De vez en cuando mi madre salía al porche y escudriñaba en la oscuridad a ver si le veía regresar, pero pasaron las horas y mi padre no volvía. Sobre las nueve me hizo acostar. Cuando ya estaba en la cama, me besó, me acarició la nariz y me dijo:

—Seguro que le tienen encerrado para que hable. Pero tu padre no les dirá nada. Es más hombre que todos ellos. Aunque le torturen, no le sacarán nada. Anda, duérmete. Yo voy a esperarle levantada para darle algo de cenar cuando vuelva. Menudo día que ha tenido el pobre.

Me desperté varias veces inquieto por la suerte que estaba corriendo mi padre. La idea de que le pegasen no me cabía en la cabeza. En determinado momento me sobresaltó el temor a que le fusilaran, como contaban que hacían durante la guerra. Alguna vez había oído que los nacionales fusilaban a los prisioneros al amanecer y me entró auténtico pavor. Me levanté medio sonámbulo y dando tumbos por la escalera bajé a la cocina. Mi madre seguía allí, en la silla. Cuando me vio entrar se sobresaltó, me sentó en sus rodillas y así, abrazados, compartimos miedos y angustias durante un buen rato, hasta que vimos cómo empezaba a amanecer y cómo, una mañana más, las nubes emigraban hacia el oeste sin descargar sobre el pueblo la lluvia que tanto se hacía desear.

Hacia las ocho, mi madre no aguantó más. Se restregó los ojos, se estiró un poco el pelo que llevaba suelto, se puso unos zapatos y partió al cuartel.

—Quédate tú; no te muevas de aquí. Yo vengo en seguida.

Nada más perderla de vista desde la ventana, busqué el catecismo que me había regalado Celsa y me puse a estudiarlo como si estuviese en la catequesis. Me adentré

en las definiciones del misterio de la Santísima Trinidad y, aunque no entendía nada, pronto memoricé preguntas y respuestas:

P.: La Santísima Trinidad, ¿quién es?

R.: Es el mismo Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero.

P.: ¿El Padre es Dios?

R.: Sí, Padre.

Recordé la oración al Sagrado Corazón de Jesús que había en la mesilla de noche de la clínica y empecé a repetirla una y otra vez con el ruego de que a mi padre no lo fusilaran ni lo torturaran. Hubo un instante que en la duermevela creí verle tratando de huir por la plaza con los guardias detrás disparándole por la espalda, y se me escapó un grito de terror. Alejé en seguida aquella imagen horrible de mi cabeza y me agarré al catecismo con desesperación. Entonces caí en la cuenta de que sólo rezando evitaba los recuerdos y los pensamientos que continuamente me atormentaban. Celsa tenía razón.

Mi madre regresó pronto. En el cuartel no habían querido informarla de nada e incluso la habían tratado con desconsideración. El centinela que estaba en la puerta le impidió entrar a ver al sargento y a lo más que llegó, ante su insistencia, fue a decirle que estaban «dos compañeros trabajando con él». Mi madre no entendió muy bien lo de «trabajando con él», pero se lo imaginó y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no romper a llorar delante del guardia. Lejos de deprimirse, sin embargo, fue la indignación la que se adueñó de ella.

—Esos tíos no son personas, son bestias. El tricornio los convierte en alimañas — me dijo como saludo—. Pero algún día cambiarán las cosas. Es imposible que tanta maldad no tenga castigo. Si no es en esta vida, confiemos que en la otra reciban su merecido.

Era la primera vez que mi madre aludía a otra vida después de la muerte, con la posibilidad incluso de un castigo para los que actuaron mal en esta. ¿Sería verdad que en los momentos difíciles muchas personas adquieren o recobran la fe? Me quedé dándole vueltas a las palabras de mi madre y terminé imaginando que nos convertíamos y empezábamos a ir todos a misa los domingos como hacían la inmensa mayoría de las familias que conocía. Hasta contemplé, dejando a la imaginación desbordarse, la posibilidad de ir al seminario y hacerme cura. Allí, pensé, el diablo no se atrevería a entrar.

La noticia de que habían detenido a mi padre se convirtió rápidamente en la comidilla del pueblo. Las especulaciones empezaban a desorbitarse. La tesis más extendida y más indignante era que mi enfermedad había sido una manera de distraer la atención de otras cuestiones más inconfesables, como nuestra implicación con la guerrilla enfrentada al Régimen. La desaparición de Arsenio, sobre la que también

circulaban mil versiones, se hallaba en el centro de todos los chismorreos. Algunos afirmaban que estaba con el maquis, otros decían que había huido a Francia y no faltaban los que aseguraban, rogando secreto, que era uno de los tres terroristas que, según el periódico, habían sido abatidos hacía unos días en Granada. A media mañana corrió el rumor de que mi padre iba a ser trasladado a la prisión militar para ser sometido a un consejo de guerra en la capital.

Sin embargo, poco después del mediodía fue puesto en libertad. El propio sargento se acercó al calabozo donde le tenían encerrado y le dijo que podía marcharse, aunque, eso sí, hasta nueva orden debería pasar todos los días por el cuartel y firmar en una ficha de control de sospechosos. Obviamente, no podía alejarse del pueblo sin autorización, tenía que informar a diario de sus movimientos y debía evitar el contacto con forasteros.

—Se cansaron de interrogarme... Eran dos y se turnaban para hacerlo —nos contó mientras comía una sopa y una tortilla que mi madre le preparó aprisa y corriendo—. Eran de fuera y además estaban vestidos de paisano. Yo nunca los había visto por el pueblo. Supongo que serán de la brigada de información, no sé.

—¿Y te pegaron? —preguntó mi madre.

—Me dieron algunos empujones y en algún momento me amenazaron. Uno de ellos no dejaba de jugar con una pistola que tenía sobre la mesa mientras me interrogaba. Le daba vueltas sin parar y cuando el cañón me apuntaba, a veces se reía a carcajadas. A mí, claro, no me hacía ninguna gracia. En fin, preguntaron mucho sobre Arsenio, sobre el viaje, sobre lo de... —mi padre me lanzó una mirada de reojo—, sobre todo. No sé qué pensarán que somos. Habrá que extremar más aún las precauciones. Yo creo que me han soltado porque estiman que así, vigilando lo que hago, pueden descubrir alguna cosa. Están obsesionados con Arsenio. Hay que resolver ese problema pronto.

Se levantó, llenó un vaso de agua, se lo bebió de un trago, y exclamó:

—Mira, sabes lo que digo, ¡qué les den por el culo! Que se queden con el país de una puta vez y que lo conviertan en una cartuja, en una cárcel o, mejor, en un cementerio que llegue de aquí a Tarifa, ¡coño!

—Anda, acaba de comer y serénate —le intentó tranquilizar mi madre—. Luego te acuestas un rato, descansas y mañana será otro día.

—Acostarme, acostarme. —Respiró hondo—. No puedo, mejor dicho, no debo. Tengo el trabajo abandonado. Están los obreros solos en la corta. Todavía no cobraron la última semana y no sé lo que están haciendo. Voy a darme una vuelta por allí y, si me dejan, ya dormiré por la noche.

Me cogió de la barbilla y mirándonos a ambos, comentó:

—Lo más importante es que los dos os pongáis bien. Lo demás se irá arreglando.

XX

EL ALETEAR DEL MURCIÉLAGO

Los días empezaron a volverse eternos. La lluvia seguía haciéndose esperar, pero el frío del invierno llegó prematuramente. Muchas familias sufrían verdadera penuria y el hambre amenazaba a muchos hogares. El campo no producía nada, el ganado estaba arruinado y los hombres no encontraban donde ganar un jornal. Algunos venían a casa a pedirle trabajo a mi padre y le contaban con detalle las dificultades con que estaban subsistiendo.

—Esto va muy mal, Joaquín —escuché cómo le decía un hombre fortachón—. La mitad de los días sólo hacemos una comida en casa y eso a base de patatas con un trozo de tocino, cuando se encuentra. Tener que irse a la cama sin cenar una noche sí y otra también es muy duro. Uno empieza a desesperarse y acaba pagándolo con la mujer o los hijos, que son los que menos culpa tienen.

Con la llegada de una maestra interina para sustituir a doña Esther se habían reanudado las clases, pero don Arturo, el médico, le recomendó a mi madre que no me mandase todavía. Yo seguía hablando con dificultad y el miedo a tartamudear estaba convirtiéndose en una razón más, no la única, desde luego, para mi mutismo sobre la noche del cumpleaños de mi tía Hortensia. Era evidente que me había transformado en un niño triste y taciturno, algo que nunca había sido, y la gente no paraba de especular sobre las razones.

—Poco a poco, Elvira —le decía don Arturo a mi madre—. Ya recuerdas lo que dijo el especialista: tranquilidad, aire puro, que coma, eso sí; procura tentarlo con cosas que le gusten y dentro de unos días, cuando a él le apetezca, que vuelva a la escuela. Ahora sería contraproducente hasta por las preguntas y bromas de los otros niños.

En este punto el médico había acertado. Yo, que antes disfrutaba en la escuela, no deseaba volver. Tampoco quería encontrarme de nuevo con los compañeros, ni siquiera con los amigos íntimos con los que pocos días atrás compartía travesuras y

alguna conversación chispeante sobre el color de las prendas íntimas que llevaba alguna niña o los pechos que empezaban a abultarle bajo la blusa. Deseaba estar solo, con mis secretos cada vez más encerrados en mi mente, y con mis reflexiones que siempre pasaban por una realidad tan espantosa como indiscutible: la existencia amenazante del diablo, que iba a perseguirme toda la vida.

Un día llamó a la puerta un fraile joven, con una cruz hecha con dos ramas que le servía de báculo, y una sotana de estameña marrón anudada en la cintura con una cuerda de esparto. Pedía para las misiones y mi padre, que salía en ese momento para su comparecencia diaria en el cuartel, le dio todas las monedas que llevaba en el bolsillo.

—Dios se lo pague —dijo el religioso poniendo cara de gratitud.

Hablaron un momento y le contó que era lego limosnero en un convento muy antiguo de la provincia de Burgos y que ya llevaba recorridos a pie varios centenares de kilómetros por el norte de España. Yo me quedé mirándole a través de los cristales de la ventana con cierta envidia. Entendí en seguida que portara una cruz en vez de una cachava, porque así el diablo no se acercaría ni a tentarlo ni a asustarlo, y me sugestionó la idea de caminar sin rumbo fijo por el mundo adelante, disfrutando de las incertidumbres del desarraigo, de las dificultades de la libertad y, sobre todo, de no ver nunca a personas conocidas. Empezaba a sentir auténtico rechazo hacia la gente y consideré una maravilla poder relacionarse cada día con personas distintas. Luego, la idea de no volver a ver a mis padres y a mis tíos me turbó, y la alejé de la cabeza. Mi madre se había puesto a hacer las camas y la oí llamar a Celsa, que estaba trabajando en el jardín, para que subiera a ayudarla a sacudir los colchones.

—¿Te estás aplicando bien con el catecismo? —me preguntó en voz baja cuando pasó a mi lado.

Apenas la miré y fijé la vista en el suelo en un gesto de indiferencia. Podría haberle contestado que sí, porque algunos avances sí que había hecho, pero opté por quedarme callado. Además de algunas preguntas y respuestas sobre la doctrina, ya me sabía las tres virtudes teologales, las cuatro virtudes cardinales, los cinco sentidos corporales, las tres potencias del alma y los siete dones del Espíritu Santo. Como no podía ponerme a estudiarlo con dedicación, primero porque no conseguía concentrarme, y segundo porque mi madre no me quitaba la vista de encima, lo intentaba furtivamente. Lo que hacía era leer una frase, la retenía de manera visual un instante, guardaba en seguida el librito y me ponía a repetirla para mí una y otra vez hasta que me quedaba grabada en la memoria. Así, repitiendo y repitiendo, me liberaba mejor de todo cuanto me rodeaba y sobre todo de cuanto me angustiaba, en particular los recuerdos.

Como otras muchas tardes, pasó don Primo al lado de casa, cubierto con su bonete y leyendo el breviario, y cuando nos vio por el rabillo del ojo a mi madre y a mí sentados en el porche, se detuvo, se volvió, levantó la vista hacia nosotros y saludó con su frase habitual:

—Santas y buenas...

—Buenas tardes —respondió mi madre con la sequedad con que solía expresarse cuando no estaba con ganas de pegar la hebra.

—¿Ya está mejor? —preguntó el cura, dirigiéndome la mirada.

—Sí. Muchas gracias. Ya está bien. No ha sido nada.

—La vida interior con que Dios nos dota a los seres humanos es la que nos distingue de las bestias, pero a su vez también nos...

Mi madre, que seguía con la mirada fija en la costura y a duras penas ocultaba su mal humor, no le dejó terminar:

—¡Ya! —Y respiró hondo.

—¿Ya sabes lo que quieres ser de mayor, Ignacio? —me preguntó.

Le miré un instante y bajé la vista sin atreverme a responder.

—Contéstale —me ordenó mi madre.

—No —respondí—. Todavía no.

—Pues yo cuando tenía tu edad ya quería ir al seminario. Es cuando se destapan las vocaciones.

—A este no le da por ahí —sentenció mi madre.

El cura no dijo nada. Nos lanzó una mirada que se me antojó amenazadora, bajó la vista al libro que llevaba en la mano y echó a andar de nuevo, ahora a buen paso. Unos minutos después llegó mi tía Hortensia, que venía a verme. Me traía unas rosquillas que había hecho y una pelota de goma que me había comprado. Era una mujer extrovertida y optimista, pero en esta ocasión parecía preocupada. Se sentó con nosotros en el porche, se interesó por mi evolución y al poco rato le dijo a mi madre:

—Tengo así como... No sé, malestar, ¿no tendrás café hecho? Parece que me apetece tomar algo caliente.

—Hecho no. Pero lo hago ahora mismo. Lo que no te garantizo es que sea muy bueno. Malta más bien.

—Da igual. ¿No te importa? Aunque sea achicoria hervida. Lo importante es que esté caliente.

Nada más desaparecer mi madre hacia la cocina, mi tía adoptó un tono sigiloso, me pidió que me acercase a ella y me dijo:

—Deja el libro un rato, anda, que vas a quedarte ciego de tanto leer. Habla un poco conmigo. Oye, ¿ya sabes lo que vas a ser cuando seas mayor?

Salté en la silla. En seguida intuí que detrás de aquella pregunta de apariencia inocua había algo más. No era normal que de repente todo el mundo se lanzase a preguntarme si ya sabía lo que quería ser de mayor. Como venía siendo habitual, no respondí. Apenas moví la cabeza.

—Es que me ha dicho un pajarito que lo sabe todo que quieres ir al seminario, ¿es verdad? A mí puedes decírmelo. Sabes que en mí puedes confiar.

Volví a encogerme de hombros. Nunca me había planteado en serio ir al seminario, pero tampoco lo había descartado, y menos en unas circunstancias como

aquellas. Por una parte, me libraba del pueblo y me ayudaría a escapar... pero escapar ¿de qué? Pues de mí mismo, aunque en esos instantes eso no sabía precisarlo. Claro que, por otra, pesaba la influencia familiar, que no iba a aceptarlo de buena gana, y la idea de ser cura y tener que pasarme la vida tratando con beatas y yendo a los cementerios a rezar responsos me horrorizaba.

Después de tomar el café, mi tía me sugirió que fuese a dar una vuelta, cosa bastante sorprendente en ella, que siempre que venía a vernos propendía a tenerme a su lado.

—Juega por ahí un rato o baja a dar un paseo a la plaza. No vas a estar aquí toda la tarde encerrado entre mujeres. Luego van a decir tus amigos que siempre estás pegado a las faldas. Además, si no te importa, ¿me haces un recado?

—Bueno —asentí.

Improvisó un encargo para la tienda de ultramarinos de Pepe, el Mexicano, y me dio un billete mugriento de cinco pesetas para pagar.

—Me compras dos bolas de añil para la ropa y una pastilla de jabón.

Cuando regresé con los encargos, las sorprendí hablando misteriosamente. Mi tía esperó a que regresara mi padre, que volvió a ofrecerse para acompañarla un trecho del camino en su regreso a casa. Los preparativos para la huida de Arsenio a Venezuela, que a mí se me ocultaban en buena parte, estaban en marcha dificultados por el secreto. Luego descubrí que lo haría en un barco que llegaría con madera procedente de Colombia y zarparía de nuevo cargado con minerales hacia la Guaira.

—Hijo, ¿tú has hablado con alguien de a qué quieres dedicarte cuando crezcas?
—me preguntó mi madre cuando nos quedamos solos.

Hice una trompetilla con los labios y me encogí de hombros.

—¿Por qué? —pregunté.

—Bueno, ya oíste al cura. ¡Qué manera de meterse en la vida de los demás! ¡Qué asco de metomentodo! ¿Qué le importa a él lo que vas a estudiar o lo que vas a dejar de hacer?

Durante la cena ninguno de los tres mostrábamos ganas de hablar. Mis padres apenas cruzaron algunas palabras, por cierto bastante enigmáticas, sobre la huida de Arsenio. Yo en seguida anuncié que me iba a la cama. Quería aprovechar para seguir estudiando el catecismo y, como mi habitación estaba justo encima de la cocina, escuchar lo que hablaban. Efectivamente, nada más quedarse solos, mi madre le contó la conversación con don Primo, y luego lo que ya era nuevo para mí: lo que le había contado Hortensia. De camino a nuestra casa, mi tía se había encontrado con el párroco, quien acababa de estar con mi madre y conmigo, y este la había conducido a una conversación que, según relataba mi madre, corrió por estos cauces:

—Tenemos que resolver entre los dos un asunto muy delicado...

—Usted dirá, don Primo —le respondió mi tía.

—Acabo de estar con tu hermana y con tu sobrino. El niño no se atreve a hablar, tu hermana y tu cuñado le tienen atemorizado, porque me consta que él quiere ir al

seminario y sus padres no le dejan. Es una vocación pura que no podemos desaprovechar. Dios se ha fijado en él y hay que hacer cuanto esté en nuestras manos para que Su voluntad se cumpla.

—Ay, señor cura, yo no tengo ni idea de eso. A mí el niño nunca me dijo nada y conmigo tiene confianza para hablar —le respondió mí tía—. ¿Cómo se enteró usted?

—De la voluntad de Dios, sus pastores siempre tenemos noticias. ¿No le parece a usted extraña la actitud del niño? ¿Por qué está así? ¿Qué le pasa? Yo sé que hay fuerzas superiores que andan detrás de su actitud taciturna en una postura de rebelión callada contra sus padres. Habla con él, poco a poco, y me cuentas. No permitiré que unos descreídos, como son tu hermana y tu cuñado, frustren una vocación como la de ese niño y hagan imposibles los impulsos de su fe.

—No sé qué decirle, don Primo. Si fuese así, no creo que mi hermana y mi cuñado se pusieran tan cerriles. Pero yo no creo...

—¿Qué le ha ocurrido al niño? ¿Tú lo sabes? ¿Te lo han dicho? Es todo muy raro. Me consta que el niño está estudiando el catecismo a escondidas de sus padres porque ellos ni siquiera las primeras oraciones le han permitido aprender. Menos mal que Celsa le ha enseñado a persignarse y a distinguir entre el pecado y la virtud. ¿Te parece normal que tenga que ser Celsa, una mujer buena y pía pero analfabeta la pobre, quién tenga que estar haciendo una labor de catequesis obligatoria para los padres?

Mi padre escuchó en silencio el relato que le iba reproduciendo mi madre de todo cuanto le había contado su hermana aquella tarde, pero al final estalló en cólera.

—¡Hay que joderse! Pero tú ¿tenías alguna noticia de esto?

—¡Yooo! Es la primera vez que oigo una cosa así. Hoy pasó por aquí el cura y nos dijo lo que ya sabes. Sólo el verlo me pone más enferma de lo que ya estoy.

—¡Cacho cabrón! —exclamó mi padre sin poder contenerse—. Habrá que hablar con el niño. Pero estando como está, a ver cómo te metes ahora en... Eso ha sido la Celsa de los cojones. Debimos echarla hace tiempo. Es un peligro tenerla en casa.

Cuando se calmó un poco, ya con voz más pausada, comentó:

—Ahora hemos de resolver tres cosas: la recuperación del niño, tu curación, que, por cierto, no te pregunté qué tal te has sentido hoy, y lo de Arsenio, porque las cosas están poniéndose muy mal. Una vez resuelto todo esto, inmediatamente preparamos nuestra marcha de aquí. Le he estado dando muchas vueltas. Lo mejor va a ser que nos marchemos a Barranquilla y allí, con un poco de ayuda de los primos para introducirme, podré seguir en el negocio de la madera. Espero que no tengamos problemas para vivir y, en cualquier caso, estaremos más tranquilos. Por lo menos no vamos a tener a un cura fascista tocándonos los huevos, a una docena de guardias civiles jodiéndonos todo el día y a una vieja bruja espiándonos...

—Tú verás —respondió mi madre—. A mí lo de América no me apetece mucho, pero comprendo que lo de aquí se vuelve insoportable. Además, ¿crees que nos darán el pasaporte? Lo dudo.

—Sí. Esa es otra.

Aquella noche soñé algo muy extraño. Habíamos subido a los picos y cuando estábamos en lo alto, echamos a andar por la niebla, que era suave como la espuma del jabón, y tibia como las caricias de mi madre. El cielo en lo alto era azul, limpio y luminoso, y desde allí no se escuchaban los ruidos del pueblo. Me despertó el aletear de un murciélago en la ventana y me quedé insomne para el resto de la noche. Ya cercano el despuntar del alba, me volví a dormir y sólo me desperté cuando oí a mi padre hablar en voz alta en la cocina, casi gritando.

—¡Tiene cojones el asunto!

—¿Qué ha pasado? —preguntó mi madre.

—¿Sabes qué tenían hoy para plantearme estos hijos de puta?

—¿Quiénes?

—Los guardias, ¿quiénes van a ser? —respondió mi padre levantando la voz más cada vez—. El propio sargento, que es un comemierda, cabrón... Después de mirar cómo firmaba la hoja de comparecencia...

—¿Te hacen firmar?

—Todos los días. Así que firmo y me dice: «La hora de comparecer es al mediodía». Y le respondo: «Hombre, tengo que trabajar. Mi trabajo está fuera, lejos de aquí, compréndalo. Si quiere vengo por la tarde». Entonces me suelta: «Bueno, por esta vez, que pase. Pero un día de estos tenemos que hablar de lo de su hijo». Y le pregunto: «¿Qué pasa con mi hijo?». «Tenemos una denuncia contra usted y contra su mujer por coacciones. Al parecer están ustedes frenando su fe religiosa, impidiéndole que cumpla con sus obligaciones cristianas y prohibiéndole expresamente que desarrolle su vocación ingresando en el seminario». «¿Nosotros?», le respondí. «Eso es falso de toda falsedad. En la vida ha manifestado el niño deseos de ir al seminario ni Dios que lo fundó». Pero no escuchó razones. Me ha dicho que hoy no tenía tiempo para tomarme declaración y que fuésemos los dos, tú y yo, el lunes a las once para levantar un atestado. ¿Qué te parece?

—Eso ha sido el cura... —respondió mi madre con voz temblorosa.

—¡Cabrón! Claro que ha sido el cura, ¿quién iba a ser? —exclamó mi padre, que últimamente se había vuelto muy malhablado.

Los dos se quedaron en silencio un buen rato. Mi madre me llamó y, cuando bajé a la cocina, encontré a mi padre encorvado sobre la mesa con la barbilla apoyada en los puños de las dos manos. Apenas me dirigió la palabra. Al terminar de desayunar, me preguntó:

—¿Tú has dicho a alguien que quieres ir al seminario?

Abrí mucho la boca y le respondí sin demasiada firmeza:

—Yo no.

—Pues cuando quieras hacer algo, cuando quieras algo, me lo dices a mí o se lo dices a tu madre, ¿entiendes? A nadie más.

—Por Dios, no le riñas —intervino mi madre.

—No, no le estoy riñendo. Él sabe que no le riño y que yo no soy de esos padres que a la mínima les pegan a los niños. Le estoy diciendo lo que debe hacer. Ahora tienes que reponerte de lo que te ha pasado y después, cuando seas mayor, ahora sólo tienes diez años...

—Nueve —rectifiqué tenuemente y conteniendo a duras penas el llanto.

—Bueno, nueve, sí. Te faltan unos meses para cumplir diez, no me he olvidado del día en que naciste.

En cuanto terminó de hablar y se levantó para marcharse, subí a la habitación de nuevo. Quería estar solo. El corazón me palpitaba con fuerza, la angustia me oprimía el pecho y encogía el estómago, y sentía unas ganas irreprimibles de llorar.

—Y te lo repito —escuché que seguía diciendo mi padre, con una furia para mí desconocida—: No hables con Celsa. Te lo prohíbo. Como vuelva a dirigirte la palabra, se va a enterar.

Nunca supe si escuchó los gritos. La vi desde la ventana. Estaba podando la parra que extendía su ramaje amarillento por el frente oeste de la casa. Me vio detrás del cristal y me sonrió. Apenas la observé un instante, pero sus dientes renegridos, su tez arrugada y sus greñas sucias me produjeron de pronto el mismo escalofrío en los huesos que había sentido cuando vi tan cerca los cuernos retorcidos del diablo.

XXI

EL HOMBRE DE LAS CABRAS

El sábado se celebraba la feria de otoño y el día amaneció más despejado que nunca. Los ganaderos, que iban llegando desde temprano con sus reses al mercado, miraban al cielo con desconsuelo. Unas lluvias a tiempo hubiesen animado los precios de vacas, ovejas y caballos, que con la sequía estaban por los suelos. Los propietarios de ganado, que se veían incapaces de alimentarlo, querían vender parte de sus cabañas, pero no encontraban compradores.

Me despertaron muy pronto las voces de los feriantes y los motores de los camiones que aparcaban por los alrededores de nuestra casa. Mi padre madrugó más que de ordinario y salió a hacer algunas cosas. Cuando regresó, pasadas ya las once, después de comparecer en el cuartel, se mostraba bastante locuaz. Nos contó que la feria estaba menos concurrida que otros años, que apenas habían venido tratantes de fuera y que la situación para muchos campesinos empezaba a ser dramática.

—Tradicionalmente aguardan la feria con ilusión, pero este año... En fin, desde la plaza hasta aquí han venido ya tres paisanos a ofrecermé madera. Cuando la gente del campo decide vender los árboles, que son su ahorro más seguro, es que tienen verdadera necesidad. Y lo malo es que tampoco para la madera hay salida. Cada vez llega más madera de fuera, y la de aquí, que no es tan buena, cuesta mucho sacarla de los sitios donde está y a veces no compensa. Cuando les ofrezco lo que les ofrezco, creen que me quiero aprovechar, y no es verdad. Ya me gustaría a mí pagarles más.

Tenía hambre y mi madre le preparó un huevo frito con dos torreznos. Al terminar, me dijo:

—Arréglate, anda, Nacho. Ven conmigo a dar una vuelta por la feria. Te gustará. ¿Quieres venir también tú con nosotros, Elvira? —le preguntó a mi madre—. Así te distraes un poco.

—No. Id vosotros. Yo tengo que hacer. Y, además, me canso mucho. Si acaso por la tarde, cuando se hayan marchado los camiones, damos un paseo —respondió ella.

Traté de resistirme un poco porque la idea de verme entre tanta gente no me atraía. Pero mi padre no me dejó opción.

—Venga. Ponte unos zapatos y vemos lo que hay por ahí. No vas a estar todo el día en casa leyendo. Ya sabes lo que ha dicho el médico.

A pesar de todos los pesares, el pueblo estaba más animado que nunca. Los bares se hallaban repletos de clientes y las calles bullían con un ambiente como hacía tiempo que no se veía. Aunque mi padre no lo apreciaba, a mí me dio la impresión de que habían acudido muchas personas de fuera y, a pesar de que la crisis estaba en el ánimo general, todo el mundo parecía haber echado las preocupaciones a la espalda por unas horas.

Cada cuatro pasos que dábamos, mi padre se encontraba con algún conocido. Efectivamente, varios aprovecharon para decirle que tenían algo de madera para entresacar —castaños, robles, abedules, cerezos y nogales—, y que les gustaría que fuese a verlos y les ofreciese precio. Otros saludaban, a veces alguno preguntaba si yo ya estaba bien, y los más amables me miraban y decían:

—¡Cómo ha crecido el chaval! Ya es un mozo. ¿Estudias bien?

Casi sin darnos cuenta, el día había cambiado repentinamente. Dos grandes nubarrones del sur se interpusieron delante del sol y se detuvieron encima del pueblo. Entretenidos en sus cosas y hartos de albergar esperanzas que luego acababan frustrándose, los agricultores apenas les hacían caso. Sólo algunas conversaciones solían repetirse con los tópicos habituales.

—¿Has visto cómo se ha puesto el cielo?

—¡Ná! Como todos los días. Amaga y no da. Se le ha olvidado llover. Esto no sé cómo va a acabar.

Algunos apuntaban la última esperanza en tono de humor.

—Después de las rogativas, ya verás como llueve.

—Estás bueno. Las rogativas... Bastante caso van a hacerle allá arriba a esas cosas. Tendrán más de que ocuparse.

La proximidad del mercado volvió a erizarme la piel. En cuanto escuché los mugidos de las vacas, los relinchos de los caballos y los balidos de las ovejas, sentí que me estremecía. Aunque en la comarca no había apenas cabras porque los ganaderos estimaban que destrozaban el arbolado, la posibilidad de cruzarme con alguna me llenó de pavor. No quería volver a ver una cabra en mi vida. Mientras mi padre seguía saludando a sus conocidos e intentaba distraerme mostrándome algunas atracciones que se habían instalado en las proximidades del mercado, yo trataba de imaginarme alguna estratagema para regresar a casa. Mi padre, como si intuyera las ideas que estaban pasándome por la cabeza, me echaba la mano por el hombro de vez en cuando.

—¡Vaya mozo que estás hecho! —me dijo una voz conocida al tiempo que me agarraban por un brazo.

Manuel era un hombre fuerte, campechano y tranquilo. Había estado preso

después de la guerra y trabajando en la madera con mi padre cuando yo era pequeño, y cada vez que venía por casa jugaba conmigo al caballito. Me subía a horcajadas al cuello, me sujetaba por los pies y corría conmigo de un lado a otro, simulando el galopar de un caballo, cuyos relinchos imitaba, mientras yo reía y reía feliz. Luego se casó con Ernestina, la chica que me había cuidado de bebé, y se habían ido a vivir a una aldea próxima donde ella tenía una tía que estaba sola y les acogió en su casa. Ahora Manuel llevaba en arriendo unas tierras de mi madre cercanas precisamente al lugar donde se me había aparecido el diablo.

—Creo que ha estado mal —le dijo a mi padre mirándome a mí—. ¿Ya se ha puesto bien?

—Sí. Ya se le ha pasado. No fue nada grave. Un susto. La semana que viene empezará a ir de nuevo a la escuela, ¿verdad?

Asentí sin mirarlos. Algunas veces me enojaba que no diesen importancia a lo que me había ocurrido y otras me enervaba que especulasen con ello. El encuentro con Manuel me había hecho recordar el instante en que aquella noche dudé entre seguir adelante, desafiando la presencia del diablo, o lanzarme por el precipicio que me hubiese llevado fatalmente a despeñarme sobre las tierras que él nos tenía arrendadas. Además, los ruidos del ganado al que nos íbamos acercando cada vez retumbaban más en mi cabeza y aceleraban mi ritmo cardíaco. De pronto, Manuel se paró y le espetó a mi padre:

—Oiga, Joaquín, usted tendrá buena relación con la Guardia Civil, ¿verdad?

Mi padre también se detuvo, me echó la mano por el hombro izquierdo y respondió sorprendido:

—¡Yooo! ¡Fatal! ¿Por qué?

—¡Ah! —exclamó Manuel—. Es que me dijeron que iba a menudo a visitarlos al cuartel. La verdad es que me extrañó. Pero me dije, si él puede hacerlo, será mejor que si voy yo, que me ven pinta de haber robado gallinas durante la guerra y son capaces de calentarme sólo por dirigirles la palabra. Ya sabe cómo son.

—Sí, lo sé muy bien, sí. Yo voy por allí todos los días porque no me queda más remedio. Me obligan. Deben de tener miedo de que me vaya con los del maquis o yo qué sé. Ya sabes: para esa gente, si no te ven con camisa azul y confesando y comulgando a diario, ya eres sospechoso de algo. Pero ¿por qué me lo preguntabas? ¿Tienes algún problema?

—Pues sí. Hay un problema que en parte también es suyo. ¿Se acuerda de aquella casucha dónde vivía Celsa, la mujer que trabaja en su casa, allá por encima de las tierras de Elvira?

—Sí, claro —respondió mi padre—. Creo que está en ruinas. Hace tiempo que no paso por allí.

Inmediatamente me puse en tensión. Sentí que el calor me subía a la cara y la respiración se me entrecortaba en el esfuerzo por no perderme una palabra. El *toc toc* acelerado del corazón me tenía paralizado.

—Está medio derrumbada, sí. Pero hace unas semanas apareció por ahí un hombre, que al parecer viene de la parte esa de los páramos, con ocho o diez cabras y un carromato, y se ha refugiado allí, entre los cascotes, porque otra cosa no hay. Y lo malo es que las cabras, que como podrá imaginarse están muertas de hambre, arrasan con todo lo que encuentran. No hay cercado que se les resista ni frutal que no despellejen. Buenas son las cabras, ya sabe. En nuestras tierras ya han entrado un par de veces y tendría que ver cómo lo han dejado...

Noté que el pecho se me hinchaba, que la sangre me subía a la cabeza, que el cielo se cernía sobre mi emoción incontenible. Tardé en hacerme cargo plenamente de la realidad que acababa de abrirse ante mí. Escuchaba a mi padre sin oírle. No podría describir lo que estaba pasando por mi mente y cómo el torbellino de ideas que me abrumaba repercutía en los músculos de mi cuerpo.

—Habría que hablar con él —sugirió mi padre—. Las cabras son terribles, sí. En muchos sitios las están prohibiendo porque destrozan el campo. Pero allí, en aquel lugar tan escarpado, ¿cómo puede vivir el hombre?

—Se las apaña. Duerme en el sotechado del corral para protegerse del relente y entre las cabras para no tener frío. Por las noches hace una fogata fuera, al lado de la higuera que hay delante de la casa, ¿no se acuerda?, y así se apaña. Yo ya hablé con él, fui a verle el otro día y se lo dije. Es un tipo extraño, me parece que mutilado. Le dije lo de las cabras y lo de la hoguera, porque una noche con el viento puede incendiar medio monte. Pero da igual. Es un poco hosco el hombre y... no se ve que haya con quién atar cabos. Por eso pensé que si le dijese algo la Guardia Civil...

Contuve la respiración un momento, intenté mentalmente coger carrerilla con las palabras que, ahogadas en la emoción y obstaculizadas por la tartamudez, se me resistían a salir de los labios.

—¿Y co-co-cómo son las ca-cabras? ¿T-tienen cuernos? —conseguí articular.

—¡Cómo no van a tener cuernos! —me respondió mi padre sin prestarme demasiada atención—. Las cabras siempre tienen cuernos. ¿Cuándo has visto cabras sin cuernos?

—Sí tienen cuernos, sí. Y sobre todo tiene un cabrón, con respeto para la palabra, grandísimo y feo como un demonio, con unos cuernos que asustan. No sé para qué lo quiere, porque ese no da leche ni nada, pero no se separan. Va con él a todas partes; le sigue como un perro. Y da miedo verlo, con una chiva colgándole del cuello que casi le arrastra y unos cuernos, ya digo, que impresionan. El otro día, cuando fui a ver al paisano, aquel bicho estaba plantado sobre el camino, con las patas delanteras apoyadas en la higuera, y me miraba con unos ojos que, ¿quiere creer, Joaquín, que no me atrevía a acercarme? Daba miedo verle con aquellos cuernos y aquellos ojos... Tal parecía el diablo.

Me quedé con los ojos en blanco, disfrutando de los brincos de alegría que ahora pegaba mi corazón dentro del pecho, regodeándome en la emoción secreta e inconfesable que me embargaba.

Mi padre y Manuel seguían hablando.

—... para embarcarse, sí. Tiene que cruzar a pie la sierra. Por carretera no puede ir —escuché que le decía mi padre, aunque yo apenas me enteraba—. Sé que es comprometido, pero he pensado si podrías acompañarle tú, que conoces los caminos al otro lado...

Manuel asentía con la cabeza. Me miró y sonrió. Yo deseaba echar a volar, llegar al caserío y ver aquel macho cabrío a la luz del día, cara a cara, oírle balar.

—Vamos hasta el mercado, que cuando lleguemos ya no va a quedar nada para ver —dijo mi padre, empujándome suavemente.

—¿Y vamos a ir a dónde las cabras? —pregunté sin tartamudear y sin poder contener mi curiosidad.

—¿Cabras? No sé si habrá cabras —dijo Manuel—. Ovejas sí, cabras no creo. Por aquí casi nadie tiene cabras ya. Si acaso ese paisano de allá arriba, pero no creo que las venda. ¿De qué iba a vivir? Por lo menos que se sepa. Le proporcionan leche, cabritos para hacer cecina... Vete a saber.

—¿Qué interés te ha entrado a ti con las cabras hoy? —me preguntó mi padre extrañado.

No podía explicarlo. Tenía ganas de saltar, de gritar, de ser feliz. Volvía a sentirme un niño normal. De repente, había recuperado la confianza en mis padres, no me habían estado engañando al negarme la existencia del diablo, y volvía a notar deseos de vivir como los demás niños. ¡Ah! Y Celsa, sí, era una bruja cruel y mentirosa, sí.

Manuel se detuvo bruscamente bajo la lluvia que no cesaba de arreciar. Cogió a mi padre del brazo y se acercó a su oreja:

—Avisé a su cuñado que extreme las precauciones. Tendremos que hacerlo todo con mucho cuidado. De madrugada, es la mejor hora. Y bien vestidos, que despierta menos sospechas en los caseríos y majadas. Porque voy a decirle una cosa que me muele en la cabeza y que quede entre nosotros. Para mí que ese paisano de las cabras no es un pobre hombre que malvive, es un infiltrado de la contrapartida. Mejor lugar para vigilar quién va y quién viene monte arriba, monte abajo, no podía haberlo buscado. Además, el día que hablé con él se le escapó un detalle revelador: ha estado en la División Azul.

—¡Joder! —exclamó mi padre.

Fue una mañana memorable para todos. Apenas habíamos caminado cien metros y, casi sin percatarnos, se abrieron las nubes y comenzaron a caer gotas. Primero fueron unas gotas aisladas, luego se fueron espesando y en seguida se convirtieron en chaparrón. La gente miraba al cielo con incredulidad y, después, con satisfacción. Mi padre me echó la mano por el hombro, en un intento simbólico de taparme, miró al cielo que amenazaba con derramarse en forma de catarata, y dirigiéndose a Manuel, que nos acompañaba, comentó:

—¡Ya era hora, cono, ya era hora! Todo llega en la vida. Ya cae el agua. A ver si

un día de estos cae también el Régimen, ¿no te parece, Manuel?

Caminábamos en fila india dando pequeños rodeos para protegernos bajo las cornisas. El agua empezaba a inundar la calzada reseca pues las alcantarillas resultaban insuficientes para tragarla. Muchas personas se asomaban a las ventanas para contemplar, entre gestos de euforia, el espectáculo desde hacía tanto tiempo insólito de la lluvia. Cuando entramos en la plaza, las campanas de la Iglesia arrancaron a repicar en una explosión acústica de alegría desbordante. Miré instintivamente al campanario y en seguida distinguí la boina roja de don Primo sobresaliendo entre la bruma del alzacuello de la sotana. El cura, con los brazos en cruz, sostenía un badajo en cada mano y saltaba como una golondrina de un lado a otro batiéndolos rítmicamente con una agilidad y una fuerza inusitadas.

—Lo que nos faltaba —escuché que murmuraba mi padre sin levantar la vista del suelo resbaladizo—: Las rogativas han hecho el milagro...